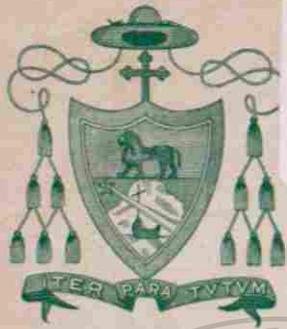




LA LIRA  
MEXICANA

PQ7250  
L5  
1879

003471



1080019203

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ  
VERITATIS  
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN.®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



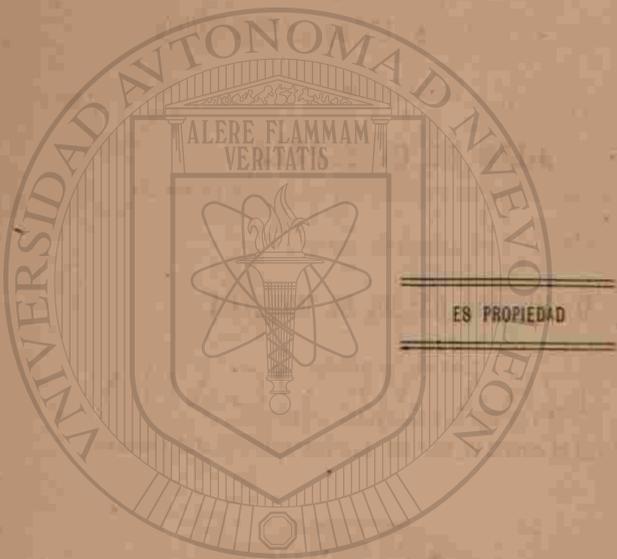
LA LIRA MEXICANA  
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA  
LIRA MEXICANA

COLECCION DE POESÍAS DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

FORMADA POR

**JUAN DE DIOS PEZA**

SEGUNDO SECRETARIO DE LA LEGACION DE MEXICO EN ESPAÑA

con prólogo del doctor

**D. ANTONIO BALBIN DE UNQUERA**

Y APRECIACIONES

DE LOS SEÑORES CASTELAR, CAMPOAMOR,  
SILLO, HIDALGO DE MOBELLAN, MARTINEZ PEDROSA, NUÑEZ DE ARDE Y SELGAS



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria  
40688

MADRID  
R. VELASCO, IMPRESOR  
Calle del Rubio, 21  
1879

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Teller

PQ 7250

L5

L879



FONDO EDITORIAL  
VALVERDE Y TELLEZ

## AL LECTOR

Anhelaba con entusiasmo venir á España, á ella me atraían las más nobles ambiciones para mi porvenir.

Cuando mis conciudadanos aplaudían en el Nuevo Mundo las producciones que desde Cervantes á Becquer han merecido la admiración de propios y extraños, quería en alas de mi entusiasmo dar á conocer en este suelo las huellas que hemos seguido en el camino de las letras. Quería repetir los acentos que desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta Guillermo Prieto y Manuel Flores, vienen impregnados de esa dulce melancolía americana, que pone sus rayos de sol en los ojos de las mujeres y deposita muchas veces sus armonías en la palabra de los poetas.

Hartzenbusch, García Gutierrez, López de Ayala, Campaamor, Nuñez de Arce, Selgas, Carrion, Tama-

003471

yo, Echegaray, Grilo, Pedrosa, Lopez García, Ruiz Aguilera, Echevarria, Retes, Blasco, Fernandez y Gonzalez, y otros inspiradissimos vates, son por nosotros leídos con vivo interés; la elocuente y hermosa palabra de Castelar vibra como himno de gloria en todos los ámbitos de América; hemos mandado nuestros más fragantes lauros á las tumbas augustas del duque de Rivas, de Quintana, y de Breton de los Herreros; veneramos la memoria de Prim y lloramos la muerte de Espartero; consagramos con nuestro respeto las grandezas españolas, y cuando venimos á este suelo privilegiado, nos basta llegar al mar Cantábrico para estremecernos de entusiasmo y de júbilo, creyendo oír frente á las rocas del Auseba los ecos solemnes de la inmortal plegaria de Covadonga.

Fué para España México la hija más querida; ¿cómo no ha de celebrar cuanto le dé ventura y la engrandezca?

Este libro es una ofrenda de mi cariño, hecha para bien de mi país y destinada á vivir en España.

He coleccionado poetas contemporáneos, jóvenes en su mayor parte, para que se pueda juzgar del porvenir literario de mi patria, puesto que lo que pertenece al pasado queda palpitante en la historia.

Esta obra ya está juzgada.

Hombres cuya reputacion literaria es universal, han hecho á mi país la honra y á mi la merced espe-

cialissima, de embellecer estas páginas, con juicios como suyos, imparciales, eruditos y galantes.

Si yo no conociera la gratitud que estas apreciaciones van á despertar en el corazón de mis compatriotas, no les habría rogado que se tomaran un trabajo al cual no tengo otra manera de corresponder como merece.

Pero sus palabras — que yo he recogido en mi alma — avivarán más, si es posible, el afecto que existe inmenso y que será interminable, entre dos pueblos que estarán siempre ligados en la historia por tres hermosos vinculos: la raza, la religion y el lenguaje.

Lo que me infunde admiracion no encuentro frases para expresarlo y lo que obliga mi gratitud, no me canso jamás de corresponderlo como debo.

¿Quién no admira la elocuencia de Castelar, que regenerando y enalteciendo la tribuna moderna no es gloria sólo de España sino de Europa y América?

¿Quién no admira y celebra la dulcissima musa de Selgas, la inspiracion vigorosa y levantada de Nuñez de Arce, la rima oriental de Grilo y el estro de Campoamor, que ha formado escuela y que es en todas partes aplaudido? Debemos á la erudicion inmensa del modesto literato Dr. D. Antonio Balbin de Unquera, un prólogo, joya bellissima, estudio concienzudo que avalora este libro; á la brillante pluma del reputado poeta Martinez Pedrosa generosas apreciaciones, y al

noble afecto del jóven poeta D. Antonio Hidalgo de Mobellan, desinteresado y fraternal amigo de México, al que muchas veces ha honrado con benévolas apreciaciones, una carta digna de su talento, destinado a brillar como merece en porvenir no lejano.

Quépame la honra de representar a los poetas que en esta colección figuran, para dar en su nombre á tan insignes escritores, testimonios de invariable reconocimiento.

No aparecen aquí todos los poetas que hoy brillan en la literatura mexicana.

A tan gran distancia de la patria, cuando yo empecé esta publicación no me fué fácil adquirir obras de todos.

A ninguno omiti voluntariamente y de los que doy á conocer no estuvo en mi mano escoger lo más hermoso de sus producciones.

Este libro será un nuevo motivo para estrechar nuestras relaciones literarias con España.

Con tal deseo lo publico, dándole por ser la expresión de la poesía moderna de México, el nombre de **LIRA MEXICANA.**

JUAN DE DIOS PEZA.

Madrid 8 de Marzo de 1879.

## PRÓLOGO

• Al gigante clamor que en torno susurra  
Que despierte la lira americana •

A. MAGARIÑOS CRYANTES. *Brincos del Plata.*

Débense al amor á la patria, no sólo grandes hechos que registra la historia y aprovecha la posteridad, sino tambien obras literarias de reconocido mérito que se transmiten las generaciones como prueba de que no ha sido en vano su paso por la tierra. Eslabones de una cadena que reúne las más distantes épocas, ramas de un mismo tronco que no deja de crecer, unas veces agitado por huracanes y otras mecido por céfiros, elevanse de tiempo en tiempo esas obras como otros tantos monumentos del patrio amor, apartando de sí, aunque por algun concepto la merecieran, toda censura. Si como la presente co-

noble afecto del jóven poeta D. Antonio Hidalgo de Mobellan, desinteresado y fraternal amigo de México, al que muchas veces ha honrado con benévolas apreciaciones, una carta digna de su talento, destinado a brillar como merece en porvenir no lejano.

Quépame la honra de representar a los poetas que en esta coleccion figuran, para dar en su nombre á tan insignes escritores, testimonios de invariable reconocimiento.

No aparecen aqui todos los poetas que hoy brillan en la literatura mexicana.

A tan gran distancia de la patria, cuando yo empecé esta publicacion no me fué fácil adquirir obras de todos.

A ninguno omiti voluntariamente y de los que doy á conocer no estuvo en mi mano escoger lo más hermoso de sus producciones.

Este libro será un nuevo motivo para estrechar nuestras relaciones literarias con España.

Con tal deseo lo publico, dándole por ser la expresion de la poesia moderna de México, el nombre de **LIRA MEXICANA.**

JUAN DE DIOS PEZA.

Madrid 8 de Marzo de 1879.

## PRÓLOGO

• Al gigante clamor que en torno susurra  
Que despierte la lira americana •

A. MAGARIÑOS CRYANTES. *Brincos del Plata.*

Débense al amor á la patria, no sólo grandes hechos que registra la historia y aprovecha la posteridad, sino tambien obras literarias de reconocido mérito que se transmiten las generaciones como prueba de que no ha sido en vano su paso por la tierra. Eslabones de una cadena que reúne las más distantes épocas, ramas de un mismo tronco que no deja de crecer, unas veces agitado por huracanes y otras mecido por céfiros, elevanse de tiempo en tiempo esas obras como otros tantos monumentos del patrio amor, apartando de sí, aunque por algun concepto la merecieran, toda censura. Si como la presente co-

lección de poetas mexicanos contemporáneos se proponen dar á conocer obras ignoradas ó escasamente conocidas en países que hablan la misma lengua y hasta cierto punto participan de iguales sentimientos, con ser tan laudable como hemos dicho su propósito, su utilidad es aún mayor, porque está probado que la nacionalidad literaria es distinta completamente de la política; y no pocas veces viene á ser el cultivo de la misma lengua como la vara de Mercurio que, puesta entre las serpientes que luchaban, las atrajo á sí, formando en el simbólico y nuevo emblema del Caduceo el cetro de las ciencias y las letras entre los pueblos hermanos.

No há muchos meses que en una obra sobre antigua literatura mexicana saludábamos en América la digna continuadora de nuestras inmarcesibles glorias literarias; y entónces, al apreciar el trabajo del doctor Mascaró, de Montevideo, dijimos cuál era la opinión más generalizada entre los literatos españoles acerca de las producciones originales del nuevo continente; ahora saludamos en México aquella hermosísima region hispano-americana, la primera en recibir de nuestras manos el arte divino de la imprenta, y la primera también en devolvernos con usura en obras de mérito el fruto de nuestros desvelos; tierra por nuestro sudor regada, querida para la Península como las pupilas de sus ojos, teatro de escenas

memorables en la naturaleza y en la historia, y la primera entre los combatientes de nuestra raza frente á la invasora que la rodea, la que se conquistó quizá con ménos gente y la que más tesoros de toda clase nos produjo, la que parece señalada para llevar el cetro de la gran familia española en América, la que no de otra suerte que el águila de su escudo está destinada á contemplar desde la altura de su gigantesco nido cómo se hace y se rehace el mapa del nuevo continente, país que, con un pasado parecido al de Egipto en su escritura geroglífica, en sus monumentos ciclópeos, en los misterios de su historia, es el mejor representante de todo el Oriente antiguo frente al moderno Occidente. Hay quien la cree misteriosamente relacionada de antiguo con el pueblo hebreo, guardadora de algunas centellas de la revelación que se hizo á los patriarcas; la historia nos asegura que nos recibió como á los Mesías de Oriente, y que nos abrió sus tesoros, que nos dejó reconocer sus volcanes, sus selvas y sus llanuras, y que, apénas unida á nuestra monarquía, dividió entre la metrópoli y las colonias que hoy todavía conserva, todas las joyas que atesoraba en su seno. México alimentó, no sólo á España, sino á Cuba y á Filipinas; como los romanos las naves de Sicilia, así esperábamos y esperaba el archipiélago asiático la vuelta de la nao de Acapulco; y mientras tantas otras posesiones de

nuestro territorio ultramarino sacudian en determinadas épocas el yugo peninsular, México se contaba siempre entre los pueblos amigos. Y después de sonar la hora de la independencia, distinguióse del Perú y otras regiones del Sur por su adhesión á los intereses peninsulares, á lo que España correspondió como debía, dejándole no há muchos años en completa independencia para conservar su antigua forma de gobierno ó para escoger otra diferente. Pues tal es el estado de las relaciones entre México y España, cumple á la comunicacion literaria seguir las vías de la política y estrechar más y más los vínculos que las unen con mutuo conocimiento de los autores de ambos países.

Si el primer elemento de una literatura es la lengua en que se expresa, el segundo y tal vez más importante es el espíritu general que en ella domina. Respecto á la lengua, sería infundado negar que al pasar del pueblo que la produjo á otro en que se adopte, sufre notables modificaciones, ajenas al primero, que vienen á formar como un nuevo dialecto de los que aparecen entrados ya en su virilidad los idiomas, no de los que preparan, cuando comienzan á formarse y ántes de que se fijen, su primitiva fisonomía. El castellano americano admite, no sólo palabras, sino frases y maneras de construir de que no nos dá cuenta la Academia; y si la poesía goza siem-

pre de más libertad que la prosa, claro es que la diferencia es aún mayor entre el estilo poético de la metrópoli y el de las antiguas colonias. Poco importan para las modificaciones de las lenguas las palabras nuevas; lo que contribuye á desfigurarlas es la nueva sintáxis, y si es imposible paralizar en los vasos la circulacion de la sangre sin que se arriesgue la vida, no lo es ménos contener el curso de la existencia y de la transformacion local en los idiomas. Pueden inspirarse los dialectos, sobre todo en los buenos autores, en las antiguas gramáticas y en los modelos que se dicen clásicos; pero sabido es que no se respeta el clasicismo de las modernas literaturas, como el de las lenguas latina y griega. Véase cómo lo respeta la gramática de Bello, quien sin dejar de prestar un tributo de admiracion á nuestros modelos del décimosexto siglo, aprecia en lo que realmente valen las diferencias entre el castellano peninsular y el de América; véase también cómo las entendia Barralt, autor venezolano, en su notable *Diccionario de Galicismos*. Los escritores mexicanos, cuyas obras contiene el presente volumen, con educacion más ó ménos clásica, han gozado de toda la independencia que permite el uso de su país; más á pesar de esta circunstancia, no advertirán los españoles que lean sus poesías desmedida licencia en su sintáxis. Quien compare la presente coleccion del Sr. Peza con la

que publicó en Leipzig años pasados la señorita Ana Witstein, que apenas se ocupó de los poetas mexicanos, dedicando casi todo el libro á los vates de la América del Sur, no encontrará en aquellos tanta licencia en la expresión como en el caraqueño Abigail Lozano, ni tanta como en muchos de los poetas cubanos, cuyas relaciones con la península son, sin comparación alguna, más íntimas y frecuentes. Conviene que así lo adviertan nuestros lectores para que juzguen del estado de la instrucción en la República mexicana por la forma que dan á sus producciones los más privilegiados ingenios.

Cumple á nuestro propósito manifestar que la colección del Sr. Peza no comprende obras anteriores al presente siglo y que se dedica á la generación literaria que aun vive y todavía estudia los múltiples secretos del divino arte de la poesía; cúmplenos también decir que en su país hubiera escogido y publicado muchas obras más selectas que algunas de las que se ofrecen, pero á tanta distancia de la patria esto era absolutamente imposible. Dedicar largas horas á la lectura de periódicos y revistas, desechar cuando era preciso las obras del amigo de la infancia por adoptar tal vez las del adversario científico ó político, renunciar á todo espíritu de sistema para merecer elogios, tanto en el concepto de mexicano amante de su país, como en el de literato y crítico

del más depurado gusto; lie aquí la improba tarea del Sr. Peza, que pocos emprenderian y ménos aún podrian llevar á feliz término. Dichosamente para el colector, ha encontrado poderosos estímulos para la publicación en los literatos peninsulares, y en el señor Corona, representante dignísimo de la República en Madrid, y en el Dr. Hajar y Haro, primer secretario de la legación, cuanto cabe para el mejor éxito de su empresa. Ambos diplomáticos serán desde hoy más y más beneméritos de la patria por haber unido sus nombres á la publicación de LA LIRA MEXICANA, libro que no se olvidará tan pronto, así lo creemos, en España ni en América.

Difícilísimo sería nuestro, por otra parte, agradable trabajo, si hubiéramos de terminarlo como crítico, por ser tantos y tan distintos los géneros de poesía que comprende la colección, si bien todos animados del espíritu de la moderna poesía, bastante clásicos algunos para que no se olviden al juzgarlos como se debe los cánones de los antiguos preceptistas. No pocos nombres de la Lira pueden aspirar al hermoso dictado de poetas y de predilectos hijos de Apolo; tanto los que se inspiran en la fé de sus mayores, como los que dejan entrar en su corazón algun átomo de las dudas que como un título de gloria presentan algunas inteligencias de nuestro siglo, así los que tuvieron esmerada educación literaria, como

los que, hijos de la naturaleza más que del arte, dan rienda suelta á la imaginacion y no se arroban con la contemplacion de los antiguos modelos. América no tiene como el antiguo mundo monumentos de la misma raza que hoy forma el nervio de su poblacion; sus antiguos bardos le son desconocidos; lo que entre nosotros se llama clasicismo es una imitacion en que no incurrirán los vates americanos hablando otra lengua, profesando ya distinta religion y estando animados de otro espíritu que los indígenas; sus tradiciones son europeas, su clasicismo tendrá que ser griego ó romano, y por más que tengan intérpretes de la antigüedad como el obispo Montes de Oca, las verdaderas antigüedades de México serán los usos y las costumbres importados por los conquistadores. El espíritu europeo de América es el moderno, el de la sociedad española, en que ya se han reflejado sucesivamente el renacimiento del siglo xv, la poderosa unidad nacional del xvi, el desarrollo científico del xvii, el filosófico del xviii y el social del xix, todos ellos penetrados de la revolucion política que ha creado las nuevas nacionalidades, sin alcanzar á destruir completamente la antigua familia. Todos los géneros literarios á que ha dado impulso la revolucion, aparecerán necesariamente en América; la historia con Funes, con Baralt, con Mitre, con Alman; la sátira, la novela política y de costumbres, con

célebres representantes al Norte y al Sur, y no menos notables ensayos de derecho internacional y de estadística. Pero la poesía descriptiva de la verdadera naturaleza americana; pero la pintura del desierto, de la pampa, de la sierra, de uno y otro mar que rinden párias al nuevo continente; pero la descripción de la lucha de razas y de religiones que entre sí se combaten como las tinieblas de la noche y la indecisa claridad del día, esos géneros, como confiesan los argentinos Echeverría y Magariños, no han tenido el vigoroso desarrollo que los estudios anteriormente indicados. Humboldt nos habla de un papagayo que habia conservado restos de un dialecto perdido, porque habia desaparecido la tribu que lo hablaba; aún más que esto ha perdido la generacion actual de escritores americanos, ni de tanto dispone para recordar los precedentes de civilizaciones para siempre muertas y de creaciones literarias hundidas en perpetuo olvido.

Quédales, sin embargo, la misma naturaleza que inspiró á esos desconocidos cantores, aztecas ó quichúas, caribes ó guaraníes, llanuras infinitas, sierras de no medida elevacion, rios que son mares, faunas y floras, que soñadas se antojan á los europeos, volcanes que no duermen como los de Europa y que parecen tan jóvenes como todo el continente, y todavía pueden contemplar los americanos, como Canu-

to de Inglaterra las olas que cercaban su trono de rey en las islas británicas, las oleadas de pueblos europeos que buscan trabajo y no conquistas, y entre los acontecimientos de la historia registran dictaduras como las de Francia y Rosas, libertadores de pueblos como Bolívar, Juárez, San Martín y Lavalle, anales en suma cuya variedad y grandeza compiten con las de su territorio. Para todos los géneros de poesía, épica, dramática y lírica, escenas admirables y un teatro de gigantescas proporciones; para todos los sentimientos humanos fuentes de inspiración nada inferiores á las que presentó la ciudad griega y aún á las mismas de la *urbs* romana. Las persecuciones políticas han producido ya poetas tan elocuentes como Marmol, que viviendo bajo la dominación de un nuevo Nerón, no es inferior en mérito á nuestro compatriota Lucano; los triunfos de la libertad han puesto en boca de los admiradores de Bolívar acentos dignos de Alfieri ó de Manzoni. Léase en la presente colección el canto al general Zaragoza, y se oirá á todo un pueblo, no sólo á un poeta, ensalzar las glorias de los que adquirieron eterna vida en la historia, ofreciendo su existencia en aras de la patria.

Si queremos estudiar en la poesía americana las reminiscencias del verdadero clasicismo y ver cómo los descendientes de los Leones y Herreras copian el libro por excelencia, la *Biblia*, que tiene verdades

para todas las épocas y acentos para todas las glorias y para todos los dolores, leamos en la *Cena de Baltasar*, por Carpio, una de las mejores obras de que puede gloriarse la poesía castellana. No la desdeñaría el cantor de Lepanto, aquél que de Dios y con Dios hablaba, aquél que parafraseaba la *Biblia* como nadie entre los modernos cantores. «Carpio, dice Arroniz en su *Manual de Biografía Mexicana*, es un modelo que deben estudiar nuestros jóvenes poetas, y estamos seguros de los benéficos frutos que de tan útil estudio llegarán á recoger. Esta opinión es tanto más franca de nuestra parte, cuanto que sus ideas disienten de nuestra conciencia literaria, pues lo creemos partidario acérrimo de la escuela clásica, é idólatra de Homero, Horacio, León, Corneille, y nosotros, al contrario, somos cosmopolitas, pues nos extasiamos también con el poeta de la inteligencia, Goethe, con el de corazón y duda, Byron, y con las contemplaciones religiosas de Lamartine.» Uno de los más renombrados poetas de la República, Pesado, publicó en 1849 las poesías, que valdrán sin duda á Carpio brillante y perdurable fama.

Entre las sagradas, vuelve á decir Arroniz, damos la preferencia á la que lleva por título *Castigo de Faraon*, en la que resaltan admirables rasgos descriptivos; entre las religiosas, llamamos la atención sobre el *Camino del Gólgota* y la *Virgen al pié de la*

*Cruz*, por su unción, sencillez y hermosura. En la que el poeta consagró á su patria campean el patriotismo puro del autor y la grandeza de la naturaleza, y en la composición *Á la Luna* se respira ese aire de desolación, se palpan esas escenas de ruina, se piensa en los recuerdos de esplendor pasado y se aplaude al poeta. Sus sonetos, como dice muy bien otro vate, son una verdadera galería de cuadros que se miran y se vuelven á mirar siempre con nuevo gusto. Carpio muestra un gran fondo de instrucción en ciencias y en literatura y cuán familiares le son los autores clásicos. ¡Ojalá que su docta é inspirada musa siga enriqueciendo nuestro museo literario con los tesoros de su ingenio!»

La comparación aquilata el mérito del escritor, y ningún crisol como este cotejo para conocer el metal y la liga. (1) Carpio ha tratado los mismos asuntos que Byron y Manzoni, comparemoslos. Como aquel cantó la *Cena de Baltasar*, en que se derrumba un trono, como éste *El doloroso crepúsculo de Santa Elena*, en que muere un monarca, no de raza de reyes, pero sí de géneos. Carpio no era el poeta de la duda como Byron, lo era de la fé como el cantor del *Cinque di Maggio*; pero tuvo mejor elección que ambos, porque Manzoni hubiera podido tratar mejor que By-

(1) Voltaire Dict. Phil. art. Rochester et Waller.

ron un asunto religioso y Byron mejor que Manzoni los últimos instantes del gran enemigo de Inglaterra. Carpio tenía en su lira cuerdas para los dos cantares, ayes para el mártir de la lujuria y para la víctima de la soberbia, asuntos uno y otro de moral religiosa y de moral filosófica, y á un mismo tiempo humanos y divinos. ¿Qué importaba á Byron, que se reía de las luces de la fé, la simbólica oscuridad de la mano que trazaba en el corazón de Baltasar, más que en el muro, las fatídicas palabras *Mane, Thecel, Phares?* ¿Qué decían á Manzoni las desgracias del Rey y libertador de Italia, no su enemigo, en comparación de los misterios del Cristianismo que ensalzara en odas inmortales? Razon más para ceñir con laureles inmarcesibles las frentes de Byron y de Manzoni, para admirarlos en géneros que eran poco compatibles con su vocación literaria y aún con su vocación religiosa, razon más para loar en Carpio al feliz poseedor de tan opuestas prendas.

Propusose más que nada Byron trocar en arrebatadoras melodías los roncos sonidos de la lira británica, no de otra suerte que Moore, músico al ser poeta y poeta al ser músico, escribiendo su poema de *Baltasar*, no una lección de religion y moral, no un anatema del libertinaje. Lector de la *Biblia*, ménos que ningún otro protestante, lo era, sin embargo, para encontrar en ella la duda, como sus correligionarios

encuentran todo lo que les parece; Carpio era religioso, á prueba de sus profundos estudios en medicina y ciencias naturales; Carpio se proponía enseñar y con la fe del católico declamar, sin separarse de la *Biblia*, contra la corrupcion de las costumbres. También él había visto derrocarse un gran trono; Byron veía en el zénit el sol de su pátria y murió viendo despuntar sobre las cumbres de la Hélade un trono y un pueblo nuevos. Carpio era clásico; romántico Byron: no podía entrar con más desventajas en la lid con el vate mexicano, sea esto dicho en desagravio á los manes del gran cantor de Sevilla y de Venecia. Léanse ahora los dos poemas, y aunque se conceda lo que se quiera á la diferencia de metros y de estilos, de sistemas y de circunstancias, ¿dónde se halla en Byron la magnífica descripción del ejército sitiador que respira fuego y la del lúbrico banquete donde todo estaba impregnado de aromas y de lascivia? En sentir del que tiene fe, son bastantes los ratones para destruir los arcos de Sennacherib; para el que no la tiene, los imperios caen porque ha de renovarse la historia, porque hay para los imperios días y noches, como para la naturaleza la luz y las tinieblas.

No, para el que no tiene fe, siquiera perezca luchando por un pueblo que no conoce, siquiera delire por los restos de la antigüedad y maldiga á Lor Elgin con los acentos de la antigua *pithia*, es más temible el

ejército sitiador que las pasiones que cercan y rinden y aherrajan el alma; para el poeta católico no es *Ciro*, es el vicio quien mina los tronos; no es la ley de la historia, sino ley de la Providencia la que les señala término. *Dominus mortificat et vivificat, deducit ad inferos et reducit*. Examinando lo íntimo de su alma encuentra á Dios y dice: *Si ascendero in cælum, hic es, si descendero in infernum ades*. Y contempla los muros y las guardas de la embriagada ciudad y exclama: *Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*. Todo esto lo sabía Carpio; Byron olvidaba todo esto. *Ciro* no se mueve en la obra de Carpio; Dios le ha de conducir por la diestra á ser Rey y á ser conquistador, y la mano está ocupada todavía en trazar la fatídica leyenda. El *Ciro* de Byron lo es todo, poco y tal vez nada la profanación del festín; ¿qué más daban los vasos del templo de Jerusalem que el cráneo que otra vez cantó Byron, queriendo beber en él como sus rudos progenitores germánicos, como el lombardo *Albuino*? Y no se crea que el misticismo de Carpio no le deja conocer los atractivos y señuelos del placer; los describe como quien los conoce, pero los trata como quien los desprecia. Y cuando introduce al profeta en el festín, ¿no lo hace de otra suerte que Byron? La prudencia humana, que habla por boca de la divina sabiduría, cede su puesto en Byron á la predicción puramente

humana, que podría sacarse del tesoro de la experiencia. Carpio era de la familia de Elías, que veía al Señor no siempre entre el fuego ni entre la conmoción siempre; Byron era de otra familia, de la de los profetas de Baal, que dudaban de la asistencia divina para conseguir la lluvia, y creían lograrla, ó fingían creerlo, con grandes alaridos.

Un soneto ha dedicado Carpio á Napoleon; América debe al capitán del siglo XIX ménos males y ménos bienes que Europa; más adviértase que dicho soneto envuelve la misma idea, desarrolla el mismo argumento que el *Cinco de Mayo* de Manzoni. Este, sin embargo, le canta en una forma nueva, y en nueva rima, despliega un gran lienzo histórico; se refiere á las grandezas del pasado, se detiene al caer la tarde en referir los pensamientos que asaltan al conquistador caído; figúrasele ver al águila registrando desde su alto nido los huesos de las víctimas amontonadas en la llanura; Carpio usa la más clásica de las formas poéticas, el soneto; la ménos propia para el análisis, la mejor para la síntesis; y si al preparar la composición de Baltasar tenía indisputables ventajas sobre Byron, aquí las tiene indisputables Manzoni sobre el poeta mexicano. Sin embargo, desprendámonos de la preocupacion con que todos leemos el *Cinco de Mayo*, que empezamos á saborear desde la infancia, y dígase si en unas cuantas pince-

ladas no logró encerrar todas las bellezas del poeta italiano. Bástanle á Carpio dos versos para pintar la grandeza, y si dedica más á la ruina del conquistador, es porque las letras, en quien merece manejarlas, en poder del génio, son siempre cortesanas de la desgracia. Razon tenía el crítico citado por Arroniz al decir que los sonetos de Carpio forman una galería de inestimables cuadros históricos. Y en verdad que mejor destino, iniciado por nuestros poetas castellanos, no podía desear el soneto, harto ya de cantar amores y hastiado de ternezas con Petrarca y hasta con Herrera, que tanto puede un génio como el primero, formando escuela, más por imitación que por convencimiento en sus imitadores.

Despidámonos de los cantores históricos. La poesía histórica por excelencia es la épica, y el mejor sitio donde puede reposar es bajo la almohada de Alejandro el de Macedonia. Si acaso los poetas americanos quieren cultivarla, tomen, como el neo-granadino Arboleya en los tiempos de la reconquista, asuntos parecidos á las luchas de los Titanes; España no ha emprendido ese trabajo; obra suya fué; pero aún espera que peninsulares ó americanos la presenten con toda su grandeza, obra de Homero que ántes hasta siete pátrias se disputaban y hoy no puede reivindicar ninguna.

Pasemos á la escuela veneciana del arte poética,

pues tal nombre merece la de los Flores, Cuencas y Altamiranos. *Ut pictura poesis*, parece que hay cuadros que cantan, y la verdad es que hay poesías que pintan. Privilegio fué de la ciudad de las lagunas de oscuro aspecto y de más tenebrosa historia, esa magia del color que sus obras pictóricas presentan, y de nuestra raza emplear esos mismos tintes expresando los más delicados matices del sentimiento. Cuenta el buen Nierembeg que, pensando un asceta en las delicias de la eterna vida, creyó, como algunos modernos racionalistas—que por algo los artistas de la Edad Media esculpian algún diablo en las sillerías de los coros—que una existencia de perpétua felicidad y que mirase sólo á un bien, debiera ser algún tanto monótona, y que Dios, para desengañarle, llevó al monje á la huerta, donde estuvo larguísimo tiempo arrobado con el trinar de un pajarillo, que sobre frondosa copa de árbol anidaba, y que, vuelto del éxtasis, halló destruido el monasterio, á cuyos nuevos y desconocidos habitantes hubo de referir cómo un bien y el deleite del bien, aún no cambiando, llenan de perdurable contento las almas. Espíritus sencillos, almas ingénnas, ojos que no ven luz sin vivísimos colores, orifices y joyeros de la palabra Altamirano, Flores y Cuenca, parece que tuvieron delante de sí para ofrecer á la poesía como á gentil Margarita el estuche de alhajas que se ofreció á su

amante por el doctor Fausto. Ante la feliz naturaleza de América pudieron cultivar ese género descriptivo que ha inmortalizado á Delille y á Thompson y que cautiva nuestra admiración para el cantor de las Geórgicas. La mañana no luce más sobre la mal despierta tierra que como le pareció á Cuenca, pintando y no cantando. Es imposible reunir más imágenes en menos líneas, ni pasar del lánguido amanecer al día que llama al trabajo con más tiernos sentimientos que los del poeta, cuando también la vida y el calor y el peso del día quieren que ejercite sus fuerzas. Si entramos en un bosque con Altamirano, ¡qué deliciosa es allí la permanencia y qué triste la salida! Hablar de amor como Altamirano y Flores, reservado está sin duda á los que, dejando los trillados caminos de la imitación, que á pocos pasos ya no presentan flores sobre los tallos, sacan de lo íntimo del corazón las notas que parecen salir del arpa. Ah ¡que no se puede amar así, donde la naturaleza se halla tan desfigurada, y si así podemos decirlo, tan pervertida como en Europa! No así amaban Propercio ni Ovidio, cuyos acordes en el festín de Baltasar quizá no hubieran desentonado; ni así amaba Petrarca, ni los conceptistas italianos, ni todos los que tal desgracia sientan donde la civilización haya tocado en los últimos límites del refinamiento y de lo que mal se llama cultura. Amar y

expresar el amor como lo permite aquel perdido estado social, é interesar al mismo tiempo el corazón más gastado, propio es de grandes maestros, á quienes preciso es perdonar por lo que vale el color alguna ligera incorrección en lo que se refiere al dibujo. Demos también al sentimiento cristiano una parte, y no se lo lleve todo la naciente civilización, y digamos á los que amaron como Marina, la compañera de Cortés, que reconozcan algún elemento de la antigua cultura, siquiera en el sentimiento religioso que debieron, como su gallarda compatriota, á la influencia de los descubridores.

Pero aún debe aparecer en escena la poesía filosófica: después de los campos de batalla y de los festines, después del bosque sombrío y de la extensísima llanura, bueno es que aparezca el anatómico anfiteatro. (1) Venga un poeta naturalista y realista, manejando á la par la lira y el escarpelo, y dándonos con ellos á conocer lo que vale tanto como Ereilla, cuando dejaba la espada por la pluma. La poesía cantó siempre la vida y también canta la inmortalidad; pero ante la muerte casi siempre enmudece. No así el bardo mexicano, en quien algo pitagórico y algo espiritista se descubre. ¿Se extasia ante la materia ó ante el espíritu, parecenle una misma cosa?

(1) Nos referimos á la preciosa composición de Acuña. — *Ante un cadáver.*

Si canta la materia, ¿no parece que han tocado sus labios el áscua que abrasó los de Isaias, para demostrarnos, contra lo mismo que se proponía, que si la materia no se destruye, que si pasa como el Dante de círculo en círculo, jamás se hace espíritu, jamás infinita, nunca poesía, nunca inteligencia, virtud, grandeza semi-divina, poco menor, como dice el Rey Profeta, que la misma naturaleza de los ángeles? Enhorabuena que lo primero suceda, demuéstralo la ciencia; pero el mismo genio del poeta nos prueba que la materia por nada deja de serlo, y que jamás puede producir tan grandes creaciones. Materialista es quien piensa que la materia no perece, y materialista en muchas vidas quien lo es como el poeta citado, á diferencia de otros que sólo son materialistas en una. Pero espiritualista es á pesar suyo el que presta al último átomo desprendido de la materia, á ese rezagado hijo de la podredumbre del sepulcro, esas alas de insecto con que susurra al oído del objeto de su amor, esas palabras de otro mundo y esos largos y tristes ósculos con que viene á favorecerle durante el sueño. ¿Quién hace á esa materia serlo y no serlo, y quien dió al poeta ideas tan sublimes, palabras tan bellas en medio de la hediondez del anfiteatro? Confiéselo ó no, debe aquellas y estas el materialista cantor á la influencia de aquella religión que repite las palabras de Job y las hace suyas: *Putredini dixi:*

*mater mea es, et frater et soror mea vermis.* La belleza que es de Dios, es por donacion suya del espíritu donde quiera que la veamos; la verdad es de Dios y no de la ciencia, (1) y espiritualista es el pensamiento del doctor mexicano, como lo es la idea del alma, que en su primitivo origen quiere decir mariposa de brillantes colores, céfiro de suave aliento, y es porque nuestras lenguas humanas, formadas como nosotros mismos de barro, manifiestan lo que son en su letra y lo que quieren y deben ser solo en el momento que esta letra siente sobre sí el ósculo amoroso del espíritu (2). El poeta mexicano no quiso ver la misteriosa Psiche que le requebraba, no la vió y apartó de los ojos la luz con que se le aparecía, ¿y quién sabe si perdió su amor, como la heroína de la fábula lo perdió por lo contrario, esto es, por querer ver á su galán, el fabuloso Cupido?

Nos falta espacio, y de seguro no contamos con fuerzas para juzgar las restantes joyas literarias engarzadas en su coleccion por nuestro cariñoso amigo el Sr. Peza (3), honrámonos y mucho con dejar estampado en este libro nuestro humilde nombre; americanos como somos de ascendencia y de corazón, y

(1) *Veritas autem ubicumque est Domini hostri est.* (S. Agustin. De doct. Christ. II, 14.)

(2) «NATO A FORMAR L'ANGELICA FARFALLA» — DANTE.

(3) Aprovechamos esta ocasion para ofrecer á la prensa mexicana, á *La Nacion*, de Buenos-Aires, y á nuestro amigo el Dr. Lopez de Morrelle, el testimonio de gratitud que debemos á su honroso recuerdo de nuestras obras.

amantes de aquella tierra tanto como de la nuestra, damos un parabien á la de Moctezuma y Nezahualcoyotl por contar entre sus hijos á los poetas con esta publicacion laureados y al que tan dignamente los introduce como el Sr. Peza en esta reunion de familia que forman los escritores españoles, en América ó en la Península nacidos; y por si no logramos visitar alguna vez ese nuevo continente, que es el Canaan de nuestros deseos, contentámonos al ménos con haberlos expresado dos veces, y ámbas refiriéndonos á cosas mexicanas, dando á conocer á los españoles joyas de aquella tierra del oro y de la plata que todavia se presenta con el rubor de la virgen ante las aras de esta anciana y desgraciada madre España, ofreciéndole las primicias de su literatura, con blanco velo de hermosa desposada, y más hermosa con las nativas galas de su país que las naciones europeas que arrastran oro y seda y cuentan larga genealogía de antecesores y que no van como la Eva de Milton y de Flores á cantar los primeros amores y las cuitas de su feliz juventud, sino como la Reina de Sabá, á proponer enigmas á Salomon, lleno de ciencia y de corrupcion, en áureo trono que sus predecesores ocuparon durante larga série de siglos.

Dr. Antonio Balbín de Unquera.

Madrid, 6 de Marzo de 1870.

Altamirano (Ignacio Manuel)

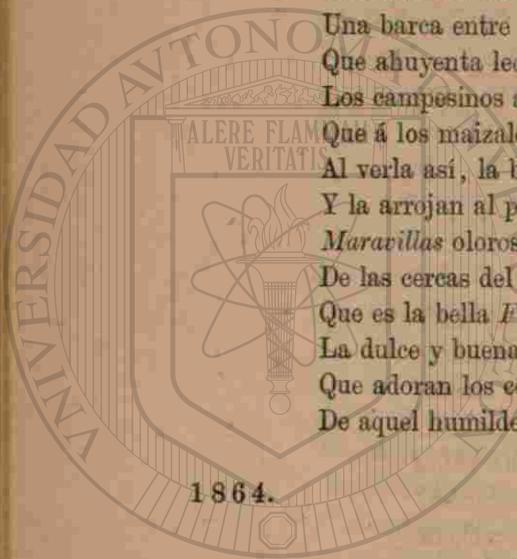
FLOR DEL ALBA

Las montañas del Oriente  
 La luna traspuso ya,  
 El gran lucero del alba  
 Mirase apenas brillar  
 Al traves de los nacientes  
 Rayos de luz matinal;  
 Bajo su manto de niebla  
 Gime soñoliento el mar,  
 Y el céfiro en las praderas  
 Tibio despertando va.  
 De la sonrosada aurora  
 Con la dulce claridad,  
 Todo se anima y se mueve,  
 Todo se siente agitar:  
 El águila allá en las rocas  
 Con fiereza y majestad  
 Erguida ve el horizonte  
 Por donde el sol nacerá;  
 Mientras que el tigre gallardo  
 Y el receloso jaguar

Se alejan buscando asilo  
 Del bosque en la oscuridad.  
 Los alciones en bandadas  
 Rasgando los aires van,  
 Y el *madrugador* comienza  
 Las aves á despertar:  
 Aquí salta en las caobas  
 El pomposo *cardenal*,  
 Y alegres los *guacamayos*  
 Aparecen más allá.  
 El *aní* canta en los mangles,  
 En el ébano el *turpial*,  
 El *centzonlí* entre las ceibas,  
 La alondra en el arrayan,  
 En los maizales el tordo  
 Y el mirlo en el arrozal.  
 Desde su trono la orquídea  
 Vierte de aroma un raudal,  
 Con su guirnalda de nieve  
 Se corona el *guayacan*,  
 Abre el algodón sus rosas,  
 El ilamo su azahar,  
 Mientras que lluvia de aljófar  
 Se ostenta en el cafetal,  
 Y el nelumbio en los remansos  
 Se inclina el agua á besar.  
 Allá en la cabaña humilde  
 Turban del sueño la paz  
 En que el labriego reposa,  
 Los gallos con su cantar;  
 El anciano á la familia  
 Despierta con tierno afán,

Y la campana del *Barrio*  
 Invita al cristiano á orar.  
 Entónces, niña hechicera,  
 De la choza en el umbral  
 Asoma, que *Flor del alba*  
 La gente ha dado en llamar.  
 El candor del cielo tiñe  
 Su semblante virginal,  
 Y la luz de la modestia  
 Resplandece en su mirar.  
 Alta, gallarda y apenas  
 Quince abrilés contará,  
 De azabache es su cabello,  
 Sus labios bermejos, más  
 Que las flores del granado  
 La púrpura y el coral;  
 Si sonrien, blancas perlas  
 Menudas hacen brillar.  
 Ya sale airosa, llevando  
 El cántaro en el *yagual*,  
 Sobre la erguida cabeza  
 Que apenas mueve al andar;  
 Cruza el sendero de mirtos  
 Y cabe un cañaveral,  
 Donde hay una cruz antigua,  
 Bajo el techo de un palmar,  
 Plantada sobre las peñas  
 Musgosas de un manantial,  
 Arrodillada la niña  
 Humilde se pone á orar,  
 Al arroyuelo mezclando  
 Sus lágrimas de piedad.

Luego sube á la colina  
 Desde donde se vé el mar,  
 Y allí con mirada inquieta,  
 Buscando afanosa está  
 Una barca entre las brumas  
 Que ahuyenta ledo el terral;  
 Los campesinos alegres  
 Que á los maizales se van,  
 Al verla así, la bendicen,  
 Y la arrojan al pasar  
*Maravillas olorosas*  
 De las cercas del *bajial*,  
 Que es la bella *Flor del alba*,  
 La dulce y buena deidad  
 Que adoran los corazones  
 De aquel humilde lugar.



## LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente  
 Los primeros resplandores,  
 Dorando las altas cimas  
 De los encumbrados montes.  
 Las neblinas de los valles  
 Hacia las alturas corren,  
 Y de las rocas se cuelgan  
 Ó en las cañadas se esconden.  
 En áscuas de oro convierten  
 Del astro-rey los fulgores,  
 Del mar que duerme tranquilo  
 Las mansas ondas salobres.  
 Sus hilos tiende el rocío  
 De diamantes tembladores,  
 En la alfombra de los prados  
 Y en el manto de los bosques.  
 Sobre la verde ladera  
 Que esmaltan gallardas flores,  
 Elevan su frente altiva  
 Los enhiestos girasoles,

Y las caléndulas rojas  
 Vierten al pié sus olores.  
 Las amarillas retamas  
 Visten las colinas, donde  
 Se ocultan pardas y alegres  
 Las chozas de los pastores.  
 Purpúrea el agua del río  
 Lame de esmeralda el borde,  
 Que con sus hojas encubren  
 Los plátanos cimbradores;  
 Mientras que allá en la montaña,  
 Flotando en la peña enorme,  
 La cascada se reviste  
 Del iris con los colores.  
 El ganado en las llanuras  
 Trisca alegre, salta y corre;  
 Cantan las aves, y zumban  
 Mil insectos bullidores  
 Que el rayo del sol anima,  
 Que pronto mata la noche.  
 En tanto el sol se levanta  
 Sobre el lejano horizonte,  
 Bajo la bóveda limpia  
 De un cielo sereno... Entonces  
 Sus fatigosas tareas  
 Suspenden los labradores,  
 Y un santo respeto embarga  
 Sus sencillos corazones.  
 En el valle, en la floresta,  
 En el mar, en todo el orbe  
 Se escuchan himnos sagrados,  
 Misteriosas oraciones;

Porque el mundo en esta hora  
 Es altar inmenso, en donde  
 La gratitud de los séres  
 Su tierno holocausto pone;  
 Y Dios, que todos los días  
 Ofrenda tan santa acoge,  
 La enciende del Sol que nace  
 Con los puros resplandores.

1863.

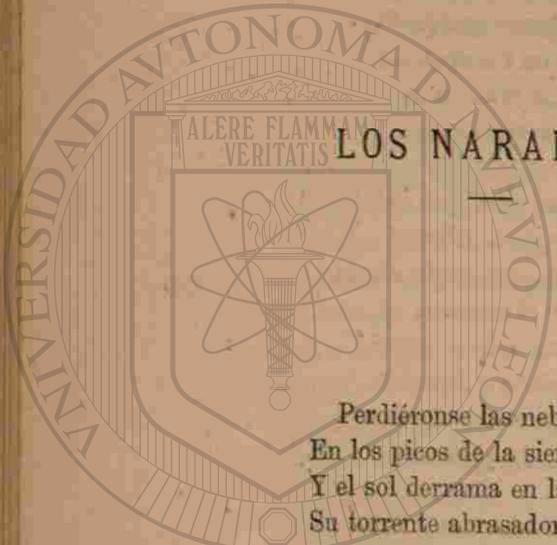


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS




 LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas  
 En los picos de la sierra,  
 Y el sol derrama en la tierra  
 Su torrente abrasador.  
 Y se derriten las perlas  
 Del argentado rocío,  
 En las adelfas del río  
 Y en los naranjos en flor.

Del *mamey* el duro tronco  
 Picotea el *carpintero*,  
 Y en el frondoso *manguero*  
 Canta su amor el *turpial*;  
 Y buscan miel las abejas  
 En las piñas olorosas,  
 Y pueblan las mariposas  
 El florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,  
 Sal de la onda bullidora;  
 Desde que alumbró la aurora  
 Juguetas loca allí.

¿Acaso el genio que habita  
 De ese río en los cristales,  
 Te brinda delicias tales  
 Que lo prefieres á mí?

¡Ingrata! ¿por qué riendo  
 Te apartas de la ribera?  
 Ven pronto, que ya te espera  
 Palpitando el corazón.  
 ¿No ves que todo se agita,  
 Todo despierta y florece?  
 ¿No ves que todo enardece  
 Mi deseo y mi pasión?

En los verdes tamarindos  
 Se requiebran las palomas,  
 Y en el nardo los aromas  
 A beber las brisas van.  
 ¿Tu corazón, por ventura,  
 Esa sed de amor no siente,  
 Que así se muestra inclemente  
 A mi dulce y tierno afán?

¡Ah no! perdona, bien mío:  
 Cedes al fin á mi ruego,  
 Y de la pasión el fuego  
 Miro en tus ojos lucir.  
 Ven, que tu amor, virgen bella,

Néctar es para mi alma;  
Sin él, que mi pena calma  
¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes  
Ya tus brazos de mi cuello,  
No ocultes el rostro bello,  
Tímida huyendo de mi.  
Oprimanse nuestros labios  
En un beso eterno, ardiente,  
Y trascurren dulcemente  
Lentas las horas así.

En los verdes tamarindos  
Enmudecen las palomas;  
En los nardos no hay aromas  
Para los ambientes ya.  
Tú languideces; tus ojos  
Ha cerrado la fatiga,  
Y tu seno, dulce amiga,  
Extremeciéndose está.

En la ribera del río  
Todo se agosta y desmaya;  
Las adelfas de la playa  
Se adormecen de calor.  
Voy el reposo á brindarte  
De trébol en esta alfombra,  
A la perfumada sombra  
De los naranjos en flor.

1854.

## LAS ABEJAS

Ya que del cármén en la sombra amiga  
Fuego vertiendo el caluroso estío,  
A buscar un refugio nos obliga  
Cabe el remanso del sereno río;  
Ven, pobre amigo, ven, y descansando  
De la ribera sobre el musgo blando,  
Oirás del labio mío  
Palabras de amistad, consoladoras,  
Que calmarán la bárbara tristeza  
Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,  
Tú, cuyos quietos y dorados días  
Aun alumbraba risueña la esperanza;  
Tú, cuya confianza,  
Inocentes placeres y alegrías,  
Jamás han enturbiado  
Las desgracias impías  
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga  
 Con sus preciosos dones la fortuna,  
 Tú á quien el mundo seductor embriaga  
 Sus flores ofreciendo una por una;  
 Tú á quien la juventud, hermosa maga,  
 Dulcemente convida  
 A disfrutar la dicha tentadora  
 Que en sus ardientes frutos atesora  
 El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto  
 Del débil viejo la mejilla abrase  
 Y que la espina del tenaz quebranto  
 Su congojado corazón traspase.

Tú, joven, ¡á gozar! la sangre hirviente  
 Sientes bullir aún; la vida es bella,  
 Y en sus campos el sol resplandeciente  
 A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? di, ¿por qué inclinabas  
 Callando tristemente,  
 La dolorida frente?  
 ¿A la pérdida acaso recordabas?  
 Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?  
 ¿Por qué llorando de la vil te alejas?  
 ¿Qué ventura has perdido?  
 ¿Qué tesoro escondido  
 En ese corazón perjuro dejas?  
 ¿Por qué cuando en un día,  
 Primera vez miraste  
 De esa traidora la belleza impía,

El terrible fulgor no vislumbraste  
 De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa  
 Abriga esa mujer; vicio temprano,  
 Como á las gentes que en la corte habitan,  
 Ya corrompió su corazón liviano;  
 Si amor á buscar fuiste  
 Entre el pérfido mundo cortesano,  
 Por eso ahora ¡ay triste!  
 Lloras el tiempo que perdiste en vano.  
 ¡Amor allí no existe!

Allí cual frescas, perfumadas rosas,  
 Al corazón se ofrecen las hermosas.  
 ¡Ay de quien su perfume  
 Aspira incauto, y de confianza lleno  
 Pronto en la duda y tedio se consume  
 Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí!..... La dulce niña  
 Cuando asoma el pudor por vez primera  
 En su frente de ángel, y su pecho  
 Sincero amando, palpitar debiera,  
 De infame corrupción con el ejemplo  
 No al sentimiento puro le consagra,  
 Porque del oro le convierte en templo.  
 ¿Qué dicha, qué placeres  
 Esperas tú encontrar de esas mujeres  
 En el vendido seno  
 A los ardores del cariño ajeno,  
 Cuando su impura llama,  
 Si nace, solamente

Al soplo vil del interés se inflama?  
 Huye la corte, amigo, y la ventura  
 Ven á buscar aquí, do la inocencia  
 Te ofrecerá en la flor de la hermosura  
 Un tierno cáliz de sabrosa esencia.  
 Libando su dulzura  
 Cambiará tu existencia;  
 Del tedio sanarás que te aniquila,  
 Y la virtud amando, suavemente  
 Tu vida pasará cual la corriente  
 De ese arroyo tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores  
 De este cámen umbroso y escondido,  
 Afanasas buscando las abejas  
 El néctar delicioso, apetecido?  
 Mira cuál van dejando desdeñosas  
 De su brillo á pesar y su hermosura  
 Las flores venenosas.  
 Ellas buscan quizá las más humildes,  
 Las que ocultas tal vez en la espesura  
 De las agrestes breñas  
 Apenas se distinguen, ó en la oscura  
 Grieta se esconden de las rudas peñas;  
 Ellas no creen que al ostentarse ufanas  
 Aquellas que parecen  
 Con mayor altivez y más colores,  
 Sean también las que ofrecen  
 Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,  
 Pobre insecto, es verdad, pero dotado

Por el pródigo cielo  
 De un instinto sagaz y delicado;  
 Y en el jardín del mundo,  
 Si el néctar de la dicha libar quieres  
 Para endulzar las penas de la vida,  
 Deja la flor pomposa, envanecida  
 Que á la virtud en su soberbia insulta;  
 Busca á la que se oculta  
 Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana  
 Tu corazón sedujo; tú la amaste,  
 Y alimentando tu pasión insana  
 Tu puro corazón envenenaste.  
 Olvidala, y que presto,  
 Ya despertando de tu error funesto,  
 Puedas hallar la miel de los amores  
 De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra  
 Nuestras montañas y risueños prados,  
 La que garbosa con diadema negra  
 De cabellos rizados  
 Su tersa frente candorosa ciñe,  
 Que el alba pura con sus lampos tiñe.  
 La de los grandes y rasgados ojos,  
 La de los frescos labios purpúreos  
 Que rien, mostrando deslumbrantes perlas,  
 La de turgentes hombros y divinos  
 Que la Venus de Gnido envidiaría,  
 Mirala, ¿no enloquece tu alma, joven.  
 Como hace tiempo enloqueció la mía?

¿La faz de tu perjura es comparable,  
 Y su pálida tez marchita y fría  
 Do la salud y la color simula  
 Comprado afeite, con la faz rosada  
 De esta virgen del bosque,  
 Do la sangre purísima circula  
 Con el calor y el aire de los campos,  
 Y con la gran esencia  
 Que en su redor esparce la inocencia?  
 Dime, ¿á apagar su fuego esa mirada  
 Con el ansioso labio no provoca?  
 ¿Quién al verla sonriendo no querría  
 Libar la miel de su encendida boca?  
 ¿Quién no deseara con delirio ciego  
 Estrecharla en sus brazos un instante?  
 ¿Dónde buscar de amor el sacro fuego  
 Sino en su seno blanco y palpitante?  
 ¿Y dónde hallar la dicha que asegura  
 Su fe constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca,  
 Abeja del amor, y no te cuida  
 De los torpes placeres  
 Que te ofrece la corte corrompida,  
 Si el néctar de la dicha libar quieres  
 Para endulzar las penas de la vida.

1854.

## LAS AMAPOLAS

Uror. — TIBULO.

El sol en medio del cielo  
 Derramando fuego está;  
 Las praderas de la costa  
 Se comienzan á abrasar,  
 Y se respira en las ramblas  
 El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,  
 Y en el sombrío manglar  
 Las tórtolas fatigadas  
 Han enmudecido ya;  
 Ni la más ligera brisa  
 Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,  
 Todo callándose va,  
 Y solo de cuando en cuando  
 Ronco, imponente y fugaz,  
 Se oye el lejano bramido  
 De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,  
Entre el verde carrizal,  
Asoma una bella jóven  
De linda y morena faz;  
Siguiéndola va un mancebo  
Que con delirante afán  
Ciñe su ligero talle,  
Y así le comienza á hablar:

— « Ten piedad, hermosa mía,  
Del ardor que me devora,  
Y que está avivando impía  
Con su llama abrasadora  
Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,  
Todo lánguido desmaya,  
Todo gime soñoliento:  
El río, el ave y el viento  
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas  
En los bordes del torrente;  
Mústias se tuercen las rosas,  
Inclinando perezosas  
Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros  
Los floripondios tostados;  
Tibios están los senderos  
En los bosques perfumados  
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas  
De calor desvanecidas,  
Humedecen sus corolas  
En las cristalinas olas  
De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece,  
Yo me abraso de deseos;  
Mi corazón se extremece,  
Y ese sol de Junio acrece  
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mio;  
En busca de sombra vamos  
Al fondo del bosque umbrío,  
Y un paraíso finjamos  
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,  
Al pie de los platanares  
Por el remanso bañado,  
Un lecho te he preparado  
De enhechos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura  
Sobre la espalda morena;  
Muestra la esbelta cintura,  
Y que forme la onda pura  
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;  
Confundamos nuestras almas

En un beso, en un aliento...  
Mientras se juntan las palmas  
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,  
De calor desvanecidas,  
Humedecen sus corolas  
En las cristalinas olas  
De las aguas adormidas. —

Así dice amante el joven,  
Y con lánguido mirar  
Responde la bella niña  
Sonriendo... y nada más.

Entre las palmas se pierden;  
Y del día al declinar,  
Salen del espeso bosque,  
A tiempo que empiezan ya  
Las aves á despertarse  
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde  
Tornando á la vida va;  
Y entre los alegres ruidos,  
Del Sud al sople fugaz,  
Se oye la voz armoniosa  
De los tumbos de la mar.

Junio 1858.



Acuña (Hannel)

NOCTURNO<sup>(1)</sup>

Á ROSARIO

I

Pues bien, yo necesito  
Decirte que te adoro,  
Decirte que te quiero  
Con todo el corazón,  
Que es mucho lo que sufro  
Y mucho lo que lloro,  
Que ya no puedo tanto,  
Y al grito en que te imploro,  
Te imploro y te hablo en nombre  
De mi última ilusión.

(1) Esta composición, hermosísima aunque incorrecta, fué, sino la última, una de las últimas que escribió este poeta ántes de su desgraciada muerte, acaecida á los veintisiete años de su edad y cuando las más lisonjeras esperanzas le reservaban un porvenir de gloria.

En un beso, en un aliento...  
Mientras se juntan las palmas  
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,  
De calor desvanecidas,  
Humedecen sus corolas  
En las cristalinas olas  
De las aguas adormidas. —

Así dice amante el joven,  
Y con lánguido mirar  
Responde la bella niña  
Sonriendo... y nada más.

Entre las palmas se pierden;  
Y del día al declinar,  
Salen del espeso bosque,  
A tiempo que empiezan ya  
Las aves á despertarse  
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde  
Tornando á la vida va;  
Y entre los alegres ruidos,  
Del Sud al sople fugaz,  
Se oye la voz armoniosa  
De los tumbos de la mar.

Junio 1858.



Acuña (Hannel)

NOCTURNO<sup>(1)</sup>

Á ROSARIO

I

Pues bien, yo necesito  
Decirte que te adoro,  
Decirte que te quiero  
Con todo el corazón,  
Que es mucho lo que sufro  
Y mucho lo que lloro,  
Que ya no puedo tanto,  
Y al grito en que te imploro,  
Te imploro y te hablo en nombre  
De mi última ilusión.

(1) Esta composición, hermosísima aunque incorrecta, fué, sino la última, una de las últimas que escribió este poeta ántes de su desgraciada muerte, acaecida á los veintisiete años de su edad y cuando las más lisonjeras esperanzas le reservaban un porvenir de gloria.

## II

Yo quiero que tu sepas  
 Que ya hace muchos días  
 Estoy enfermo y pálido,  
 De tanto no dormir;  
 Que ya se han muerto todas  
 Las esperanzas mías;  
 Que están mis noches negras,  
 Tan negras y sombrías,  
 Que ya no sé ni en dónde  
 Se alzaba el porvenir.

## III

De noche, cuando pongo  
 Mis sienes en la almohada  
 Y hacia otros mundos quiero  
 Mi espíritu volver,  
 Camino mucho, mucho,  
 Y al fin de la jornada,  
 Las formas de mi madre  
 Se pierden en la nada,  
 Y tú de nuevo vuelves  
 En mi alma á aparecer.

## IV

Comprendo que tus besos  
 Jamás han de ser míos,  
 Comprendo que en tus ojos

No me he de ver jamás,  
 Y te amo y en mis locos  
 Y ardientes desvarios,  
 Bendigo tus desdenes,  
 Adoro tus desvios  
 Y en vez de amarte ménos  
 Te quiero mucho más.

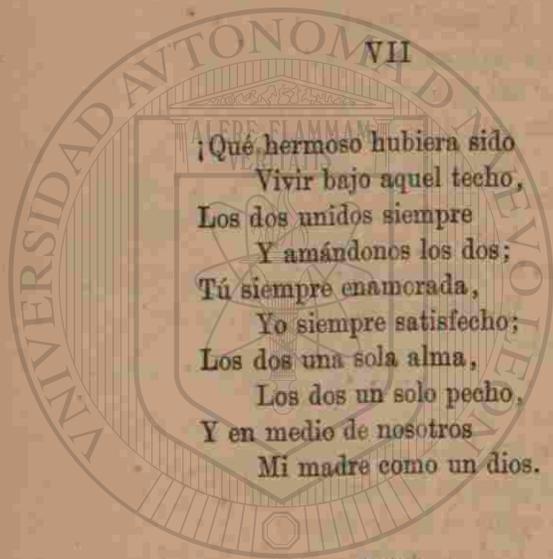
## V

A veces pienso en darte  
 Mi eterna despedida,  
 Borrarte en mis recuerdos  
 Y hundirte en mi pasión;  
 Mas si es en vano todo  
 Y el alma no te olvida,  
 ¿Qué quieres tú que yo haga  
 pedazo de mi vida?  
 ¿Qué quieres tú que yo haga  
 con este corazón?

## VI

Y luego que ya estaba  
 Concluido tu santuario,  
 Tu lámpara encendida,  
 Tu velo en el altar,  
 Chispeando las antorchas,  
 Humeando el incensario,  
 El sol de la mañana

Detrás del campanario,  
Y abierta allá á lo léjos  
La puerta del hogar.



¡Qué hermoso hubiera sido  
Vivir bajo aquel techo,  
Los dos unidos siempre  
Y amándonos los dos;  
Tú siempre enamorada,  
Yo siempre satisfecho;  
Los dos una sola alma,  
Los dos un solo pecho,  
Y en medio de nosotros  
Mi madre como un dios.

## VIII

¡Figúrate qué hermosas,  
Las horas de esa vida!  
¡Qué dulce y bello el viaje  
Por una tierra así!  
Y yo soñaba en eso,  
Mi santa prometida,  
Y al delirar en eso  
Con la alma estremecida,  
Pensaba yo en ser bueno  
Por tí, no más por tí.

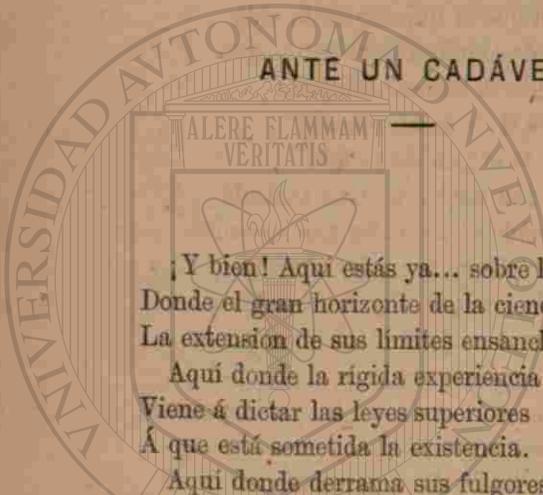
## IX

¡Bien sabe Dios que ese era  
Mi más hermoso sueño,  
Mi afán y mi esperanza,  
Mi dicha y mi placer;  
Bien sabe Dios que en nada  
Cifraba yo mi empeño,  
Sino en amarte mucho  
Bajo el hogar risueño  
Que me envolvió en sus besos  
Cuando me vió nacer.

## X

Esa era mi esperanza.....  
Mas ya que á sus fulgores  
Se opone el hondo abismo  
Que existe entre los dos,  
¡Adios, por la vez última,  
Amor de mis amores,  
La luz de mis tinieblas,  
La esencia de mis flores,  
Mi lira de poeta,  
Mi juventud, adios!

1873.


 ANTE UN CADÁVER

¡Y bien! Aquí estás ya... sobre la plancha  
 Donde el gran horizonte de la ciencia  
 La extensión de sus límites ensancha.  
 Aquí donde la rígida experiencia  
 Viene á dictar las leyes superiores  
 Á que está sometida la existencia.  
 Aquí donde derrama sus fulgores  
 Ese astro á cuya luz desaparece  
 La distinción de esclavos y señores.  
 Aquí donde la fábula enmudece  
 Y la voz de los hechos se levanta  
 Y la superstición se desvanece.  
 Aquí donde la ciencia se adelanta  
 Á leer la solución de ese problema  
 Que sólo al enunciarle nos espanta.  
 Ella que tiene la razón por lema  
 Y que en tus labios escuchar ansía  
 La augusta voz de la verdad suprema.  
 Aquí estás ya... tras de la lucha impía  
 En que romper al cabo conseguiste  
 La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe;  
 Tu máquina vital descansa inerte  
 Y á cumplir con su objeto se resiste.  
 ¡Miseria y nada más! dirán al verte  
 Los que creen que el imperio de la vida  
 Acaba en donde empieza el de la muerte.  
 Y suponiendo tu misión cumplida  
 Se acercarán á ti, y en su mirada  
 Te mandarán la eterna despedida.

Pero no!... tu misión no está acabada,  
 Que ni es la nada el punto en que nacemos  
 Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos  
 Cuando al querer medirla le asignamos  
 La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos  
 Nuestra forma, la forma pasajera  
 Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera  
 Que nuestro ser reviste, ni tampoco  
 Será su última forma cuando muera.

Tú, sin aliento ya, dentro de poco  
 Volverás á la tierra y á su seno  
 Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida, en apariencia, ajeno,  
 El poder de la lluvia y del verano  
 Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,  
 Irás del vegetal á ser testigo  
 En el laboratorio soberano;

Tal vez para volver cambiado en trigo  
 Al triste hogar, donde la triste esposa,

Sin encontrar un pan, sueña contigo.  
 En tanto que las grietas de tu fosa  
 Verán alzarse de su fondo abierto  
 La larva convertida en mariposa,  
 Que en los ensayos de su vuelo incierto,  
 Irá al lecho infeliz de tus amores  
 Á llevarle tus ósculos de muerto.  
 Y en medio de esos cambios interiores,  
 Tu cráneo, lleno de una nueva vida,  
 En vez de pensamientos dará flores.  
 En cuyo caliz brillará escondida  
 La lágrima, tal vez, con que tu amada  
 Acompañó el adiós de tu partida.  
 La tumba es el final de la jornada,  
 Porque en la tumba es donde queda muerta  
 La llama en nuestro espíritu encerrada.  
 Pero en esa mansion á cuya puerta  
 Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento  
 Que de nuevo á la vida nos despierta.  
 Allí acaban la fuerza y el talento,  
 Allí acaban los goces y los males,  
 Y allí acaban la fe y el sentimiento.  
 Allí acaban los lazos terrenales,  
 Y mezclados el sabio y el idiota,  
 Se hunden en la region de los iguales.  
 Pero allí donde el ánimo se agota  
 Y perece la máquina, allí mismo  
 El sér que muere es otro sér que brota.  
 El poderoso y fecundante abismo  
 Del antiguo organismo se apodera,  
 Y forma y hace de él otro organismo.  
 Le abandona á la historia justiciera

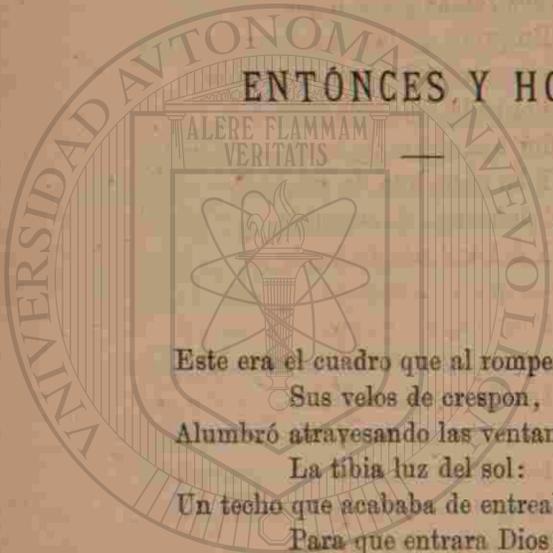
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,  
 De que ese nombre se eternice ó muera.  
 Él recoge la masa únicamente,  
 Y cambiando las formas y el objeto,  
 Se encarga de que viva eternamente.  
 La tumba sólo guarda un esqueleto,  
 Mas la vida en su bóveda mortuoria  
 Prosigue alimentándose en secreto.  
 Que al fin de esta existencia transitoria  
 Á la que tanto nuestro afan se adhiere,  
 La materia, inmortal como la gloria,  
 Cambia de formas, pero nunca muere.

1872.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

®


 ENTÓNCESES Y HOY

Este era el cuadro que al romper la noche  
 Sus velos de crespon,  
 Alumbro atravesando las ventanas  
 La tibia luz del sol:  
 Un techo que acababa de entreabrirse  
 Para que entrara Dios;  
 Una lámpara pálida y humeante  
 Brillando en un rincón;  
 Y entre las almas de los dos esposos,  
 Como un lazo de amor,  
 Una cuna de mimbres con un niño  
 Recien nacido..... *yo!*  
 Posadas sobre la áspera cornisa,  
 Todas de dos en dos,  
 Las golondrinas junto al pardo nido  
 Lanzaban su canción,  
 En tanto que á la puerta de sus jaulas  
 Temblando de dolor,

Mezclaban la torcaza y los *sinsontes*  
 Sus trinos y su voz.  
 La madre selva alzando entre las rejas  
 Su tallo trepador,  
 Enlazaba sus ramos y sus hojas  
 En grata confusión,  
 Formando un cortinaje en el que habia  
 Por cada hoja una flor,  
 En cada flor una gotita de agua  
 Y en cada gota un sol,  
 Reflejo del dulcísimo de entónces  
 Y del doliente de hoy!  
 Mi madre la que vive todavía  
 Puesto que vivo yo,  
 Me arrullaba en sus brazos suspirando  
 De dicha y de emoción;  
 Mientras mi padre en el sencillo exceso  
 De su infinito amor,  
 Me daba las caricias que más tarde  
 La ausencia me robó  
 Y que á la tumba en donde duerme ahora  
 A pagarle aun no voy!..

---

Forma querida del amante ensueño  
 Que embriagaba á los dos,  
 Yo era en aquel hogar y en aquel día  
 De encanto y bendición,  
 Para mi cuna blanca, un inocente;  
 Para el mundo, un dolor,  
 Y para aquellos corazones buenos  
 Un tercer corazón!..  
 De aquellas horas bendecidas, hace  
 Veintitres años hoy...

Y de aquella mañana á esta mañana,  
 De aquel sol á este sol,  
 Mi hogar se ha retirado de mis ojos,  
 Se ha hundido mi ilusion,  
 Y la que tiene al cielo entre sus brazos,  
 La madre de mi amor,  
 Ni viene á despertarme en las mañanas  
 Ni está donde yo estoy!  
 Y en vano trato de que mi arpa rota  
 Module una cancion,  
 Y en vano de que el llanto y sus sollozos  
 Déjen de ahogar mi voz...  
 Que solo y frente á todos los recuerdos  
 De aquel tiempo que huyó,  
 Mi alma es como un santuario en cuyas ruinas  
 Sin lámpara y sin dios,  
 Evoco á la esperanza, y la esperanza  
 Penetra en su interior  
 Como en el fondo de un sepulcro antiguo  
 Las miradas del sol...

Bajo el cielo que extiende la existencia,  
 De la cuna al panteon,  
 En cada corazon palpita un mundo,  
 Y en cada amor un sol...

Bajo el cielo nublado de mi vida  
 Donde esta luz murió,  
 ¿Qué hará este mundo de los sueños míos?  
 ¿Qué hará mi corazon?

1869.

## Altaro (Anselmo)

### FRAGMENTOS

Eres como hermosa,  
 La brillantez del oro más pulido;  
 Y como forma, la mujer más pura  
 Que el cincel del artista haya esculpido

Te miran y te quieren  
 Porque es tu altiva majestad, señora,  
 La esclavitud que en el amor prefieren  
 Los que miran tu faz deslumbradora.

Han de ofrecerte altares  
 É incienso te darán puestos de hinojos,  
 Te ofrecerán cruzar los anchos mares  
 Y mostrar otro mundo ante tus ojos.

Y de aquella mañana á esta mañana,  
 De aquel sol á este sol,  
 Mi hogar se ha retirado de mis ojos,  
 Se ha hundido mi ilusion,  
 Y la que tiene al cielo entre sus brazos,  
 La madre de mi amor,  
 Ni viene á despertarme en las mañanas  
 Ni está donde yo estoy!  
 Y en vano trato de que mi arpa rota  
 Module una cancion,  
 Y en vano de que el llanto y sus sollozos  
 Déjen de ahogar mi voz...  
 Que solo y frente á todos los recuerdos  
 De aquel tiempo que huyó,  
 Mi alma es como un santuario en cuyas ruinas  
 Sin lámpara y sin dios,  
 Evoco á la esperanza, y la esperanza  
 Penetra en su interior  
 Como en el fondo de un sepulcro antiguo  
 Las miradas del sol...

Bajo el cielo que extiende la existencia,  
 De la cuna al panteon,  
 En cada corazon palpita un mundo,  
 Y en cada amor un sol...

Bajo el cielo nublado de mi vida  
 Donde esta luz murió,  
 ¿Qué hará este mundo de los sueños míos?  
 ¿Qué hará mi corazon?

1869.

## Altaro (Anselmo)

### FRAGMENTOS

Eres como hermosa,  
 La brillantez del oro más pulido;  
 Y como forma, la mujer más pura  
 Que el cincel del artista haya esculpido

Te miran y te quieren  
 Porque es tu altiva majestad, señora,  
 La esclavitud que en el amor prefieren  
 Los que miran tu faz deslumbradora.

Han de ofrecerte altares  
 É incienso te darán puestos de hinojos,  
 Te ofrecerán cruzar los anchos mares  
 Y mostrar otro mundo ante tus ojos.

Te darán oro y perlas  
Y un cielo azul que tu camino alfombré,  
Infinito de amor para tenerlas,  
Y un corazón que sin cesar te nombre.

Te amarán tal vez mucho!....  
Pero sumisos á tu ley de amores,  
Como obedezco yo cuando te escucho  
Y como yo te quiero en tus dolores.....

Ninguno ha de quererte  
Con un culto que en mi alma es duradero,  
Como te miro yo ¿quién podrá verte?  
¿Quién sabrá amarte como yo te quiero?

Tus lágrimas ardientes resbalaban  
Por tu semblante pálido y sombrío,  
Y al llegar á tus labios vacilaban  
Como en la abierta flor tiembla el rocío.

¡Llorabas, como flora en la amargura  
Aquel que pierde su tranquila calma:  
Como aquel que en la noche más oscura  
Ve entre las sombras reflejarse el alma!...

Llorabas como el triste caminante  
En un desierto lóbrego y eterno,  
Con el llanto de una alma delirante  
Que en vez de un cielo se encontró un infierno!

Como tú llora el infeliz, me dije;  
Y así también los párias en la vida,  
Los que oyen una voz que les exige  
Marchar por una senda oscurecida.

Quise pensar, y el pensamiento frío  
Llegó hasta tu alma y contempló un desierto...  
Surecáballo tu llanto como un río,  
Bogando en él tu corazón ya muerto.

Como la adelfa roja siempre es triste,  
Y es amarga la esencia de su broche,  
Así en el fondo de tu vida existe  
La soledad envuelta con la noche!.....

De allí han nacido del amor las flores,  
Y de aquel manantial de amargo llanto.  
Brotaron á la luz dulces amores,  
Latió tu pecho al escuchar mi canto.

El beso fué la unión de nuestras almas,  
Y en el desierto inmenso en que nos vimos,  
Son nuestras esperanzas como palmas  
Á cuya sombra con amor vivimos.



Argandar (Alejandro)

MELANCOLÍA

No corren ya las aguas cristalinas  
En donde estuvo mi florida estancia;  
Tampoco brotan del jazmin las flores  
Porque el invierno marchitó la planta.

Ni el rojo lirio ni la flor rastrera,  
Ornan el prado ni la negra tapia:  
Y ya no salta el cabritillo alegre,  
Cual otro tiempo con afán saltaba.

Todo está triste, solitario, umbrío,  
Ni el ruiseñor ni la paloma cantan;  
De aquella parra tan frondosa, un día,  
Los troncos secos en la hoguera se hallan.

¿Recuerdas tú la pobrecilla choza?  
 ¡Palacio régio cuando en ella estabas!  
 Aquella choza convirtióse en ruinas  
 Y anida el cuervo entre sus grietas pardas.

¿Por qué no vienes á alegrar el huerto,  
 Y á darle flor á la marchita rama?  
 Ven, vida mia; que si tú no vienes,  
 Como la choza quedará mi alma.

Contempla el cielo ceniciento y triste  
 Donde la noche tenderá su cauda;  
 Poco ántes tuvo un astro refulgente  
 Que el orbe entero con su luz llenaba.

Así llenabas con tu amor mi vida;  
 Con ese amor que me robó la calma;  
 Nublóse el cielo de la dicha mia  
 Y en mar de dudas naufragó mi barca.

¿Por qué es la vida del amor tan corta,  
 Y sin amor la vida es tan amarga?  
 Tras el rudo combate de este mundo  
 ¿Tan sólo en el sepulcro se descansa?

.....

Bianchi (Alberto G.)

### TUS OJOS

De la noche se acercan sutiles,  
 Impalpables las pálidas sombras,  
 Pero al verlas emanan tus ojos  
 La luz de la aurora.

Y la noche callada y oscura  
 Que los tristes recuerdos evoca,  
 En un día de gratos fulgores  
 Tus ojos le tornan.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL BOTON DE ROSA

Ya marchito, sus colores,  
No ha de volver á lucir,  
Por ley triste han de morir  
Marchitas todas las flores.

Flor que conmigo vivió  
Justo es que muerta la guarde...  
Por ella besé una tarde  
La mano que me la dió.

Yo la ví sobre su pecho  
Ricas galas ostentar,  
Y hoy muerta ¿podré dejar  
Sus despojos, satisfecho?

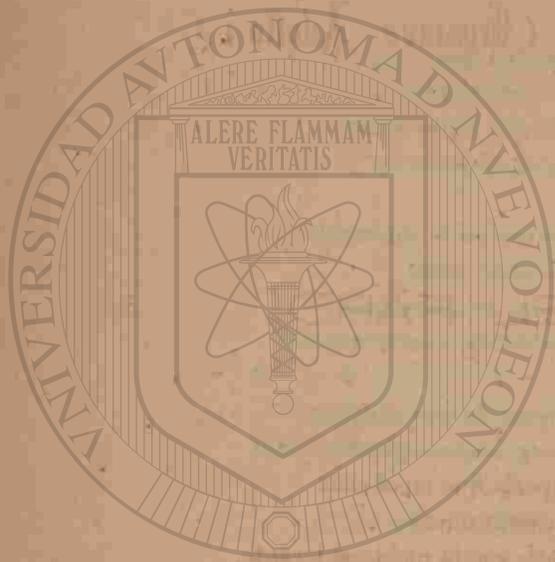
Emblema de una ilusion  
Que guardaba el alma inquieta  
Ya no podrás del poeta  
Despertar la inspiracion.

Por ti ayer soñé despierto  
Lo que hoy mi mente no alcanza;  
Naciste cual mi esperanza,  
Como mi esperanza has muerto.

A veces te quiero ver  
Gozoso é indiferente  
Juzgando que nada siente  
El alma en su padecer.

Y siempre brota un suspiro  
Eco de secreto daño  
Y en medio del desengaño  
Más la quiero y más te miro.

Emblema de una ilusion,  
Que con la ventura pierdo;  
Representas el recuerdo  
Más puro del corazon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Baz (Gustavo Adolfo)

EL FARO

¿Qué importa que en el cielo  
Crucen densos girones?  
¿Qué importa que la niebla se levante,  
Presagio de funestos aquilones,  
Y la estrella polar al navegante  
Le oculte con su sombra,  
Si entre el ropaje de la noche umbria,  
En un peñasco, sobre enhiesta torre,  
Se descubre una luz que alumbró y guía  
Al que el oscuro ponto audaz recorre?

Si tras fúnebre velo  
Se ocultan las estrellas.  
Al que vaga perdido  
En la extension de las salobres ondas,

La luz que el hombre de piedad movido  
Sobre desiertas rocas ha encendido,  
Los escollos señala,  
Y en los extensos mares  
La ruta india de los patrios lares.

La caridad sublime

Que en el mar y en la tierra  
Las lágrimas enjuga del que vaga  
Sobre el inmenso abismo abandonado.  
Ese limpio fanal ha colocado  
Del Océano en las vastas soledades,  
Para que al verlo el ánimo se aliente  
Del que al eco de roncadas tempestades,  
Falto ya de valor el pecho siente;  
Y tanto anima su fulgor divino,  
Que el naufrago doliente que lo mira  
En el negro horizonte rutilando,  
Fija la vista en él, sigue luchando  
Contra el revuelto mar, hasta que espira.

¡Oh faro salvador! que te levantas  
Sobre gigantes rocas de granito,  
Y á quien saluda el triste moribundo  
Con su postrero grito;  
¿Qué voces más grandiosas  
Y de tu gloria dignas,  
Que el himno que te eleva  
La gratitud de madres y de esposas?.....  
¡Bendito tu fulgor que se confunde  
En las hermosas noches en que el viento  
Soble el tranquilo mar susurra ténue,

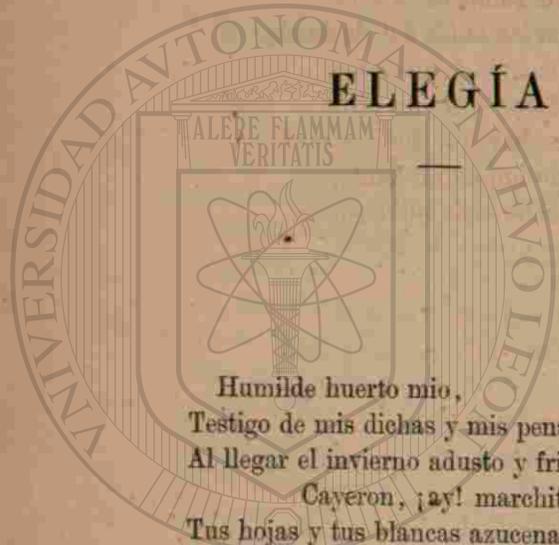
Con los astros sin cuento  
Que brillan en el limpio firmamento,  
Y que mira y saluda el peregrino,  
Lo mismo en la tormenta  
Que en la feliz bonanza,  
Cual simbolo inmortal de la esperanza!

Ni el huracan terrible,  
Ni el rayo atronador que retumbando  
Cruza fugaz, el horizonte oscuro  
Con repentina luz iluminando;  
Ni del mar irritado la fiereza,  
Nada abatirte puede,  
Nada sobrepujar á tu firmeza.  
Por eso, faro, al verte resistiendo  
A los golpes del Noto y de las olas;  
Mientras tu luz brillante  
Entre las sombras de la noche ardiendo  
Ilumina radiante  
Los ámbitos del piélago espantoso,  
¡El mortal que te encuentra en su camino,  
A resistir aprende valeroso,  
Con voluntad de bronce á su destino!

1871.

®

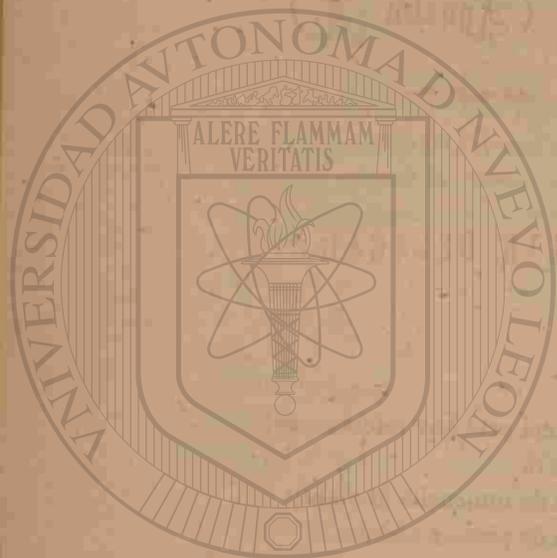
## ELEGÍA



Humilde huerto mío,  
 Testigo de mis dichas y mis penas;  
 Al llegar el invierno adusto y frío,  
 Cayeron, ¡ay! marchitas  
 Tus hojas y tus blancas azucenas;  
 Y no cual ántes, con mi plectro humilde,  
 Contemplando la nieve que te cubre,  
 Podré cantar mi gloria y mis amores  
 Mientras viene de nuevo  
 La estación de las aves y las flores.

¿Cómo esperar cantando  
 Tu follaje, tus rosas, tus matices,  
 Y el sonoro murmurio de tus fuentes,  
 Si del otoño en el postrero día  
 Con las últimas luces de la tarde  
 Huyó también la luz de mi alegría?.....

Sin aliento, sin fé, sin esperanza,  
 Mientras de hojas y flores te reviste  
 Al llegar otra vez la primavera,  
 Indiferente y triste  
 Veré romperse el yelo  
 Que aprisiona las linfas del riachuelo.  
 Y cuando de tus aves,  
 De la brisa fugaz entre los giros  
 Vuelva á escuchar el melodioso canto,  
 Prorumpirá mi llanto.....  
 Tus auras poblaré con mis suspiros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Guenca (Agustín F.)

A PILAR BELABAL

A una reina del arte hoy celebramos;  
 En nota lastimera,  
 Su blanco seno de mujer dió al viento  
 La última nota de postrer aliento...  
 Murió, y en esa hora,  
 Una serena claridad de luna  
 El rostro de la artista parecía;  
 Rostro que por la muerte lastimado  
 Tres coronas tenía;  
 Las miro todavía,  
 Su divino fulgor no se ha apagado...  
 Cual bosquejo romántico de un sueño  
 Se extiende ante mis ojos  
 De sombras melancólicas bañado,  
 Mortuorio paño en que la artista yace...  
 Que triste en sus pupilas sin mirada

De los cirios la flámula agitada  
 Sus resplandores fúnebres deshace!  
 ¡Qué triste sobre el rostro soberano  
 La difunta color que á llorar mueve!  
 Color que fuera en pétalos de nieve  
 Matiz bermejo de clavel lozano...  
 Y el cadáver inmóvil... siempre inmóvil!  
 Mudo... implacable... Majestad caída  
 Del trono de la vida,  
 Sombra impasible que el dolor provoca  
 Y un torrente de lágrimas arranca;  
 Sombra que tiene un esplendor delante,  
 La gloria, y cuya atmósfera radiante  
 Trasciende aromas de una rosa blanca.

Tres coronas tenía  
 Su frente victoriosa; ¿acaso nunca  
 Una corona la hermosura ha sido?  
 ¿No es otra el arte que el talento abona?  
 Si en perpétuo combate se ha vencido  
 ¿No es la muerte en presencia del olvido  
 La irradiación de la mejor corona?  
 Las tres sobre el cadáver palpitaron:  
 ¿A qué llorar sobre el despojo inerte,  
 Si en la escarlata de su boca ondea  
 Risa en que fugitiva centellea  
 La vanidad de su gloriosa suerte?

Cobarde amor á pasajera forma  
 Es el amor que en el sepulcro gime  
 De un inmortal, y sin cesar suspira...  
 ¿Cuándo el cobarde llanto fué sublime?

¡Rasgue su manto de crespon la lira!  
 Su círculo de fuego  
 Temblante y funerario  
 Esconda el cirio en la tiniebla densa,  
 Y de la gloria el esplendor palpite  
 Y alce el incienso su espiral inmensa...

La túnica flotante al sol tendida,  
 Y sobre el lino de la blanca vesta  
 La negra cabellera descogida;  
 Del arte el cetro de oro  
 Resplandeciendo en la robusta mano;  
 Y en polvo de diamante que chispea,  
 Marcado el sello del triunfal coturno;  
 En épico ademán, trágica musa  
 Fué la divina artista, hija del genio,  
 A luchar y vencer predestinada,  
 La frente irguió de láuros coronada  
 Sobre el dosel del español proscenio.  
 Si amaba, sonreía  
 Por un sueño invisible acariciada;  
 Y un sol de amor en su pupila ardía,  
 Si su pecho á otro pecho respondía  
 Con su palpitación acelerada.  
 Amando, entre sus labios  
 Fingió su acento con volubles giros  
 Querrela de románticos agravios,  
 Música de tristísimos suspiros.  
 Brillaba como un cielo  
 Su frente enamorada... en negra nube  
 La tempestad de repentino celo  
 El iris del amor tornaba fiera,

Y el rostro ántes alegre, entónces era  
 Triste calvario de espantoso duelo.  
 Triste calvario cuando altivo enojo,  
 Ennegreciendo el porvenir oscuro,  
 No la inspiraba el vengador antojo  
 De herir de muerte al corazón perjuro.  
 Mas si del cielo el frenesí insaciable  
 Daba calor al pensamiento impío,  
 Su ademán vengador era implacable,  
 Y era un infierno su mirar sombrío...

Adúltera, sintiendo  
 Crecer de su pasión la llama viva,  
 Ya presa del terror, era en la escena  
 Tronchada sensitiva;  
 Ya sorprendida en su pasión impura,  
 Y ya ante la expiación arrodillada,  
 Era un dardo su grito de amargura,  
 Era una estrella errante su mirada;  
 Los pliegues de la blanca vestidura  
 El aire descogia,  
 Bañado en llanto su semblante bello,  
 Y de los negros bucles del cabello  
 La rosa nacarada desprendía...

Ya adúltera llorosa,  
 Ya mártir del pasado  
 Y en nombre del amor al bien despierto  
 Su corazón por el dolor llagado,  
 Madre amorosa junto al hijo muerto,  
 Ingrata madre frente al hijo amante;  
 Riendo, ó suspirando;

Ébria de vida, ó triste agonizante,  
 Fué intérprete inspirada  
 Del drama excelso que soñó el poeta,  
 Y al fuego esplendoroso de sus dones  
 El genésico sol de las pasiones  
 Brilló sobre su artística paleta.

¡Oh! triste soñadora;  
 En tu sepulcro pálida y sombría,  
 En el altar del génio  
 Trasfigurada ahora!  
 La edad presente de tu gloria somos;  
 Este incienso, estas palmas, estas flores  
 Son primicias triunfales;  
 Aguarda á que la gloria soberana  
 Que es la posteridad, te dé mañana  
 Coronas inmortales.

Queda en paz en tu lecho funerario,  
 Y mientras canta el porvenir tu nombre  
 Y es clámide de triunfo tu sudario,  
 Junto al ciprés de tu sepulcro amigo,  
 Como una melancólica violeta  
 Este humilde cantar quede contigo.

## CÁRMEN

Era blanca, y su blancura  
En negro traje envolvía,  
Y á mis ojos parecía  
Alborada en noche oscura.

Rubia cabellera undosa  
Coronaba su donaire  
Y suelta al flotar, el aire  
Era un aliento de rosa.

Sobre el azul de sus ojos  
Brillaba húmedo reflejo,  
Y ese azul era el espejo  
De mis amantes antojos

De su boca eran agravios  
Sus labios angelicales  
A los más rojos corales  
De los más hermosos labios;

Color que á besar convida  
Era su color, y presos  
Túvulos en red de besos  
La pasión en mí nacida.

Era blanca, como que era  
El alba de mis amores,  
Primera flor de las flores  
De mi hermosa primavera.

Oí el canoro aleteo  
De sus fugitivas alas,  
Iba entre virgíneas galas  
Dando vida á mi deseo.

Suspiré, de amor rendido,  
Ella suspiró también,  
Sonó un beso, fueron cien,  
Fueron más, que no lo olvido.

¡Cómo trascendiendo aromas  
Soplaba el ambiente manso,  
Y en la agua azul del remanso  
Se bañaban las palomas!

¡Cómo estaban de rocío  
Las caléndulas cuajadas  
En las fértiles quebradas  
Del musgoso lomerío!

¡Qué sol aquel sol naciente  
Envuelto en undosos túles,

Y que entre montes azules  
Orlaba de oro su frente!

¡Y qué espléndido aquel sol  
De la luna perseguido,  
Que al morirse está tendido  
En un lecho de arrebol!

Sobre las rotas almenas  
¡Qué pardas las golondrinas!  
¡Qué abejas tan peregrinas  
En las blancas azucenas!

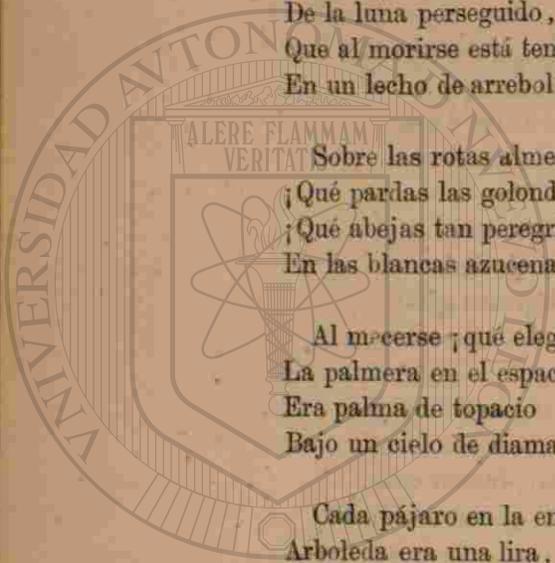
Al mecerse ¡qué elegante  
La palmera en el espacio!  
Era palma de topacio  
Bajo un cielo de diamante.

Cada pájaro en la enhiesta  
Arboleda era una lira,  
Era un chal de Cachemira  
Sobre el valle la floresta.

La onda al mar rodaba ufana  
Y al rodar copiaba la onda  
Claro cielo, oscura fronda,  
Mirlo alegre y flor galana.

Todo entónces bajo el velo  
De fantásticos antojos,  
Que amor tiende entre los ojos  
Del alma y la luz del cielo.

¿Y despues? Ya puesto el sol  
¿Su arrebol no dora el monte?  
Ella es en el horizonte  
De mi vida ese arrebol....



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA MAÑANA

Tiende el sol cuando amanece,  
Gasas de oro en la esmeralda  
De los campos, la humedece  
Con sus perlas, y parece  
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores  
Sobre el templo solitario,  
Y es florón de resplandores  
La vidriera de colores  
Del esbelto campanario,  
Del monte incendia el selvoso  
Laberinto de retamas,  
Y se alza el monte boscoso  
Como se alzára un coloso  
Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,  
Y lleva el río en sus ondas  
Copiando un pinar sombrío,  
Ramajes en que el rocío  
Se envuelve en doradas blondas.

De carmin tiñe al rosal,  
De oro tiñe al girasol,  
Y es la escarcha matinal  
Una hamaca de cristal  
Bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,  
En los témpanos de hielo  
Pinta ráfagas de rosa,  
Y hace de la mariposa  
Un iris que cruza el cielo.

Ábrense cuando desata  
A la fuente, cuyo rastro  
Es una estela de plata,  
Junto á adelfas de escarlata  
Floripondios de alabastro.

Presta al rizado plumaje  
De los pájaros colores,  
Da colores al encaje  
De las nubes y al paisaje  
Perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas,  
Fuego el sol, llanto el rocío,

Flores el juncar, las pomas  
 Roja grana, las palomas  
 Blanca nieve, espuma el río.

La oscura selva rumores,  
 El torrente centelleos  
 De divinos esplendores,  
 La alameda ruisiñores,  
 Los ruisiñores gorjeos.

Toda la naturaleza  
 Cuando el sol la da calor,  
 Palpitaciones, grandeza,  
 Es mujer cuya belleza  
 Entra á un tálamo de amor,

Lasciva al placer arroja  
 Del pudor los blancos velos...  
 Cesa su febril congoja,  
 Y cuando ella se sonroja  
 Ya tienen bajo los cielos:

Los arroyos más cristales  
 Y los cardos más espinas,  
 Más flores los florestales,  
 Más espigas los trigales,  
 El torreón más golondrinas!...

## NIEVE DE ESTIO

### CONTESTACION A UNA CARTA DE MUJER

A JUAN DE DIOS PEZA

Copia fiel de tu belleza  
 Pediste ayer al espejo,  
 Que es el más puro reflejo  
 De la más noble franqueza:  
 Y siento de mi tristeza  
 Crecer los fieros enojos  
 Porque para ver tus rojos  
 Labios y tu blanca frente,  
 No hay cristal más transparente  
 Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,  
 Dió al espejo sus destellos,  
 Y entre tus negros cabellos  
 Colgando viste una cana;  
 Fué entónces marfil la grana

Que el rostro á besarte mueve,  
Y trémula, fiero, aleva  
Trozaste el cabello cano,  
Que era un cisne de verano  
Envuelto en plumas de nieve.

Preso de terribles luchas,  
Como agravio á tus hechizos  
Viste despues en tus rizos  
Otra cana y otras muchas,  
Y triste en silencio escuchas  
Como la razon proclama  
Que es el pensamiento llama  
Que cuando más se enrojece  
Más el cabello emblanquece  
Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo  
Tus más claros todavía  
Ojos que causan al día  
Rubores con su reflejo,  
Las blancas hebras del viejo  
Cabello en su edad lozana  
Arrancaste, y la galana  
Luz de tu mirada al verlas  
Fué luz que disuelta en perlas  
Bajó á besar cada cana.

Un rizo blanco me envías,  
De tus letras adoradas  
Envuelto en las desmayadas  
Misteriosas melodías,

Y en tus congojas sombrías  
Pienso al ver tus canas bellas;  
De unas y otras te querellas,  
Unas son la noche oscura  
Que nubla tu frente pura,  
Las otras son sus estrellas.

Con odio á torpes amaños  
Y venciendo tu altivez,  
Me has mostrado la vejez  
Que agobia á tus veintiun años;  
Y sin temer desengaños,  
Sin temer fieros desdenes  
Déjame besar tu sienes;  
Vano fuera tu temor  
Cuando sé que son de amor  
Todas las canas que tienes.

Cuando en ti regocijado  
Forma mis dulces antojos  
Llevar el alma en los ojos  
Para verte enamorado:  
Cuando en mi pecho ha formado  
Tu alma su caliente nido  
Y tiene allí por sentido  
Ruisseñor que la corteja  
El amor que en mí se queja  
Receloso del olvido.

Cuando al verte sólo veo  
Que eres claridad del día,  
Romántica fantasía

De espiritual devaneo;  
 Llama de febril deseo;  
 Ave en el árbol, que el río  
 Copia en su cristal bravío  
 Querellándose de amor,  
 Madreselva cuya flor  
 Por galán tiene al rocío.

Noche de las estrelladas  
 Noches en que los rosales  
 Forman los lechos nupciales  
 De los silfos y las hadas;  
 Randal que en despedazadas  
 Hebras de cristal undoso  
 Errante baja, impetuoso  
 De los empinados riscos  
 Y entre los verdes lentiscos  
 Va rodando rumoroso.

Queden tus negros cabellos  
 Ciñendo tu faz morena,  
 Y el negro ángel de la pena  
 Quede aprisionado entre ellos;  
 El rizo de los más bellos  
 Que fueron nieve de estío,  
 Guardo yo en el pecho mío  
 Viendo tus congojas grandes;  
 Hay siempre nieve en los Andes  
 Y espuma en el mar bravío.

Bencomo (Diego)

¡SOLEDAD!

Imposible olvidar quien ha sentido  
 Lleno de amor el infinito en su alma:  
 Pues si lloramos nuestro bien perdido,  
 Sólo bajo el sudario está la calma,  
 Sólo bajo el ciprés está el olvido.

C. A. SALAVERRY.

Partiste al fin, mi amada,  
 Partiste y me dejaste  
 Tristísimos recuerdos,  
 Recuerdos de tu amor:  
 Del mundo y sus placeres  
 Mentidos te alejaste,  
 Y al cielo regresaste,  
 Cubriendo en tu partida  
 De luto el corazón.

De espiritual devaneo;  
 Llama de febril deseo;  
 Ave en el árbol, que el río  
 Copia en su cristal bravío  
 Querellándose de amor,  
 Madreselva cuya flor  
 Por galán tiene al rocío.

Noche de las estrelladas  
 Noches en que los rosales  
 Forman los lechos nupciales  
 De los silfos y las hadas;  
 Randal que en despedazadas  
 Hebras de cristal undoso  
 Errante baja, impetuoso  
 De los empinados riscos  
 Y entre los verdes lentiscos  
 Va rodando rumoroso.

Queden tus negros cabellos  
 Ciñendo tu faz morena,  
 Y el negro ángel de la pena  
 Quede aprisionado entre ellos;  
 El rizo de los más bellos  
 Que fueron nieve de estío,  
 Guardo yo en el pecho mío  
 Viendo tus congojas grandes;  
 Hay siempre nieve en los Andes  
 Y espuma en el mar bravío.

Bencomo (Diego)

¡SOLEDAD!

Imposible olvidar quien ha sentido  
 Lleno de amor el infinito en su alma:  
 Pues si lloramos nuestro bien perdido,  
 Sólo bajo el sudario está la calma,  
 Sólo bajo el ciprés está el olvido.

C. A. SALAVERRY.

Partiste al fin, mi amada,  
 Partiste y me dejaste  
 Tristísimos recuerdos,  
 Recuerdos de tu amor:  
 Del mundo y sus placeres  
 Mentidos te alejaste,  
 Y al cielo regresaste,  
 Cubriendo en tu partida  
 De luto el corazón.

Tú vives en mi mente  
 Con todos tus encantos,  
 Aún miro en mis ensueños  
 Tu risa angelical;  
 Y ahogando mis gemidos  
 Modulo tiernos cantos,  
 Que en himnos sacrosantos  
 Por tí, vibrando suben,  
 Al trono de Jehová.

Aquí, dentro del pecho,  
 Tu nombre bendecido  
 La parca destructora  
 Grabó con un buril,  
 Por eso nunca puede  
 Caber eterno olvido  
 En pecho que está herido,  
 En pecho que constante  
 Latiendo está por tí.

Las alas impalpables  
 De tu alma, virgen pura,  
 Acaso en este instante  
 Mi sien rozando están;  
 Pues siento como que alguien,  
 Gimiendo en su amargura,  
 Con lánguida ternura  
 Se allega á mis oídos  
 Tu nombre á murmurar

Los séres que en el mundo  
 Profesan con anhelo

Del noble sentimiento  
 La angusta religion,  
 Llorando viven siempre,  
 Llorando sin consuelo,  
 Y al fin de tanto duelo  
 Recojen como fruto  
 La espina del dolor.

Aquí dentro el cerebro  
 Siento algo como espejo  
 Que brilla y que retrata  
 Tu rostro encantador.....  
 Y canto mis pesares,  
 Y canto ¡ay! y me quejo,  
 Y en cada estrofa dejo  
 La sangre que destila  
 Mi herido corazón.

La alegre primavera  
 Devuelve al místico prado  
 Las flores que el invierno  
 Robóle sin piedad,  
 Empero, las que aleve  
 La muerte me ha robado,  
 Que en mi alma he cultivado,  
 Murieron para siempre....  
 No volverán jamás.

1875.

Cosmes (Francisco)

EL POETA

¡Oh! Dejadlo pasar! No necesita  
De vuestra vida el mentiroso halago:  
La multitud su corazon agita  
Como los vientos el cristal del lago.

Allá va entre la turba solitario  
Sin encontrar á su dolor abrigo,  
¡Él, que en su mente como en un santuario,  
Un cielo lleva sin cesar consigo!

Hijo de Dios, la potestad que crea  
En vez le dió de vanidosos nombres;  
Que Dios formó al poeta de la idea,  
Mientras de barro modeló á los hombres.

El mundo, contemplándole altanero,  
Le denomina con desprecio *loco*...  
¡Cuando al soñar, el universo entero  
Para ocupar su pensamiento es poco!

Y él necesita compasion: su alma  
Al soplo sólo del dolor se abate,  
Como se inclina la gallarda palma  
Cuando el *simun* ardiente la combate.

Su corazon, cual tierna sensitiva,  
Marchito está por el menor tormento;  
Cada impresion su padecer aviva,  
Y es una espina cada pensamiento.

Mas tambien ¡admirad! cuando se elevan  
Del suelo vuestras moles colosales,  
Cuando el esfuerzo y la paciencia llevan  
Hasta el cielo á los miseros mortales:

Cuando, presa de penas y amargura,  
De la impotencia os debatis debajo,  
Y gastais por llegar hasta la altura  
Mares de llanto y siglos de trabajo.

Él, por el mundo sin piedad proscrito,  
No cual vosotros el afan emplea:  
Para lanzarse audaz al infinito,  
¡Le basta solo concebir la idea!

### EN EL CUARTO CENTENARIO DE MIGUEL ÁNGEL

Vástago de esa raza de inmortales  
Que el cielo osaron escalar un día,  
Haciendo en sus ódios colosales  
Ossa y Pelion para la lucha impía;  
En la existencia humana apareciste  
Cuando el mundo cristiano agonizaba:  
La antorcha de la fé se iba apagando;  
El peso abrumador del fanatismo,  
Cual campana neumática la ahogaba;  
La conciencia dormía:  
En las siniestras llamas del abismo  
La Iglesia sus hogueras encendía,  
Y el hombre presintiendo un cataclismo  
No pensaba, no más se estremecía.

Llegaste; mas ¿de dónde? ¿Pudo acaso  
Algun mortal, decir en qué otro mundo  
Imprimiste la huella de tu paso?  
No era el país donde su altiva frente  
Alza en un cielo de turquí el Parnaso;  
El tibio rayo de la luz de Oriente

Que el verde acanto de Corinto dora,  
Jamás en su fulgor resplandeciente  
Alumbró tu cabeza pensadora:  
Ni el mar de Jonia que gentil murmura  
Y con nombres poéticos resuena,  
Te vió pasar sobre su linfa pura  
A extasiarte sediento de hermosura  
En la belleza plástica de Elena.

Sí de un mundo viniste,  
Fue de un mundo poblado por titanes,  
Allí, donde frenéticos excitan  
Siniestros odios vengativos manes,  
Donde el suplicio y el terror habitan,  
Y entre ruinas, maldicion y estrago,  
De Dios las iras sin piedad se agitan.

Tú eras de esa pléyade sublime  
Que de improvviso apareció en un cielo  
Cubierto de tinieblas y de muerte,  
Á arrebatarse en su gigante vuelo  
La humanidad inerte:  
Inmigración de génius soberanos,  
Que, á fin de merecer desde su altura  
Subir á darte el título de hermanos,  
Tuvieron que anunciarse á la existencia:  
Colón, de un mundo recorriendo el velo,  
Lutero, abriendo un cielo á la conciencia.

Al mundo ya venías  
Doblegado del génio bajo el peso;  
El recuerdo de inmensas agonias

Aún quedaba en tu semblante impreso:  
Tú mismo en tu poder te estremecías,  
Cuando al cumplir las órdenes fatales,  
Consultando tu fuerza, te sentías  
Nuncio de las venganzas celestiales.

Nunca á tu vuelo conoció barrera  
Tu inspiración gigante:  
Tus alas de condor iban unidas  
Á la fuerza de Atlante.  
Nuestro pequeño y miserable suelo  
Parecer ha debido muy mezquino  
Á tu aliento fecundo:  
¡Necesitabas para lienzo un cielo,  
Y por materia que esculpir, un mundo!

¿Dónde sacaste fuerzas, dónde aliento?  
¿Cómo parar el ímpetu violento  
Conseguiste del tiempo, que en un día  
Sin ayuda, acabaste creaciones  
Que el trabajo de tres generaciones  
Para iniciar, apenas bastaría?  
De los siglos la cuna y el sepulcro  
Abarcó tu pincel. ¿Quién no se siente  
Henchido el pecho de terror, mirando  
La suerte, en la Sixtina, de esta raza  
Que el campo de la vida va cruzando  
¡Ay! gigantesca al paso que impotente?  
La vil materia con tus manos tocas,  
Y, en el fuego encendidas de tu idea,  
Sublime Aníon, haces hablar las rocas;  
Todo el mundo abarcaste con tus brazos;

En obras en que el géneo centellea  
Al mármol tu calor comunicaste...  
;Y al mismo tiempo, con pujante brio,  
De *San Pedro* la cúpula lanzaste,  
Cual globo de granito en el vacío!

Llevabas en tu pecho el anatema  
Del nostálgico mal del infinito;  
Tus obras eran la expresión suprema  
Del angustioso grito  
Del géneo en la prisión. Necesitabas  
Otro idioma, otras formas, otros hombres,  
Otro Dios que tu mente interpretara:  
Como Moisés, en medio del desierto,  
Hablarle y contemplarle cara á cara!  
Tu alma estaba sedienta de lo inmenso:  
Te importaba muy poco  
Que el mundo adorador ó indiferente  
Palmas te diera ó te llamara loco;  
Para el mundo tenías  
El arma del desprecio omnipotente.  
Y admirado, temido, incomprensible,  
Sin inclinarte nunca bajo el yugo,  
Ibas, como el poeta del *Infierno*  
;Grande como lo eterno!  
;Solo como el verdugo!

Y así cumpliste tu misión sombría,  
Pobre, sin amistad y sin amores...  
;Sin amores? Oh no! Dos deshojaron  
Sobre tu mística frente algunas flores:  
Puros y grandes como tú brotaron...

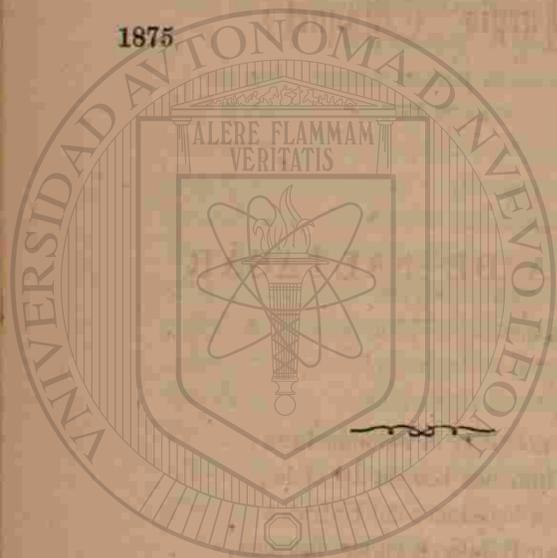
Mas ¡ah! la dulce Libertad moría  
Por más que entre la niebla del combate  
Tu mano á protegerla se extendía:  
Y cuando, de tu lecho se alejaba,  
Llanto vertiendo el ángel de la gloria,  
Huérfano de tu altivo pensamiento  
;Ay! te faltaba en tu postrer aliento  
El beso del amor de tu victoria!

Cuatro siglos pasaron  
Desde el día glorioso  
En que marcaste el mundo con tu huella,  
Y del arte en el cielo, todavía  
Tu nombre augusto sin rival destella.  
El hombre todavía se extremece  
Delante de tus obras inmortales,  
Á medida que el tiempo ráudo vuela,  
Tu titánica forma, crece, crece!..

Nosotros tus sectarios, los que vimos  
El infinito abrirse ante lo excelso  
De tus apocalípticas creaciones;  
Los que tu nombre al escuchar, sentimos  
De entusiasmo latir los corazones;  
Reunidos hoy á tributar venimos  
En el templo del arte, el santo culto  
De admiración y de respeto al géneo.  
Benigno acoje nuestra ofrenda humilde  
Desde el cielo inmortal de tu grandeza.  
;Sosténnos en la lucha! Errantes vamos  
En un mundo de odio y de impureza.  
En esta vida, como tú, miramos

Sumergirse nuestra alma en la amargura,  
 Y desmayar nuestro tenaz empeño...  
 ¡A nosotros tambien es grato el sueño  
 Mientras el mal y la vergüenza dura!

1875



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Carpio (Hannel)

### CENA DE BALTASAR

Era la noche, y la redonda luna,  
 Desde la inmensa bóveda del cielo,  
 Alumbraba los sáuces del Eufrates  
 Y á la gran Babilonia en sus festines,  
 Fortalezas, alcázares, jardines  
 Y los templos magníficos de Belo.  
 El intrépido ejército de Ciro  
 Está sobre las armas impaciente  
 Por tomar la ciudad; la infanteria  
 Se conmueve y agita sordamente,  
 Cual negra tempestad que allá á lo léjos  
 Brama y rebrama en la montaña umbria.  
 Ya se aprestan de Persia los ginetes,  
 Sus fuertes armaduras centellean,  
 Y encima de los cóncavos almetes  
 Altos plumajes con el aire ondean.

Ya se escucha el crugir de los broqueles,  
 De la trompeta el bélico sonido,  
 Y el bufar de los férvidos corceles,  
 Y la grito de jóvenes bizarros,  
 Y del sonante látigo el chasquido,  
 Y el rodar de las ruedas de los carros.  
 Ya los caballos con su blanca espuma  
 Humedecen sus pechos espaciosos;  
 Al ruido de las armas se recrean,  
 Y el duro suelo escarban y golpean,  
 Y están inquietos por salvar los fosos.  
 Sus cascos hollarán en Babilonia  
 Las estatuas de dioses incensados,  
 Hollarán á los nobles y soldados,  
 Y yelmos y viseras y corazas,  
 Y en gran tropel levantarán el polvo  
 De las soberbias y desiertas plazas.  
 Del palacio en los patios á cuchillo  
 Con su rey morirán tantos vasallos,  
 Que en esta noche la caliente sangre  
 A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta  
 A dar por fin el formidable asalto,  
 La ciudad, cual ramera deshonestas,  
 Entrégase al placer sin sobresalto,  
 Y á regocijos que el honor detesta.  
 Se embriaga el padre y á la par la esposa,  
 El libertino y el anciano triste,  
 El agorero y la doncella hermosa.  
 Entre bailes y cantos de alegría,  
 Resuena la algazara de las gentes

Que por las calles van como dementes  
 Entre la confusion y gritería.  
 Tambien de Baltasar el gran palacio  
 Se agita alegre con festin ruidoso:  
 El rey y sus mujeres y magnates,  
 Todos ocupan un salon fastoso  
 Que tiene vista al cristalino Eufrates.

El soberbio salon es un portento;  
 Las paredes de estuco, están doradas,  
 Y forman el grandioso pavimento  
 Variadas losas de lucientes jaspes  
 Cubiertos con asiáticas alfombras  
 De los remotos climas del Hydaspes.  
 Cien columnas blanquisimas de mármol  
 Sostienen la magnífica techumbre;  
 Lámparas de oro de labores bellas  
 Todo lo animan con su viva lumbré:  
 Ocupan las estatuas de los dioses  
 Hermosos y brillantes pedestales,  
 Y arden enfrente en pebeteros ricos  
 Esquisitos aromas orientales.

Entre las nubes de flotante incienso  
 Que perfuma la sala reluciente,  
 Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso  
 Con régia pompa y con augusta calma,  
 Como entre humildes y modestas flores  
 Descuella al viento la soberbia palma.  
 Cenaban recostados en tapices  
 Tejidos por doncellas babilonias,  
 Tapices de las grandes ceremonias  
 En tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata  
 Hace alarde de pérsicos brocados,  
 Túnicas blancas de sonante seda  
 Y magníficos mantos de escarlata:  
 En los cándidos piés llevan calzados  
 Con blancas perlas y luciente plata,  
 Y ciñen sus cabellos perfumados  
 Ínfulas que les bajan por los lados.  
 A la derecha están las concubinas  
 Y mujeres del rey, blancas y bellas,  
 Con túnicas de seda, recamadas  
 De flores y de espléndidas estrellas.  
 Mantos de un bello azul como los cielos  
 Más brillantez les dan y más decoro;  
 Airosas llevan transparentes velos,  
 Ricos joyeles y sandalias de oro:  
 Para más cautivar á los donceles,  
 Sin atender al femenino recato,  
 En las cáligas llevan por ornato  
 Diamantes y ruidosos cascabeles.  
 Adornaron, en fin, estas bellezas,  
 Sus blancas manos y sus blancos cuellos  
 Con esmeraldas y zafiros bellos,  
 Y con mitras asirias las cabezas.  
 El ropaje del rey vale un tesoro,  
 Lleva en los hombros un soberbio manto  
 De púrpura sidonia, y de amaranto  
 Bordadas flores y granadas de oro.  
 Ajusta su cintura roja zona  
 Esmaltada de hermosa pedrería.  
 Y en la alba frente espléndida corona  
 Que por la última vez allí lucía.

Rica brillaba la purpúrea tinta  
 En sus coturnos altos y elegantes,  
 Bordados con asiáticos diamantes,  
 Y ancho puñal obsérvase en la cinta.  
 ¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,  
 Esta noche los bárbaros soldados  
 Hollarán con sus piés ensangrentados  
 Corona y mantos, ínfulas y velos.  
 Reina la calma en el salon hermoso,  
 Sirvense en el festin ricos manjares  
 Hechos venir de tierras muy lejanas,  
 Y de las islas y remotos mares.  
 Mas por instantes crece la alegría,  
 El vino hierve en copas anchurosas;  
 Beben los cortesanos á porfía,  
 Bebe el monarca y beben sus esposas,  
 Y empieza la confusa vocería.  
 Los grandes vasos de licor ardiente  
 De concubina en concubina pasan:  
 A veces ruedan sin pudor los ojos,  
 Ojos que en fuego criminal se abrasan;  
 Juegan las risas en los lábios rojos,  
 Se tornan las mejillas más hermosas,  
 Hierve la sangre en las ardientes venas.  
 ¡Ay de esas gentes frivolas y obscenas!  
 Entonces los escénicos cantores,  
 Al compás de la cítara sonora,  
 Entonaron con voz encantadora  
 Coros dignos de aquéllos impostores.

## CORO

¿Quién volvió de la tumba temida  
A decir lo que está más allá?  
Disfrutemos por hoy de la vida,  
¿Quién el sol de mañana verá?

## CORO DE HOMBRES

Gloria, ¡oh rey! á los dioses sublimes  
Que te dieron el trono caldeo!  
Tus cadenas arrastra el hebreo,  
El asirio y el árabe audaz.  
Cuando escuchan tu nombre glorioso,  
Se estremecen las grandes naciones,  
Y al moverse tus fuertes legiones,  
Se conturba del mundo la faz.

## CORO DE MUJERES

Te prodiga el Oriente sus perlas,  
Y la seda, y marfil y diamantes;  
Embajadas de pueblos distantes  
Te presentan el oro de Ofir.  
Las doncellas hermosas del Asia  
Te perfuman con suaves olores,  
Y á tus plantas esparcen las flores  
Que en tu obsequio derrama el Abril.

## CORO DE HOMBRES

Sobre miles de muertos y heridos  
Pase, ¡oh rey! tu volante carroza,  
Y con ella quebranta y destroza  
Al que osare irritar tu furor.  
Y seguido de bravos guerreros  
Domarás con tus grandes falanges  
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,  
Desde el Persa al Escita feroz.

## CORO DE MUJERES

¡Qué veloces trascurren los años!  
Pasan ¡ay! como nube en el viento,  
Como el pájaro pasa violento,  
Como pasan las olas del mar.  
Goza, pues, de abundantes delicias,  
Grato vino tus penas ahuyente:  
Ciñe presto de rosas tu frente,  
Que así deben en pompa ostentar.

## CORO

¿Quién volvió de la tumba temida  
A decir lo que está mas allá?  
Disfrutemos por hoy de la vida,  
¿Quién el sol de mañana verá?

— Que traigan, dijo el rey, los bellos vasos  
De plata y oro, de valor inmenso,

Que en el templo sirvieron de Solima;  
 Aquí también recibirán incienso,  
 Y en nuestras manos superior estima. —  
 El sacrilego rey los vasos toma  
 Llenos del vino hirviente de Judea,  
 Haciéndolos girar entre las gentes,  
 Y en los semblantes la impiedad asoma  
 En medio de risadas insolentes.  
 Tocaban los vasos manos desdeñosas,  
 Manos impuras, para el mal resueltas,  
 Bocas de concubinas desenvueltas,  
 Bocas falaces y á la par hermosas.  
 Alzóse Baltasar, y sus magnates  
 Alzaronse también y sus esposas,  
 Y elevando las copas venerandas,  
 Hicieron libaciones execerandas  
 A los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entretanto  
 El espacioso cielo, y ya traspuesta  
 La luna en Occidente, negra noche  
 Cubrió la tierra con su oscuro manto.  
 Tres veces el relámpago te alumbró,  
 Orgullosa ciudad de los impuros,  
 Y estalla el rayo fúlgido tres veces,  
 Y tres al estallido te estremeces  
 Con palacios, con torres y con muros.  
 A esta sazón los dedos de una mano  
 Escriben misteriosos caracteres  
 En la pared de aquel salón profano  
 ¡Ay del rey, de los grandes y mujeres!  
 Como el viajero en bárbaro desierto

Cuando ya va á pisar una serpiente,  
 Al ver sus ojos como llama ardiente,  
 Grita, dá un paso atrás y queda yerto:  
 El rey así, con feménil quebranto  
 Al mirar la estupenda maravilla,  
 Temblaba todo atónito de espanto  
 Y se daba rodilla con rodilla.  
 Horrible palidez cubre su rostro,  
 Cubre el sudor su delicado cuello,  
 El manto de los hombros abandona,  
 Con el terror se eriza su cabello,  
 Y rueda por el suelo su corona.  
 Los áulicos y grandes espantados  
 Van y vienen y vagan aturridos;  
 En el vasto salón dan alaridos,  
 Y arrastran en la alfombra los brocados.  
 Cual las tímidas aves en bandadas  
 Huyen á refugiarse en la arboleda  
 Cuando del huracán van azotadas,  
 Así las concubinas angustiadas  
 Descuidando sus túnicas de seda,  
 Huyen despavoridas y llorosas,  
 Y abrazan á los dioses y á las diosas.  
 Ya alzan las manos línguidas al cielo,  
 Ya trémulas se postran sollozando,  
 Ó bien estampan con afecto blando  
 Sus delicados lábios en el suelo.

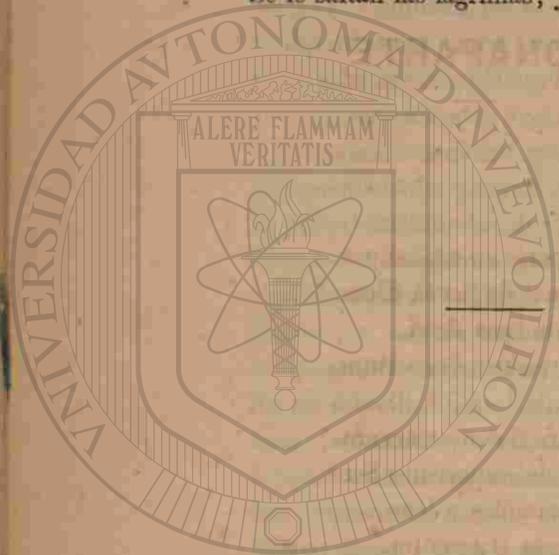
Al mandato del rey entra en la sala  
 El anciano Daniel, grave profeta,  
 De blanca barba y de cabello blanco,  
 Y con un cinto su sayal sujeta.

— « Tú que eres un varón prudente y sabio  
 Y el hondo abismo ves de lo futuro;  
 Por los dioses, espíqueme tu lábio  
 Los caracteres que presenta el muro.  
 Saldrás de la humildad de tu retiro,  
 Y libre quedarás del cautiverio;  
 Yo te daré un collar de oro luciente,  
 Te vestiré de púrpura de Tiro,  
 Y príncipe serás en el imperio. » —  
 Echando entónces fuego de sus ojos,  
 El severo Daniel, de enojo lleno,  
 Responde á Baltasar con voz de trueno:  
 — « Delante de tus dioses impotentes  
 Doblas ¡ay! la sacrilega rodilla:  
 La sangre de tus víctimas humea  
 En los altares donde el oro brilla  
 Y en los templos de Bel tu incienso ondea.  
 Y para colmo de impiedad y orgullo,  
 Con esta corte sin pudor y obscena  
 Has profanado los sagrados vasos  
 En esta horrible y execranda cena.  
 Mas oye, ¡oh Baltasar! las profecías  
 Que oculta esa escritura formidable:  
 De tu reino Jehová contó los días,  
 Y término le puso inevitable.  
 Pesó tu corazón en su balanza  
 Y al encontrarlo de virtud vacío,  
 Tronó su indignación, como en estío  
 Truena la nube cuando el rayo lanza.  
 Babilonia y tu imperio floreciente  
 Serán presa de manos extranjeras,  
 Y mañana entre sangre y entre hogueras

Dando alaridos vagará tu gente:  
 ¡Ay ciudad infeliz de las rameras!  
 Derrotadas tus bárbaras legiones  
 En medio del furor de los combates,  
 Se llevarán las olas del Eufrates  
 Hombres, caballos, armas y morriones.  
 Espada contra el pueblo y los tiranos,  
 Espada contra magos y hechiceras,  
 Fuego voraz contra tus dioses vanos,  
 Contra templos y torres y trincheras.  
 ¡Ay ciudad infeliz de las rameras!  
 Luto se vestirán tus concubinas,  
 Luto también tus sátrapas cautivos,  
 Y llorarán tus príncipes altivos  
 De Babilonia en las soberbias ruinas.  
 De esta sala y palacio tan brillantes  
 Quedarán los escombros y cimientos,  
 Y en sus despedazados pavimentos  
 Se arrastrarán las víboras errantes.  
 Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,  
 Cantará triste el pájaro nocturno,  
 Y rugirán los tigres y leopardos;  
 Y crecerán los solitarios cardos  
 Donde apoyas tu espléndido coturno. » —

Dijo Daniel, y el príncipe altanero  
 Le cumplió la magnífica promesa;  
 Mas esa misma noche le atraviesa  
 El régio pecho vengador acero.  
 Acabaron del rey las alegrías:  
 En sangre está su túnica empapada,  
 Túnica rica que su madre amada

Bordó contenta en venturosos días.  
 Cayó el monarca, y levantarse quiere  
 Buscando ansioso al hijo más querido,  
 Y al verlo prisionero, da un gemido,  
 Se le saltan las lágrimas, y muere.



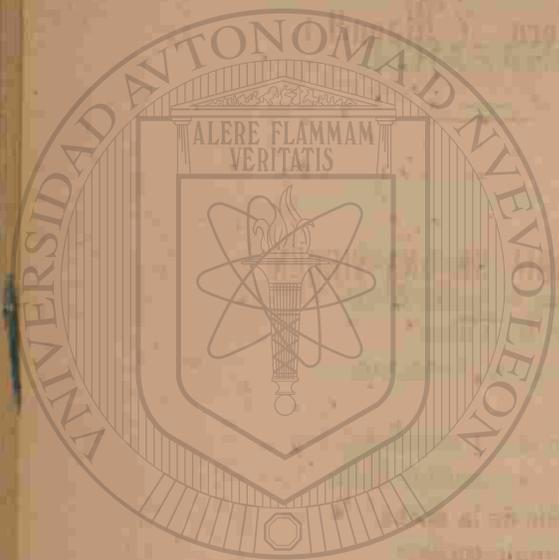
## BONAPARTE

Sentado Bonaparte en una altura  
 En la orilla del mar de Santa Elena,  
 Al triste rayo de la luna llena  
 Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura  
 Las turbulencias de' sangriento Sena,  
 El Tabor, las Pirámides y Jena,  
 Y de César-Augusta la bravura.

— « Ved, exclamó, las palmas de Marengo,  
 • Los campos de Austerlitz de sangre rojos  
 • Donde las rusas águilas contengo.

• De la Europa me siento en los despojos;  
 • Más de tanto triunfar ¿qué premio tengo?  
 • Las lágrimas que ruedan de mis ojos. »



Caballero (Manuel)

LA PLEGARIA DE UNA VIRGEN

I

Ayer en el silencio de la noche  
Solemne, majestuoso,  
Al pálido fulgor de la alta luna  
Enfrente á tu ventana estuve solo.

¡Qué tropel de fantasmas sonrosados  
Mi cerebro ardoroso  
Volar sentia en direccion del cielo  
De mis suspiros impelido al soplo!

Del cristal de tu alcoba, desprendido  
Un rayo tembloroso,  
Que estabas allí tú me revelaba.....  
¿Pensando en que te quiero?... yo lo ignoro!

¡Qué tristes confianzas, vida mía,  
Hice con mis sollozos  
De la luz de tu alcoba al mensajero  
Que compasivo me besaba el rostro!...

¿Te tradujo mis quejas?... no lo supe;  
Pero escuché de pronto,  
Rasgando de la atmósfera el silencio,  
Que tu piano gemía melancólico.

Plegaria de una virgen, elevaba  
Sollozante, medroso,  
Su rezo de armonías, levantando  
Del mismo Dios el invisible sólio.

Plegaria virginal... ¿Qué suspiraban  
Tus acordes armónicos?  
¿Qué contabas al cielo con tus notas?  
¿Qué hablaba tu lenguaje de sollozos?

¿Por quién rogaba á Dios aquella virgen  
De su alcoba en el fondo?

¿Qué sufrimientos revelaba al cielo?  
¿Qué historia de pesares misteriosos?.....

## DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando el piano calló, sentí nublados  
Por el llanto mis ojos;  
Estaba enagenado y hacía el cielo  
Vuelos tenía el corazón y el rostro.

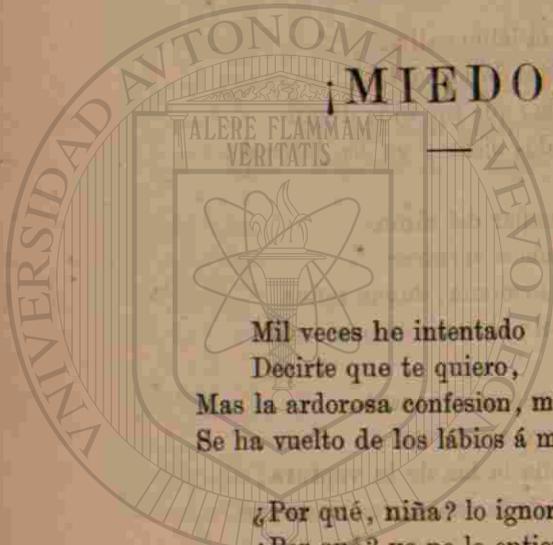
De mi éxtasis al fin, ecos divinos  
De un canto misterioso  
Allá por los espacios se perdían  
Del abismo azulado en lo más hondo.

Era tal vez de alados serafines  
Un grupo esplendoroso,  
Que por el éter hasta Dios llevaba  
Tu armónica plegaria de sollozos!.....

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®



## MIEDO!

Mil veces he intentado  
Decirte que te quiero,  
Mas la ardorosa confesion, mi vida,  
Se ha vuelto de los labios á mi pecho.

¿Por qué, niña? lo ignoro,  
¿Por qué? yo no lo entiendo;  
Son blandas tu sonrisa y tu mirada,  
Dulce es tu voz, y al escucharla tiemblo.

Ni al verte estoy tranquilo,  
Ni al hablarte sereno,  
Busco frases de amor y no las hallo,  
No se si he de ofenderte y tengo miedo.

Callando, pues, me vivo  
Y amándote en silencio,  
Sin que jamás en tus dormidos ojos  
Sorprenda de pasion algun destello.

Dime si me comprendes,  
Si amarte no merezco,  
Dí si una imágen en el alma llevas.....  
Mas no... no me lo digas... tengo miedo!

Pero si el lábio calla,  
Con frases de los cielos  
Deja, mi vida, que tus ojos digan  
A mis húmedos ojos... *ya os entiendo.*

Deja escapar del alma  
Los ritmicos acentos  
De esa vaga armonía, cuyas notas  
Tienen tan sólo el corazon por eco.

Deja al que va cruzando  
Por áspero sendero,  
Que si no halla la luz de la ventura,  
Tenga la luz de la esperanza al ménos.

Callemos en buen hora  
Pues que al hablarte tiemblo,  
Mas deja que las almas, uno á uno,  
Se cuenten con los ojos sus secretos.

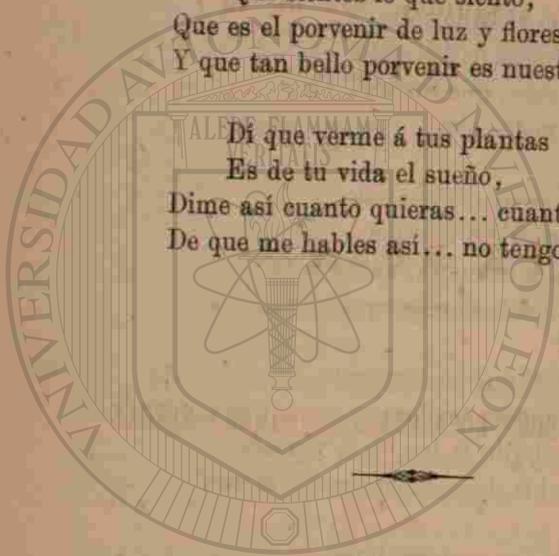
Dejemos que se digan  
En ráfagas de fuego  
Confidencias que escuche el infinito,  
Frasas mudas de encanto y de misterio.

Dejemos, si lo quieren,  
Que estallen en un beso,

Beso puro que engendren las miradas  
Y suba sin rumor hasta los cielos.

Dime así, que me entiendes,  
Que sientes lo que siento,  
Que es el porvenir de luz y flores  
Y que tan bello porvenir es nuestro.

Di que verme á tus plantas  
Es de tu vida el sueño,  
Dime así cuanto quieras... cuanto quieras...  
De que me hables así... no tengo miedo.



Colina (Rafael B. de la)

LA ROSA

A LA SEÑORA DOÑA ROSA MARIN DE ROMERO VARGAS

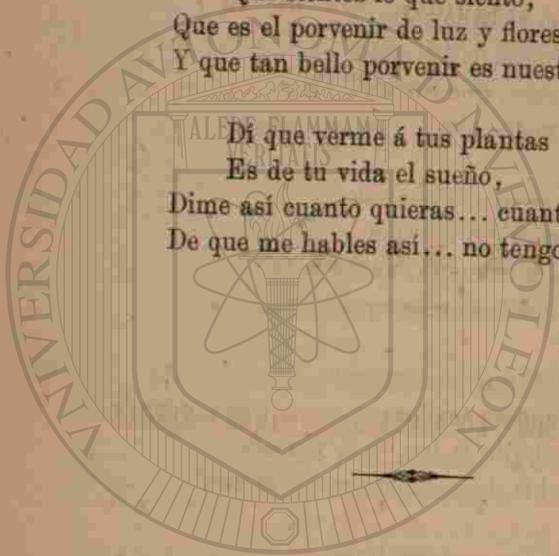
I

Allá del mundo en la remota infancia,  
Más blanca que la pálida azucena,  
Modesta y sin fragancia,  
Nació la rosa de hermosura llena.  
Envidiosas las flores la veían  
Ostentar de sus hojas la blancura,  
Y entre risas y lágrimas decían:  
— «¿De qué sirve á la rosa su hermosura,  
Si el cielo le negó vivos colores  
Y á la brisa no halaga con olores?» —

Beso puro que engendren las miradas  
Y suba sin rumor hasta los cielos.

Dime así, que me entiendes,  
Que sientes lo que siento,  
Que es el porvenir de luz y flores  
Y que tan bello porvenir es nuestro.

Di que verme á tus plantas  
Es de tu vida el sueño,  
Dime así cuanto quieras... cuanto quieras...  
De que me hables así... no tengo miedo.



Colina (Rafael B. de la)

## LA ROSA

A LA SEÑORA DOÑA ROSA MARIN DE ROMERO VARGAS

I

Allá del mundo en la remota infancia,  
Más blanca que la pálida azucena,  
Modesta y sin fragancia,  
Nació la rosa de hermosura llena.  
Envidiosas las flores la veían  
Ostentar de sus hojas la blancura,  
Y entre risas y lágrimas decían:  
— «¿De qué sirve á la rosa su hermosura,  
Si el cielo le negó vivos colores  
Y á la brisa no halaga con olores?» —

Entre tanto la rosa  
 En su humildad callaba,  
 Y bella y pudorosa  
 A los besos del céfiro temblaba.

## II

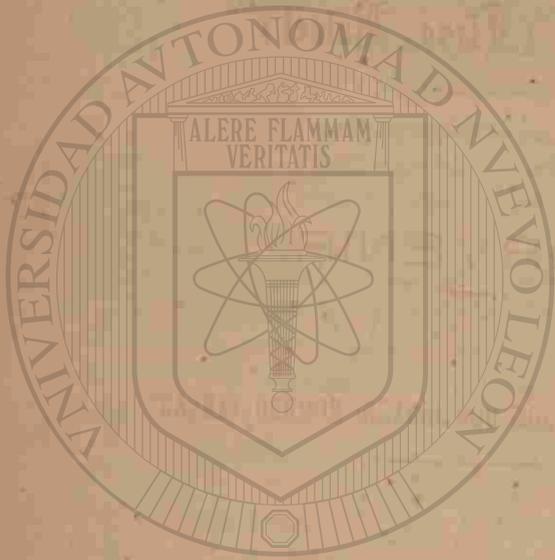
Dulce como el suspiro  
 Del aura tibia y pura,  
 Que en delicioso giro  
 Amor va murmurando en la espesura,  
 Más bella que el Edem en donde mora,  
 Más pura que el cristal del arroyuelo,  
 La primera mujer encantadora  
 Abre sus ojos á la luz del cielo.  
 Y su intensa mirada,  
 Su mirada de fuego y de ternura,  
 Se fija enamorada

De la rosa modesta en la hermosura:  
 — ¡Cuán bella es esa flor de casto broche...

Si en mis blondos cabellos la prendiera,  
 Brillára en ellos como en negra noche  
 Brilló la luna por la vez primera. —  
 Dice, y gentil cual la gacela hermosa  
 Que el bosque cruza con ligera planta,  
 Eva la bella hácia la casta rosa  
 En alas del deseo se adelanta  
 Y va á tocarla, cuando aguda espina  
 Hierde su mano, y nacarada gota  
 De sangre ardiente brota  
 Que cae sobre la flor alabastrina!.....

Tembló la blanca rosa enamorada,  
 Sus pétalos de nácar se cubrieron,  
 Y su esencia aromada  
 Los céfiros bebieron.

Desde entónces la rosa entre las flores  
 Muestra en sus hojas el color de Oriente,  
 Y al asomar el sol su roja frente  
 Aspira de la rosa los olores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Córdoba (Cirso Rafael)

PORVENIR

Á MI AMIGO EL SEÑOR DON IGNACIO ROMERO VARGAS

Canoros ruseñores

Que, suspirando al declinar el día,

Decís vuestros amores

En deleitosos trinos seductores

Que encanto dan á la floresta umbria!

Yo sé que al dulce acento

Con que soleis contar vuestras querellas,

Sus alas pliega el viento,

Recoge vuestras notas, y violento

Va luego al valle á regalar con ellas.

Yo sé que la azucena

Que las verdes campiñas engalana

Y de fragancia llena,  
 Al oír vuestra tierna cantilena  
 Abre su cáliz y os saluda ufana;  
 En tanto que la rosa  
 Enamorada tiembla, y encendida  
 Muestra su faz preciosa,  
 Porque vé á la azucena pudorosa  
 Con vuestro alegre canto suspendida.  
 Yo sé que el claro río  
 Sus ondas encadena al escucharos,  
 Y que el ardiente estío  
 Ve á sus ninfas con grato desvario  
 En la florida márgen esperaros.  
 Yo sé que la paloma  
 Que oculta vive en el peñasco hueco  
 De la apartada loma,  
 Cesando de gemir, vuestra voz toma  
 De su perdido amante por el eco.  
 Y sé que el firmamento  
 Ese inmenso tapiz bordado en oro  
 Y diamantes sin cuento,  
 Suspende el misterioso movimiento  
 Al escuchar vuestro cantar sonoro.  
 Que enmudecen los mares  
 Los ímpetus domando de su ira:  
 Las selvas seculares  
 Callan también, si el gozo ó los pesares  
 Cantais al son de la sagrada lira.  
 ¡Ah, salve, hijos de Apolo,  
 De la creación egrégios soberanos,  
 A cuya voz tan sólo  
 Se alza un eco del uno al otro polo

Que no se alza á la voz de los tiranos!  
 Vuestras nobles conquistas  
 Envidia el pecho con afán profundo:  
 Que por do quiera listas  
 Las coronas están que á los artistas  
 En premio da la admiración del mundo!  
 Con paso majestúoso  
 Las edades cruzáis, é indeficiente  
 Del caos espantoso  
 Las sombras quita el rayo luminoso  
 Que vá brotando vuestra altiva frente.  
 Cuando anunciáis la idea  
 Que ha de alumbrar los vastos horizontes,  
 Cuando exclamáis ¡Luz sea!  
 ¿Qué importa que el exceptico no os crea,  
 Si el radioso fulgor dora los montes?  
 Así el génio atrevido  
 En el mundo oriental tendió su vuelo  
 De gloria circuido;  
 Y sus artes y ciencias no ha podido  
 Cubrir aún el funerario velo.  
 Que de entre el polvo oscuro  
 Que audaz el tiempo rápido amontona,  
 Se lanza al éter puro  
 Un acento inmortal firme y seguro  
 Que ensalza al génio y su poder pregona.  
 Así el osado griego  
 Del númen sacro en el ardor se inflama,  
 Y el mundo siente luego  
 De aquel divino, inextinguible fuego  
 Por sus venas correr la activa llama.  
 Del Orbe la señora

Alza al génio también brillante sólio,  
 Y en sus colinas mora  
 La deidad que más puros atesora  
 Los láuros del soberbio Capitolio:  
 No de sangre teñidos  
 Esos láuros están, ni los regaron  
 En los pueblos vencidos  
 Las lágrimas que rostros afligidos  
 Como lavas candentes abrasaron.  
 Ni son el triste emblema  
 De la nefanda esclavitud que al mundo  
 Da lúgubre anatema,  
 Sino del génio la inmortal diadema,  
 Del libre génio como el sol fecundo.  
 En su incansable vuelo  
 Y de esa luz radiante circundado,  
 A nuestro hermoso suelo  
 Llega por fin, y se deshace el velo  
 Que tiene oculto al porvenir soñado.  
 Así la niebla oscura  
 Tiende su manto en la empinada sierra,  
 Y llena de tristura  
 Los silenciosos bosques do natura  
 Su régia pompa y majestad encierra.  
 Mas sale el rey del día  
 Y rompiendo las gasas, de improvisó,  
 La ansiada luz envía  
 Que devuelve su agreste poesia,  
 Su esplendor á aquel bello paraiso.  
 ¡Cuál brillan las cascadas,  
 Que en blancos copos bajan rumorosas!  
 Bajo estas enramadas,

¡Con qué trinos de amor son saludadas  
 Las brisas, y las fuentes, y las rosas!  
 Yo allá vagué perdido  
 Cual avecilla errante que deshecho  
 Halla su dulce nido,  
 Y piedad á las selvas he pedido  
 En el dolor que desgarraba el pecho.  
 Y acaso me escuchaban  
 Y de mi fiero mal se condolian  
 Pues las hojas temblaban,  
 Y aun parecióme oír que suspiraban  
 Y mis tristes acentos repetian.  
 De mi existir las horas  
 Iban así con lentitud pasando,  
 Cuando puras, sonoras,  
 Un día vuestras voces seductoras  
 A mí albergue llevó céfiro blando.  
 — ¡Atrás quedad — dijeron —  
 Los viejos horizontes... — Y al instante  
 En mis venas cayeron  
 Gotas de fuego que temblar me hicieron  
 Y responder al númen: ¡Adelante!  
 ¡Adelante, poetas,  
 Y vosotros, ardientes corazones,  
 Generosos atletas  
 De esa gloriosa lid á que sujetas  
 Del génio están las nobles ambiciones!  
 Que el arte regenere  
 Con su dichosa y mágica influencia  
 A la patria, que quiere  
 La gloria conquistar que nunca muere  
 Y el destino que da la inteligencia.

¿Por qué, al pasado fijos,  
 Habrán de rechazarse nuestras manos  
 Con rencores prolijos?  
 ¿Del arte acaso los amantes hijos  
 Se llamaron do quiera sino hermanos?  
 Atrás la sombra quede  
 Y en ella envuelta la terrible historia:  
 Ya el fiero Marte cede  
 Su campo al dios que conducirnos puede  
 En sus alas al templo de la gloria.  
 Dejad que yo bendiga  
 La dulce paz que frutos tan opimos  
 A México prodiga,  
 Y á cuya sombra protectora, amiga,  
 El porvenir á saludar venimos.  
 Los rayos de esa aurora  
 Se miran en risueña lontananza...  
 ¡Deidad encantadora,  
 Salve á tu luz que vivida colora  
 El cielo del amor y la esperanza!

Guellar (José T. de)

### A CERVANTES

Nació al albor de la primer mañana  
 De una region de luz desconocida,  
 De do la vida de los mundos mana,  
 Espíritu inmortal, del mundo egida,  
 Nuncio de gloria de la estirpe humana.  
 Ángel, tendiendo las potentes alas,  
 Se lanza en los espacios insondables,  
 Surca mares de gasas transparentes  
 Y piélagos de sombras impalpables,  
 Do ruedan en miriadas los nacientes  
 Globos, que al *fiat* fecundo  
 Del Hacedor, brotando de la nada,  
 Ser y vida reciben, y ya pueblan  
 Vasta extension, un mundo y otro mundo.

Las alas bate aún; y donde quiera  
 Que la mirada fúlgida dirige,  
 Polvo de estrellas en el éter cunde,  
 Que un lampo solo de la luz eterna  
 Dora y matiza, y su camino rige  
 Y la vida á torrentes  
 En las etéreas bóvedas difunde,  
 Así el génio bajó sobre la tierra  
 Á cumplir su mision de paz y gloria,  
 Y su trono erigió sobre las ráudas  
 Edades que pasando,  
 Van á sus pies en deleznable escoria  
 Su fasto y triunfos, miserias, tornando.

Vió los pueblos nacer, vió las naciones  
 En formidable lucha ensangrentando  
 Sus nítidos blasones,  
 Miró la vanidad alzar los templos  
 De fugitivas glorias,  
 Á la ambicion palacios esplendentes  
 De fausto y pompa ejemplos,  
 Y vió despues el viento del olvido  
 Barrer tan sólo escorias,  
 Y á solitario capitel de piedra  
 Muda abrazarse trepadora yedra.

Todo rodó á sus pies cual polvo vano:  
 Razas, pueblos y edades,  
 Y templos, monumentos y ciudades;  
 Todo el tiempo lo trunca  
 Mas los triunfos legitimos del génio,  
 Por mandato de Dios, no mueren nunca.

No mueren, no; regístralos la historia  
 Mostrando sin cesar á la memoria  
 Un más allá esplendente,  
 Una vida mejor á la que aspira  
 El alma entre el engaño y la mentira  
 De esta rápida vida transitoria.

Mas ¡ay! no siempre el mundo  
 Al génio poderoso  
 Justo homenaje rinde;  
 Torpe la envidia arrójale profundo  
 Sarcasmo venenoso;  
 Viles pasiones á sus pies se arrastran,  
 Copa de hiel le ofrecen,  
 Y en vez de comprenderle le escarnecen.

Asi, más tarde, la justicia muestra  
 Inexorable al mundo,  
 En su pasmo profundo,  
 Sobre su rico pedestal, el llanto  
 Del mutilado ilustre de Lepanto.

Asi, más tarde, la conciencia humana  
 Convoca al borde de dorada tumba  
 A pósteros que lloren,  
 Y en desagravio del pasado imploren  
 De otras generaciones la asistencia,  
 Al grito llamador de la conciencia.  
 Así nosotros hoy, tras dos centurias  
 Y más, venimos á llorar á un hombre  
 De esclarecido y de eternal renombre;  
 Y en medio á la intuicion de lo infinito,

Conocemos que alivia  
 El peso abrumador que nos oprime  
 Algo consolador, grande y sublime;  
 Algo que nos eleva  
 Del lodazal de miserias pasiones,  
 Y a contemplar nos lleva  
 Del mundo en la remota lontananza  
 Una vida de gloria y de esperanza.  
 Porque el génio redime  
 Al que del mundo para siempre es ido,  
 Del peso de la muerte y del olvido.

No acabar, extinguiendo  
 Con un soplo fugaz lo que el espíritu  
 Está en la vida sin cesar buscando:  
 No vivir vegetando  
 Para yacer despues siempre muriendo,  
 Es el triunfo mayor de nuestro anhelo,  
 Es conquistar desde la tierra el cielo...

¡Cervantes inmortal, mártir sublime!  
 De España los dolores,  
 Y de émulos bastardos los rencores  
 Despertaron en tu alma la amargura:  
 Pediste pan dentro el hogar vacío,  
 Y sólo el hambre ¡ay Dios, llamó á tu puerta,  
 Cuando el alma tenía,  
 Para dar gloria á España  
 De par en par abierta!..

No hubiste pan, y altares merecías,  
 Lloraste y hoy te llora el mundo entero;

La risa con que tú te estremecías  
 Resuena en nuestros días  
 Como un eco de gloria placentero.  
 Hondos fueron tus males  
 Viviendo en el olvido,  
 Y al escribir con lágrimas de sangre  
 Tu Quijote inmortal, legaste al mundo  
 En tu dolor profundo,  
 Tu época retratada  
 En tu tremenda y ronca carcajada.  
 Es que el génio inmortal que al mundo vino  
 Tocado tu alma había,  
 Y en medio á los vaivenes del destino,  
 Tú, soldado, ya pobre, ya doliente,  
 Brillaba ya sobre tu noble frente  
 Láuro eternal que el mundo envidiaría.

Tu tránsito acabó: y en tu postrera  
 Terrible noche, de vivir cansado,  
 Y solo y triste, ¡adios! dijiste al mundo  
 En brazos de tu pobre compañera,  
 Transida el alma de dolor profundo,

Y acaso ya sabías,  
 Cuando llegar sentías  
 Brisa de eternidad, que á los oídos  
 Del moribundo zumba,  
 Que aunque la indiferencia y el olvido  
 Perdieran hasta el rastro de tu tumba.  
 El admirable libro que escribías  
 Iba á robar sus sombras á la muerte,  
 Iba á rasgar los velos del olvido,

Y leyéndolo el mundo en nuestros días  
 De muy distinta suerte,  
 De su loco entusiasmo en los excesos  
 Iba á entonar sentidas gemonias  
 Por no tener ni el polvo de tus huesos.  
 Tu tránsito pasó sobre la tierra,  
 Pasó del tiempo la doliente saña,  
 El dolo, el llanto y el dolor que aterra,  
 Para luego nacer gloria de España,  
 Para luego vivir con las edades  
 La vida de los siglos en la historia,  
 La vida de los genios en la altura,  
 Para sentir honrada tu memoria  
 Cuanto fué desdeñada tu amargura.  
 El triunfo es tuyo, á tu mansion de gloria  
 Llegue el himno elevado en tus altares;  
 Y en tu descanso augusto,  
 De la posteridad que te comprende  
 Oigas el fallo justo,  
 Pues supiste ¡oh ingénio sin segundo!  
 Con sólo un libro cautivar al mundo.

Covarrubias (Juan Diaz)<sup>(1)</sup>

## FRAGMENTOS

.....  
 .....  
 ¡Ay del triste que vió desvanecerse  
 La ilusión que soñaba su esperanza,  
 Quiso tocarla y la miró perderse  
 En las brumas de oscura lontananza!  
 Triste de aquel que su brillante gloria  
 Juguete vió del fugitivo viento,  
 Y contempla un martirio en su memoria  
 Y un forcedor su mismo pensamiento.

(1) Cuando Juan Diaz Covarrubias iba á recibir el título de Doctor en Medicina, fué fusilado con otros jóvenes liberales el 11 de Abril de 1830 en la villa de Yacubaya (México) por haber prestado sus auxilios á los defensores de sus ideas. Por tan triste muerte, se le da el nombre de *Poeta Mártir*.

Triste de aquel que vive en el pasado  
Mirando en su pesar desvanecida  
La ilusion del amor, manto gastado  
Que engalana la mómia de la vida.

Triste de aquel que en su marchito seno  
Sintió llevar el cáncer de la duda,  
Bebiendo gota á gota ese veneno  
Que le dejó la realidad desnuda.

Era su vida flor que se mecía  
Al suave arrullo de la brisa ufana;  
Dé esa que fuera tan brillante un día  
Ni hojas siquiera quedarán mañana....

Mas oye corazon, basta de llanto,  
Guarda la hiel de tu dolor profundo,  
Que la queja letal de tu quebranto,  
Ni la comprende ni la escucha el mundo.

¿No sabes que las quejas que se lanzan  
En medio de la noche silenciosa,  
Nunca otro seno á comover alcanzan  
Y se pierden en la aura vagarosa?

Lo sabes, corazon; forja otra historia  
Sin las gratas venturas que he sentido:  
Yo no quiero esperanzas, ni memoria,  
Yo no quiero recuerdos, ¡quiero olvido!

Dominguez (Ricardo)

### CAMBIOS

Todo cambia en el mundo, ayer estaba  
Ese lirio en boton,  
Esas nubes que vagan en ocaso  
En la cuna del sol.  
Esas tiernas, inquietas golondrinas,  
En las olas del mar,  
Tu pensamiento en el recuerdo mio,  
(Porque al fin nos supimos adorar.)

Y ahora, niña, ahora, el blanco lirio  
Deshojándose está;  
Las nubes del oriente en el ocaso,  
La golondrina en mi desierto hogar.  
Tu pensamiento en la brillante idea  
De otra nueva pasion;  
Tú alegre y satisfecha y venturosa,  
¡Y aislado y triste!, y sin consuelo yo!



Por más que sueñes que soy felice,  
 Por más que tu alma pura y hermosa  
 Se afane en verme bajo ese prisma,  
 Tengo unas penas que me devoran,  
 Lloro si canto, lloro si rio,  
 Y vivo triste, como la tórtola,  
 Porque es mi vida negra y sombría,  
 Negra, muy negra, triste y odiosa,  
 Como los tedios  
 Que me acongojan,  
 Como la tumba,  
 Como la sombra.

Tú en cambio, niña, vives contenta,  
 Siempre tranquila, siempre dichosa,  
 Como en la cuna jugando el niño,  
 Como en los campos las mariposas,

Como en el cielo la blanca estrella,  
 Como en las nubes la inquieta alondra,  
 ¿Por qué tu vida no es cual la mía?  
 ¿Por qué es alegre, rica y hermosa,  
 Como la dicha,  
 Como la aurora,  
 Como el aplauso,  
 Como la gloria?

Echaiz (Jesus)

GALILEO

En un rincón de su prisión oscura,  
Callado el genio, de dolor suspira,  
Ante un fantasma que delante mira,  
De torva faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita: —¡ Abjura!  
Renuncia de tu herética mentira,  
Di que la tierra está.... — La tierra gira,  
Le contestaba el sábio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento,  
Y por oscuro callejón torcido  
Asoman el verdugo y el tormento.

Al punto triunfa la ignorancia alevé  
Y exclama el sábio triste y abatido:  
— Y sin embargo, siento que se mueve.



Espino (Rosa) <sup>(1)</sup>

EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece, el horizonte  
 Dibuja tendida faja,  
 Orla del manto nocturno,  
 Diadema de la alborada.  
 En Oriente las estrellas  
 Palidecen y se apagan,  
 Y sopla el viento más frío  
 Anunciando la mañana.  
 Entre la sombra que cubre  
 Las espesas enramadas,  
 Trinan los madrugadores,  
 Y sus aromas exhalan

(1) Este nombre es el pseudónimo de un distinguidísimo literato mexicano, que figura también en otro lugar de este libro.

Dicho escritor ha conquistado inmarcesibles lauros como poeta, militar, jurisconsulto y periodista festivo.

El *oyamel* y el *ocote*,  
 Los cedros y las lianas.  
 En los *ranchos* silenciosos  
 Alegres los gallos cantan,  
 Que ya ilumina el paisaje  
 Incierta la luz del alba.  
 Ya sube desde los prados  
 El tañer de la campana,  
 Y el valido de la oveja  
 Y el mugido de las vacas.  
 Cruzan de tordos parleros  
 Negras revueltas parvadas,  
 Que descienden de los bosques  
 Sobre la fresca labranza.  
 Divisanse los senderos  
 Que suben por la montaña,  
 Relucientes y sembrados  
 De pura y brillante escarcha.  
 De azul se tiñen los cielos,  
 Las nubecillas de grana,  
 Ostentando la llanura  
 Sus alfombras de esmeralda.  
 Los vapores de la noche  
 Huyen como nube blanca,  
 Hasta posarse en las crestas  
 O morir entre las ramas.  
 Despiden los *jacalitos*  
 Columnas de humo azuladas,  
 Y el canto de los *rancheros*  
 Que al trabajo se preparan,  
 Se mezcla confusamente  
 Con ese rumor que se alza

Cuando despues de la aurora  
 Vivífico el sol derrama  
 Sobre el mundo que despierta  
 Su luz esplendente y clara.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL MEDIC DIA

(EN LA COSTA)

Radiante el sol meridiano  
 Lanza torrentes de fuego,  
 Y sus ondas luminosa  
 Aduermen el manso viento.  
 De aquella calma profunda  
 Sólo interrumpe el silencio  
 El ronco mar que sus aguas  
 Azota estruendoso y fiero,  
 De los apartados morros  
 Contra los peñascos negros  
 Que ya se cubren de espuma  
 Y ya aparecen enhiestos.  
 Ni un barco sobre las olas,  
 Ni una nube sobre el cielo:  
 Parece el cielo un abismo,  
 Parece el mar un desierto.  
 Lánguidas cuelgan las hojas  
 Del altivo cocotero,  
 Lánguidas flotan las palmas  
 Del *cayaco* gigantesco;

Fuego circula en el aire  
 Y el azul del firmamento,  
 Como de flotantes llamas  
 Envuelve rojizo velo;  
 Sobre las ondas del rio  
 Se inclina el mangle soberbio,  
 Y buscando grata sombra  
 Calla el *zanate* parlero.  
 Al abrigo de la yerba  
 Los esmaltados insectos,  
 Enmudecen, respetando  
 El silencioso misterio.  
 Duerme la verdosa iguana  
 Sobre un tronco de árbol seco,  
 Duerme el caiman perezoso  
 A la orilla del estero.  
 Los loros y guacamayas  
 Se agrupan bajo los cedros,  
 Inmóviles mientras sopla  
 El terral húmedo y fresco.  
 Huye el *guaco* á la cañada  
 Y el tigre con paso incierto  
 Sigue el rumor del arroyo  
 Que sale á buscar sediento.  
 .....  
 Terrible es aquella calma,  
 Pavoroso aquel silencio  
 Que sólo el mar interrumpe  
 Con su monótono extruendo.

## LA TARDE

(EN EL VALLE DE MÉXICO)

Está moribundo el día  
 Y el sol poniente colora  
 Las nieves del *Ixtasihuatl*  
 Con los tintes de la rosa.  
 En un cielo de turquesa  
 Ligeros crespones flotan,  
 Nubes de púrpura y grana  
 Que oro mienten con sus orlas.  
 Sobre los tendidos lagos  
 Las brisas murmuradoras  
 Van recogiendo el perfume  
 De las frescas amapolas.  
 Del mirto y del *campazochil*,  
 De las clavellinas rojas,  
 Del *cacomite* atigrado,  
 De la azucena olorosa.  
 En grato vaiven se agitan  
 Los *tulares*, si les toca  
 El aliento de la tarde

Que va impregnado de aromas.  
 Las flores en las *chinampas*  
 Inclinan ya sus corolas  
 Y el girasol languidece  
 De la tarde con la sombra.  
 Forman alegre concierto  
 Los gorriones, en las hojas  
 De fresnos y *capulines*  
 En cuyas ramas se posan.  
 El vuelo tienden las garzas  
 Buscando la selva umbrosa,  
 Y al abrigo de las trojes  
 Retíranse las palomas.  
 Se oye el rumor á lo lejos  
 De las reses mugidoras  
 Que llegan á los establos  
 Ó á los potreros retornan.  
 Por el lago transparente  
 Cruzan pesadas canoas  
 Ó *chalupas*, que ligeras  
 Mueven apenas las olas.  
 Sembrado se mira el valle  
 De haciendas, pueblos y chozas,  
 Y en medio de ese conjunto,  
 México, que se corona  
 Con cien torres que reflejan  
 Esa luz que, seductora,  
 Las nieblas del *Ixtasihuatl*  
 Tiñen de carmin y rosa.

## LA NOCHE

(EN LA MONTAÑA)

La noche envuelve la tierra  
 Con sus negros pabellones,  
 Y en el espacio infinito  
 Brillan miriadas de soles.  
 Espléndida se levanta  
 La luna en el horizonte,  
 Y vaporosos celajes  
 Sus blancas luces recogen.  
 No es la imagen de la muerte  
 Dentro las selvas la noche,  
 Que se alzan por todas partes  
 Dulces y extraños rumores.  
 El eco de los torrentes  
 Viene de lejano bosque.  
 Mientras al brillar la luna  
 Cantan, sin saberse en dónde,  
 Pájaros desconocidos,  
 Desconocidas canciones.  
 Se oye crugir la maleza

Y luego el pesado roce  
 De los tigres que en la loma  
 Cruzan *pujando* feroces.  
 Ahuyan en las cabañas  
 Los lobos y los *coyotes*  
 Y brillan entre la yerba  
 Mil insectos zumbadores,  
 Que como estrellas perdidas,  
 Fosforescentes, veloces,  
 Tan pronto surcan la tierra  
 Como en las hojas se esconden  
 De los árboles soberbios  
 En que cantan sus amores  
 Los *gilgueros* en las tardes  
 Y en la aurora los *sinsontes*.  
 Una ráfaga de viento  
 Llega rápida y se oye  
 Crugir el añoso tronco,  
 Y sordo luego, recorre  
 Aquel rumor misterioso  
 La virgen selva, y entonces  
 Se interrumpen de repente  
 Todos los otros rumores,  
 Porque el ángel de las sombras  
 Cruzando va por el bosque.

## UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce pero triste  
De mi temprana edad;  
Mi madre me llevaba de la mano  
Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde  
Como pardo cendal,  
Y á gritar comenzaba en la cañada  
El huaco pertinaz.

Cantaban las tropicales en el bosque  
Con dulce suavidad,  
Los penachos del mangle caballero  
Agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos  
Se adormecía el caiman,  
Y bajaban los peces á sus nidos  
De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque  
En su continuo afán,  
Y en medio á los rumores, dominando  
Los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento  
Escuchóse fugaz  
De las campanas de la aldea vecina  
Tañido funeral.

Detúvose mi madre y en silencio  
La contemplé rezar,  
Y de llanto llenáronse sus ojos  
Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decia  
Con dulce ingenuidad,  
Y ella me contestó dándome un beso:  
—Es preciso llorar.

Que con lúgubre toque las campanas  
Anunciándome están

Que un hombre, como todos, de esta vida  
Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entonces,  
¿Tu amor me faltará?  
Y ella sin contestar no más lloraba  
Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro  
Y ella con dulce afán

Enjugando mis lágrimas decía:

—Vamos, ya está, ya está.

Pocos años despues perdí á mi madre:

No ceso de llorar

Y en sueños la contemplo cada día;

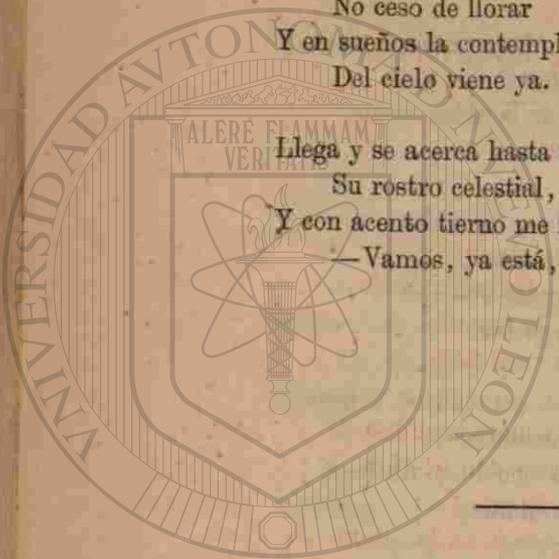
Del cielo viene ya.

Llega y se acerca hasta tocar mi frente

Su rostro celestial,

Y con acento tierno me repite

—Vamos, ya está, ya está.



## LOS DOS ESPÍRITUS

—Adios, adios — al espirar decía:

Un amante infeliz; y ella en su duelo,

—Jamás te olvidaré, le repetía,

Pronto nos uniremos en el cielo. —

Murió el amante, y luego cariñoso

Su espíritu volvió... mas con tristura

Mirando roto el vínculo amoroso

Lanzó un suspiro y se tornó á la altura.

Murió tambien la ingrata, y desolado

Su espíritu buscaba al de su amante...

No le encontró jamás, y atormentado

Su espíritu viajó solo y errante.

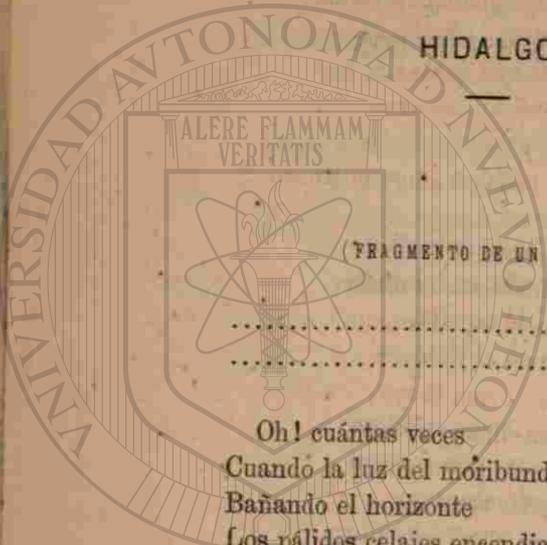
¡Ay de aquella alma que al amante muerto

Sepulta entre el olvido más profundo!

Más allá de la vida hay un desierto,

Castigo del olvido en este mundo.

## HIDALGO



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

FRAGMENTO DE UN CANTO)

Oh! cuántas veces

Cuando la luz del moribundo día

Bañando el horizonte

Los pálidos celajes encendía,

Y la sombra ligera

Del apartado monte

Iba triste ganando la pradera,

Y el rumor de la tarde se apagaba,

Y sólo entre la yerba se escuchaba

Del insecto perdido

El tenue y melancólico zumbido,

La soledad y la quietud buscando,

Triste y absorto en su pesar profundo,

Atravesando el rústico sendero

Sin recordar al mundo,

Guiaba sus pasos al tranquilo otero.

Ni bastaba á sacarle

Del éxtasis que entónces le embargaba

El saludo de humilde peregrino,

Ni el canto de los rudos labradores,

Ni el respetuoso adios que en su camino

Le daban los pastores,

Ni las últimas notas que suaves

Al despedir al sol lanzan las aves.

Sentado en una peña, ó sobre el tronco

Del árbol derribado,

Apoyada la barba sobre el pecho

Y en piélago insondable de confusos

Y grandes pensamientos, abismado,

Cavando, sin sentirlo,

Con el baston la removida tierra,

Se agrupaban en su alma generosa

Las imágenes fieles de la guerra.

Pareciale oír entre las sombras

El eco de los bélicos clarines,

Y alzarse ante su vista

Por mágicos conjuros evocada,

La sangrienta batalla encarnizada;

Y escuchaba el cargar de los pesados

Y fieros escuadrones,

Y los fuegos cerrados,

Y los gritos de indómitos soldados,

Y fuertes batallones

Cruzando la extension de la llanura

Entre la nube oscura

De humo y polvo que se alza del combate;

El terror infundiendo los cañones

Entre torrentes de rojiza llama  
 Vomitar con estruendo  
 Un huracan de bronce, que bramando,  
 Va el exterminio por do quier sembrando,  
 Y la confusa y ronca gritería,  
 Y ayes, maldiciones y gemidos,  
 Y pesada rodar la artillería,  
 Y confusos ruidos  
 En rumor espantoso confundidos.

Más el combate dura y más se empeña;  
 Abre HIDALGO los ojos con espanto,  
 Y es que duda si sueña  
 O si es la realidad; más el encanto  
 Disipa de repente  
 Desde la aldea cercana  
 El pausado tañir de una campana.  
 Se deshacen ligeras  
 Las imágenes todas del combate,  
 É incierta entre el dolor y la alegría  
 Aquella alma, por fin, vuelve á la tierra  
 Meditando si en esa profecía  
 Que muestra el porvenir en lontananza,  
 Se encierra el desengaño ó la esperanza.

Fernandez (José)

EN LA MUERTE DEL GENERAL ZARAGOZA

Pálida está la frente  
 Que con divino rayo  
 De luz brillante circundó la gloria,  
 Al alumbrar su espléndida victoria  
 El quinto sol del memorando Mayo;  
 Apagada la ardiente  
 Eléctrica mirada,  
 Que al enemigo de terror cubriera,  
 Que cual vivo relámpago luciera  
 Para anunciar el rayo de su espada.  
 Está ya el lábio mudo  
 Que, apenas se movía,  
 Agitaba terribles batallones,  
 Jinetes y corceles y cañones,  
 Y mandaba vencer, y se vencía;  
 Yerto el brazo nervudo,  
 Nunca al afan rendido,

Asolacion del galo aventurero,  
Y, al envainar el victorioso acero,  
Noble sosten y amparo del vencido.

Inmóvil yace, inerte,  
Dentro del pecho frio,

El corazon en el valor templado,  
De capitán y de último soldado,  
Noble modelo de constancia y brío.

¡Duerme ya el hombre fuerte  
En eterno letargo,

El hijo que á su patria dar debía  
Con su victoria el más glorioso día,  
Con su temprana muerte el más amargo!

Hoy el galo se goza,  
De vergüenza desnudo,

Viendo que el rostro nos volvió la suerte,  
Viendo que alevé derribó la muerte  
Al que vencer su ejército no pudo.

« No existe Zaragoza.  
Inerte está la diestra

Que en ocio vergonzoso nos mantiene.

Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?

¡A combatir, que la victoria es nuestra!

« Las águilas augustas,  
Que ya han tendido el vuelo,

Victoriosas do quiera en la pelea,  
En África, y en Asia y en Crimea,  
En Magenta, Palestro y Montebello,

« Agitarán robustas

Sus alas majestuosas,

Y, atravesando ráudas el espacio,

Irán á reposar en el palacio

En que tú, bella México, reposas. »

« Allí, en cercano día,

De Luis soldados fieles,

De oro, de gloria y de placeros llenos,

Reclinaremos en hermosos senos

Nuestras frentes cubiertas de laureles. »

Así con burla impía

Los invasores claman;

Y, al escuchar su risa mofadora,

Olvido este pesar que me devora,

Y la venganza y el valor me inflaman.

Lloremos, mexicanos,

Mas breve el llanto sea,

Y dejemos el llanto por la espada,

¡Ay! para que de Francia la mirada

Estas acerbas lágrimas no vea.

Juntemos nuestras manos

En la tumba que encierra

Los venerandos restos del guerrero,

Y pronunciando nuestro adiós postrero,

Sólo se oigan despues gritos de guerra.

¡Guerra, si, patria mia!

¡Guerra por tus montañas,

Guerra por tus inmensas soledades,

Guerra por tus caminos y ciudades,

Guerra en los templos, guerra en las cabañas!

Tiempo sobrará un día

De llorar al que muera;

El soldado inmortal que tú perdiste

Y con su grande espíritu te asiste,

No quiere llanto ya: triunfos espera.



Flores (Mannel M.)

PASION

Háblame!.. que tu voz, eco del cielo,  
 Sobre la tierra por do quier me siga...  
 Con tal de oir tu voz nada me importa  
 Que el desden en tu lábio me maldiga.  
 Mirame... Tus miradas me quemaron  
 Y tengo sed de ese mirar eterno;  
 Por ver tus ojos, que se abraza mi alma  
 De esa mirada en el celeste infierno.  
 Ámame!.. Nada soy; pero tu diestra  
 Sobre mi frente pálida un instante,  
 Puede hacer del esclavo arrodillado  
 El hombre rey de corazon gigante.

Tu pasas... y la tierra voluptuosa  
 Se extremece de amor bajo tus huellas,

Se entibia el aire, se perfuma el prado  
 Y se inclinan á verte las estrellas.  
 Quisiera ser la sombra de la noche  
 Para verte dormir sola y tranquila,  
 Y luégo ser la aurora, y despertarte  
 Con un beso de luz en la pupila.  
 Soy tuyo, me poses; un solo átomo  
 No hay en mi sér que para tí no sea:  
 Dentro mi corazon eres latido  
 Y dentro mi cerebro eres idea.

¡Oh! por mirar tu frente pensativa  
 Y pálido de amores tu semblante,  
 Por sentir el aliento de tu boca  
 Mi árido lábio acariciar jadeante;  
 Por estrechar tus manos virginales  
 Sobre mi corazon, yo de rodillas;  
 Y devorar con mis tremantes besos  
 Lágrimas de pasion en tus mejillas;  
 Yo te diera... no sé... no tengo nada;  
 (El poeta es mendigo de la tierra)

¡Toda la sangre que en mis venas arde!  
 ¡Todo lo grande que mi mente encierra!

Mas no soy para tí. Si entre tus brazos  
 La suerte loca me arrojára un día,  
 Al terrible contacto de tus labios,  
 Tal vez mi corazon se rompería!  
 Nunca será... Para mi negra vida  
 La inmensa dicha del amor no existe...  
 Sólo nací para llevar en mi alma  
 Todo lo que hay de tempestuoso y triste.

Y quisiera morir... ¡Pero en tus brazos,  
 Con la embriaguez de la pasion más loca,  
 Y la luz de mi vida se apagára  
 Al soplo de los besos de tu boca.

## AUSENCIA

¡ Quién me diera tomar tus manos blancas  
Para apretarme el corazón con ellas,  
Y beber con tus lágrimas preciosas  
La casta luz de tus pupilas bellas!

¡ Quién me diera sentir sobre mi pecho  
Reclinada tu espléndida cabeza,  
Recogiendo en el alma tus suspiros,  
Tus suspiros de amor y de tristeza!

¡ Quién me diera posar un solo instante  
Mi cariñoso labio en tus cabellos,  
Y así pudiera mi alma enamorada  
Besar tu frente resbalando en ellos!

¡ Quién me diera robar un solo rayo  
De aquella luz de tu mirar en calma,  
Para tener al separarnos luego  
Con qué alumbrar la soledad del alma!

Oh! quién me diera ser tu misma sombra,  
El mismo ambiente que tu rostro baña,  
Y por besar tus ojos celestiales  
La lágrima que tiembla en tu pestaña!

Y ser un corazón todo alegría,  
Nido de luz y de divinas flores  
En que durmiese tu alma de paloma  
El sueño virginal de sus amores!

Mas nada soy... Y solo, en mi tristeza,  
Tengo ceñido el corazón de abrojos...  
¿ Cuándo esta noche de la negra ausencia  
Disipará la aurora de tus ojos?

## UN BESO NADA MAS

Bésame con el beso de tu boca,  
Cariñosa mitad del alma mía;  
Un solo beso el corazón invoca,  
Que la dicha de dos... me mataría.

¡Un beso nada más!.. Ya su perfume  
En mi alma derramándose, la embriaga,  
Y mi alma por tu beso se consume  
Y por mis labios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya!.. Ya no puedo  
Léjos tenerla de tus labios rojos...  
¡Pronto!.. ¡dame tus labios!.. ¡tengo miedo  
De ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;  
Siento de dicha el corazón opreso...  
¡Oh! sosténme en la vida de tus brazos  
Para que no me mates con tu beso!

## ADORACION

Como al ara de Dios llega el creyente,  
Trémulo el lábio al exhalar el ruego,  
Turbado el corazón, baja la frente,  
Así mujer á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!  
Pálida está mi frente de dolores;  
¿Para qué castigar con tus enojos  
Al que es tan infeliz con tus amores?

Soy un esclavo que á tus piés se humilla  
Y suplicante tu piedad reclama,  
Que con las manos juntas se arrodilla  
Para decir con miedo... que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice,  
Tiembla al sentirle como débil hoja.  
¡Te ama! y el corazón cuando lo dice  
En yo no sé qué lágrimas se moja.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido  
 Como la luz á la pupila abierta,  
 Como viene la música al oído,  
 Como la vida á la esperanza muerta.

Fue una chispa de tu alma desprendida  
 En el beso de luz de tu mirada,  
 Que al abrasar mi corazón en vida  
 Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,  
 Ilusión imposible que atesoro,  
 Inefable palabra que suspiro  
 Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño  
 Que con sus alas en mi frente toca,  
 Y que deja — ¡perdóname, es un sueño!  
 El beso de los cielos en mi boca.

Mujer, mujer... mi corazón de fuego  
 De amor no sabe la palabra santa,  
 Pero palpita en el supremo ruego  
 Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias  
 De oír el canto que tu voz encierra,  
 Cambiara yo, dichoso, las caricias  
 De todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,  
 Sellando el labio á la importuna queja,

De lágrimas y besos cubriría  
 La leve huella que tu planta deja?

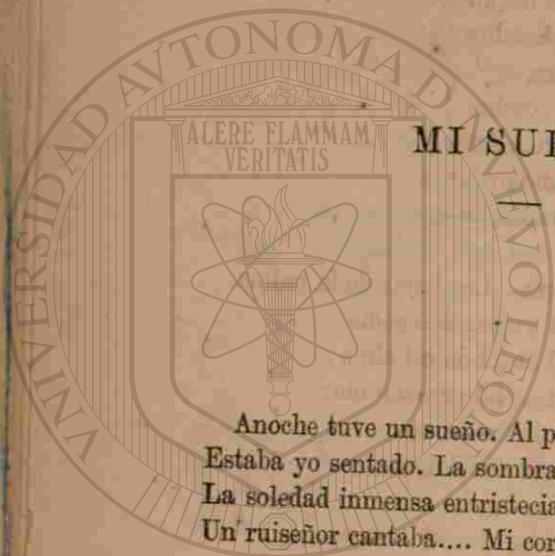
¿Que por oír en cariñoso acento  
 Mi pobre nombre entre tus labios rojos,  
 Para escucharte detendré mi aliento  
 Para mirarte me pondré de hinojos?

¿Que por sentir en mi dichosa frente  
 Tu dulce labio con pasión impreso,  
 Te diera yo, con mi vivir presente,  
 Toda mi eternidad.... por solo un beso?

Pero si tanto amor, delirio tanto,  
 Tanta ternura ante mis pies traída,  
 Empapada con gotas de mi llanto,  
 Formada con la esencia de mi vida;

Si este grito de amor, íntimo, ardiente,  
 No llega á tí... si mi pasión es loca,  
 Perdona los delirios de mi mente,  
 Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante  
 Irá á turbar tu indiferente calma....  
 Pero mi amor hasta el postrer instante  
 Te daré con las lágrimas del alma.



## MI SUEÑO

Anoche tuve un sueño. Al pié de negra palma  
 Estaba yo sentado. La sombra me envolvía.  
 La soledad inmensa entristecía mi alma  
 Un ruiseñor cantaba.... Mi corazón oía:

— «Yo canto cuando abren,

Jazmines de la noche,  
 Las pálidas estrellas

Su luminoso broche:

A la hora en que se llaman

Los seres que se aman.

Yo soy entre la sombra

Heraldo del amor.» —

Después meció el follaje de la siniestra palma  
 Del viento de la selva la ráfaga sombría;

Algo como un suspiro tristísimo del alma  
 Alzóse sollozante.... Mi corazón oía:

— «Yo soy el alma errante

Que en las tinieblas giro,

Por recoger del hombre

El tético suspiro.

Yo bebo en las corolas

Las lágrimas que á solas

En hondo desamparo

Derrama el corazón.» —

La noche era muy negra.. Las hojas de la palma  
 De súbito temblaron... Y vi que descendía  
 Algo como la sombra del ángel de mi alma;  
 Hablaba en las tinieblas.... mi corazón oía:

— «Hombre de los dolores,

Yo traigo desde el cielo

Palabras inefables

De paz y de consuelo.

Herido de tristeza

Inclinas la cabeza,

¿Acaso no conoces

La vida del amor?...

Qué tú eres la Esperanza?

— «Yo doy las ilusiones.»

— ¿Eres amor acaso? ¿La dicha ya perdida?

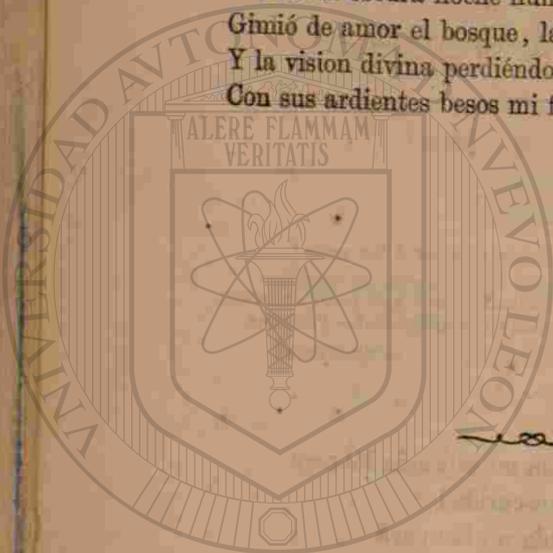
— «Soy luz en la que encienden su fé los corazones,

•Y rosa que perfuma la copa de la vida.

•Quizá del cielo traje la voz de los amores,

• Y me enseñó la dicha los himnos del placer.  
 • Encanto la existencia, ahuyento los dolores  
 • Y soy alma del alma..... me llamo la Mujer. • —

Y de la oscura noche iluminóse el velo,  
 Gimió de amor el bosque, la palma retembló,  
 Y la vision divina perdiéndose en el cielo  
 Con sus ardientes besos mi frente acarició.



## À MEDIA NOCHE

No frappe-t-on pas à ma porte?

Dieu puissant! tant mon corps frissonne.  
 Qui vient? qui m'apelle? — Personne.

A. DE MUSSSET.

Era la noche; y en mi estancia lóbrega  
 Crecía la oscuridad,  
 Chisporroteaba pálida mi lámpara  
 Agonizando ya,  
 Y derramaban sus reflejos lividos  
 Siniestra claridad.  
 Afuera el viento mis ventanas, áspero,  
 Hacia rechinar;  
 Azotaba cayendo con estrépito  
 La lluvia mi cristal,  
 Y al rasgar con su espada de relámpago  
 El caos la tempestad,  
 Inmenso grito de dolor y cólera  
 Del cielo herido ya,  
 Ronco rodaba por el ancha bóveda

El trueno funeral,  
Y temblaba la tierra y más horrísono  
Bramaba el huracan.

Yo estaba solo y en mi estancia lóbrega  
Crecía la oscuridad.  
Al fulgor instantáneo del relámpago  
En rápido zig-zag,  
Figuras mil en los oscuros ángulos  
Parecían asomar,  
Y por el muro en escuadron fantástico,  
En enjambre fugaz,  
Sombras, bosquejos y perfiles rápidos  
De contorno infernal,  
Caras terribles y á la par ridículas  
Miraba yo pasar.  
Sonaron doce campanadas lúgubres  
Y la última al vibrar,  
En silencio y de súbito mi lámpara  
Apagóse...

—¿Quién vá?...

¿Quién á estas horas á mi puerta, tímido,  
Así puede llamar?  
Nadie... Es el viento que empujó colérico  
Las puertas al pasar.  
Mas ¿quién se queja?... Qué lamento tétrico  
Es ese, funeral?  
Parece que del seno de algun féretro  
Ha venido ese ay...  
Nadie.... Es el viento que en sus alas rápidas  
Trajo un eco.... No más.

No llueve yá. Desenfrenada y prófuga  
La tormenta allá vá.  
Y entre los rotos nubarrones lóbregos  
La luna al asomar,  
Tiene yo no sé qué de cadavérico,  
De torvo y espectral;  
Como de un muerto la pupila hórrida  
Su disco... Mas ¿quién vá?  
He visto la cortina de aquél ángulo  
A alguno levantar...  
Oigo un paso ligero, suave, rápido...  
¿Quién es?... ¿quién llega?... ¡Ah!...

Inmóvil, negro, pavoroso, fúnebre,  
Sentado en un sitial,  
Un bulto informe, junto á mi, fatídico,  
Está en la oscuridad.  
Quiero gritar... mas mi garganta anúdase  
Y no puedo gritar,  
Tiembla mi carne, y llénase mi espíritu  
De pánico mortal...

La sombra, negra en la tiniebla, fúnebre  
En el sitial está;  
Nada de humano, sin figura, tétrica,  
Sin contorno ni faz,  
Sin ojos... pero yo siento fatídica  
Su mirada espectral  
Helada y pavorosa hasta la médula  
De mis huesos entrar...  
¿Quién eres? — digo, con la lengua trémula —  
¿Quién eres, por piedad?...

Y se cambia la sombra en una lívida  
 Y vaga claridad.  
 Es una forma de mujer angélica  
 Pero difunta ya  
 Y veo un rostro de virgen... ya muy pálido  
 Tras un velo nupcial;  
 Y la conozco... y mis miradas ávidas  
 Devorándola están;  
 Cuando los muertos y cerrados párpados  
 Comenzó a levantar...  
 Un soplo helado pasa por mi espíritu  
 Y ya no supe más...

.....  
 .....  
 .....  
 El blanco rayo de la aurora fúlgido  
 Me encontró al despertar  
 Arrodillado, y con la frente pálida  
 Caída en el sitial.

Y murmurando con los labios trémulos  
 El nombre celestial  
 De aquella mártir de mi amor, dulcísima,  
 Que ha tanto tiempo ¡ay!  
 A la sombra del sáuce melancólica  
 Durmiendo el sueño de la muerte está.

Gallardo (Aurelio Luis)

TEXCOCO

Junto de un lago que su nombre lleva,  
 De márgenes de esbeltos carrizales,  
 Esa ciudad se eleva  
 Cual dormida paloma entre rosales.

¡Oh ciudad! de tu gloria y poderío,  
 De tu grandeza y esplendor sagrado,  
 Sólo eres turbio río,  
 Fábula ó tradición de lo pasado!

Tus caciques conservan tus anales,  
 Grandes tesoros guardas en tu seno,  
 Y riegan tus canales  
 Las sementeras de tu valle ameno.

Las ondas de tu lago arrulladoras  
 Del bello mar, hermano del Chapala,

Y se cambia la sombra en una lívida  
 Y vaga claridad.  
 Es una forma de mujer angélica  
 Pero difunta ya  
 Y veo un rostro de virgen... ya muy pálido  
 Tras un velo nupcial;  
 Y la conozco... y mis miradas ávidas  
 Devorándola están;  
 Cuando los muertos y cerrados párpados  
 Comenzó a levantar...  
 Un soplo helado pasa por mi espíritu  
 Y ya no supe más...

.....  
 .....  
 .....  
 El blanco rayo de la aurora fúlgido  
 Me encontró al despertar  
 Arrodillado, y con la frente pálida  
 Caída en el sitial.

Y murmurando con los labios trémulos  
 El nombre celestial  
 De aquella mártir de mi amor, dulcísima,  
 Que ha tanto tiempo ¡ay!  
 A la sombra del sauce melancólica  
 Durmiendo el sueño de la muerte está.

Gallardo (Aurelio Luis)

TEXCOCO

Junto de un lago que su nombre lleva,  
 De márgenes de esbeltos carrizales,  
 Esa ciudad se eleva  
 Cual dormida paloma entre rosales.

¡Oh ciudad! de tu gloria y poderío,  
 De tu grandeza y esplendor sagrado,  
 Sólo eres turbio río,  
 Fábula ó tradición de lo pasado!

Tus caciques conservan tus anales,  
 Grandes tesoros guardas en tu seno,  
 Y riegan tus canales  
 Las sementeras de tu valle ameno.

Las ondas de tu lago arrulladoras  
 Del bello mar, hermano del Chapala,

Rizadas y sonoras  
Alzan plumajes de luciente gala.

Tus jardines esmaltan sus orillas,  
Las verdes alamedas de tus valles.

Gentil Señora, brillas,  
Con tus templos, tus plazas y tus calles!

Favorita del Sol, bañarte puedes  
Cuando la luna salga entre las ondas,

Y si á su amor accedes,  
¡Quizá entre flores tu belleza escondas!

Algunos de tus grandes monumentos  
Desmoronados por el polvo ruedan,

Y sólo cual portentos  
Los panteones de tus reyes quedan.

Ya no tremola altiva en los espacios  
La púrpura imperial de tus pendones,

Cayeron tus palacios...  
Medra el musgo en sus viejos torreones.

De un pueblo heroico vasto mausoleo,  
Estás en pie, magnífica Texcoco,

Expléndido museo  
De corta fama y de valer no poco.

El rey Nezahualcoyolt ensayaba  
En tu vergel sus cantos de poeta,

Y su lira sonaba  
Como el arpa inmortal del rey profeta.

Magnánimo y valiente como sábio,  
Rey poderoso como fuerte y bueno,  
Cantó su noble lábio  
Al dios del iris, como al dios del trueno.

Que él en medio de infanda idolatría  
Con fé de mártir y razon pagana,  
A un sér reconocía  
Luz, alma y gloria de la estirpe humana.

Así en la Grecia, Sócrates severo  
Al contemplar altísimas verdades,  
Ante el Dios verdadero  
Posternó á las olimpicas deidades...

¡Bella ciudad! paloma que tus alas  
Extiendes sobre aljófares y espumas,  
En tu belleza igualas  
Al cielo en esplendor, al cisne en plumas.

Si el sol con luces de oro te salpica  
Tu magnífico lago al recogerlas,  
Pareces concha rica  
Ostentando el Oriente de tus perlas.

¡Mientras que el sol septentrional te alumbra  
Reberverando espléndido en tus linfas,  
Mi cántico te encumbra  
¡Tumba de reyes y mansion de ninfas!



Garza (Juan B.)

CITA

De este pensil al abrigo  
Solos estamos los dos,  
No tenemos más testigo  
Que las estrellas y Dios.

Si de la noche la calma  
Te ha negado su beleño,  
Amor es sueño del alma,  
Ven, niña, y tendrás un sueño.

Ven; mi pasión necesita  
Para calmar sus desvelos,  
Tener contigo una cita  
Bajo el azul de los cielos.

Abandona el blanco lecho,  
Y verás que dulce suena,  
Cuánto habla de amor el pecho  
En una noche serena.

Cada sollozo que brota  
Del alma el laud bendito,  
Será para ti una nota  
Vibrando en el infinito.

Si quieres quede secreto  
El amor de nuestras almas,  
No será, niña, indiscreto  
El tronco de estas dos palmas.

Ven; aquí de mi tristeza  
Te hablaré, y de mis delirios,  
Mientras posas tu cabeza  
Entre violetas y lirios.

Así tendré la fortuna,  
El goce nunca sentido,  
De ver un rayo de luna  
Sobre tu frente dormido.

No vaya á causarte agravios,  
Ni mucho menos enojos,  
El escuchar de mis labios  
Lo que te han dicho mis ojos.

Ya es justo que el corazón  
De hablar de su amor acabe,

Pues tan inmensa pasión  
Dentro del pecho no cabe.

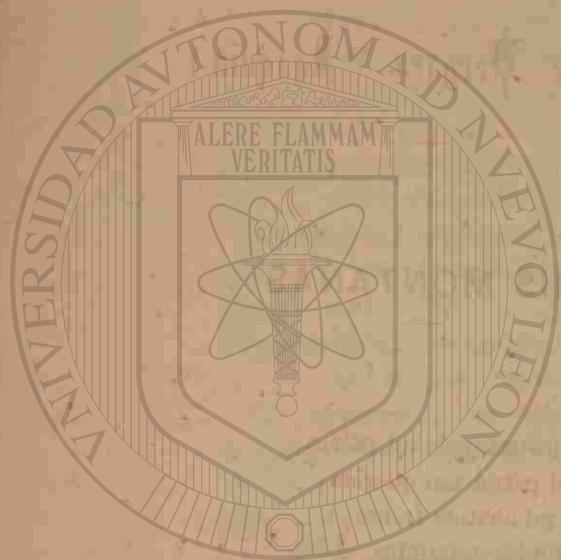
A platicar te convidó  
Bajo esta verde enramada,  
Lo que platica en su nido  
La tórtola enamorada.

Y el arrullo de tu acento  
Me estremecerá de amor,  
Como un suspiro del viento  
Hace temblar á la flor.

Se pierden en lotananza  
Poco á poco las estrellas,  
Y siento que mi esperanza  
Se va alejando con ellas.

Sobre la montaña, el día  
Esparce ya su fulgor.....

¡Oh! ¡que lenta es la agonía  
Del que se muere de amor!



Gomez Vergara (Joaquin)

### MIS MONTAÑAS

Léjos estoy de mi patria,  
 De mi patria tan querida,  
 Y de mi abatida frente  
 La palidez enfermiza,  
 No vienen á refrescar  
 Sus embalsamadas brisas.  
 Montañas americanas,  
 ¡Hermosas montañas mías!  
 En dónde canta el zenzontle  
 Y do el huilacoche anida;  
 En cuyas ágras pendientes,  
 De eterno verdor ceñidas,  
 El indio cuelga su choza  
 Cual nido de golondrinas;  
 En donde el hogar del pobre  
 Con alegre fuego brilla,

Que alimenta el liquidámbar  
 Con su aromosa resina,  
 Y del cedro y linaloe  
 Las maderas exquisitas.

¿Dónde están vuestros rumores  
 Y aquella dulce armonía  
 De las frondas apiñadas

Que el suave viento agita?

¿Dónde el salvaje mugido  
 Que los ecos repetían  
 Del espumoso torrente,

Que por gargantas sombrías,  
 Rodando de roca en roca,  
 Airado se precipita?

¡Ah! Si yo viera aquel valle  
 De espléndida perspectiva,

Con sus lagos transparentes  
 En que los cielos se miran;  
 Con sus azules canales,

Con sus chinampas floridas,  
 Y su cerco de montañas

Que los pinares erizan;

Si yo viera un solo instante  
 Las siempre nevadas cimas  
 Del alto Popocatepetl

Y del gigante Ixtacihuatl,

¡Ay, como gozará mi alma!

¡Ay, cuánta fuera mi dicha!

Peró estoy léjos, muy léjos,  
 De aquella tierra bendita

Dónde las flores no mueren

Ni el helado cierzo silba;

Do el árbol no se despoja,  
 Y entre sus frondas abriga  
 Enjambres de colibrías  
 Que al volar rápidos brillan  
 Cual primorosa cascada  
 De luciente pedrería.

Allá es más azul el cielo,  
 Allá más hermosa brilla

La luna, y el sol ardiente  
 Benigno calor envía;

Allí al cansado viajero  
 Frescura y descanso brindan

El platanar rumoroso  
 Y las fuentes cristalinas;

Allí se meció mi cana,  
 Allí mi madre querida

Me alimentaba á su seno  
 Y en sus brazos me adormía;

Allí pasé de mi infancia  
 Aquellas horas benditas

En que el alma no conoce  
 Los pesares de la vida;

Y allí de mis tiernos padres  
 Las veneradas cenizas

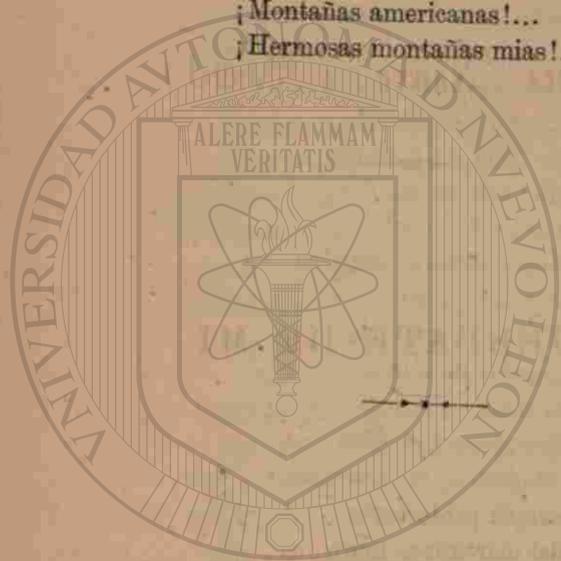
Duermen, bajo los rosales  
 Que sus rosas no marchitan.

¡Oásis del Nuevo Mundo!  
 ¡Adorada pátria mía!

Quiera Dios que vuelva á verte,  
 Y que al acabar mi vida,

Exhale mi último aliento  
 Entre tus fragantes brisas,

Bajo tu estrellado cielo,  
 Y escuchando la armonía  
 De tus pájaros cantores  
 Que en tus arboledas trinan.  
 ¡Montañas americanas!...  
 ¡Hermosas montañas mías!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gutiérrez Najera (Manuel)

### ACUÉRDATE DE MI

Pronto voy á perderte;  
 La hora del martirio se aproxima;  
 Ya se acerca mi muerte  
 Y del sepulcro mirase la sima.

Cortados están ya los azahares  
 Que deben coronar tu cabellera;  
 ¡Ya preludia la iglesia sus cantares,  
 Y el tálamo te espera!

El velo de la virgen desposada  
 Ceñirá presto tu gentil cabeza.....  
 Hay en tu pecho luces de alborada  
 Y en mi espíritu sombras de tristeza.

Allí el hogar te llama,  
Allí te espera el anhelante esposo;  
Los cirios centellean;  
Del órgano el acento majestoso  
Ya retiembla en la cúpula sagrada,  
Y del cielo en la bóveda azulada  
Los astros del hogar relampaguean.

Traspasa esos umbrales, vida mía,  
Ciñe á tu frente la gentil corona,  
Que aunque causas de mi alma la agonía  
Es mi espíritu grande y... ¡te perdona!  
El trasparente velo  
Que por tus hombros sonrosados baja,  
Será muralla que me oculte el cielo  
Y será de mi espíritu mortaja;  
Mas ¿qué importa mi espíritu y mi vida?  
¿Qué importa mi afanar y mi delirio?  
¡Dame el puñal sangriento del suicida  
Y prepara la hoguera del martirio!  
Traspasa, si, las puertas del santuario  
Para tu amor abierto;  
No te asombre ese toque funerario,  
Que lloran las campanas por un muerto!

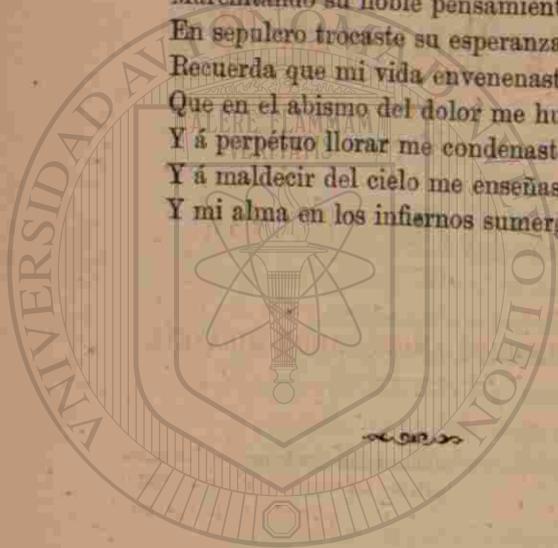
Mas oye: si mi frente no se abate  
Del rayo del dolor al golpe rudo,  
Si mi alma sólo muere en el combate  
Y al llamamiento del deber acudo;  
Si el puñal acerado del suicida  
De mi mano convulsa la fé arranca,  
Si aún para sufrir me queda vida

Y el llanto en mis pupilas aun se estanca,  
Escúchame, mi bien: cuando á tu frente  
Ciñas triunfante la nupcial corona,  
Recuerda al triste trovador doliente  
Que sufre, que te adora, ¡y te perdona!  
Y piensa, si del templo traspasaste  
El umbral, de la cruz en la presencia,  
Que al entrar á ese templo destrozaste  
Mi esperanza, mi amor y mi creencia!

Y si escuchas del órgano sonoro  
La vibracion solemne y majestosa,  
Que retumba en las bóvedas del coro  
Y rueda por la nave misteriosa;  
Piensa que allí solloza la elegía  
De un corazón por el dolor transido;  
Piensa que cada nota es un gemido  
Que mi espíritu exhala en su agonía.

— Cuando postrado al pié de los altares,  
Y de rubor cubierto tu semblante,  
Estreches en tu mano torneada  
La sacrilega mano de tu amante;  
Convierte, si, tu célica mirada  
Al ángulo de lóbrega capilla,  
Y si ves como imagen evocada  
Una sombra en el muro reclinada  
Al fulgor de la lámpara amarilla;  
Y si escuchas el rápido latido  
De un corazón que de amargura estalla,  
Y si llevan los vientos á tu oído  
El sofocado y lúgubre alarido

De un sér que lucha en infernal batalla;  
 Piensa que tú engendraste su tormento,  
 Que conocer le hiciste la venganza,  
 Y apagando la luz del sentimiento,  
 Marchitando su noble pensamiento  
 En sepulcro trocáste su esperanza.  
 Recuerda que mi vida envenenaste,  
 Que en el abismo del dolor me hundiste  
 Y á perpétuo llorar me condenaste,  
 Y á maldecir del cielo me enseñaste,  
 Y mi alma en los infiernos sumergiste!



Hijar y Haro (Juan B.)

EN LA PLAYA DEL MAR

A MI DISTINGUIDO AMIGO RAMON MIRAVETE

¡ Junto á la negra tempestad del alma  
 Qué son las tempestades de ese mar!

AURELIO L. GALLARDO.

¡Silencio y soledad!.. ¡No hay un testigo  
 De mi acerbo sufrir!.. ¡Proscrito voy!  
 ¡Oh, ven á consolarme, cielo amigo,  
 Que el bardo ausente de la patria soy!

En el misterio de la noche bella  
 Que convida en su sombra á meditar  
 Vengo á decirte adios, pálida estrella,  
 Ahora que duerme sosogado el mar.

(1) El doctor D. Juan B. Hijar y Haro, reside en Madrid desde hace cinco años, desempeñando el cargo de primer secretario de la Legación de México en España.

En su inmenso cristal, límpido y terso  
Miro á tu luz dormir la creacion:  
Un templo es de tristeza el universo  
Y el silencio del mundo una oracion.

El ala de la brisa pasajera  
Del cielo corta el estrellado tul,  
Y las ondas que bañan la ribera  
Conchas arrojan de su seno azul.

De vez en cuando la marina foca  
Presagia con su aullar la tempestad:  
Abre el abismo su tremenda boca  
Y en su seno se ve la eternidad.

No corta el horizonte ni una vela  
Ni un faro en la extension se ve lucir:  
Es la noche callada que revela  
El misterio sin luz del porvenir.

Ni un ave, ni una sombra, ni un celaje  
Colores dan al mágico pincel,  
Ni miente en su espejismo el oleaje  
De la vida el fantástico bajel.

Del piélago profundo en las arenas  
Se agita el mar con lenta convulsion:  
Le pesan de su sueño las cadenas;  
Le falta el arrullar del aquilon.

Tendido y solitario, en lo infinito,  
Es del mundo la losa sepulcral:

Su destino de muerte lleva escrito  
En la frente el gigante universal.

Poco á poco las olas se levantan  
Y rasgan de las sombras el capuz...  
¡Las sirenas del mar, por qué no cantan  
De la borrasca á la siniestra luz!

A sus grutas de conchas y corales  
Huyen, tal vez, transidas de pavor,  
Mientras que yo entre rocas y arenas  
Vago con mis recuerdos de dolor.

La costa se estremeca, el viento brama;  
El abismo retumba por do quier,  
Y con penachos de verdosa llama  
Los peñascos del mar se ven arder.

Desde el turbado, fondo las corrientes  
Se levantan luchando con fragor,  
Como crinadas y ásperas serpientes  
Que enjendra, en las tinieblas, el pavor.

El cielo se oscurece y quedo á solas  
Viendo las trombas en el ponto hervir,  
Y levantarse cordilleras de olas  
Del huracán al bárbaro rugir.

Zumba el áustro, y en ráfagas violentas  
Entre las nubes y el abismo va...  
¡Debajo de esa losa de tormentas  
Cuántas tumbas, oh Dios, cuántas habrá!

Hiende el rayo la atmósfera sombría  
Y en piélago sin fin se va á perder...  
Envuelto estoy del orbe en la agonía  
Y voy con cuanto existe á perecer.

¡Mas nada importa! Cumpliré mi suerte  
En medio del naufragio universal:  
Aquí tranquilo me hallará la muerte...  
¡Hoy ó mañana para mí es igual!

Luchad, luchad furiosos elementos,  
Que hermoso el mundo me parece así:  
Tinieblas y relámpagos violentos,  
Siempre al proscrito encontrareis aquí.

Cuando inflame en la rápida centella  
Sus alas, tempestuoso, el aguilon,  
Rompe las nubes, tú, cándida estrella,  
Y escucha, allá en los cielos, mi oracion.

Más... todo torna á recobrar la calma;  
Torna la blanda brisa á suspirar...  
*¡Junto á la negra tempestad del alma  
Qué son las tempestades de ese mar!*

## RECUERDOS DEL HOGAR

Sobre mi hogar la muerte  
Bate sus negras alas,  
Y las lechuzas con siniestro augurio  
En el vecino campanario graznan.

ANTONIO LUIS CARRION.

Pues lo quereis amiga, y el recuerdo  
Es una flor que el corazon perfuma,  
Escuchad una historia, aunque se pierda  
De las viajeras olas en la espuma.

Tal vez así con mis suspiros vaya  
Mecida en los escollos de los mares,  
Feliz buscando la remota playa  
Donde canté, con arpa entristecida,  
Eterno adios á mis benditos lares,

.....  
Yo era feliz; mas bárbara la suerte,  
Con descarnada faz, llamó á mi puerta:

—¿Quién sois? le pregunté: — «Yo soy la muerte.»  
Respondióme al oído;  
Y al volver hácia atrás la vista incierta,  
Dejó en mis brazos á mi madre muerta.

Las flores se secaron en el huerto;  
Los árboles perdieron su verdura;  
De las pintadas aves  
Enmudeció el concierto;  
Y entre las ondas de la fuente pura  
Corriendo ví, con lágrimas de sangre,  
Gota á gota la hiel de mi amargura...

La ermita, el cocotero, el lago, el soto,  
El árbol de la siesta, en el verano,  
La roca del pastor, el puente roto,  
La paloma que cruza por el llano,  
Con profunda y mortal melancolía,  
Todo «adios» me decía.

¡Qué horrible soledad la de ese mundo  
De inanimados seres!...

¡Qué silencio tan hondo!  
Al marcar el reloj cada segundo  
Se hunde un siglo de llanto y de placeres  
Allá en la eternidad sin luz ni fondo.

¡Cuán triste estaba el valle!  
¡Cuán triste la alameda!  
La solitaria calle  
De palmas y cipreses... la sauceda  
¡Cuán triste, oh Dios, cuán triste  
Para el que sólo queda!

Bajé de una colina:  
Visité su aposento  
A la luz mortecina  
De lámpara medrosa;  
Me arrodillé un momento;  
Basé su crucifijo,  
Y dije con dolor: — Madre amorosa,  
¿Quién regará de lágrimas tu losa  
Si te deja en la tumba  
Para siempre ¡gran Dios! tu propio hijo? —

De mi mansion querida  
Cerré la puerta, que al Oriente daba,  
Y llorando besé la cerradura,  
¡Ay! porque allí dejaba  
De cuanto amé en la vida  
La piadosa y bendita sepultura...  
Así apuré la copa del tormento  
Y me alejé vagando á la ventura  
En mi tordo ligero como el viento.

De innúmeras montañas  
Dejó detrás las cumbres peñascosas  
Al son del viento, que en flexibles cañas,  
Añosas ceibas, y gigantes cedros  
Desgarraba sus álas tempestuosas.  
Llegué á la playa de los hondos mares  
Y dije adios á mis paternos lares!

Un soberbio vapor, *El Siglo de Oro*,  
Alzado sobre el mar como un palacio,  
En el tranquilo puerto me esperaba,

Y haciendo rumbo en el marino espacio  
A hender la inmensidad me convidaba.

Miré la costa, la empinada sierra,  
Y el pátrio suelo, en lágrimas fecundo,  
Porque los restos de mi madre encierra,  
Porque dejaba, con dolor profundo,  
Bajo el yerto sudario de la tierra  
Su corazón tan grande como el mundo.

¡Hijo del infortunio y los pesares,  
Al són de flautas de oro,  
Adios, en triste y concertado coro,  
Canté en el arpa á mis benditos lares!

El mar me recibió: sobre su espalda  
De montañas hirvientes,  
Tendió mi nave su vistosa falda  
De ondas, espumas, conchas y corrientes.

En su lecho de abismos y de rocas  
El gigante Pacífico dormía;  
En las tinieblas de sus negras bocas  
La eternidad tremenda se veía,  
Y de su seno sin medida ni horas  
Una tabla no más me dividía.

Allí pasé mis solitarias noches  
Mecido en brazos de la instable suerte;  
Y bogando y bogando, en mi abandono  
Ni amé la vida ni llamé á la muerte...  
¡Y atravesé los mares  
Cantando adios á mis ausentes lares!

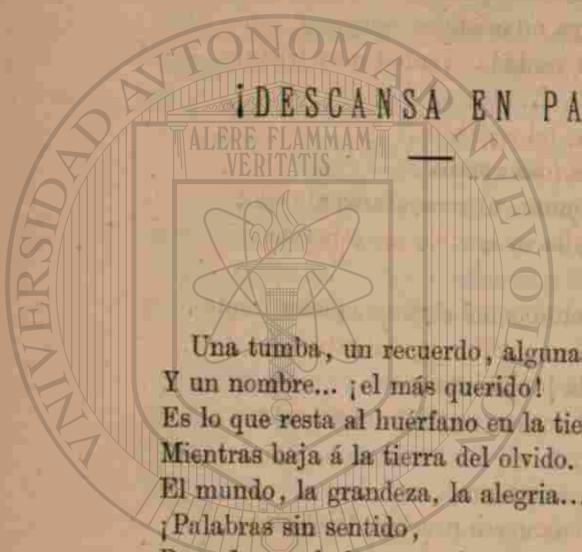
Era una madrugada;  
La bruma entre oro y púrpura lucía  
Como ilusion en sueño acariciada;  
Y en el marino espejo,  
Que en perlas y diamantes se partía,  
La luz multiplicada  
En cada ola retrataba un día.

De gaviotas blanquísimas el cielo  
Brillante se pobló como se puebla  
La memoria de almas,  
Que en cariñoso vuelo  
Nos siguen en la sombra de la niebla.

— ¡Tierra! gritaron todos, y al instante  
Tronó el cañon que saludaba el puerto;  
Y el espléndido sol, en el Levante,  
Alumbró de concierto  
La ciudad, las montañas y el desierto.

Tremoló el pabellon de las estrellas, (1)  
Entre cien banderolas,  
Que empesaron con belleza suma  
Al gigante vapor entre las olas,  
Sobre los campos de nevada espuma...  
¡Allá dejé los procelosos mares,  
Y dije adios á mis ausentes lares!

(1) El Pabellon americano.



## ¡DESCANSA EN PAZ!

Una tumba, un recuerdo, algunas flores  
 Y un nombre... ¡el más querido!  
 Es lo que resta al huérfano en la tierra  
 Mientras baja á la tierra del olvido.  
 El mundo, la grandeza, la alegría...  
 ¡Palabras sin sentido,  
 Borradas ya de la memoria mía:  
 Borradas para siempre,  
 Porque la flor de un sueño de esperanza  
 Que la muerte nos trunca  
 Dicen que no retoña nunca... nunca!

Yo lo sé por mi mal: hubo una hora  
 En que la luz en que encendí mi vida  
 Quise mirar, como se vé la aurora,  
 Y estaba ya extinguida.

Quise volverle su amorosa llama,  
 Con el beso arrancado á mi martirio,

Y herido el corazón, partido en trizas,  
 Aprendí en mi delirio  
 Que el soplo de la vida no se vuelve  
 A un montón de cenizas...  
 ¡Mi padre ya no existe:  
 Es la única verdad... verdad muy triste!

Mi dicha, mi consuelo,  
 El bien que más amaba  
 Me dijo amante, al remontarse al cielo,  
 Que tranquilo en el cielo me esperaba.

Yo recuerdo aquel rostro, aquella frente  
 Que en áticos perfiles de alabastro  
 Reflejaba la luz indeficiente  
 Del sol del pensamiento como un astro.

Y aquel aire sereno  
 Que en las amargas pruebas del destino  
 Ostentaba ¡tan bueno!  
 Aunque fuera de espinas su camino:  
 ¡Ay, siento el corazón al recordarlo  
 De amor y orgullo y bendiciones lleno!

El alto ejemplo de mi padre doma  
 La oscura inmensidad de mi tormento,  
 Cuando recuerdo que era  
 En el tranquilo hogar una paloma  
 Y en el peligro un águila en el viento.

Nunca llamó á su puerta el desgraciado  
 Sin que hallara en su mesa el pan bendito,

Que siempre dió su techo al desterrado  
 La paz, la libertad y la esperanza  
 Que busca en todas partes el proscrito.

Por eso al emprender su eterno vuelo  
 Ni una sombra apabló su frente pura:  
 Al abrirse á sus pies la sepultura  
 Abrió á sus ojos la esperanza el cielo:  
 ¡Miró á sus hijos, se entregó á la suerte  
 Y se durmió en los brazos de la muerte!

Desde entonces ¡Dios mio,  
 Cuánto lloro por él, cuánto he llorado:  
 Si tuviera de lágrimas un río  
 Ya se hubiera agotado:  
 Como el mundo sin él sigue vacío  
 Sigo hasta el fin en lágrimas bañado!

Quiero olvidarle á veces ¡qué demencia,  
 Cuando siento, en mi sér, su sér impreso!  
 ¡Si esta que arrastro lánguida existencia  
 Nació de entre sus brazos en un beso!

Si pudiera olvidarle ¿qué sería  
 De la dicha que siento al recordarle?  
 ¡Luchando entre recuerdos moriria  
 Sin poder olvidarle!

¡Ay! el pesar que al corazón embarga  
 Es saber, por mi mal, que ya no existe.  
 ¡Dolorosa verdad, verdad amarga,  
 Más triste que la muerte, sí, más triste!

Yo vi espirar en angustioso día  
 A mi amorosa madre,  
 Después á la hija mia:  
 No le bastó á la suerte... ¡suerte impía!  
 Y me robó á mi padre!...

Desde entonces errante y sin consuelo  
 Exclamo, á solas, con dolor profundo:  
 ¿Qué resta al corazón en tanto daelo?  
 ¡Tres tumbas en el mundo!  
 ¡Tres almas en el cielo!



¡Atrás, atrás magníficos salones,  
Música, baile, cantos del festin;  
Irritado huracan de las pasiones,  
Dejadme solo delirar sin fin!

Dejadme delirar: busco el misterio,  
El bosque, el templo, el solitario mar,  
La calma del sepulcro, el cementerio,  
La lámpara que alumbraba en el altar.

¡Allá lejos de mí... quedad aparte  
Sueños de amor y mundanal placer!  
Génios del siglo espléndido en el arte  
¿Dónde la dicha está de nuestro sér?

¿Dónde el secreto encanto del deseo  
Que hace la gloria humana presentir?  
¿Es un mundo que engendra el devaneo  
Y que trasforma en humo el porvenir?

Vuelvan á mí los cándidos hechizos  
De mis hermosas noches de ilusion,  
Cuando de Laura en los sedosos rizos  
Volaba enamorado el corazón.

Volvedme; pero... ¡qué!... ¡Bastardo empeño!  
¿Quién vuelve la inocencia y la virtud?...  
¡Sueño es la dicha, la esperanza sueño,  
Sólo es verdad eterna el atahud!

Allí los aires con aplauso atruenan  
Tal vez soñando la ventura hallar;  
Allá las arpas de la fiesta suenan,  
Aquí bramando se revuelca el mar

Suenan las arpas ¡ay! mientras rebosa  
En mi sediento lábio amarga hiel:  
¡Música de tristeza dolorosa...  
Para pintar tristezas no hay pincel!

Allí entre palmas, flores y banderas  
Ostentan cien fanales su esplendor:  
Allá en el campo azul de las esferas  
Rueda en silencio el astro de mi amor

Cuántas noches de Laura entre los brazos  
Su luz tranquila resbalando ví,

Entre los dulces inocentes lazos  
Que para siempre, por mi mal, rompí...

¡Oh, tú, blanco lucero de la aurora,  
Tú que miras mi amargo padecer,  
Ven y con sombras pálidas colora  
El recuerdo infeliz de esa mujer!

Es verdad que la amaba: en desvario,  
La di como un pagano adoracion;  
Siempre para el a tuvo el lábio mio  
Palabras de ternura y bendicion;

Mas vino a mí la realidad traidora  
Y al viento di, sin compasion, la fé...  
¡Cuánto la dicha, oh Dios, cuánto se llora,  
Cuánto se llora cuando ya se fué!

Si he de vivir así, muriendo sólo,  
Si a Laura dije para siempre adios,  
¡Porqué insensato la existencia inmolo  
De un quimérico bien corriendo en pos!

En profundo abandono y desencanto  
Siento mi vida lánguida correr:  
El alma triste sumergida en llanto  
Deja sus alas con dolor caer.

Pero hasta aquí: no quiero ya memorias  
Que alegre el pecho torne a palpar  
El mundo es un serrallo y nuevas glorias  
En cada seno volveré a encontrar.

Venid las que sabeis mentir amores,  
Ceñid mi frente mística de laurel;  
Fácil así resbalará entre flores  
De la existencia el rápido bajel.

Dejad que hiera al viento conmovido  
El eco ardiente de viril cancion:  
Yo busco en vuestros brazos el olvido  
De mi mortal verdugo, el corazon.

¡Qué importa el fallo del destino adverso,  
Ni qué del mundo hipócrita el desden!  
Al través de una copa, el universo  
Es un templo de gloria, es un eden.

Dejadme, por piedad, en dulces lazos,  
En vuestro seno férvido morir:  
Quiero espirar rendido en vuestros brazos...  
¡Dios es amor... la muerte el porvenir!

Vino, caricias, cantos y placeres  
Hasta agotar la última ilusion:  
Música, baile, angélicas mujeres,  
¡Adios quedad... murió mi corazon!

Si la tierra es un mar, triste lucero,  
Donde navega el alma combatida,  
Al resbalar la barca de mi vida  
Tú alumbrarás mi rumbo en ese mar;  
Tú alumbrarás en mi camino incierto  
Los fúnebres rompientes del bajío

Y al tragarse las olas mi navio  
Tú mi postrera luz tambien serás.

Venid recuerdos de mi edad primera,  
De infantiles delirios y alegrías;  
Aire de aquellos venturosos días  
Último beso del materno adios...  
Pero ¡qué son, que son esos recuerdos!  
¡Humo fugaz de la extinguida gloria!  
El presente es la tumba de una historia  
Que creimos eterna en la ilusión.

Blando concierto de sentidas flautas  
Régios salones, mágicos espejos,  
Quedad del alma para siempre léjos,  
Que á mí me lleva á la ventura el mar.  
Primaveras mañana de mi vida;  
Aurora de mi sér, siempre risueña...  
¡Cuán triste es despertar cuando se sueña  
Del Paraíso en el feliz umbral.

Soñé un momento y me sentí dichoso,  
Abrí los ojos y lloré despierto...  
¡Por qué si llevo el corazón ya muerto  
Despierto en el erial de la razón!  
Partiése la visión de los encantos,  
Y emblanqueció su sombra mi cabeza...  
¡Ay, en mis horas de mortal tristeza  
A ti me vuelvo, Omnipotente Dios.



Stuarte (Ricardo)

MUERTE DEL SEÑOR DON CLEMENTE SANZ

De mi olvidada citara  
¿Por qué se exhala un canto,  
Y entre cipreses fúnebres  
La voz triste levanto,  
Y siento ardientes lágrimas  
Mi faz mística surcar?

Mi vista en vano turbida  
Te busca en hondo anhelo,  
Cual busca el puerto el náufrago  
En sofocante duelo,  
Entre las olas móviles  
Del encrespado mar.

Y al tragarse las olas mi navio  
Tú mi postrera luz tambien serás.

Venid recuerdos de mi edad primera,  
De infantiles delirios y alegrías;  
Aire de aquellos venturosos dias  
Último beso del materno adios...  
Pero ¡ qué son, que son esos recuerdos!  
¡ Humo fugaz de la extinguida gloria!  
El presente es la tumba de una historia  
Que creimos eterna en la ilusion.

Blando concierto de sentidas flautas  
Régios salones, mágicos espejos,  
Quedad del alma para siempre léjos,  
Que á mí me lleva á la ventura el mar.  
Primaveral mañana de mi vida;  
Aurora de mi sér, siempre risueña...  
¡ Cuán triste es despertar cuando se sueña  
Del Paraiso en el feliz umbral.

Soñé un momento y me sentí dichoso,  
Abrí los ojos y lloré despierto...  
¡ Por qué si llevo el corazon ya muerto  
Despierto en el erial de la razon!  
Partiése la vision de los encantos,  
Y emblanqueció su sombra mi cabeza...  
¡ Ay, en mis horas de mortal tristeza  
A ti me vuelvo, Omnipotente Dios.



Stuarte (Ricardo)

MUERTE DEL SEÑOR DON CLEMENTE SANZ

De mi olvidada citara  
¿ Por qué se exhala un canto,  
Y entre cipreses fúnebres  
La voz triste levanto,  
Y siento ardientes lágrimas  
Mi faz mística surcar?

Mi vista en vano turbida  
Te busca en hondo anhelo,  
Cual busca el puerto el náufrago  
En sofocante duelo,  
Entre las olas móviles  
Del encrespado mar.

Cuando entre gualda y púrpura  
 El sol muere tranquilo,  
 Vengo con paso trémulo  
 A tu postrer asilo,  
 Y dá rienda mi espíritu  
 A su íntimo pesar.

Si, vengo al asilo único  
 Do el sueño no es un sueño,  
 Y en ademan terrífico  
 Con torvo adusto ceño,  
 Mira el dolor impávido  
 A la virtud llorar.

Entonces ¡ay! pareceme  
 Cuando mi voz te nombra,  
 Que de tu huesa, súbito  
 Levántase tu sombra,  
 Y tu palabra mágica  
 Pienso en torno escuchar.

Mi pecho entonces férvido  
 Suspira, goza, gime,  
 Por contemplarte, ávido;  
 Mas siento que se oprime  
 Al ver que es sueño efímero  
 Tan dulce delirar.

Si á esfera más vivifica  
 De Dios la mano augusta  
 Alzó tu inmortal ánima,  
 ¿Por qué á mi pecho asusta

Tu ausencia, si benéfica  
 La muerte es al mortal?

Si, que á su saña indómita  
 Se cambia el sér, no muere,  
 Que el Dios eterno y máximo  
 Que nos ama y nos hiere,  
 Principio dá y no término,  
 A cuanto existe ya.

Al contemplar el piélago  
 Inmenso del vacío  
 Poblado de astros fúlgidos,  
 El pensamiento mio  
 Te cree ya en otra próspera  
 Región de bienestar.

Tal vez allí la acérrima  
 Envidia vil no existe;  
 Ni son plantas estériles,  
 De que el orbe se viste,  
 La hermosa virtud célica  
 Y la santa amistad.

Tal vez allí el fatídico  
 Clamor de la amargura,  
 Sarcasmo no es que, pérfido,  
 Jamás el mundo cura,  
 Ni el bueno será víctima  
 De la negra maldad.

Sin duda allá en la incógnita  
 Mansion que feliz huellas,

Tu frente se alza cándida  
Ornada con estrellas,  
Como la noche lóbrega  
Del seno de la mar.

¡Ay! cual las flores timidas  
Que nacen con la aurora,  
En cuyos frescos cálices  
Sus blancas perlas llora,  
Y esencia esparcen languidas  
Del éfiro al rumor:

Así tus tiernos vástagos,  
Amor de tus amores,  
Al contemplarte exánime,  
Como las bellas flores,  
Te dieron en sus lágrimas  
La esencia de su amor.

¡Oh, Dios! tu esposa lívida,  
Clamando, á tí se lanza,  
Cual si quisiera ¡mísera!  
Asir de la esperanza  
Al ángel que, purísimo,  
Tus pasos siempre guió.

¡Mas, ay! en vuelo aligero  
Remóntase hasta el cielo,  
Y á tu consorte trémula  
Deja, presa de duelo,  
Entre las garras bárbaras  
De tétrico dolor.

¿Do estas? ¿en qué magnífica  
Región excelsa moras?  
Ya de otra vida plácida,  
¿Acaso las auroras  
En cielos más espléndidos  
Surgir, dichoso, ves?

Y cuando á mi alma el cúmulo  
Viene de amarga pena,  
Y en llanto acerbo, insólito,  
Mústia mi faz se llena,  
¿Desciende tu almo espíritu  
En torno de mi sér?....

Yo pienso, entre los nítidos  
Destellos de los astros  
Que brillan melancólicos,  
De tu alma ver los rastros  
Que surge allá en los piélagos  
De la alta inmensidad.

Y pienso, entre los pálidos  
Rayos de la callada  
Luna, ver que á mi rápido  
Desciendes, y tu amada  
Voz, como una aura armónica,  
Pareceme escuchar.

.....  
.....  
De jaspe, y oro, y pórfido,  
Levanta el hombre insano

Magníficos alcázares;  
 Más ¡ay! en polvo vano  
 Los torna el tiempo indómito  
 Sus alas al mover;

No así su ala terrífica  
 Destruye la memoria  
 Del hombre que, magnánimo,  
 Fundó su eterna gloria,  
 En derramar solícito  
 De caridad el bien.

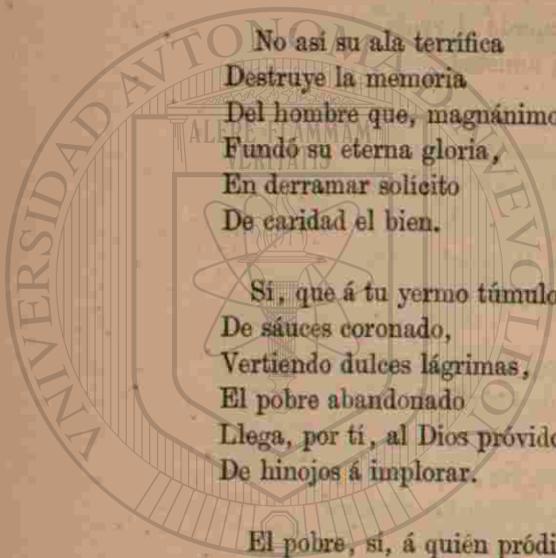
Si, que á tu yermo túmulo,  
 De sauces coronado,  
 Vertiendo dulces lágrimas,  
 El pobre abandonado  
 Llega, por tí, al Dios provido  
 De hinojos á implorar.

El pobre, si, á quién pródiga  
 Pan le tendió tu mano,  
 Y el desvalido huérfano,  
 La virgen y el anciano,  
 Que en esta tierra misera  
 Hubieron tu piedad.

Levántate: oye placido  
 Las santas bendiciones  
 Que envueltas en mis cánticos  
 Te dan sus corazones;  
 Despues.... cierre tus párpados  
 El ángel de la paz.

Si, duerme: no los mármoles  
 Te dan renombre y gloria;  
 Tus hechos, de los pósteros  
 Serán en la memoria,  
 Cual tu recuerdo, férvida  
 Bendice mi amistad.

1873.

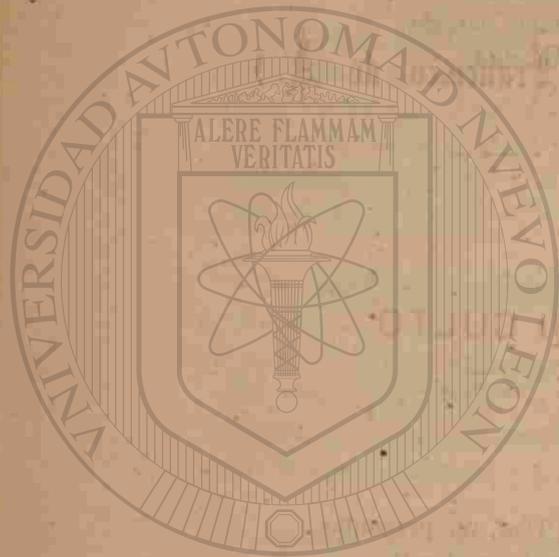


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Verdo (Francisco de A.)

MI CULTO

Cuál es mi Dios, me preguntas,  
Y cuál la fé que me alienta,  
Cuál es el culto de mi alma,  
Y cuáles son mis creencias.

¡Mi Dios! sustancia sublime  
Que nuestro sér alimenta,  
Ocúltase en el sagrario  
Del fondo de mi conciencia:  
Allí existe, allí tan sólo  
Su realidad se presenta  
En la realidad que agitan  
Su vida, su luz, su esencia:  
Allí la fé que nos rige,

Fé que lo cierto demuestra,  
Se dilata al santo impulso  
De su voluntad excelsa.

Por culto del alma, tengo  
La memoria siempre nueva  
De la mujer más amada,  
De mi madre, que ya es muerta.  
¡Mi madre! Cuán amoroso  
Mi pecho su voz recuerda,  
Voz que formó al hijo un cielo  
Y al hombre legó una idea.  
¡Perdóname! Era mi madre  
Tan cariñosa, tan buena,  
Que cuando de Dios te hablo,  
Tengo que hablarte de ella.

Hay en mí sér algo triste  
Que guardo como creencia,  
Y esta es la verdad que nace  
Cuando terminan las penas.

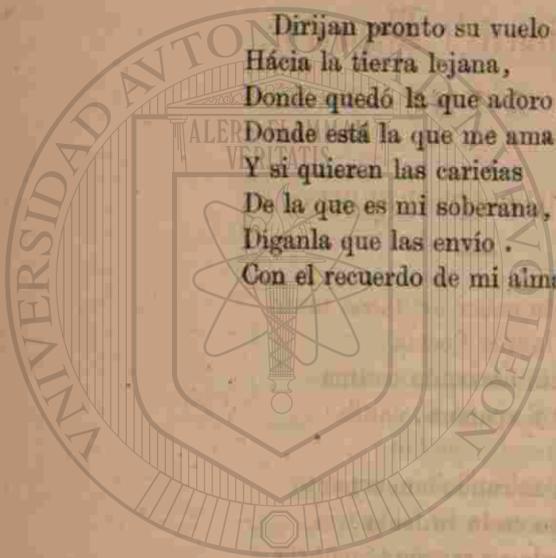
## A LUZ

¿Por qué tan temprano llegan  
Las aves á mi ventana,  
Y con su canto pretenden  
Quitar el luto á mi estancia?  
¿No saben que en esta fecha,  
Que es tanto para mí grata,  
Estoy solo con mi duelo,  
Y solo con mi desgracia?  
No advierten que de tinieblas  
Circuida tengo el alma,  
Pues dí la luz de mis ojos  
Por el sol de una mirada?  
¿No ven que vivo muriendo?  
¿No están palpando mis ánsias?  
No saben que ausente de ella  
Mi corazón se acobarda?  
Entónces, ¿por qué dejaron  
El nido que amores guarda,

Y vienen á ver al triste  
Que llora cuando ellos cantan?

.....

Dirijan pronto su vuelo  
Hacia la tierra lejana,  
Donde quedó la que adoro,  
Donde está la que me ama.  
Y si quieren las caricias  
De la que es mi soberana,  
Diganla que las envío.  
Con el recuerdo de mi alma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lizarriturri (Manuel)

Á JUAN DIAZ COVARRUBIAS<sup>(1)</sup>

Cuando por tu saber brillabas tanto  
Y te daba sus lauros Poesía,  
En negra noche, horrenda tiranía  
Secó tus flores y apagó tu canto.

Tu verdugo, mirando con espanto  
Tu cuerpo yerto en la tiniebla fría,  
Proscrito esconde su crueldad sombría  
Mientras aquí te damos culto y llanto.

Cayó sobre tu fosa el cuerpo inerte  
Y el nombre augusto recogió la historia  
Y el pueblo fué á vengarse de tu muerte.

México rinde culto á tu memoria,  
Y eres hoy por tu vida y por tu muerte  
Ídolo de la patria y de la gloria.

(1) Sacrificado por una facción política el 11 de Abril de 1859.  
Véase pág. 145.



Monroy (José)

A MI AMIGA  
AURORA REVILLA DE ESCOTO  
EN LA MUERTE DE SU PADRE

Si cabe algun consuelo en tu amargura,  
Si te deja el quebranto  
Oir la voz amiga  
Que trata de endulzar tu desventura  
Y de enjugar tu llanto,  
Permite que te diga,  
Con la fé, con la luz de mis creencias,  
Lo que es de los que mueren la partida,  
Lo que es la eterna suerte,  
Y cómo los que gozan de la muerte  
Se salvan de la muerte de la vida.

Quizá pretendo en vano  
 Calmar tu desconsuelo  
 Y llevar al hogar de tus dolores  
 De la esperanza las queridas flores  
 Y la resignacion, hija del cielo.

Quizá para tu pena  
 Mi bálsamo de paz será impotente  
 Y tu alma noble y buena,  
 De amargo duelo, de pesares llena,  
 Mire todo consuelo indiferente.

Pero es á mi ternura,  
 A mi santo deber es necesario  
 Llevar la luz de mi creencia pura  
 A el alma sin ventura,  
 Al huérfano que llora solitario.

Óyeme, dulce amiga,  
 No en el silencio tu dolor aumentes,  
 Pues te ha dejado el cielo bondadoso  
 La vida y el cariño de tu esposo  
 Y el amor de tus hijos inocentes.

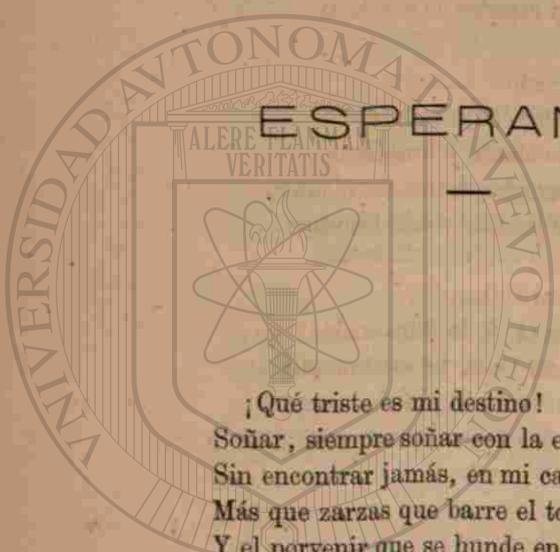
Ya no tu padre anciano  
 Irá, cual otro día,  
 Al apacible hogar de tus amores  
 A recoger tus besos y tus flores  
 Y á llevarte caricias y alegría;

Ya no tendrás, Aurora,  
 El dulce apoyo de su experto brazo,

Ni verás su sonrisa sosegada,  
 Ni irás, cual otras veces, angustiada,  
 A buscar el consuelo en su regazo.

Pero te deja el cielo  
 Una grata esperanza de reposo,  
 Un piadoso consuelo  
 Que á tus hogares volverá la calma  
 Y á tu ventura volverá la vida;  
 Su recuerdo en el alma,  
 Su apoyo en la ternura de tu esposo  
 Y en tus hijos su imágen bendecida.

No es tan cruel tu destino,  
 Tu padre esta mansion ha abandonado  
 Sin darte la postrera despedida,  
 Y á la luz de otro mundo ha despertado.  
 No temas por su suerte,  
 No llores su partida,  
 Que volverás á verle en otra vida,  
 Sin temor de perderle por la muerte.


 ESPERANZA

¡Qué triste es mi destino!  
 Soñar, siempre soñar con la esperanza,  
 Sin encontrar jamás, en mi camino,  
 Más que zarzas que barre el torbellino  
 Y el porvenir que se hunde en lontananza.

Si encuentro por mi senda  
 A otro errante viajero de la vida,  
 En vano espero que mi mal comprenda  
 Y que una mano fraternal me tienda....  
 Pasa sin escuchar mi despedida.

Si el alma con dulzura  
 Lágrimas tristes apenada vierte  
 De mis recuerdos en la tumba oscura,  
 El olvido rechaza mi ternura  
 Y desprecia mis lágrimas la muerte.

Cuando levanta al cielo  
 Mi espíritu la vista y á Dios nombra  
 En medio del amargo desconsuelo,  
 Miro que se alza del oscuro suelo  
 Entre Dios y mi espíritu la sombra.

A veces, fatigado  
 De tanto combatir, bajo la frente  
 Porque débil me siento y humillado;  
 Pero ¡ay! al recordar cuanto he luchado  
 Me levanto más grande y más creyente.

¿Me vencerá el tormento?  
 ¿Podrá más que mi fé la dura suerte?  
 Mi esperanza, mi Dios, prestadme aliento  
 Y que luchando hasta el postrer momento  
 Sólo me venza el golpe de la muerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mateos (Juan A.)

AL GENERAL DON SANTOS DEGOLLADO <sup>(1)</sup>

Ave, César, morituri te salutant.

Revienta el huracan, y el mar quebranta  
 Sus poderosas aguas en la roca,  
 Y á los cielos soberbio se levanta;  
 Y en su rugir profundo,  
 Extremece las márgenes del mundo  
 Y su gemido al marinero espanta.

La marina extension cruza una vela  
 En la tormenta por el mar batida;  
 Audaz piloto que salvarla anhela  
 Empuñando el timon, surge sereno

(1) Esta composicion fué leida en el panteon de San Fernando, en la inhumacion de los restos de tan ilustre general, muerto en campaña contra los enemigos de la Constitucion.

En el hirviente mar, su frente erguida,  
Halla impasible el resplandor del trueno.

Salva la nave, y ve sobre cubierta,  
En su agitado anhelo,  
El purísimo azul de claro cielo,  
Brillante toldo a la extensión desierta.

En el último choque turbulento  
El ronco mar que la tormenta ensaya,  
Le arrebató violento  
Y le arroja cadáver en la playa  
Entre las ondas que enrespara el viento.

Tal es, ¡oh mártir! la sublime historia  
Que tu existencia de heroísmo encierra:  
Si te negó en la tierra  
Sus fugitivas luces la victoria,  
En tu lecho de muerte  
Perenne brilla el astro de la gloria.

Tu estrella infiel, en el postrer momento  
Se mostró compasiva, y por cadalso  
Te consagró el soberbio monumento  
De mártires sin nombre!  
¡Apoteosis brillante en ese osario!  
¡Cristo de la Reforma!  
¡El monte de las Cruces por calvario!

En sus arcanos, el Señor no quiso  
Dar una muerte á tu ambición oscura,  
Y de tu gloria en el feliz delirio,

Puso en tu erguida frente  
La sublime aureola del martirio.

¡Valiente capitán! tú no moriste  
De la muerte del vulgo; esa sí aterra  
El corazón valiente;  
Que al escuchar los ecos de la guerra  
Un noble arranque en sus latidos siente.

Tú invocabas al rayo de exterminio  
Cuando en su choque la fatal metralla,  
Sin compasión, hería  
La noble juventud que en la batalla  
Tus estandartes trágicos seguía.

De libertad la planta bienhechora  
Con sangre se regó; de tu destino,  
En el revuelto mar, nunca á deshora  
En el confín te dibujó una playa;  
Sólo con la memoria:  
Un patíbulo horrible en Tizayuca,  
Un cadalso sangriento en Tacubaya.

¡Silenciosa en la lira  
Trémula va mi mano; los crespones  
No separeis; el alma se extremece,  
El recuerdo velado, que desfallece,  
La monótona voz de mis canciones.

Venid en derredor de esta tribuna,  
Aquí en la intimidad de nuestra pena  
Su historia recordemos,

Y delante del cuerpo ensangrentado  
 En el silencio del dolor lloremos.  
 ¿Dónde la loca vanidad que sueña  
 Interpretar las páginas oscuras  
 De ese libro cerrado del destino?  
 El Hacedor del cielo  
 Puso entre el porvenir y sus criaturas  
 Los anchos pliegues de su eterno velo.

Ante el juicio severo de la historia  
 ¿Puede culpable aparecer? ¡mentira!  
 Esa tormenta que hasta el sol envuelve,  
 Disiparán la brisas de mañana:  
 ¡Cadáver! hoy te absuelve  
 El tribunal de la conciencia humana!

Restos ensangrentados, pobre herencia  
 De tus soldados fieles  
 Que á tu lado jugaron la existencia  
 Y partieron contigo sus laureles;  
 Guardamos tu memoria  
 Del corazón en la hostia sacrosanta,  
 Porque tu sombra en medio de nosotros  
 En las horas de duda se levanta.

¿Dónde esa fé que luce y reverbera  
 Como el fuego del sol sobre el desierto,  
 Que conservó en tus manos la bandera  
 Hasta llegar tranquilo  
 ¡Ay! á la márgen del sepulcro abierto?

La aspiramos nosotros en las auras

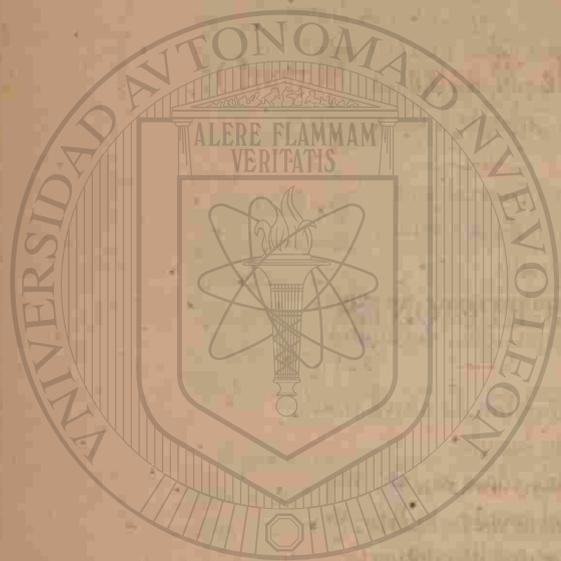
Con que Mayo meció nuestro estandarte,  
 Entre los roncós truenos  
 Que fueron á la tumba á despertarte.

Deja el sangriento asilo, alza la frente:  
 ¿No ves los timbres de tu gloria ilesos?  
 ¡Eterno Dios, el sopló omnipotente  
 De la resurrección, mande á tus huesos!

No dejes, no, tu funeral sudario,  
 Ni sacudas el polvo de la tumba;  
 En tu sueño profundo  
 Se proyecta tu sombra sobre un siglo,  
 En esa historia espléndida del mundo.

El astro que alumbró tu altiva frente  
 Refleja un mar de sangre;  
 Tú no escuchas las voces extranjeras  
 Que estremecen el monte, la llanura,  
 Y repiten las altas cordilleras;  
 A sus ecos de muerte  
 Se mecen con desden nuestras banderas.

En la lucha sangrienta, de exterminio,  
 Ante tus restos clamarán los libres,  
 Con acento terrible, sobrehumano,  
 Cuando al llamado de la patria acudan,  
 Como en el circo el gladiador romano:  
 Los que van á morir, hoy te saludan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Martínez de Castro (Manuel)

DECEPCIONES

Llora, pobre corazón,  
La inclemencia de tu suerte;  
Llora, al ver que se convierte  
El cielo de tu ilusión  
En un abismo de muerte.

Llora tu error, pero aprende,  
Al cicatrizar tu herida,  
Que entre el fango de la vida,  
Lo que el alma no comprende,  
Pronto... muy pronto se olvida.

Fuiste torpe al esperar,  
Forjándote una quimera,  
Que quien nunca supo amar,

Ni comprenderte, pudiera  
Morir ántes que olvidar.

En tus locos devaneos  
Un paraíso forjabas  
De amor: más ¿por qué olvidabas,  
Corazon, que tus deseos  
Sobre el agua dibujabas?

¿No pensaste que en la vida  
Se recibe, año tras año,  
Por cada ilusion perdida,  
Un amargo desengaño  
Que abre en el alma una herida?

¿Ignorabas cómo hay flores  
Que el alma guarda entre abrojos,  
Trocando nuestros amores  
En un siglo de dolores  
Por un momento de antojos?

¿Por qué tu sueño, que fuera  
La causa de tu contento,  
Tornóse luego en tormento?  
Porque tu ideal sólo era  
Sombra de tu pensamiento.

Cuando en nuestro amor, soñando,  
Tras sus placeres corremos,  
Siempre, corazon, tenemos  
Que retroceder, llorando  
Un bien que pronto perdemos.

Si nada de esto pensaste  
Cuando en el Eden florido  
De tus amores soñaste,  
Llora tu tiempo perdido,  
Llora el bien que no alcanzaste.

Pues no adivinó tu anhelo,  
Que en el realismo del mundo,  
Un error convierte el cielo  
De la dicha, en un profundo  
Abismo de desconsuelo.

Llora ese error, pero aprende  
Al sentir sangrar tu herida,  
Que en el fango de esta vida  
Nunca el amor se comprende...  
Por eso pronto se olvida.

1878.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ortiz (Francisco de P.)

PÁGINAS SIN NOMBRE

Hay entrámbos un abismo  
Imposible de salvar,  
Tú eres la luz de la aurora  
Y yo soy la oscuridad.

Tú eres la caliente brisa  
Que da la vida al pasar,  
Y yo soy el viento helado  
Que arrastra á la eternidad.

Tú eres la flor más hermosa  
Del ameno florestal,  
Y yo el sauz cuyas ramas  
Despedazó el huracan:  
Tú eres el alma que llega  
Y yo el alma que se vá.

## II

¿Por qué me lo dijeron, no sabían.

Que me iban á matar?

¡Fué esa mujer la vida de mi vida!

¡Cuánto dobléz, qué negra falsedad!

¡Inmóvil me quedé cuando lo supe

Y ni pude llorar!...

¡Mientras estaba mi semblante en calma

Bramaba en mi interior la tempestad!

Ortiz (Luis G.)

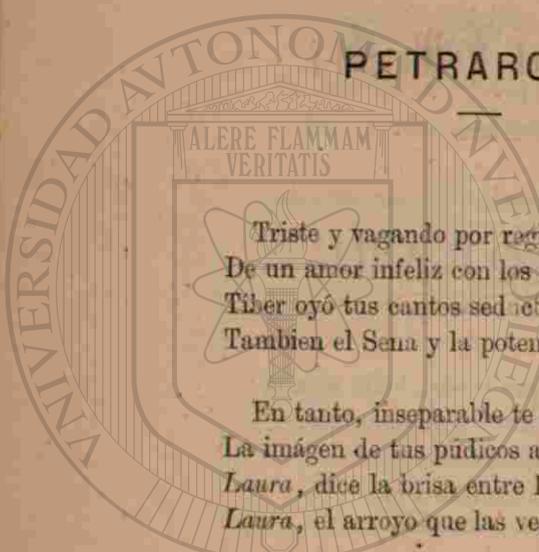
¡LLORAR!

¡Llorar! siempre llorar; lenta agonía  
De la vida en el mar, mar proceloso,  
Donde apenas cintila temeroso  
Rayo de luz en la tiniebla fría.

Siempre llorar, desde que nace el día,  
Sin paz, sin sueño y sin hallar reposo;  
Mas todo lo que llora es muy hermoso,  
Porque amar es llorar ¡oh vida mía!

Tú amabas ¿no es verdad? por eso lloras; <sup>®</sup>  
Porque al que ama, llorar es un consuelo  
De su martirio en las eternas horas.

Ven, la vida es muy triste en este suelo;  
Mas la dicha vendrá, porque no ignoras  
Que el amor y el dolor tienen su cielo.


 PETRARCA <sup>(1)</sup>

Triste y vagando por región extraña,  
De un amor infeliz con los dolores,  
Tiber oyó tus cantos seductores,  
También el Sena y la potente España.

En tanto, inseparable te acompaña  
La imagen de tus púdicos amores;  
Laura, dice la brisa entre las flores;  
Laura, el arroyo que las vegas baña.

Roma te admira, mientras tú orgulloso  
Ciñes el lauro que tu genio alcanza,  
Y la muerte te marca el fin dichoso.

El mundo un ¡ay! de sentimiento lanza;  
Y tú hallando el lugar de tu reposo,  
Das un adiós á glorias y esperanza.

(1) Se atribuye á Petrarca el siguiente epitafio, grabado sobre su sepulcro:

*Inveni requiem: spes et fortuna vane;*

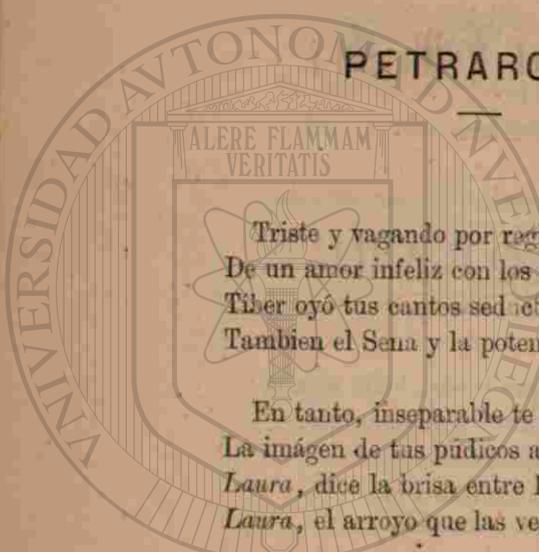
*Nili mihi vobis cum est: lucile non alios.*

• Llegué al lugar de mi reposo; á las fortuna y esperanze, nada tengo ya que ver con vosotras; id ahora á lucir para otros. •

## Olaquibel (Manuel)

## JESUS

Ojos dulces, adormidos,  
Rubia cabellera larga,  
Y una angélica sonrisa  
Que penetraba hasta el alma.  
Irradiaba en sus pupilas  
No sé qué luz tan extraña,  
Como el rayo de la luna  
Sobre la onda arrebatada  
Rubia y rizada, en el cuello  
Caía partida la barba;  
Y cual nardo de Gennésar  
Eran sus mejillas blancas.  
Era Jesús, era el Cristo  
Poeta de la montaña,


 PETRARCA <sup>(1)</sup>

Triste y vagando por región extraña,  
De un amor infeliz con los dolores,  
Tiber oyó tus cantos seductores,  
También el Sena y la potente España.

En tanto, inseparable te acompaña  
La imagen de tus púdicos amores;  
Laura, dice la brisa entre las flores;  
Laura, el arroyo que las vegas baña.

Roma te admira, mientras tú orgulloso  
Ciñes el lauro que tu genio alcanza,  
Y la muerte te marca el fin dichoso.

El mundo un ¡ay! de sentimiento lanza;  
Y tú hallando el lugar de tu reposo,  
Das un adiós á glorias y esperanza.

(1) Se atribuye á Petrarca el siguiente epitafio, grabado sobre su sepulcro:

*Inveni requiem: spes et fortuna vane;*

*Nili mihi vobis cum est: lucite nunc alios.*

• Llegué al lugar de mi reposo; a las fortuna y esperanza, nada tengo ya que ver con vosotras; id ahora á lucir para otros. •

## Olaquibel (Manuel)

## JESUS

Ojos dulces, adormidos,  
Rubia cabellera larga,  
Y una angélica sonrisa  
Que penetraba hasta el alma.  
Irradiaba en sus pupilas  
No sé qué luz tan extraña,  
Como el rayo de la luna  
Sobre la onda arrebatada  
Rubia y rizada, en el cuello  
Caía partida la barba;  
Y cual nardo de Gennésar  
Eran sus mejillas blancas.  
Era Jesús, era el Cristo  
Poeta de la montaña,

El que vestía humildemente  
Con una túnica parda.

## II

Los niños escuchaban sus mágicas palabras,  
Querían tocar las manos divinas del Rabi  
La turba los aleja y entonces Cristo exclama:  
• Dejadlos que se acerquen, que lleguen hasta mí. •

• Así como estos niños, así serán los buenos  
Y gozarán por siempre de la eternal mansion. •  
Las frentes infantiles conservan desde entonces  
La marca sacrosanta del beso del Señor.

## III

Cruzábanse en las nubes, relámpagos continuos,  
Zumbaba entre las rocas terrible el vendabal,  
Torcía el nudoso tronco la corpulenta encina;  
Y yo no sé qué voces oíanse sollozar.  
En lo alto de los cielos, temblaban las estrellas  
A la hora en que debiera el sol mandar su luz;  
El Padre de los seres abrió sus brazos tiernos....  
Y amando y bendiciendo así murió Jesús.

## BIEN SUPREMO

Madre ¿por qué á mis ojos  
El mundo entero  
Era un campo sin flores,  
Triste y desierto.  
Y ahora suspiro  
Sin envidiar los goees  
Del paraíso?

Los paisajes que un tiempo  
Me entristecían,  
Hoy forman el encanto  
Del alma mía;  
Mi sueño es dulce  
Dulce como la gloria  
De los querubés.

—Oh madre ¿por qué cambia  
La faz del mundo?  
—¡Ay! no delires niña,  
Tu afán es humo,

Tan sólo el alma  
Se transforma al impulso  
De la esperanza.

—¿A través de qué prisma  
Veré la tierra,  
Que un eden delicioso  
Mi vista encuentra?  
—Lo sé, mi vida:  
A través de otros ojos  
La tierra miras.

¡Ay! benditos los sueños  
Que forma el alma,  
Al recibir los besos  
De la esperanza.  
Y el bien supremo  
Que en los amores puros  
Nos manda el cielo.

## LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

ELLA

Las dichas del amor son pasajeras,  
Vosotras á los prados dais la vida,  
Devolvedme mi amor, aves viajeras,  
Devolvedme mi *fé*, mi *fé* perdida.

LAS AVES

Dejamos la aridez y los abrojos  
En las regiones de perpétuo hielo.

ELLA

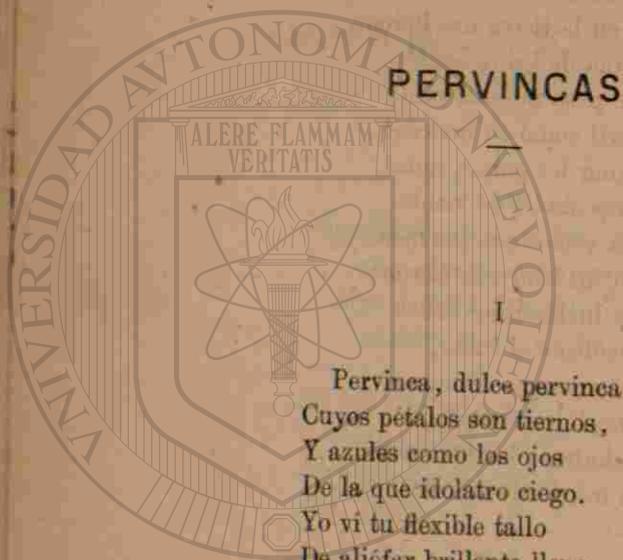
Me extraviaron á mí los dulces ojos  
De un sér á quien llamaba *ángel del cielo*.

LAS AVES

Volvemos á habitar nuestra pradera,  
Venimos presagiando la alegría.

ELLA

¡Oh! ¡quién me volverá la primavera,  
Las flores y la *fé* del alma mia!



## PERVINCAS

I

Pervinea, dulce pervinea,  
 Cuyos pétalos son tiernos,  
 Y azules como los ojos  
 De la que idolatro ciego.  
 Yo vi tu flexible tallo  
 De aljófara brillante lleno,  
 Cual pugnaba por besarle  
 La punta de sus cabellos.  
 Al fin se inclinó la niña;  
 Y sale entonces del suelo  
 Una voz entre suspiros,  
 Como de virgineo pecho.

## II

Nosotras queríamos, dicen  
 Las flores, en tu albo seno

Descansar, y estremecidas  
 Perfumarnos con tu aliento.  
 Tú sabes que nuestras hojas  
 Son azules como el cielo,  
 Y que en la tierra nos llaman  
 Emblema de los recuerdos.  
 Porque pasa nuestra vida,  
 En Abril como en invierno,  
 Sin temer los golpes rudos  
 De tempestad ó de viento.  
 Mas ya vemos que tus ojos  
 Tienen un azul más tierno;  
 Dicen, inclinan los tallos  
 Melancólicas al suelo,  
 Y las áuras que afanosas  
 Volaron léjos, muy léjos,  
 Exclamaban: las pervincas  
 Están muriendo de celos.

## Deza (Juan de Dios)

A MI PADRE <sup>(1)</sup>

Yo tengo en el hogar un soberano,  
 Único á quien venera el alma mia;  
 Es su corona de cabello cano,  
 La honra su ley y la virtud su guia.

En lentas horas de miseria y duelo,  
 Lleno de firme y varonil constancia,  
 Guarda la fé con que me habló del cielo  
 En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripcion y la tristeza  
 En su alma abrieron incurable herida;  
 Es un anciano, y lleva en su cabeza  
 El polvo del camino de la vida.

(1) Aunque esta composicion ya se ha publicado en Madrid, no he querido omitirla esta vez porque debiendo yo todo cuanto soy á los afanes y á la constancia de mi virtuoso padre, no quedaria satisfecho mi corazon si su nombre no figurara en una obra arreglada por mi.

Ve del mundo las fieras tempestades,  
De la suerte las horas desgraciadas,  
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,  
De pié sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,  
Y sólo en el deber sus ojos fijos,  
Recoge espinas y derrama flores  
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «á quien es bueno, la amargura  
Jamás en llanto sus mejillas moja,  
En el mundo la flor de la ventura  
Al más lijero soplo se deshoja.

«Haz el bien sin temer el sacrificio,  
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,  
Y halla quien ódia la maldad y el vicio  
Un tálamo de rosas en la muerte.

«Si eres pobre, cónfómate y se bueno;  
Si eres rico, protege al desgraciado,  
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno  
Guarda tu honor para vivir honrado.

«Ama la libertad, libre es el hombre  
Y su juez más severo es la conciencia;  
Tanto como tu honor guarda tu nombre,  
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código angusto, en mi alma pudo,  
Desde que lo escuché, quedar grabado;

En todas las tormentas fué mi escudo,  
De todas las borrascas me ha salvado.

✓ Mi padre tiene en su mirar sereno  
Reflejo fiel de su conciencia honrada.  
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno  
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;  
La gloria del deber forma su gloria;  
Es pobre, pero encierra su pobreza  
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,  
La suerte quiso que al honrar su nombre,  
Fuera el amor que me inspiró de niño  
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira  
Siempre sus ojos con amor lo vean,  
Y de todos los versos de mi lira  
Estos los dignos de su nombre sean.

## NIEVE DE ESTIO

Como la historia del amor me aparta  
De las sombras que empañan mi fortuna,  
Yo de esa historia recogí esta carta  
Que he leído á los rayos de la luna.

Yo soy una mujer muy caprichosa  
Y que me juzgue á tu conciencia dejo;  
Para poder saber si estoy hermosa  
Recurro á la franqueza de mi espejo.

Hoy, despues que te ví por la mañana,  
Al consultar mi espejo alegremente,  
Como un hilo de plata vi una cana  
Perdida entre los rizos de mi frente.

Abrí para arrancarla mis cabellos  
Sintiendo en mi alma dolorosas luchas,  
Y cuál fué mi sorpresa, al ver en ellos  
Esa cana crecer con otras muchas.

¿Por qué se pone mi cabello cano?  
¿Por qué está mi cabeza envejecida?  
¿Por qué cubro mis flores tan temprano  
Con las primeras nieves de la vida?

No lo sé. Yo soy tuya, yo te adoro,  
Con fé sagrada, con el alma entera;  
Pero sin esperanza sufro y lloro;  
¿Tiene tambien el llanto primavera?

Cada noche soñando un nuevo encanto  
Vuelvo á la realidad desesperada;  
Soy jóven, es verdad, mas sufro tanto  
Que siento ya mi juventud cansada.

Cuando pienso en lo mucho que te quiero  
Y llego á imaginar que no me quieres,  
Tiemblo de celos y de orgullo muero;  
(Perdóname, así somos las mujeres.)

He cortado con mano cuidadosa  
Eses cabellos blancos que te envío;  
Son las primeras nieves de una rosa  
Que imaginabas llena de rocío.

Tu me has dicho: «De todos tus hechizos,  
Lo que más me cautiva y enajena,  
Es la negra cascada de tus rizos  
Cayendo en torno de tu faz morena.»

Y yo, que aprendo todo lo que dices,  
Puesto que me haces tan feliz con ello,

He pasado mis horas más felices  
Mirando cuán rizado es mi cabello.

Mas hoy, no elevo dolorosa queja,  
Porque de tí no temo desengaños;  
Mis canas te dirán que ya está vieja  
Una mujer que cuenta veintiun años.

¿Serán para tu amor mis canas nieve?  
Ni á suponerlo en mis delirios llego.  
¿Quién á negarme sin piedad se atreve  
Que es una nieve que brotó del fuego?

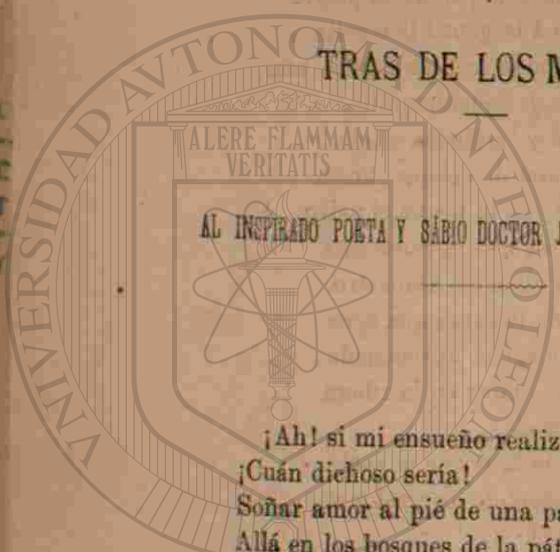
¿Lo niegan los principios de la ciencia  
Y una antítesis loca te parece?  
Pues es una verdad de la experiencia:  
Cabeza que se quema se emblanquece.

Amar con fuego y existir sin calma:  
Soñar sin esperanza de ventura;  
Dar todo el corazón, dar toda el alma  
En un amor que es gérmen de amargura.

Buscar la dicha llena de tristeza  
Sin dejar que sea tuya el hado impío,  
Llena de blancas hebras mi cabeza  
Y trae una vejez: la del hastío.

Enemiga de nécias presunciones  
Cada cana que brota me la arranco,  
Y aunque empañe tus gratas ilusiones  
Te mando, ya lo ves, un rizo blanco.

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima  
Y es volcan este amor á que me entrego;  
Tiene el volcan sus nieves en la cima,  
Pero circula en sus entrañas fuego.



## TRAS DE LOS MARES

AL INSPIRADO POETA Y SÁBIO DOCTOR JUAN B. HIGAR Y HARO

¡Ah! si mi ensueño realizar pudiera,  
 ¡Cuán dichoso sería!  
 Soñar amor al pié de una palmera  
 Allá en los bosques de la pátria mia.  
 Sentir la brisa ardiente y perfumada  
 De aquel sol tropical á los destellos,  
 Como inquieta mujer enamorada  
 Perezosa jugar con mis cabellos.  
 Reposar sobre el musgo humedecido,  
 La sociedad burlando y la fortuna,  
 Y así, con el espíritu adormido,  
 Pasar las tardes y esperar la luna.  
 Ver el lejano monte  
 Y escuchar del distante campanario  
 El eco que recoge solitario  
 La oscura inmensidad del horizonte.

Ver los purpúreos lánguidos reflejos  
 Del sol cuando desmaya,  
 Y mirar como enciende, allá á lo léjos,  
 Su lumbré el pescador, sobre la playa.  
 Seguir el rumbo á la gentil barquilla  
 Que ostenta en fondo azul su blanca vela,  
 Veloz abriendo con endeble quilla  
 Orlas de espuma y luminosa estela.  
 Ver que en su cuna de celajes, brota  
 Maga de amores, de la noche el astro,  
 Brillando hermosa tras la nube rota  
 Como encendido globo de alabastro.  
 Oír los tumbos de la mar, que fiero  
 En sus muros de arena aprisionada,  
 Sus ondas rompe audaz en la ribera  
 Rugiendo alborotada.  
 Ver de las aves de la noche el vuelo,  
 Los cantos escuchar de los pastores,  
 Y mirar en el suelo  
 Los cocuyos brillar entre las flores,  
 Como brillan los astros en el cielo.  
 Sentir como se arrulla la paloma  
 Que en platanar sonante se ha hospedado,  
 Y ver que el floripondio abre callado  
 Urnas de nieve rebosando aroma.  
 Del liquidámbar, árbol pebetero,  
 Reposar á la sombra dulcemente,  
 Y refrescar con gozo el lábio ardiente  
 En los frutos del alto cocotero.  
 Escuchar en la noche susurrando,  
 Entre blancos nelumbios y juncales,  
 El arroyo que pasa refrescando

Los verdes y floridos cafetales.  
 Ver las pomas de oro  
 Que esmaltan el manglar, y en la callada  
 Selva, escuchar el ritmo tan sonoro  
 Del *sinsonte* que sueña en la enramada.  
 Oír del picaflor el aleteo,  
 Seguir á la pintada mariposa,  
 Y cual ella, en las alas del deseo,  
 Volar libando miel de rosa en rosa.  
 Admirar los sabinos majestuosos  
 Que vieron de otra edad las pompas vanas,  
 Como entregan á vientos rumorosos  
 Sus guedejas de canas.  
 Vivir en el modesto caserío,  
 En la gruta, en el llano,  
 Cruzar el lago, visitar el río,  
 Ver desde el bosque umbrío  
 La helada cima del volcán lejano.  
 Abismarse en los astros y en las flores  
 Contemplando el espacio y la pradera,  
 Y en la hamaca ligera  
 Pasar las horas y soñar amores;  
 Esto sólo quisiera  
 Ver y soñar mi ardiente fantasía,  
 Al pie de una palmera  
 Allá en los bosques de la patria mía.

## POST-UMBRA

A MIS QUERIDOS AMIGOS JUAN G. WILSON Y MANUEL CABALLERO

Con letras ya borradas por los años  
 En un papel que el tiempo ha carcomido,  
 Símbolo de pasados desengaños,  
 Guardo una carta que selló el olvido.  
 La escribió una mujer joven y bella,  
 ¿Descubriré su nombre? ¡no! ¡no quiero!  
 Pues siempre he sido por mi buena estrella  
 Para todas las damas caballero.

¿Qué ser, alguna vez, no esperó en vano  
 Algo que si se frustra, mortifica?  
 Misterios que al papel lleva la mano  
 El tiempo los descubre y los publica.

Aquellos que juzgáronme felice  
 En amores que halagan mi amor propio  
 Aprendan de memoria lo que dice  
 La triste carta que á la letra copio:

Dicen que las mujeres sólo lloran  
 Cuando quieren fingir malos pesares;  
 Los que tan fal máxima atesoran  
 Muy torpes dan ser ó muy vulgares.

Si cava mi llanto hasta las hojas  
 Donde temblando está la mano mia,  
 Para poder decirte mis congojas,  
 Con lágrimas mi carta escribiría.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta  
 Y hay que usar de otra tinta más oscura,  
 La negra escogeré porque es la tinta  
 Donde más se refleja mi amargura.

Aunque no soy para soñar esquiua,  
 Se que para soñar nací despierta;  
 Me he sentido morir y aún estoy viva,  
 Tengo ansias de vivir y ya estoy muerta.

Me acosan del dolor fieros vestiglos.  
 ¡Qué amargas son las lágrimas primeras!  
 Pesan sobre mi vida veinte siglos  
 Y apenas cumplo veinte primaveras.

En esta horrible lucha en que batallo,  
 Aun cuando débil tu consuelo imploro,

Quiero decir que lloro y me lo callo,  
 Y más risueña estoy cuanto más lloro.

¿Por qué te conocí? Cuando temblando  
 De pasión, sólo entónces no mentida,  
 Me llegaste á decir «te estoy amando  
 Con un amor que es vida de mi vida.»

¿Qué te respondí yo? Bajé la frente,  
 Triste y convulsa te estreché la mano,  
 Porque un amor que nace tan vehemente  
 Es natural que muera muy temprano.

Tus versos, para mi conmovedores,  
 Los juzgué flores puras y divinas,  
 Olvidando insensata que las flores  
 Todo lo pierden ménos las espinas.

Yo, que como mujer, soy vanidosa,  
 Me ví feliz creyéndome adorada,  
 Sin ver que la ilusion es una rosa  
 Que vive solamente una alborada.

¡Cuántos de los crepúsculos que admiras  
 Pasamos entre dulces vaguedades;  
 Las verdades juzgándolas mentiras,  
 Las mentiras creyéndolas verdades!

Me hablabas de tu amor, y absorta y loca,  
 Me imaginaba estar dentro de un cielo,  
 Y al contemplar mis ojos y mi boca  
 Tu misma sombra me causaba celo.

Al verme embelesada al escucharte,  
Clamaste aprovechando mi embeleso,  
«Déjame arrodillar para adorarte.»  
Al verte de rodillas te di un beso.

Te besé con arrojo, no se asombre  
Un alma escrupulosa ó timorata;  
La insensatez no es culpa, besé á un hombre  
Porque toda pasion es insensata.

Debo aquí confesar que un beso ardiente  
Aunque robe la dicha y el sosiego,  
Es el placer más grande que se siente  
Cuando se tiene un corazon de fuego.

Cuando toqué tus labios fué preciso  
Soñar que aquel placer se hiciera eterno;  
Mujeres: es el beso un paraíso  
Por donde entramos muchas al infierno.

Despues de aquella vez, en otras muchas  
Apasionado tú, yo enternecida,  
Quedaste vencedor en esas luchas  
Tan dulces en la aurora de la vida.

¡Cuántas promesas, cuántos devaneos!  
El grande amor con el desden se paga;  
Toda llama que avivan los deseos  
Pronto encuentra la nieve que la apaga.

Te quisiera culpar y no me atrevo,  
Es despues de gozar justo el hastio;

Yo, que soy un cadáver que me muevo,  
Del amor de mi madre desconfio.

Me mataste y no te hago ni un reproche,  
Era tu voluntad y fué mi anhelo;  
Reza, dice mi madre, en cada noche.  
¿A quién he de rezar, si eras mi cielo?

Pronto voy á morir; esa es mi suerte.  
¿Quién se opone á las leyes del destino?  
Aunque es camino oscuro el de la muerte,  
¿Quién no llega á cruzar ese camino?

En él te encontraré; todo derrumba  
El tiempo, y tú caerás bajo su peso;  
Tengo que devolvete en ultra-tamba  
Todo el mal que me diste con un beso.

Mostrar á Dios podremos nuestra historia  
En aquella region quizá sombría.  
¿Mañana he de vivir? en tu memoria...  
Adios... adios... hasta el terrible día.

Leí estas líneas y en eterna ausencia  
Esa cita fatal vivo esperando...  
Y sintiendo la noche en mi conciencia,  
Guardé la carta y me quedé llorando.



Prieto (Guillermo)

A.... (1)

Recinto de azucenas, pensil de amores,  
La de excelsos volcanes y limpios lagos;  
México, á la que brinda la tierra flores  
Y el áura halagos.

Bella eres si coronas á tus guerreros,  
Eres bella premiando los que te adoran;  
Pero son tus encantos más hechiceros  
Con los que lloran.

Tienen tus dignos hijos noble bravura;  
El honor en las lides sigue sus huellas,  
Y dejas los tesoros de su ternura  
Para sus bellas.

(1) Poesía leída por una distinguida actriz en la función á beneficio de las víctimas de los terremotos de Jalisco.

Hay una hermosa tierra que sus entrañas  
Sintió las devoraba fuego tremendo;  
Y miró vacilante, de sus montañas  
La frente ardiendo.

Hay una hermosa tierra que se arrullaba  
Al rumor de las ondas de sus trigales,  
Donde el límpido arroyo, sus pies bañaba  
Con sus cristales.

Bajo las frescas sombras, los labradores  
Animaban el juego de tiernos niños;  
Los pájaros cruzaban cantando amores  
A sus cariños.

¡Ay! que la tierra cruje como los mares,  
Y ruedan en el suelo como deshechos,  
Las torres del santuario, los dulces techos  
De los hogares.

Hoy, eres ciudad bella, yermo desierto,  
Hoy, son lúgubre tumba, tus tristes ruinas,  
Hoy, sol de San Cristóbal... cadáver yerto,  
Triste iluminas.

¿Dónde está la morada, del gozo abrigo?  
¿En dónde, sus claveles y enredaderas?...  
¡No vuelvas tus miradas, pobre mendigo  
Para tus eras!

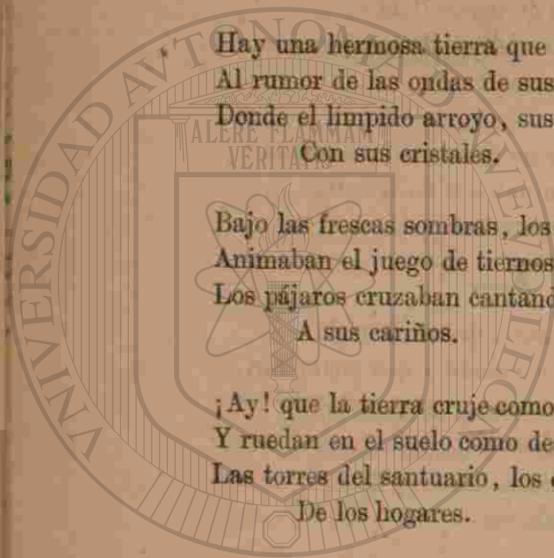
Y llevaron los aires tristes lamentos,  
Que en ecos dolorosos, ¡piedad! decían;

Y al llevarlos, las almas se estremecían  
De hondos tormentos.

Y la piedad sublime, sintió sus ojos  
Divinos, inundados de tierno llanto....  
¡Piedad! ¡piedad! reclaman tantos despojos  
Tanto quebranto!

¿Quién en su hogar no tiene madre adorada?  
¿Quién un hijo no mimaba con su ternura?...  
Ellos piden que ampare la desventura,  
Piedad sagrada!

Porque esta noble patria de límpido cielo  
Tiene hechizos que encantan y que enamoran,  
Pero es grande y sublime... como consuelo  
De los que lloran!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## A JUAN CORDERO (1)

¿Quién fué? ¿quién dijo en su rugir blasfemo  
Dios es el mal? y en la tiniebla umbría  
La humanidad desesperada gime;  
La vista alzando al Hacedor Supremo;  
Cuando aspirante entre la sombra el día  
Siente el mortal el hierro que le oprime  
Y es su himno el extertor de su agonía?.....

Dios es el mal.... clamaba la ignorancia,  
Y al cruzar el cometa vagabundo  
El desierto infinito del vacío,  
Se señalaba de la peste el vuelo,  
Amenazando rencorosa al mundo!.....

Dios es el mal.... Si en clámide de grana  
La boreal aurora majestuosa,

(1) Esta poesía fué leída al descubrirse uno de los magníficos frescos pintados por Juan Cordero en la Escuela Nacional Preparatoria en México, año de 1877.

En la espalda del polo aparecía,  
La sien orlando de la eterna noche  
Con la aureola que ciñe la mañana;  
En gemidos el hombre prorumpía  
Y de Dios el enojo  
Esperaba temblando arrodillado  
Mientras agitaba su penacho rojo  
El cielo de esplendores circundado!

Dios es el mal, gritaba la barbárie  
Al retumbar el trueno en lontananza,  
Y la voz de las roncadas tempestades  
Eran gritos de un Dios enfurecido,  
Y más y más sediento de venganza.

No más profanacion, gritó la ciencia,  
Y al mirar la luz pura  
Hizo sentir al hombre la ternura  
Del Supremo Hacedor de la existencia.

Dios es la luz.... escribirá su nombre,  
Con ráfagas el sol en el espacio,  
Encenráralo el hombre  
En los miles de estrellas y luceros  
Que tachonan su espléndido palacio.

Dios es el bien, el tacto de su dedo  
Dará vida al iman, sitio á los mares,  
Y en vez de sombra, decepcion y miedo,  
Repetirán las nubes tempestuosas  
Del querubin alegre los cantares!

Dios es amor... el beso de dos nubes  
 Pompa nupcial del ámbito infinito,  
 Le dará ser al rayo refulgente  
 Que hará la ciencia ufana  
 Su esclavo diligente,  
 Ala sumisa de la voz humana!

Oh inteligencia angusta  
 Que reflejas á Dios! Tendió sus hilos  
 Morse inmortal en lo hondo del Océano:  
 Sus manos estrecharon las naciones,  
 Y en infinito, en deleitoso beso,  
 Aspiraron el bien sus corazones;  
 Se estremeció el rencor, gimió la guerra,  
 La paz brindó con sus delicias puras...  
*¡Gloria, gloria al Señor en las alturas,  
 Paz al hombre en la tierra!*  
 ¡Tal dijo el mar! al grito omnipotente  
 La angusta libertad alzó la frente,  
 Vióse en los cielos desplegar su manto...  
 Lloró la humanidad. Mas fué de gozo,  
 De intenso gozo, tan sublime llanto!

La ciencia á Dios levanta sus altares,  
 Con Dios se llena su grandioso templo:  
 Sus génius tutelares  
 Serán de la virtud gloria y ejemplo.

Sigue mi pátria sus fulgentes huellas  
 Y á tí, artista, confiando sus ensueños,  
 Te dijo, dales vida,  
 La juventud querida

Que los palpe, oh pintor. Tú te inspiraste,  
 Y el recuerdo de tu éxtasis divino  
 En tu cuadro elocuente nos dejaste.

¿Dónde ocultan, artista, tus pinceles  
 Tan mágicos encantos?

Luz, cielo, amor, espléndida belleza,  
 Y trasparente el libre pensamiento,  
 En el contorno fiel de una cabeza?  
 ¿Qué viste soñador?—Vi al vapor preso  
 Fugarse del cristal ligera nube,  
 Espansirse, espansirse... y poderoso  
 Gritarle el hombre... ven á mi servicio,  
 Suprime á mi mandato la distancia:  
 Haz familias de pueblos y naciones...  
 Y fué el vapor... Miradle, la montaña  
 A su estridor, espérala vencida...  
 Se levanta el abismo poderoso  
 Y allana su camino...  
 Y en concierto estruendoso,  
 La campana sonora,  
 Y el silbato de acento penetrante,  
 Y el respirar jadeante  
 Del mónstruo entre las nubes y la llama:  
 La gran victoria de la ciencia aclama  
 En la marcha del hombre vencedora!

¿Dime qué viste?—Que el talento humano  
 Levantando á los cielos la mirada  
 Encontró mundos mil... focos de vida  
 Sembrando las alturas,

Y en palacios de pórvido y diamante  
Excelsas criaturas.

Entónces en el astro que cintila  
Y en el átomo errante del vacío,  
Entónces en la gota de rocío  
Que cual lágrima trémula vacila,  
Sobre la flor que con el áura oscila,  
Y en la mar tempestuosa,  
Y en las entrañas del abismo umbrío,  
Halló el hombre tu huella luminosa  
Y te adoró, Dios mio!

En las negras entrañas de la roca  
Halló el saber, del fuego el alimento:  
Mientras á la luz Daguerre roba la imágen,  
De Franklin el discípulo ferviente  
La horrible destruccion al rayo veda  
Y á sus piés lo sujeta diligente,  
Con un yugo de seda.

Sagaz el sábio, al hombre redimiendo,  
Constituye á la máquina su esclava  
Y al sér de hierro encarga su fatiga,  
Entre tanto que en noble señorío,  
Subplanta al ángel en bujel ligero  
Y navega atrevido en el vacío.

Gloria á la ciencia, á sus encantos gloria,  
Sus tesoros en letras de diamante  
Reserva fiel al porvenir la historia!

Al apoteósis de la ciencia pura,  
A su hechizo, á su amor, huye iracunda  
De rábida henchida la ignorancia impía;  
Las víboras del ódio, los rencores,  
Van destrozando su impotente pecho:  
Van extinguiendo su furor de guerra:  
Y la razon triunfante en el derecho  
Su cántico de paz alza la tierra!

¿Ves tu obra, artista? ¿ves las emociones  
Que nos haces sentir? Tu pincel diestro  
Tocó creador el insensible muro,  
Y la vida brotó; fueron naciendo  
Con formas tus ensueños de delicias,  
Y las facciones dulces sonriendo  
De la beldad sensible á tus caricias...

La ciencia fué mujer, porque le debe  
La mente luz, como á la madre amante;  
Es como ella fecunda y seductora,  
Se nos anuncia como dulce aurora,  
Nos ilumina como sol brillante!

La ciencia fué mujer, porque en la dicha,  
Tiene cantos de mágicos festines,  
Tiene flores de espléndidos vergeles,  
Y ensueños que nos fingen querubines  
Bajo toldos de mirtos y laureles!  
La ciencia fué mujer, porque al ornarse  
Ante nosotros con sus ricas joyas,  
Le pide á la verdad sus atractivos,  
Al cáliz de las flores sus aromas,

Al arco-iris sus tintes hechiceros,  
A la noche sus lluvias de luceros  
Y al éter sus arrullos de palomas.

La ciencia fué mujer, porque como ella,  
En el ocaso vespertina estrella,  
Al espirar el día,  
Infunde confianza:  
En la tierra le llaman poesía,  
En el cielo esperanza!

Goza artista, en tu obra, los tesoros  
Nos diste de tu mágico talento;  
Aquí se guardarán. Cuando recuerden  
Tu obra, oh Cordero, los que aquí la admiran,  
Será la realidad de sus ensueños  
El cuadro que á tus ojos les recrea;  
Tu nombre ensalzarán reconocidos,  
Y este tu láuro inarcesible sea!

## COPLAS SENTIDAS

### Á JUSTO SIERRA

Blando rumor de consuelo  
Que á hechizar el alma llega,  
Cuando sin rumbo navega  
Bajo tormentoso cielo.

De jazmin dulce perfume,  
Que atraviesa la prision  
En que herido el corazón,  
De tormento se consume.

Claro destello de aurora  
Que piadoso el cielo envía,  
Al que por la luz ansía,  
Y en honda tiniebla llora.

Cielo azul que en lontananza  
Nuestras miradas alienta,

Porque es nada la tormenta,  
Si luce al fin la Esperanza.

Dime, encanto seductor,  
Que el alma y la mente inflamas,  
Dime; di, —¿como te llamas?  
—¿Cómo me llaman?— Amor.

Hánme dicho que en la cuna  
Vierte su divino halago,  
Como sobre manso lago  
Blanco reflejo de luna.

Dicen que en la juventud  
Sus alas despliega al viento,  
Y es embriagador su acento,  
Aunque nos cause inquietud.

Dicen que airado ó risueño  
Nos presenta á la beldad,  
Hayendo á la realidad,  
En los vergeles del sueño.

Dicen que génio se llama  
Para el que pulsa la lira,  
Y tiernos cantos inspira,  
Y almas ardientes inflama.

Dicen que aunque transitoria  
Su ala ardiente toque al hombre;  
Le abrasa en sed de renombre  
Y entónces se llama gloria.

Y que el alma conmovida;  
No distingue en su fervor,  
A eso que llaman amor,  
De lo que llamamos vida.

Que no tenga el campo flor,  
Ni raudal puro la fuente,  
Ni el cielo sol refulgente...  
Como tenga el alma amor.

La vejez sin él ¡Dios mio!  
Es rambla de triste arena...  
Es una dura cadena  
Clavada al sepulcro frio.

Es sentirse el hombre muerto  
Y hallar en su corazón  
Las ruinas de un panteon  
Regadas en un desierto...

Es palpar la realidad  
De que en el mundo traidor  
Todo es farsa y vanidad,  
Y solo es cierto el dolor.

Caminante fatigado...  
Cuán feliz será tu suerte  
Si te sorprende la muerte,  
Soñando que eres amado.



Deon Contreras (José)

AL CONQUISTADOR DE ANÁHUAC

Sin que despues halla visto  
El absorto mundo un hombre  
Que de Hernan Cortés al lado  
La historia imparcial coloque.

EL DUQUE DE RIVAS.

¡Paso!... A través de la tiniebla umbría  
De los remotos tiempos,  
Tienda su vuelo audaz la fantasía  
Sobre las verdes cumbres,  
Del opulento Anáhuac atalaya;  
Y en las alas atónitas del viento,  
Deténgase un momento  
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí... sobre los puentes  
La roja llama del incendio humea,

De las olas hirvientes  
 En el cristal oscuro centellea;  
 Por todos lados pavorosa brilla,  
 Vuela en pavesas igneas el velamen,  
 Del aire maravilla,  
 Y al crugir el robusto maderámen  
 Se hunde en las aguas la cortante quilla.

— « ¡Sus! ¡A las armas! » — grita en la ribera  
 Mancebo audaz, alzando la eimera  
 Del pavonado casco... — « ¡Por Castilla! »  
 Y un viva resonó, tal como suele  
 El retumbar siniestro  
 Del trueno pavoroso  
 Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata  
 El aquilon sañado,  
 El altivo escuadron partió ligero,  
 Embrizados la lanza y el escudo,  
 Al redoblar del atambor guerrero.

No sin tomar al golfo la mirada,  
 Allí donde orgullosa se mecía  
 En las primeras horas de aquel día,  
 A la risueña luz de la alborada,  
 Del ave alegre á la primera nota,  
 Del ágil marintero á los cantares,  
 Juguete de los vientos tutelares,  
 Hija del mar, la castellana flota....

Corred, valientes, á la lucha fiera;  
 Detrás, la madre pátria; á vuestra vista,  
 El pomposo laurel de la conquista:  
 Los campos ignorados  
 Donde tegió, riendo placentera,  
 La cuna de sus glorias Primavera  
 Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés el que llevado sólo  
 De su marcial instinto,  
 Cuando brillaba ya de polo á polo  
 El sol de Cárlos quinto,  
 Iba al fuerte clamor de la victoria,  
 Con su espada no más y su fiera,  
 Sin corona y sin cetro,  
 A igualar en los fastos de la historia  
 La majestad de César con su gloria,  
 La grandeza de un Rey con su grandeza.

¡Y era Cortés!.... marchando valeroso  
 Lo imposible á sus piés avasallaba,  
 Luchaba con los suyos y triunfaba  
 Contra el poder inmenso del coloso.

Si pudo á Moctezuma  
 Con su ingenio vencer, áun le esperaba,  
 Tranquilo el corazón, fuertes las manos,  
 El héroe de los héroes mexicanos....

Préstame, Inspiracion, tu sacro númen,

Enciende mi alma en ardorosa llama,  
 Y la vibrante trompa de la fama  
 En las ondas del rápido elemento  
 Deje suelta la voz... el aire atruene,  
 Y en épico cantar mi pensamiento  
 Con energética rima el mundo llene.  
 Firme se apresta la imperial señora  
 Del poderoso Anáhuac, á la lucha;  
 El caudal de sus armas atesora,  
 Y el son guerrero del clarín escucha!  
 Tiende sobre ella el pavoroso manto  
 La lóbrega finiebla; no se abate  
 Su sien altiva á la inconstante suerte,  
 Y resuelta á lidiar hasta la muerte  
 Lanza sus bravos hijos al combate!  
 Y el batallar comienza pavoroso,  
 Corre la sangre en río caudaloso,  
 Arde en las plazas la siniestra hoguera,  
 Se ve á su luz desierta la trinchera  
 Y henchido de cadáveres el foso.

¡Todo es gemidos y ayes el espacio,  
 Juntos erujen la choza y el palacio,  
 Y se alza el sol de Oriente,  
 Y se hunde en Occidente,  
 Y pasa un día, y otro, y otro día  
 Se oculta, y todavía  
 Sangre refleja en su nublada frente!  
 ¡Y sangre se refleja  
 En la pálida faz de la alta luna,  
 Sí es que el humo á su luz el paso deja  
 Para quebrar su rayo en la laguna!

¡Niños, mujeres, débiles ancianos  
 Atraviesan las calles solitarias,  
 Alzan hambrientos temblorosas manos,  
 En el cielo se pierden sus plegarias,  
 Y mueren entre escombros  
 Al fulgor de cien teas funerarias!  
 Mas Guatimoc no cede: airado empuña  
 La sangrienta macana, que se embota  
 Del castellano en la acerada cota.  
 ¡Inútil resistir!... La muerte trueca  
 Cadáver por cadáver, y tirana  
 La sangre generosa del azteca  
 Mezcla en los surcos con la sangre hispana.  
 ¡Inútil resistir!... Fuerte y alívio,  
 Digno de su rival, á quien esquivo  
 El hado la faz vuelve, está el guerrero,  
 El castellano fiero  
 Que á Marte hurtó la poderosa lanza  
 Y el invencible acero,  
 Rayo fulgente que encendió la gloria,  
 Y entre el rudo fragor de la matanza  
 Arranca el verde láuro á la victoria!

¡Oh, patria que ensalzó mi idolatría!  
 No tengas por agravio  
 Que al vencedor de Anáhuac cante el lábio  
 Que tus victorias pregonar solía.  
 Los héroes no tuvieron  
 Nunca patria ni hogar; nunca el profundo  
 Rencor herirles puede, nunca el dolo.  
 ¡La patria de los héroes es el mundo!  
 ¡La gloria de Cortés no es gloria sólo

De la noble Castilla! ¡ El cielo quiera  
 Que al resonar mi canto,  
 Y su vuelo al tender sobre las olas  
 Que abrieron paso al pabellon ibero,  
 Desde las verdes playas españolas  
 Su nombre extienda al Universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces  
 Girando en torno mio,  
 El galardón recibe que mereces.  
 Harto en momento impio  
 Te hirió la ingratitud cuando apuraste  
 El cáliz de la envidia hasta las heces;  
 Pues fué tan grande el mundo  
 Que legaste á tu patria con tu empeño,  
 Que te miró pequeño  
 Ante grandeza tanta....  
 ¡ Hoy la posteridad tu nombre canta,  
 La vil calumnia desarruga el ceño,  
 Y pedestal eterno te levanta!

1877.

## EN EL APOTEOSIS

DEL SÁBIO QUÍMICO MEXICANO

DOCTOR DON LEOPOLDO RIO DE LA LOZA

¿ No basta, patria mia,  
 Que en pavorosa lucha  
 Truene el cañon de la discordia impia,  
 Que aún en los aires resonar se escucha?  
 ¿ No basta que sangriento  
 Marte descubra la altanera frente,  
 Del Norte al Sur, del Este al Occidente,  
 Y fatigado el viento,  
 Del funeral lamento  
 El eco gemebundo  
 Lleve en sus alas por el ancho mundo?  
 No basta... ; no!.. La guerra  
 Huye y el arma fratricida oculta,  
 É insaciable á sus victimas la tierra  
 En sus entrañas lóbregas sepulta...  
 ; Más devorar aún quiere!

Hambrienta gira su tenaz mirada  
 La adusta Parca airada,  
 Y asesta el golpe, y hiere...  
 ¡Y en el hogar tranquilo,  
 De su feroz gudaña el-corvo filo  
 Brilla implacable con tremendo encono...  
 Allí donde Minerva alzó su trono!  
 ¡Allí donde al estudio doblegado  
 Vimos el hombre al hombre consagrado!  
 ¡En donde su carrera,  
 Perñida para el bien, pasó ligera,  
 Tal como suele, en el verano ardiente,  
 De la dorada mies en la simiente  
 La benéfica lluvia pasajera!  
 ¡Y él era orgullo del Anáhuac; era  
 Rayo de sol que el bosque fecundiza,  
 Arroyo cristalino  
 Que lento se desliza  
 Regando las malezas del camino!  
 ¡Arbol frondoso cuyas verdes ramas  
 Al delicado arbusto  
 Defienden del injusto  
 Y ardiente azote de estivales llamas!  
 ¡Montaña gigantea,  
 Que el virginal tesoro  
 Descubre al cabo, de la luz febea.  
 En oculto filon, al rayo de oro!...  
 Mas ¡oh traidora suerte!  
 Nada contuvo de la horrible muerte  
 La irresistible saña...  
 Se allanó la montaña;  
 Velóse el rayo de la luz divina;

Perdió su cáuce el agua cristalina;  
 Y de la tempestad al eco ronco,  
 A tierra vino el formidable tronco.  
 Así al cielo le plugo.  
 ¡Era mortal!... ¡Y al poderoso yugo,  
 Misera humanidad, estás sujeta!  
 Como el débil inñante, el fuerte atleta  
 Al rudo golpe sucumbir debía.  
 Y por eso llorais... los que algun día  
 Pendientes de su lábio,  
 Escuchásteis su acento;  
 Los que en torno del sábio,  
 Cultivábais las flores del talento.  
 Todos juntos aquí... si el pecho late,  
 Late por él acongojado y triste;  
 Que es triste ver al sol cuando desmaya,  
 Cuando crespones funerales viste,  
 Y hunde la frente en la remota playa.  
 Breves horas no más... De noche augusta  
 El carro rueda en la tiniebla fría...  
 Pronto la densa oscuridad sombría  
 Se rompe, se deshace, se colora...  
 Plácida luz los horizontes dora...  
 Se enciende en refulgente llamarada  
 La atmósfera apagada;  
 Asoma en el oriente  
 Del astro-rey la majestuosa frente;  
 Tiembla al vivo fulgor la Parca herida,  
 Y huye del templo de la eterna vida;  
 Girando se revuelve,  
 Deja al pasar su cineraria huella,  
 Y en ese bronce helado

¡Sus negras alas para siempre estrella!  
 ¡Iérguete altiva, de las ciencias Diosa!  
 Ora venimos á rasgar el velo  
 Que ayer cubrió tu frente victoriosa:  
 Ayer cruzando la encumbrada ruta,  
 Que de ciprés marchito  
 Y funeral crespon la patria enluta...  
 Florezca el lauro que tu sien corona,  
 Empeñe altiva el prodigioso vuelo,  
 Y el eslabon que al mundo te aprisiona,  
 Caiga en pedazos destrozado al suelo.  
 Caiga... y tus alas remontando al cielo,  
 Coronada de luz, el claro nombre  
 Del varon inmortal, Minerva aclama;  
 ¡Tu voz el hielo de los tiempos rompa!  
 ¡Y eternice la fama  
 El eco augusto en la sonora trompa!

1877.

Pereño (Manuel)

EL CANCAN <sup>(1)</sup>

EPISTOLA Á IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

No más, no más, Ignacio, con sermones,  
 Ni con textos latinos,  
 Intentes de moral darnos lecciones;  
 Sepultá ya tus doctos desatinos  
 En un rincón de la memoria, y sufre  
 El sensato desden y la rechifla  
 De emancipada gente.

(1) Esta composición se escribió en Agosto de 1869 y alude á los artículos que á la sazón publicaba Don Ignacio M. Altamirano contra el Cancan en *El Renacimiento*, notabilísimos como suyos; los latines de que se hace mencion, eran unos versos del gran Juvenal, citados por Altamirano, en que el inmortal satírico flagela las obscenas danzas teatrales de su época.

Que ya ni ayo ni mentor consiente.  
 Digote, por mi fé, que me arrepiento  
 De haber seguido la torcida senda  
 Por donde tu caminas;  
 En achaque de teatros, desatinas,  
 Si crees que al decoro  
 Hasta en la escena ha de rendirse culto;  
 Eso fue bueno para el siglo de oro,  
 En que el oro mostrábase doquiera,  
 No como hoy, que va escurriendo el bulto,  
 Del gas y del vapor el siglo es este,  
 Y cueste lo que cueste,  
 A tí, y a mí, y a todos, nos precisa  
 Andar á toda luz, y á toda prisa.  
 ¿No es siglo de las luces? pues que vea  
 Todo cuanto hay que ver quien tenga ojos;  
 Ni á la inocencia permitido sea  
 El tiránico abuso  
 Que ante sus ojos una venda puso.  
 ¡Niños mirad! que si la luz sin tasa  
 Os ofende, es dolor que pronto pasa,  
 Hoy la cuestion vital, la interesante,  
 Es marchar adelante,  
 Sin que nos de cuidado  
 El cómo, ni por dónde, ni á qué punto,  
 Cual suele hacer el potro desbocado;  
 Que al fin, entre correr y desbocarse  
 La diferencia es poca:  
 Un freno más ó menos en la boca,  
 ¿Ni quién frenos tolera  
 En esta que alcanzamos feliz era  
 Del adulterio libre y del suicidio,

En que á San Pablo sustituye Ovidio?  
 ¡No más oscuridad! rásguese el velo  
 Con que el pudor gazmoño se cubría,  
 Porque al fin, en el día,  
 No hace falta el pudor, hijo del cielo:  
 Ya su rojo matiz París nos manda  
 En tarrillos de clase superfina;  
 Un duro el rubor vale,  
 Y dura mucho, y más barato sale,  
 ¿El siglo de los libres pensadores  
 No es este? pues pensemos  
 Con ámplia libertad, y averiguemos  
 Cuanto escondido entre las sombras yace;  
 Á esta generacion no satisface  
 El misterio prudente  
 Con que la añeja gente  
 Tales y cuales cosas encubria:  
 ¡Fuera la hipocresía!  
 ¡Fuera la virtud vana!  
 Que es mejor que vivamos desde niños  
 A la pata la llana!  
 En clase de misterios, no se admitan  
 Sino los que algo valen,  
 Los que ofrecen ganancia  
 A pescadores en el río revuelto,  
 Los misterios ciprinos,  
 Que ora la amable Francia  
 Para ilustrar á imberbes libertinos  
 Renueva sin tapujos en la escena.  
 Por eso á boca llena  
 El cáncan se calebre como es justo,  
 Y huye el pudor adusto

Cuyos principios son no enseñar nada.  
 ¡Fuera el poder tirano!  
 ¡Caiga al fin de su mano  
 El cetro con que siglos há regia  
 (Y por desgracia rige todavía)  
 Al corazón humano,  
 Y en especial al pueblo mexicano!  
 Fuerza es que el oprimido se levante  
 Y que de la victoria el himno cante!  
 ¡Es preciso que venza  
 Alguna vez la pobre desvergüenza!  
 ¡Y vencerá! preludio de su historia  
 Es el dulce *cancan*, que nos inflama  
 Con su *canicular* brillante llama.  
 ¡Honor al nuevo rey, al *cancan* gloria!  
 Todo eso y mucho más, díjome há poco  
 Cierto señor muy respetable y tieso,  
 Tan respetable que hasta peiná canas,  
 Y es decidido amante del progreso,  
 Cuanto enemigo acérrimo de vanas  
 Nécias preocupaciones;  
 Convenciéronme al punto sus razones,  
 Cuya clara verdad salta á la vista,  
 Y héteme convertido en *cancanista*.  
 Neófito soy, pero verás que ardiente;  
 Ya te me pongo enfrente,  
 Mi ex-maestro y amigo;  
 Prepárate á escenthar las que te digo  
 Cuatro verdades frescas;  
 Primera, que no sabes lo que pescas;  
 Segunda, que los fines  
 Del *cancan* no se tuercen con latines;

Tercera, que no muestras grande acierto  
 Predicando en desierto;  
 Y cuarta, que ya es mengua  
 En contra del *cancan* soltar la lengua.  
 Abjura como yo, abjura, Ignacio;  
 No te vean mis ojos tan reacio  
 En aplaudir, cual todos, ese baile  
 Capaz de hacer saltar á un santo fraile.  
 Tienes con lo que se hacen los sermones,  
 ¿Y así al *cancan* te opones?  
 ¡Te abandono, infeliz! quédate haciendo  
 Pucheros en la insípida tragedia;  
 Mientras yo, sacudiendo  
 Mi estupidez de ántes,  
 Clamo á grito pelado: — ¡el *cancan* viva!  
 Luz para todos, luz, no haya ignorantes! —  
 ¿Qué digo? no los hay en la edad nuestra:  
 Solo tú te quedaste para muestra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Plaza (Antonio)<sup>(1)</sup>

FE

¿Por qué si presa de iracunda suerte  
Entre las garras del dolor me agito,  
Con ilusiones de ángel forjo el mito  
Que luz de sol en mi horizonte vierte? \*

¿Con mi fé la esperanza se divierte?  
¡No! Que á otro mundo volaré, bendito,  
Cuando el veneno de mi ser maldito  
Se quede en el regazo de la muerte.

Mi alma infeliz á quien el hombre aplica  
Duro tormento que le arranca llanto,  
Irá de gloria y de virtudes rica

A la mansion del eternal encanto:  
Si es verdad que el martirio santifica,  
Yo voy á ser en ultratumba un santo.

(1) No pudiendo conseguir el colector de estas composiciones las mejores de este poeta, notable en su género, se limita á publicar las únicas que ha podido adquirir.

## GOTAS DE HIEL

Entre las sombras vegetando vivo  
Sin que una luz ante mis ojos rádie,  
É indiferente mi existir maldigo,  
Sin creer en nada, sin amar á nadie.

Para mí la esperanza está perdida;  
Nada me importa mi futura suerte,  
Ni tiene objeto para mí la vida,  
Que al corazón se anticipó la muerte.

Á nadie importa mi dolor eterno,  
Y vago triste, descreído, aislado,  
Como vaga en los antros del infierno  
El ¡ay! desgarrador del condenado.

Mis horas de sufrir son infinitas,  
Horas que el alma de ponzoña llenan,  
Horas de mi expiación, horas malditas,  
Que en el reloj de los infiernos suenan.

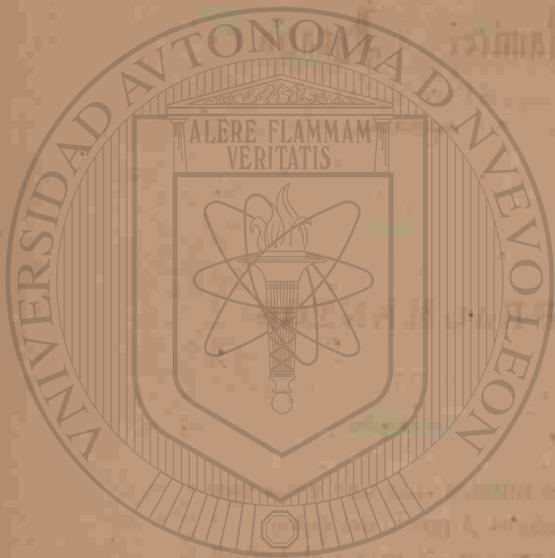
¡Ilusiones! ¡Amor! fué necesario  
Que os marcháseis al fin, pero no os siento;  
¡Lentejuelas pegadas al sudario!  
¡Pedazos de oropel que barre el viento!

Ya sin amor, y con la fé extinguida,  
Me burlo de las iras de mi suerte;  
¡Qué carnaval tan nécio el de la vida!  
¡Qué consuelo tan dulce el de la muerte!

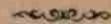
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Ramírez (Ignacio)



FRAGMENTOS

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso  
Cuyo precio es el precio del deseo  
Que en él guardan Natura y el Acaso?

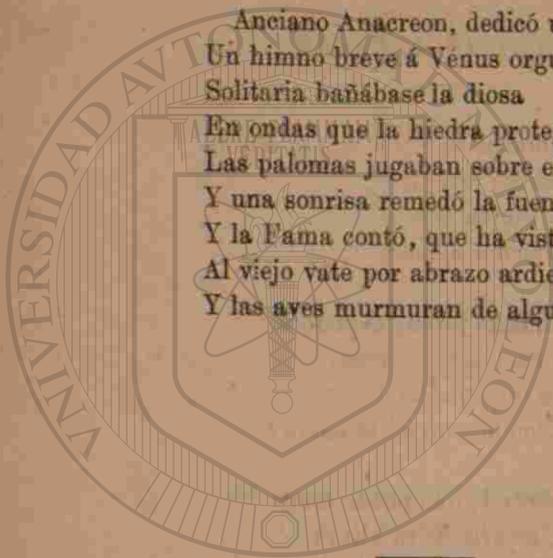
Quando agotado por la edad le veo,  
Sólo en las manos de la sabia tierra,  
Recibirá otra forma y otro empleo.

¡Cárcel es y no vida, la que encierra  
Sufrimientos, pesares y dolores,  
Ido el placer! ¿la muerte á quién aterra?

Madre Naturaleza, ya no hay flores  
Por do mi paso vacilante avanza;

Nací sin esperanza ni temores,  
Vuelvo á ti sin temores ni esperanza.

Anciano Anacreon, dedicó un día  
Un himno breve á Venus orgullosa,  
Solitaria bañábase la diosa  
En ondas que la hiedra protegía.  
Las palomas jugaban sobre el carro,  
Y una sonrisa remedó la fuente,  
Y la Fama contó, que ha visto preso  
Al viejo vate por abrazo ardiente,  
Y las aves murmuran de algun beso.



A.....

Quando en brazos de Abril sale la aurora  
El ahuehuet canoso reverdece,  
La yerbezuela tímida florece  
Y su partida Lucifer demora.

Y al contemplarte jóven, seductora,  
La sonrisa en los labios aparece,  
El amor en los ojos resplandece  
¿Qué corazón temblando no te adora?

Dichosa juventud, que puede osada  
Sorprenderte, bajarte de tu altura,  
Y con rosas llevarte encadenada.

Acepta esta efusion ardiente y pura;  
Me detengo á las puertas de la nada  
Por celebrar, amiga, tu hermosura.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## AL AMOR

¿Por qué Amor, cuando espiro desarmado,  
De mí te burlas? Llévate esa hermosa  
Doncella, tan ardiente y tan graciosa,  
Que por mi oscuro asilo has escamado.

En tiempo más feliz, yo supe osado  
Extender mi palabra artificiosa  
Como una red, y en ella, temblorosa,  
Mas de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,  
Cobardes atacándome en gavilla;  
Y libre yo, mi presa al aire entrego.

Al inerte leon el asno humilla:  
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego  
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

Roa Bárcena (José María)

FUNDACION DE MEXICO

A MI AMIGO EL SEÑOR DON ANGEL NUÑEZ

I

Después que el extraño yugo  
Que en sanguinaria la trueca  
Rompióse, á la tribu azteca  
Dejar á Ixtacalco plugo.

(1) El Sr. Don José María Roa Bárcena publicó en el año de 1862 un tomo de Leyendas Mexicanas, sobre hechos históricos acaecidos antes de la conquista, y creemos que esa colección, con algunas de las composiciones del mismo carácter publicadas por Ortega, Rodríguez Galvan y Pesado, servirán más tarde de base al *Romancero nacional mexicano* para cuya obra muchos han trabajado y trabajan varios jóvenes poetas cuyos nombres figuran en este volumen.

Hacia el Norte se adelanta  
Como por instinto vago,  
Y en una roca del lago  
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas  
De espina que la resguarda,  
Posaba un águila parda,  
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,  
La onda y el águila grave  
Y áspid inquieto que el ave  
Con pico y garras domeña.

Ve coronado su intento,  
Que son la señal, en suma,  
De que pondrá en esta espuma  
De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría  
Trocados ya sus pesares,  
Fama es que en rudos cantares  
El pueblo azteca decía:

## II

CORO

Cumplióse del Númen  
La oferta sagrada,  
Y á nuestra jornada  
Aquí damos fin.

Del lago tranquilo  
Serán los espacios  
Ciudad de palacios,  
Eterno jardín.

UNA VOZ

¡Qué bien que retrata  
La clara laguna  
La luz de la luna  
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE

Se erija á Mexitli  
Altar en la roca:  
Si el pueblo le invoca  
Darános favor.

OTRA VOZ

Merced á la industria  
Que doma elementos,  
En la agua cimientos  
Pondrémos al fin.

CORO

Del lago tranquilo  
Serán los espacios  
Ciudad de palacios,  
Eterno jardín.

## III

La tribu alzó santuario  
De verdes flexibles cañas,  
Y también pobres cabañas  
Junto al peñón solitario.

Y tal fué la humilde cuna  
De México, que en su historia  
Retrata en desdicha y gloria  
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,  
Bajo Tizoc respetada,  
Con Moctezuma aherrojada  
Y con Guatimoc vencida.

Vió elevarse en su recinto  
Sobre sus aras profanas  
Las basílicas cristianas  
Y el pendon de Cárlos quinto.

De indígenas y extranjeros  
Surgir una raza mista  
Que á la colonia conquistada  
De libre nacion los fueros.

Después, en odio profundo  
Y en fraterna lid menguada,  
Cruzar sus hijos la espada  
Con escándalo del mundo.

¡Cuánto ha sufrido, si, cuánto  
La reina de este hemisferio!  
Desmembrado está su imperio  
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega  
Lágrimas vierte hilo á hilo,  
Y acrece el lago tranquilo  
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,  
Presa de rudos afanes,  
A la luz de sus volcanes  
Y al vaiven de sus temblores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rodriguez y Cos (José María)

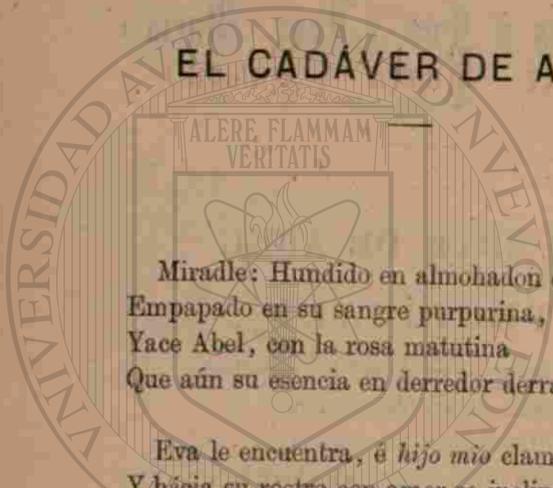
MUERTE DE ABEL

¡Cuán hermoso es Abel! Su cabellera,  
En mil bucles de oro derramada,  
Presta al iris azul de su mirada  
La majestad que en ésta reverbera.

Un cándido cordero condujera,  
En cuya nívea frente coronada,  
Se columpia una rosa perfumada  
Que en primicias le dió la primavera.

Sobre un peñasco luego deposita  
La hermosa ofrenda que el Señor recibe  
Del que en cumplir su voluntad se afana;

¡Ay! sobre Abel, Cain se precipita  
Le dá la muerte y con su envidia escribe  
El primer crimen de la historia humana.


 EL CADÁVER DE ABEL

Miradle: Hundido en almohadon de grama,  
Empapado en su sangre purpurina,  
Yace Abel, con la rosa matutina  
Que aún su esencia en derredor derrama.

Eva le encuentra, é hijo mio clama,  
Y hacia su rostro con amor se inclina,  
Y besa aquella frente peregrina,  
Y una vez y otra aún ¡hijo! le llama.

¡Silencio! La infeliz... no... aún no entiende  
Que son de Abel no más que los despojos...  
Y le levanta tímida... le extiende

En su regazo. Con sus labios rojos  
Abre sus labios; todo lo comprende,  
Y las lágrimas saltan de sus ojos.

Rodriguez Rivera (Ramon)


 TROPICAL

Truena la tempestad, oscuro cielo  
En lluvia y rayos se deshace airado  
Y alumbran los relámpagos el suelo,  
Y rugé el huracan desenfrenado.  
Se amontonan las nubes, se enfurecen,  
Y arrojan sin piedad hora tras hora  
La muerte y destruccion con que se mecen  
En la eléctrica chispa destructora.  
Y se chocan, y luchan á millares,  
Amenazando con furor la sierra,  
Y embravecidas se unen con los mares,  
Haciendo el trueno estremecer la tierra.  
Airado el viento con tenaz bravura

Llega en su furia á arrebatár las rocas,  
 Y se arrastra en indómita locura  
 Lanzando ahullidos sus enormes bocas.  
 Todo lo arrastra, los destruye todo,  
 Y con ruido infernal, por las pendientes  
 De la barranca, hasta el revuelto lodo  
 Descienden á mezclarse los torrentes.  
 Y las fieras se acojen á las grutas,  
 Y en las grietas se ocultan los jilgueros,  
 Y caen al par de sazonadas frutas  
 Los peñascos rodando á los senderos.  
 Y á la siniestra luz que centellea,  
 Despenarse se vé de las montañas,  
 Como al fulgor de cineraria tea,  
 Las plantas y ganados y cabañas.  
 En suicidio eterno las aguas bajan  
 Buscando tumba en el profundo abismo,  
 Y cedros y palmeras se desgajan,  
 Y en ayes rompen su eterno mutismo;  
 Las olas enrespadas y espumosas  
 Se estrellan sin piedad contra la playa,  
 Y se rasgan temibles y rabiosas,  
 Y á su eterno rugir el mundo calla.  
 Negro, muy negro el cielo, amenazante,  
 Lanza solo su rayo tremebundo,  
 Y el terrible huracán, negro gigante,  
 Roneo amenaza desquiciár al mundo.  
 De destrucción el génio vuela, en tanto  
 Que su mirada audaz relampaguea,  
 Y de nieblas y rayos con su manto  
 Al mundo entero con furor flamea.  
 Sobre el bridon del austro cabalgando

El igneo polvo en su correr levanta,  
 Y negras nubes á sus piés rodando  
 Sienten el peso de su férrea planta.  
 Contrae su lábio la infernal sonrisa  
 Al ver que la materia se destruye,  
 Mas llega el ángel de la luz, y aprisa  
 Tiende sus alas con espanto y huye.

## II

Cesó la tempestad, blanquizeas nubes  
 Que calman los ardores del estío,  
 Flotan como bandadas de querubés  
 Y copos de algodón en el vacío.  
 La blanca luna entre celajes brota,  
 Y brotan las estrellas y luceros  
 Que hacen brillar la cristalina gota  
 Suspendida en los altos cocoteros.  
 Los bosques de sonantes platanares  
 Sacuden con rumor las anchas hojas  
 De donde caen las gotas á millares  
 Sobre silvestres floracillas rojas.  
 Fresca la brisa á acariciar empieza  
 Los mangos y cafetos y cañales,  
 Y murmura al rozar la alta maleza  
 O al perderse en revueltos carrizales.  
 Se abren de los naranjos blancas flores  
 Exhalando perfumes que adormecen,  
 Y de canoras aves de colores  
 Los blancos nidos con amor se mecen:  
 Las luciérnagas pasan brilladoras,

Y los cocuyos lanzan sus destellos,  
 Y el grillo y la cigarra vibradoras  
 Lanzan sus cantos, por salvajes bellos.  
 Y el arroyuelo manso culebrea  
 Por entre el césped murmurando amores,  
 Y sobre el margen que el sauz sombrea  
 Salpica y hace renacer las flores.  
 Brota la yerba, los planteles crecen,  
 Germina el grano, se madura el fruto,  
 Y las espigas de oro se estremecen  
 Bajo el peso estival de su tributo.  
 Todo se mueve y la deidad del campo  
 Al regar las semillas, á su espalda  
 Deja de su alma á la campiña un lampo  
 Cuando la roza su flotante falda.

1873.

## EL LABRADOR

El gallo canta, el labrador despierta,  
 Y alegre el tibio lecho abandonando,  
 Mira perderse el matinal lucero,  
 Y al incansable buey unce el arado  
 Que abre los surcos de fecunda tierra.  
 Gustoso apura el liquido regalo  
 De blanca leche tibia y espumosa,  
 Que le ofrece en su fuente derramando,  
 La humilde madre del soberbio bruto.  
 Su luz difunde por los aires claros  
 La blanca aurora que en Oriente asoma,  
 Y al colorar los montes y los prades,  
 Despierta á bulliciosas avcillas,  
 Que alegres cantan al mirar de blanco  
 Y de fuego teñido el horizonte,  
 Cual lluvia de oro suspendida en lo alto  
 Por la carrera que en su curso sigue  
 El que la luz eclipsa de los astros.  
 Tras la yunta que al gélico rocío

Va en riachuelos tornando el lento paso,  
 Sigue el labriego que el hogar dejara,  
 Su esperanza en la fé depositando;  
 Que el premio encuentra el que en la madre tierra  
 Deposita su amor y su trabajo.

Sin dar ya sombras, por el éter puro  
 Flota bañando de candentes rayos  
 El refulgente lumínar del día,  
 El astro rey de los millares de astros.  
 La frente humedecida por las gotas  
 Que fertilizan el ineulto llano,  
 El labrador el grano deposita  
 Entre los surcos que trazó el arado:  
 De allí verá brotar plantas y flores  
 Con los frutos que dulces, sazónalos,  
 Serán el alimento de sus hijos  
 Y llenarán la choza y el cercado;  
 Por eso, alegre el labrador, no siente  
 La lluvia estiva ni el fugaz verano.  
 Llega la madre de sus tiernos hijos

Llevando el refrigerio á su trabajo,  
 Y el sencillo manjar, dulce y sabroso,  
 Recibe con placer de entre sus manos;  
 Luego á la sombra, respirando el fresco,  
 Al pié de un árbol quedan reclinados  
 Sobre la alfombra de mullido césped  
 En su dicha y su amor siempre soñando.  
 Con más firmeza á levantarse vuelve,  
 Y de nuevo comienza su trabajo,  
 Contento el corazón, tranquila el alma,  
 Y la conciencia exenta de cuidados,

Que el ángel bueno sin cesar le guía,  
 Que huye á sus ojos el arcángel malo.

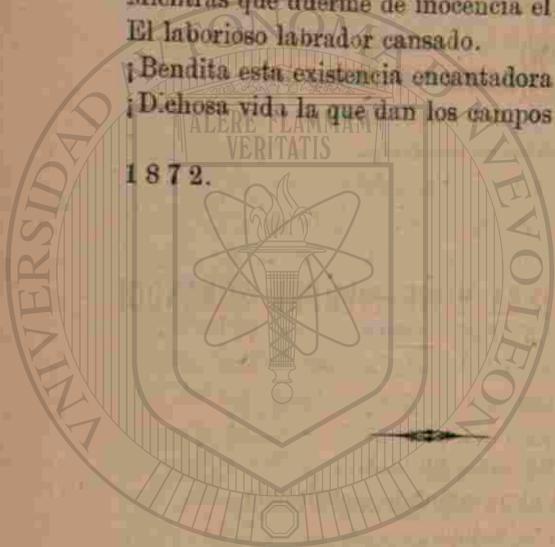
Ya el sol declina, resplandecen tibios  
 Sobre el Citlaltepétl pálidos rayos;  
 Y vuelve el labrador á la cabaña  
 En busca de su sueño y su descanso;  
 Besa á sus hijos y á su esposa besa,  
 Que á recibirle salen á su paso,  
 Y al guarda fiel de su cabaña toca  
 Acariciando con callosa mano,  
 Y sin temor, tranquilos saborean  
 El blanco queso y el cabrito asado.  
 Entre tanto, las aves se recogen,  
 Trinando alegres en los verdes ramos  
 Del cedro embalsamado, donde cuelgan  
 Sus nidos de bejuco entrelazado,  
 Y el buey dormita entre la paja seca  
 Ó está rumiando en el cubierto establo.  
 De gracias la oracion en coro entonan  
 Al Hacedor de todo lo creado,  
 Y el ángel de los sueños se desprende  
 Del alto cielo hasta llegar al campo,  
 Cubriendo con sus alas la cabaña  
 Para impedir la entrada á los cuidados. ®

Manto de sombras la callada noche  
 Tendió en silencio por el monte y prado,  
 Y el génio de los campos con sus alas,  
 De húmedas gotas y perfumes raros,  
 De brisas vagarosas do la luna  
 Difunde melancólica sus rayos,

Al rozar mansamente las colinas,  
 Hace brotar el germinante grano,  
 Y crecer los retoños y plantelcs,  
 Y cubrirse de fruto los sembrados,  
 Mientras que duerme de inocencia el sueño  
 El laborioso labrador cansado.

¡Bendita esta existencia encantadora!

¡Dichosa vida la que dan los campos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rosas (José)

¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

Es la existencia un cielo,  
 Cuando el alma soñando embelesada,  
 Con amoroso anhelo,  
 En los ángeles fija su mirada.

¡Feliz el alma que á la tierra olvida

Para vivir gozando!

¡Quién pudiera olvidarse de la vida!

¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada

Es un sueño engañoso la alegría;

La gloria es humo y nada

Y el más ardiente amor gloria de un día.

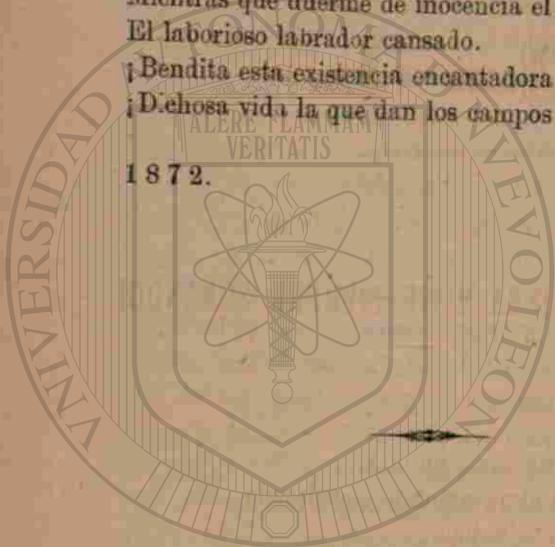
Afan eterno al corazón destroza

Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.

Al rozar mansamente las colinas,  
 Hace brotar el germinante grano,  
 Y crecer los retoños y plantelcs,  
 Y cubrirse de fruto los sembrados,  
 Mientras que duerme de inocencia el sueño  
 El laborioso labrador cansado.

¡Bendita esta existencia encantadora!

¡Dichosa vida la que dan los campos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rosas (José)

¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

Es la existencia un cielo,  
 Cuando el alma soñando embelesada,  
 Con amoroso anhelo,  
 En los ángeles fija su mirada.

¡Feliz el alma que á la tierra olvida

Para vivir gozando!

¡Quién pudiera olvidarse de la vida!

¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada

Es un sueño engañoso la alegría;

La gloria es humo y nada

Y el más ardiente amor gloria de un día.

Afan eterno al corazón destroza

Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.

Sólo el que sueña goza.  
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su mision se olvidan las mujeres,  
Los hombres viven en perpétua guerra;  
No hay amistad, ni dicha, ni placeres;  
Todo es mentira ya sobre la tierra.  
Suspira el corazon inutilmente....  
La existencia que voy atravesando  
Es hermosa entre sueños solamente.  
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza  
Pasé de la niñez la dulce aurora,  
Contemplando entre sueños la belleza  
De ardiente juventud fascinadora.  
Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,  
Y desde entonces siempre estoy llorando  
Porque sólo el que sueña es venturoso.  
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

## LA JUVENTUD

Juventud, juventud, bajo tus alas  
Busqué en mi único amor sombra y abrigo,  
Me pegaste tus goces y tus galas....  
Ingrata juventud, yo te maldigo.

FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.

¡Cuán rápidos pasaron  
Los dulces años de la infancia mia,  
Esos años de paz y de alegría  
Que tanto acariciaron  
Al corazon que sin afan dormia!  
Pasaron como el viento,  
Cual pasa siempre la ilusion querida,  
Como pasan la dicha y el contento.  
Tendió sus alas la tormenta oscura,  
La calma se alejó despavorida  
Y vinieron las horas de amargura:  
¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!  
¡Cómo pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso  
De aquellas ilusiones seductoras

Tan sentidas despues y tan lloradas.  
 ¡Quién pudiera volverme aquéllas horas,  
 Aquéllas horas por mi mal pasadas!  
 ¡Ay! entónces cruzaba la existencia,  
 Tranquilo y descuidado,  
 En medio de la paz y la inocencia.  
 Sin esta indecision que me acobarda,  
 Encantado por dulces embelesos,  
 De mi ángel bueno en los amantes brazos  
 Y al blando son de los maternos besos.  
 Pero ha pasado la niñez hermosa,  
 Y hoy de vero tormentos á millares:  
 Hoy el capricho del falaz destino  
 Me aparta á mi pesar de mis hogares,  
 Y al impulso del ráudo torbellino,  
 Entre los mares del dolor me pierdo;  
 Pues del placar pasado y la alegría  
 Le queda al corazon sólo el recuerdo,  
 ¡Último aroma de la flor de un día!

Pasó la edad de la inocencia pura,  
 Y tú viniste, juventud galana,  
 Radiante de placer y de hermosura  
 Como una flor en su primer mañana.  
 Tú viniste, cual sueño de ventura,  
 Ansiando amor y derramando amores,  
 Húmedos de pasión los labios rojos,  
 La sien ceñida de fragantes flores,  
 Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso  
 Te fui á buscar en mi delirio ciego,

Y entre tus brazos me arrojé gozoso,  
 Cual inocente niño  
 Que corre á asir el devorante fuego.  
 Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste  
 La ilusion que la calma me arrebató,  
 La hermosa virgen por quien vivo triste,  
 La virgen ¡ay! que por mi mal existe,  
 Por mi mal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,  
 Paraíso de amor y de ventura  
 Me pareció la vida,  
 Y en mi amoroso anhelo,  
 Sin recordar que al fin todo se olvida,  
 Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.  
 Corriendo en pos de la ilusion funesta  
 Deslumbrado busqué la bienandanza,  
 Y he sabido las lágrimas que cuesta  
 El delirio de amar sin esperanza.

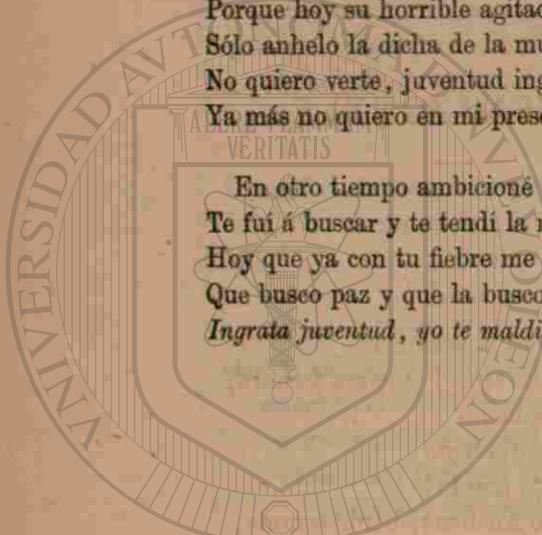
¿Por qué viniste á desgarrar mi pecho  
 Y con tus llamas á abrasar mi frente,  
 Aciaga juventud? ¿Por qué viniste  
 Si en vez de la ilusion que me ofreciste,  
 De los goces y dulces alegrías  
 Que me brindaste con falaz halago,  
 Me diste sólo, de mi amor en pago,  
 Noches amargas y funestos días?

Huye de mi con tus encantos pérfidos;  
 Ya no pretendas fascinar el alma  
 Con la luz de tus mágicos colores;

Vuelve á mi pecho la perdida calma,  
No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,  
Porque hoy su horrible agitacion me mata;  
Sólo anhelo la dicha de la muerte;  
No quiero verte, juventud ingrata,  
Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,  
Te fui á buscar y te tendí la mano:  
Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,  
Que busco paz y que la busco en vano,  
*Ingrata juventud, yo te maldigo.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL ZENTZONTLE

¡Cuán dulce es la armonía  
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,  
Cuánta melancolía,  
Qué extraño sentimiento  
Hay en tu triste acento,  
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,  
Morador de sus bosques silenciosos,  
Trovador de sus lagos rumorosos!

Quando su luz brillante  
Vierte la primavera en los jardines,  
Tiendes al viento tú las pardas alas,  
Cruzas el valle umbrioso,  
Y alegres himnos amoroso exhalas,  
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,  
Quando el sol en el cielo apenas arde,  
El himno de la tarde

Cantas en las praderas,  
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,  
Cuando la luna pálida fulgura,  
Como virgen que vela enamorada,  
Y la naturaleza desmayada  
En grata, inmóvil languidez reposa,  
Y la nocturna diosa  
Vierte doquier su plácido beleño  
En el sereno ambiente,  
Suspiras tiernamente  
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas  
Tu cadenciosa voz llega al oído,  
El silencio turbando,  
Como el eco fugaz de un bien perdido;  
Como el vago gemido  
De un alma ardiente que en ardiente anhelo  
La tierra va cruzando,  
Solitaria y doliente suspirando,  
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día  
Entre las olas de la mar hirvientes  
La adorada y hermosa patria mía,  
Quiso amoroso Dios que independientes  
Los *sinsontes* su atmósfera cruzáran  
Á la luz de sus astros refulgentes;  
Que allí su dulce amor tiernos buscáran,  
Y orgullosos volando en las alturas,

Su juventud espléndida cantáran  
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entónces en ráudo vuelo  
Cruzan su hermoso suelo,  
Sus soberbias montañas, sus vergeles,  
Sus floridos y extensos limonares,  
Sus magníficos bosques de laurelés;  
Y suspiran dulcísimos cantares  
Impregnados de amor y sentimiento,  
Y el ambiente respiran de sus mares,  
Y orgullosos se mecen en el viento  
Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora  
La reina de Occidente,  
Ornada en jaspes de vistosas plumas  
Alzaba al cielo la serena frente,  
Y Axayacatl valiente,  
Humillando á sus piés á las naciones  
Sus gloriosas conquistas extendía,  
Y doquier la victoria sonreía  
Á la sombra feliz de sus pendones,  
En la risueña margen de los lagos,  
Los *sinsontes*, con notas celestiales,  
Del guerrero imitaban la querrela,  
El discordo vibrar de los tímboles,  
La enamorada voz de la doncella,  
Y el clamor de los himnos nacionales.  
Otras veces, volando en la espesura,  
De la fuente imitaban los rumores,  
El lamento del mirlo entre las flores,

La querellosa voz de la paloma,  
De hondos suspiros llena,  
Del tardo buey el trémulo bramido,  
Y el hórrido silbido  
Del réptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando  
La majestad divina  
Que un sol de fuego espléndido ilumina  
Mústia y triste la Europa nos parece,  
Y su antigua hermosura palidece;  
Así cuando el *sinsonte* enamorado,  
Feliz se oculta en el risueño prado  
Y canta entre las palmas y las flores,  
Deben enmudecer los ruisenores.

Tú, inimitable artista,  
En mil revueltos giros  
Volando caprichoso,  
Imitas cadencioso  
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.  
Siempre hallas una voz y una armonía  
Para expresar tu duelo,  
Y traduces en tierna melodía  
Del amor el dulcísimo consuelo  
Y el ardiente placer de la alegría.  
Tienes siempre al mecerte por el viento,  
Para todos los goces un acento;  
A todo prestas inefable encanto,  
Y ora el dolor te agite, ora el contento,  
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento  
Que tú no expreses con tu tierno canto.

¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!  
¡Bendita la armonía  
De tu suspiro amante,  
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,  
Morador de sus bosques silenciosos,  
Trovador de sus lagos rumorosos.  
¡Plegue al piadoso cielo  
Que en estrecha prision nunca suspires  
Triste cancion de duelo,  
Que en orgulloso vuelo  
Cruzando las inmensas cordilleras,  
A nuestra patria mires  
Bendita por la historia;  
Y que repitas siempre en tus cantares  
El himno de su gloria,  
Al gemir de sus anchos platanares  
Y al rumor de las olas de sus mares.

## LA VUELTA A LA ALDEA

Ya el sol oculta su radiosa frente;  
Melancólico brilla en Occidente  
Su tímido esplendor;  
Ya en las selvas la noche inquieta vaga  
Y entre las brisas, lánguido se apaga  
El último cantar del ruiseñor.

¡Cuanto gozo escuchando embelesado  
Ese tímido acento apasionado

Que en mi niñez oí!  
Al ver de lejos la arboleda umbrosa,  
¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,  
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,  
De mi dulce niñez las dulces horas  
Dichoso vi pasar,  
Y aquí mil veces al morir el día,  
Vine amante despues en mi alegría  
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sáuce, esa fuente, esa enramada,  
De una efímera gloria ya eclipsada  
Mudos testigos son:  
Cada árbol, cada flor, guarda una historia  
De amores y placer, cuya memoria  
Entristece y halaga al corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;  
A mi vista se extiende el bosque umbrío  
Donde mi dicha fué.  
¡Cuántas veces aquí con mis pesares  
Vine á exhalar de amor tristes cantares!  
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella  
De mi paso en los céspedes la huella  
El tiempo ya borró.  
Allá la casa donde entrar solía,  
De mi padre en la dulce compañía...  
¡Y hoy entro en su recinto solo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,  
Una hermosa mañana, la ribera  
Á Laura vi cruzar;  
Y de aquella arboleda en la espesura.  
Una tarde de Mayo, con ternura  
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entónces para mi risueño;  
Mas la dicha en la vida es sólo un sueño,  
Y un sueño fué mi amor.  
Cual eclipsa una nube al rey del día,

La desgracia eclipsó la dicha mía  
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el terbellino  
Y al fin airado me arrojó el destino  
De mi natal ciudad.

Así cuando es feliz entre sus flores,  
¡Ay! del nido en que canta sus amores  
Arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;  
Siempre errante en las sombras del olvido.....

¡Cuán desgraciado soy!  
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa;  
Ha escuchado mi queja, cariñosa,  
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada;  
Triste suspira el alma destrozada,  
Sus ilusiones ya;

Mañana alumbrará la selva umbria  
La luz del nuevo sol, y la alegría  
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,  
Triste el sol derramaba en Occidente

Su moribunda luz:  
Suspiraba la brisa en la laguna,  
Y alumbraban los rayos de la luna  
La solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,  
Y una nube pasaba en blando vuelo,

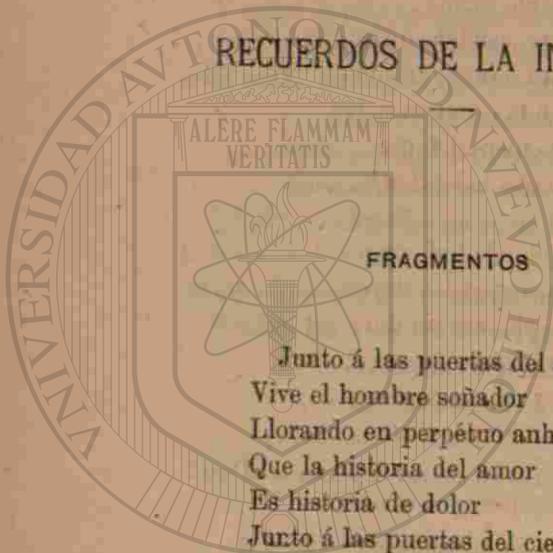
Cual pasa la ilusión;  
Cantaba el labrador en su cabaña,  
Y el eco repetía en la montaña  
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...  
¿Más dónde está mi fé, dónde, Dios mío,  
Dónde mi amor está?  
Volvieron al verjel brisas y flores,  
Volvieron otra vez los ruiseñores...  
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,  
De los bosques los lirios, y del cielo  
El mágico arrebol,  
El rumor de los céfiros suaves,  
Y el armonioso canto de las aves,  
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrias,  
No miro ahora como en otros días  
Á Laura sonreír.

¡Ay! En vano la busco, en vano lloro,  
Ardiente en vano su piedad imploro;  
Jamás ha de venir..!



## RECUERDOS DE LA INFANCIA

### FRAGMENTOS

Junto á las puertas del cielo  
 Vive el hombre soñador  
 Llorando en perpétuo anhelo,  
 Que la historia del amor  
 Es historia de dolor  
 Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor  
 Miro una humilde casita  
 Entre naranjos en flor,  
 Y una pobreza bendita,  
 Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo  
 Necesaria, no os asombre,  
 Para expresar este anhelo;  
 ¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,  
 Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida  
 Va por el viento impelida  
 Como las rápidas olas,  
 Me dijo mi madre á solas  
 Con inefable cariño,  
 Porque yo, cándido niño,  
 En lucha no interrumpida  
 Quise el agua contener...  
 ¡Quién pudiera detener  
 La corriente de la vida!

Van volando todavía  
 En mi memoria las flores  
 Que yo deshojára un día,  
 Y las hojas de colores  
 De la flor de mis amores  
 Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,  
 Dijo una vez, madre mía,  
 Un tesoro de armonía;

Y fué mi ventura tanta  
 Que mucho hablaba y reía  
 Y exclamó mi madre inquieta:

• Tú pareces un poeta •  
 —¿Y qué es eso madre santa?—  
 Ella besóme llorando  
 Y me dijo suspirando:  
 — Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo  
 Miraba con dulce anhelo,

Y mi madre sonreía:  
 En el plácido arroyuelo  
 Retratadas las veía,  
 Y mi madre me decía:  
 También ¡oh niño! en el suelo,  
 Como el agua trasparente,  
 Refleja el alma inocente  
 Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!  
 Triunfa do quiera el rencor  
 Y todo pasa y se olvida.  
 Es breve sueño el amor  
 Y sólo es cierto el dolor.  
 ¡Cuán amarga es ésta vida!

1877.

Rincon (Manuel E.)

EN EL BAÑO

Del escondido bosque en la espesura  
 Que cubre á trechos el azul del cielo,  
 Do canta el ave con amante anhelo,  
 Y el áura tibia de placer murmura;

Blanca, gentil, radiante de hermosura,  
 Cubierta apénas con ligero velo,  
 El pié desnudo, destrenzado el pelo,  
 A Leida vi junto á la fuente pura.

Yo vi copiados en la linfa clara  
 Aquellos sus contornos soberanos,  
 Que de Milo la Venus envidiara;

Yo vi de su belleza los arcanos,  
 Y un suspiro lancé; volvió la cara,  
 Y al blanco seno se llevó las manos.

Riva Palacio (Vicente)<sup>(1)</sup>

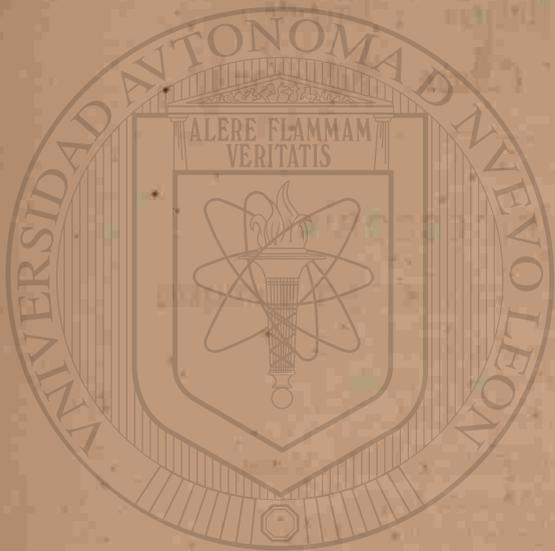
EN EL ESCORIAL

Resuena en el marmóreo pavimento  
Del medroso viajero la pisada,  
Y repite la bóveda elevada  
El gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,  
Vive la vida de la edad pasada,  
Y se agita en el alma conturbada  
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano  
Contra su propia hiel buscó un abrigo,  
Esclavo de sí mismo, un soberano  
Que la vida cruzó sin un amigo;  
Águila que vivió como un gusano,  
Monarca que murió como un mendigo.

(1) La mayor parte de las poesías del general Riva Palacio están publicadas con pseudónimo. Algunas figuran en esta colección.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Segura (Jose Sebastian)

EN LA MUERTE DE DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

El llanto reprimid, gallardas Musas,  
 De la virgen América decoro;  
 Trocad las negras túnicas profusas  
 Por las ropas de fiesta, y láuros de oro  
 Adornen vuestra frente.  
 Y por la espalda los hundosos rizos  
 Al perfumado sople del ambiente,  
 Entrelazados con vistosas plumas  
 Realcen los hechizos  
 De vuestras gracias sumas,  
 Y del público duelo el vano alarde  
 Quédese para el necio descreído  
 En cuyo muerto corazón nunca arde  
 La llama celestial que las tinieblas  
 Del sepulcral olvido  
 Deshace, cual las nieblas

El luminar del día  
Que inunda el suelo en plácida alegría.

Allá en la ardiente zona  
De un cielo azul, templada por los mares  
De la Antilla gentil que se corona  
De magníficas palmas,  
La que á Pindaro vence en sus cantares  
Con la lira en la mano,  
Se halla al nacer para hechizar las almas  
Por su gracia y talento soberano,  
La ilustre Avellaneda, honra y delicia  
Del bélico cubano,  
Que en regaladas trovas la acaricia.  
Allí á la par de Heredia,  
A quien patria le ofrece el mexicano,  
De Sófoles ostenta en la tragedia  
La excelsa majestad y rasgos bellos  
Que entre el aplauso universal sonoro  
Al corazón arranca amargo lloro,  
Y en la frente se erizan los cabellos.

En la nave cargada de riquezas,  
Que por los vientos puros  
Ligera avanza á los hercúleos muros,  
No hay riqueza mayor, mayor tesoro,  
Que el libro de los triunfos y tristezas  
De la insigne cantora  
A quien abre sus áulas y liceos  
La tierra del valiente Garcilaso,  
En letras vencedora;  
Y la docta Academia

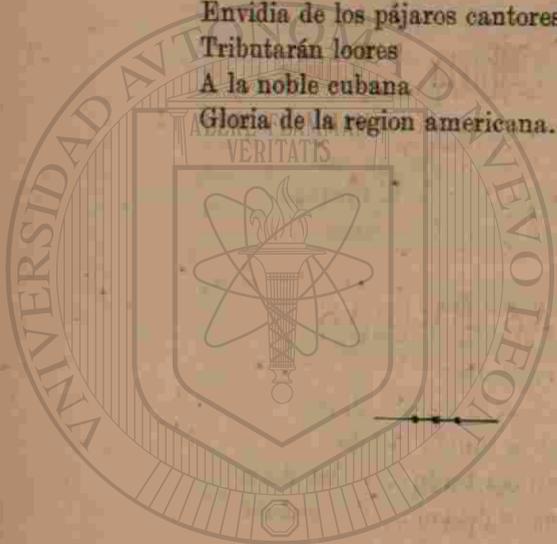
La rinde por trofeos,  
Cuando su númen premia,  
Los laureles divinos del Parnaso.

Aquellos vates de la patria mia  
Que dichosos bebieron en la cuna  
El fuego de la sacra poesía,  
Y hoy causan nuestro encanto,  
De la nueva Corina una por una  
Las palmas que le cede á la Fortuna  
Celebrarán en armonioso canto.

Yo ¡miseró! nacido  
Para agotar el cáliz de amargura,  
No me fué concedido  
Alzar el vuelo á la celeste altura.  
Oculto, cual la tímida violeta,  
Jóven dormí una tarde entre las flores;  
Vi en sueños la deidad de mis amores  
Y desperté poeta;  
Y la adoré como á la madre el niño.  
¡Ay! que en cambio me deja sinsabores  
Y burla mi cariño.  
No más su luz me inspira;  
Huye y rompe las cuerdas de mi lira.

Mas si en mi pecho extinto  
Está el astro sagrado que la fama  
Del vate inmortaliza,  
Aquí en este recinto  
Ostentando en la sien la verde rama  
Del lauro de Alarcon y Gorostiza,

Lucen cual las estrellas  
 Ingénios mexicanos,  
 Y en torno de ellos poetisas bellas  
 Que en metros soberanos,  
 Envidia de los pájaros cantores,  
 Tributarán loores  
 A la noble cubana  
 Gloria de la region americana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santa Maria (Javier)

### LAS BRISAS

Brisas del valle nativo  
 Impregnadas de perfume;  
 Aquí donde me consume  
 La soledad en que vivo;  
 Aquí donde pensativo,  
 Siempre al dolor entregado,  
 Recuerdo un dulce pasado  
 De ensueños y de delicias,  
 Dad, brisas, al desterrado  
 Vuestras amantes caricias.

Dejad que en mi pecho guarde  
 Vuestro aroma con anhelo,  
 Cuando venis á este suelo  
 Al extinguirse la tarde.

Ya no arde en mi ser, ya no arde  
 El fuego de la esperanza;  
 Y cual muere en lontananza  
 El sol de fulgor escaso,  
 Así mi existencia avanza  
 Para llegar á su ocaso.

Murieron todas mis flores,  
 Mis estrellas se apagaron,  
 Y ni siquiera dejaron  
 Sus últimos resplandores.  
 Herido por los dolores,  
 Desesperado me quejo,  
 Y toda mi dicha dejo  
 Del pasado en el abismo:  
 Soy joven... ¡y estoy tan viejo!  
 No me conozco á mi mismo.

Brisas del nativo valle,  
 Volad sobre mi cabeza,  
 Y así tal vez mi tristeza  
 Sus hondas quejas acalle.  
 No dejéis que me avasalle  
 Tanto la mala fortuna;  
 Y si hay esperanza alguna  
 De olvidar las penas mías,  
 Suspirad como en los días  
 En que aromábais mi cuna.

Traed para mi consuelo  
 Algo de esa melodía  
 Que sólo cantar sabía

Mi madre que está en el cielo.  
 Se suspendió vuestro vuelo  
 Al vibrar la voz aquella:  
 ¡Era tan dulce y tan bella!  
 Brisas, la habeis escuchado,  
 Y yo os pido arrodillado  
 Que murmureis como ella.

Calmad, calmad este empeño  
 Que aumenta mi desventura,  
 Y al venir la noche oscura  
 Será tranquilo mi sueño.  
 Entónces, del alma dueño  
 Ese canto bendecido,  
 Evitará que afligido  
 Con mis angustias batalle,  
 Y tornareis á mi valle,  
 Y me dejareis dormido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## Sierra (Justo)

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DE LA EXPOSICION <sup>(1)</sup>

Has triunfado por fin, oh patria mía,  
El destino sonríe á tu alma fuerte  
Y te corona de esplendor el día,  
; Sublime desposada de la suerte!  
Has triunfado; del luctuoso lecho  
Reina te alzaste y á tu trono subes  
Irguiendo la cabeza soberana  
En un cielo sin sombras y sin nubes.  
Ese rumor eterno que se une  
Al rugido del mar en tu ribera,  
Es el grito de la hélice batiendo  
Las olas por do quiera,  
De la hélice que empuja los bajeles.

(1) Se refiere el poeta á la Exposicion Industrial celebrada últimamente en México.

A las costas del suelo mexicano,  
 Ceñido en torno de turgentes velas  
 Que en la clámide azul del Océano  
 Tienden la blanca red de sus estelas.  
 Si el soplo frío del invierno baja  
 De las urnas de hielo de los montes,  
 Y se extiende la fúnebre mortaja  
 A los ayer calientes horizontes;  
 Vendrá la primavera y cuando tiemble  
 De amor la madre tierra en sus entrañas,  
 Las mieses bordarán de flores de oro  
 Los pliegues de tu manto en las montañas.  
 Tú que en aras magnificas enciendes  
 Puro incienso á la industria, á la ciencia,  
 Y en el regio festin de tu opulencia  
 Tu inmensa copa á las naciones tiendes.  
 Tú, la gran redimida del trabajo,  
 Mereces tal destino: de tus venas,  
 Tu sangre, tu oro en rios brotó al mundo,  
 Que desde entónces se lanzó sediento  
 A tu pecho fecundo.  
 Como un arco triunfal fuiste elevada  
 En mitad de la tierra, y tu camino  
 Llegó á ser ¡oh mi pátria! la jornada  
 De todo peregrino.  
 Fuiste la pátria universal, la ingente  
 Locomotiva que escaló tus montes,  
 De un mar al otro mar surcó la tierra;  
 Sus guirnaldas de humo, los gigantes  
 Árboles de tus selvas coronaron;  
 Las rocas á su voz se separaron,  
 Y en sus grietas profundas, palpitantes,

Del Génesis los ecos despertaron.  
 Ser feliz mereciste  
 Tú que sólo dejaste el hacha, altiva,  
 Cuando ya grande y libre  
 Amar la libertad pudiste en calma,  
 Y empapada mostrar la santa oliva  
 Con tu sangre y las lágrimas de tu alma.  
 Por eso hoy bajo tu techo agosto  
 Convocas á los nobles lidiadores  
 Del trabajo, y en prueba de victoria,  
 Les muestras ese sol, el fulgurante  
 Broche de luz de tu laurel de gloria.  
 Sé bendita entre todas las naciones,  
 Porque supiste consagrar tu vida  
 A tan heróico empeño.

.....  
 ¡Oh! pobre pátria mártir, ¿será nunca  
 Realidad este sueño?  
 ¡Prefieres, pátria mia, á este futuro  
 A merced de otro pueblo comprenderte;  
 Prefieres ir por tu sendero oscuro,  
 Pálida desposada de la muerte!  
 ¿Por qué fuera de aquí tus hijos cambian  
 Su alegría en amargo desconsuelo?  
 ¿Será ésta acaso la postrer sonrisa  
 Que te reserva el cielo?  
 Quizá. Porque coronan  
 En lugar del vapor, tus altos montes  
 Nubes impuras que presagian duelo,  
 El trabajo y la paz huyen tu suelo,  
 Se enlutan tus calientes horizontes.

Vas á gastar la sávia de tu vida  
 En pos de una quimera  
 ¡Pobre nacion suicida!  
 ¿Qué no es la libertad un sueño impio  
 Que pone miedo en el honrado pecho,  
 Cuando sólo se pide al poderio  
 De la fuerza brutal sobre el derecho?  
 Yo ante ti me arrodillo, patria mia,  
 En esta hora de recuerdos, santa,  
 No quiero oír tu grito de agonía,  
 A estos tus hijos hasta ti levanta.  
 El trabajo y la paz son su bandera.  
 En pueblos que trabajan con fé austera  
 Ni esclavos hay, ni nunca habrá tiranos.  
 Haz que salude el mundo reverente  
 La corona de espigas en tu frente  
 Y el timon del arado entre tus manos.  
 Oye mi voz, no es sólo el triste canto  
 Del poeta que siempre te bendijo;  
 En el fondo del himno se halla el llanto  
 Que vierte ¡oh patria! el corazon del hijo.

EN LA INAUGURACION  
 DE LOS CURSOS ORALES DEL COLEGIO DE ABOGADOS

¿A qué Dios levantais estos altares?  
 ¿Y por qué con fragmentos seculares  
 Haceis un nuevo templo entre ruinas?  
 ¿El derecho? Es un nombre del pasado;  
 Esqueleto grandioso sepultado  
 En el polvo imperial de las Colinas.

¿Por acaso, vosotros  
 Vivis de espaldas á la luz? ¿Ignora  
 La nueva ciencia vuestra antigua calma?  
 ¿No visteis disiparse en una hora  
 Esas sombras que huyeron de la aurora,  
 Dios, el deber, la libertad y el alma?

No nos hableis ya más del triste día  
 En que por esas voces sin sentido  
 El hombre en el patíbulo moría;  
 No evoqueis esas épocas distantes

En que sobre los siglos descollaban  
 Las cabezas de algunos delirantes.  
 El sábio ha sorprendido,  
 Recordando aquel tiempo funerario,  
 El nérvio que vibrando ha producido  
 Los momentos supremos del Calvario.  
 Y tambien encontró la ciencia austera  
 La enfermedad que iluminó la historia  
 De Juana D'Arc, con la inmortal hoguera;  
 Hoy brilla el día de la humana gloria:  
 Los espectros pasaron para siempre;  
 Los sueños de Platon, los que por coro  
 Del mar tuvieron el perenne grito,  
 Son un celda de oro  
 Perdido en el azul del infinito.

¿Por qué habláis de derecho? Alzad la frente:  
 ¿Veis esa espuma blanca en el espacio?  
 Cada átomo es un sol incandescente,  
 Un mundo es cada chispa de topacio...  
 Bajad la vista... A vuestros piés reposa  
 En las húmedas yerbas palpitantes  
 La flor que al cielo muestra ruborosa  
 Su tocado de trémulos diamantes.

Ese sol y esa gota de rocío  
 Dos moléculas son del universo,  
 Sujetas ámbas á la ley suprema  
 Que el movimiento de los seres fragua,  
 Y que engasta en su espléndida diadema  
 Al sol de fuego y á la gota de agua.  
 Esa ley es la fuerza. ¿Por qué el hombre,

De la escala eternal grada mezquina,  
 Una excepcion seria? Fuerza eterna,  
 Inmutable, inconsciente, di, ¿qué nombre  
 Te ha dado el sér humano que adivina  
 Tu accion en su cerebro? Te ha llamado  
 Libertad. ¿Libertad? Mirad en torno.

Del calor, de la luz que el sol derrama  
 Nacen las fuerzas que la piedra encierra,  
 Bebe en ellas la vida intensa llama,  
 Una faz de la vida de la tierra  
 Es el hombre. La luz que del sol toma  
 El planeta al cruzar el firmamento,  
 En el lirio gentil se llama aroma,  
 Y en el hombre se llama pensamiento.

La luz, hé ahí el creador, su fulgurante  
 Movimiento produce el génio, nada  
 Huye de su mirada centellante;  
 Lloro en el drama, rie en el idilio;  
 Ese destello lúgubre es el Dante,  
 Ese rayo purísimo es Virgilio.

Todo es fatal y necesario. El templo  
 Cerrad, pues; no hay un dios para estas aras.  
 ¿Qué fé, qué fuerza interna aquí os retiene?  
 ¿Qué verdad superior su sello imprime  
 En vuestra estéril ciencia?  
 ¿No veis que todo en la creacion oprime?

¡No! Sentimos alzarse en lo profundo  
 De nuestro sér un dios que no se nombra,

Pero que eternamente alumbrá al mundo  
 Con la luz que jamás produce sombra;  
 Es el testigo austero del misterio  
 De nuestra vida, el que á la ciencia humana  
 Arrancó de su inmenso cautiverio.  
 El hizo del derecho una creencia;  
 Sol del mundo moral de quien emana  
 Una protesta eterna: la conciencia.

Hé ahí el divino origen de la idea  
 A cuyo noble estudio haceis propicio  
 Este modesto templo,  
 Do se llega á saber que el sacrificio  
 Es algo más que un hecho, es un ejemplo.  
 Por eso aquí se rinde  
 A la persona humana un culto santo;  
 Al hombre, al ser que á su conciencia debe  
 En la escala inmortal ir ascendiendo,  
 Y haber tenido en su penosa vía  
 La sonrisa de Sócrates muriendo,  
 Y el sollozo de Cristo en la agonía.

Al hombre que no sólo ha descubierto  
 La vida entre los soles derramada,  
 Y que en su corazón el eco siente  
 De la creación entera que palpita  
 Al par del ritmo de su sangre ardiente;  
 Sino que supo con supremo aliento  
 Acallar los embates furibundos  
 De la pasión, y hallar, con noble calma,  
 A Dios, en la conciencia de los mundos,  
 Y en su conciencia el alma.

Comenzad vuestra obra;  
 El libro del derecho abrid serenos,  
 En sus páginas puras, fuente inmensa  
 De razón y verdad tendrán los buenos;  
 Comenzad vuestra obra, en ella impere  
 Esta fórmula angusta que condensa  
 El trabajo inmortal que el mundo inicia,  
 ¡Oh, libertad! bajo tu santo nombre:  
 — Ni hay otra religión que la justicia,  
 Ni hay otro rey que el hombre.

1875.

## A ADELAIDA RISTORI

Ante un rey nada más dobla la frente  
 El pueblo que hoy vuestra partida llora;  
 Ese rey es el *Genio*,  
 Es el *Genio*, sois vos, ¡noble señora!  
 El *Genio*, el Dios que con su soplo crea,  
 Y en el molde de mármol esquiliano  
 Arroja, hirviendo aún, la humana idea,  
 Sois vos. Lo dice la incansable fama;  
 Avasallado el corazón lo dice;  
 El himno de la tierra lo proclama;  
 Y el poeta que atónito os admira,  
 Hace con solo vuestro nombre augusto,  
 Un poema de amores en su lira.  
 Miguel-Angel del drama, vuestro acento  
 Es la forma escultórica que toma  
 En el templo del arte el pensamiento;  
 El verbo del poeta

Que en la región de lo impalpable anida  
 Se encarna en vos; vuestro divino aliento  
 Arranca de los limbos de la vida,  
 Un mundo de pasión y sentimiento.

Decidme las palabras del conjuro  
 Con que evocais las almas:  
 ¿En qué cielo, señora, en qué antro oscuro  
 Habeis vuestros secretos aprendido?  
 Al abordar la noche de la tumba,  
 Ante el misterio horrible,  
 ¿No os sentís vacilante?  
 ¿No escucháis moribunda, como el Dante,  
 El grito de dolor de lo invisible?  
 ¿Por qué os oyen despiertos,  
 Los que en la eternidad dormir parecen?  
 Porque si vuestra voz llama á los muertos,  
 Los muertos, ¡oh terror! os obedecen...

Habeis sido la maga que ha logrado,  
 En escenas triunfales,  
 Fascinar nuestra mente en el proscenio  
 Con un grupo de sombras inmortales.  
 ¿De sombras? ¡No! De realidades vivas,  
 Que de la historia arranca vuestro genio.  
 ¿No era verdad el lúgubre delirio  
 De la loca sublime? El hondo duelo  
 De la infeliz mujer, que, como madre,  
 No como reina, coronára el cielo?  
 ¿No era verdad el bíblico entusiasmo  
 De la heroica Judit? ¿La pasión fría  
 De Isabel? ¿El amor bañado en lágrimas

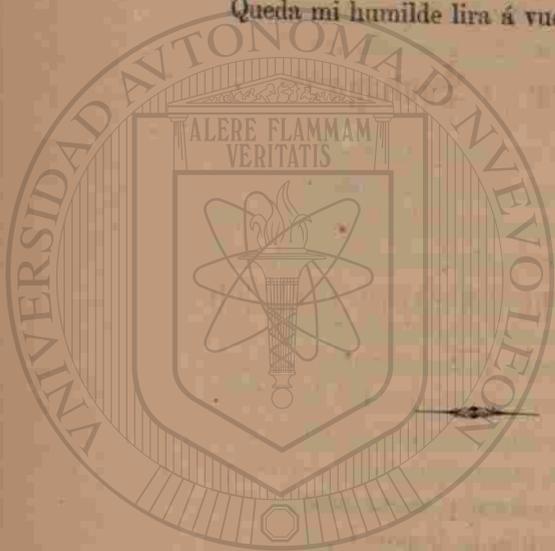
De Sor Teresa? ¿El odio de Maria,  
 Su pasión y su muerte? ¿No era cierto  
 De Tisbe el fuego? ¿el llanto sobrehumano  
 De Lucrecia? ¿Vosotros no mirásteis  
 De Lady Macbeth la sangrienta mano?  
 Y al mirar esa mano, ¿no temblásteis?

Mas la gótica flecha no limita  
 Vuestro arrogante vuelo,  
 Y os deteneis, ceñida de fulgores,  
 En el país que iluminó sus flores  
 Con la eterna sonrisa de su cielo;  
 En la divina Grecia, en aquel suelo  
 Do el arte humano obtuvo tal victoria,  
 Que con sus restos solos, el nuevo arte  
 Un templo inmenso levantó á la gloria.  
 Flor de ese clima sois; el tibio alicio,  
 Que riza la ola de la mar Egea  
 Las estatuas de Fidias recordando,  
 Besa el trágico *peplum* de Medea;  
 Y la rosa, magnífico tesoro,  
 Que guarda Himeto en búcaros de piedra,  
 Trémula tiende su corola de oro  
 Bajo la angusta *Chémide* de Fedra.  
 ¡Ah! sí; nos revelásteis la amorosa  
 Tierra de luz, de encanto y de alegría...  
 Urna sois de alabastro, que rebosa  
 En inefable miel de poesía.  
 En la historia del arte  
 No tenéis ascendientes;  
 El sol de amor que os da su lumbré clara,  
 Nunca dió al teatro su inmortal prestigio;

La última diosa sois; es vuestra ara  
 Del tiempo griego el postrimer vestigio.  
 Quien quiera conocer vuestros abuelos,  
 Que busque en el pasado,  
 El olimpico polvo de los cielos  
 En los campos helénicos regado.  
 ¿Mas quién encontrará la que os iguale,  
 En el arte divino  
 De expresar las angustias de la vida,  
 Ante el problema oscuro del destino?  
 ¿Quién expresar podrá de las pasiones  
 El sagrado furor? ¿Quién de la madre  
 La exclamacion suprema,  
 Que deja al que oye de temores yerto,  
 Y es como el grito de leona herida  
 Que se escucha en las noches del desierto?  
 El bien y el mal interpretáis, señora,  
 Cruzáis el cielo por ignota senda  
 Con arreos de muerte ó régias galas,  
 Como el querube de la inmortal leyenda  
 Que suspendiendo el vuelo en Occidente,  
 Baña en la sombra las inmensas alas,  
 Y en el fulgor de Dios iergue la frente.

Fulgores, triunfos, láuros y emociones,  
 Todo parte con ella; nuestra escena  
 Semejará la noche en el vacío;  
 Sin Dios el ara, al templo queda solo,  
 ¡Ay! el silencio del sepulcro frio.  
 Habéis hecho de Anáhuac la conquista;  
 De hoy en más, seguirán los corazones  
 La triunfal odisea de la artista;

México un himno á la inmortal entona:  
 — « Los votos de mi amor contigo tienes, » —  
 Dice así el pueblo con palabras santas;  
 Y mientras él corona vuestras sienas,  
 Queda mi humilde lira á vuestras plantas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sierra (Santiago)

FRAGMENTO DE UN CANTO A MÉXICO

Tú, México adorada, casta diosa,  
 Del porvenir brillante desposada,  
 Asciende al sólio de la paz, que en ella  
 Espejo encuentre tu mirar de estrella,  
 Madre amorosa, tu alma contristada;  
 Florezcan bajo el trono de tu altura  
 La labor que en dorada mies se espiga  
 Y *Agave*<sup>(1)</sup> nectarífero procura;  
 Formen á tu esplendor régia corona  
 Cuántas del campo pródigo ornamento  
 Riquezas dá tu predilecta zona;  
 Tienda el penacho al viento

(1) *Agave*: planta conocida con el nombre de *maguey*. Produce el *pulque*, especie de licor que tiene gran consumo en México.

El enhiesto maíz; no se encarcelen  
 Los varios tintes que tu brisa orea,  
 Y en púrpura y azul, la luz febea  
 Recogida en sus tímpanos revelen;  
 Pueblo el desierto el cactus, que se erige  
 En duras pencas que al Agosto libra,  
 Y ni amor ni vigilia al maya exige  
 Ni rinde parco la flexible fibra;  
 Blanqueen como sábanas de nieve  
 Tus bosques de algodón; los cafetales  
 Tiemblen del sol al beso; audaz se eleve  
 Del lago entre los diáfanos cristales  
 El prolífico arroz; y de tu manto,  
 Que en sombra de cariño al suelo dure,  
 Crezca al amparo santo  
 La oliva bienhe hora  
 Que el laurel á tus plantas trasfigure;  
 Barrera no halle quien tu seno explora  
 Del metal que entre rocas se guarece  
 Por hallar el filon que avaro adora;  
 Del Océano que á tu linde crece  
 Y en su caricia mórbida te estrecha,  
 Sin miedo al turbión, eco del caos,  
 Corten la espuma en resonante brecha  
 Tus aligeras naos;  
 Abra sus templos la fábril industria  
 Y torne al ocio en incansable obrero,  
 La atmósfera se empañe  
 Al soplo del vapor que ruga fiero,  
 Convierte al rayo en fácil mensajero,  
 Y el alma tierna bañe  
 Tu juventud de ciencia en el venero;

Sobre del ancho foro  
 Iérgase altivo el Parthenon; el arte  
 Con pincel y buril te immortalice,  
 Brille el sol en tu mágico estandarte  
 Y la gloria en tu cielo se eternice.

1877.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Silva (Agapito)

Á LA MEMORIA

DEL MALOGRADO POETA MANUEL ACUÑA

¡Y eras tú nuestro amigo! Tú el hermano  
En cuyo pensamiento se abrigaba  
La inspiración del genio americano;

¡Y eras tú el pensador! Tú el que soñaba  
La luz y los perfumes de otra vida,  
Porque esta ingrata vida te cansaba;

Tú el que llorando por la fé perdida  
De un corazón para la dicha muerto,  
Pensó en darnos la eterna despedida;

Tú el que mirando un porvenir incierto,  
Buscaste triste, en tu dolor profundo,  
La hermosa luz de suspirado puerto.

¿Qué fué de tí? ¿La sociedad y el mundo  
 Qué hicieron de tus sueños seductores  
 Al contemplarte sólo y moribundo?

La sociedad despedazar tus flores,  
 El mundo presentarte un imposible,  
 Sin tener compasion de tus dolores...

Y en medio de ese afan fiero y terrible  
 En que sucumbe el sér que no ha gozado  
 La calma de un destino bonancible.

Dirigiste la vista á tu pasado  
 Y no encontraste entre sus sombras, una  
 Que te hablára del nido abandonado.

Del nido aquel do quiso la fortuna  
 Concederte la dicha soberana  
 De abrir los ojos para ver tu cana;

Del nido aquel donde tu madre ufana  
 Esperaba tus besos y tús flores  
 En la primera luz de la mañana.

Y luego combatiendo los rigores  
 Del contrario destino, proseguiste  
 Buscando de otro cielo los fulgores;

Mas solo engaños y perfidias viste,  
 Pues fueron para tí, mártir querido,  
 Triste el pasado y el presente triste.

Entónces, ¡ay! á tu dolor rendido,  
 Víctima de la misera impotencia  
 Y en el infierno de la duda hundido,

Sucumbiste, por fin, y la existencia,  
 Luz que al impulso de los sueños arde,  
 Te negó sus fulgores y su esencia.

Y sin hacer de tu infortunio alarde  
 Nos dejaste la eterna despedida  
 En el postrer suspiro de la tarde....

Cruel fué tu pesar... honda la herida  
 Que abrieron en tu alma los dolores  
 Que nos ofrece la implacable vida.

¡Que amarga la ilusion de tus amores!  
 ¡Esa ilusion que el pensamiento alcanza  
 En un mundo de estrellas y de flores!

Caiste del vergel de la esperanza,  
 Y al bajar á la tumba, indiferente,  
 Apareció brillante en lotanza

El astro de la gloria refulgente;  
 Astros cuyos fulgores se encendieron  
 Para alumbrar los láuros de tu frente.

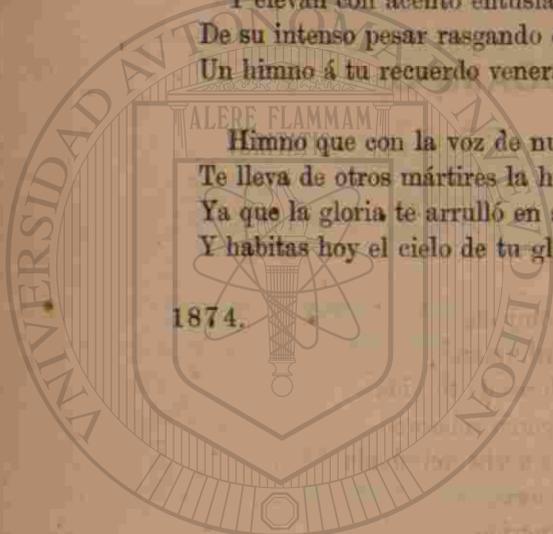
Tus blancas ilusiones se perdieron  
 Del desengaño en la region oscura;  
 Pero aquellos que tanto te quisieron

Guardan llenos de amor y de ternura,  
Del pensamiento en el altar sagrado,  
La historia de tu amarga desventura;

Y elevan con acento entusiasmado,  
De su intenso pesar rasgando el velo,  
Un himno á tu recuerdo venerado,

Himno que con la voz de nuestro duelo  
Te lleva de otros mártires la historia,  
Ya que la gloria te arrulló en su cielo  
Y habitas hoy el cielo de tu gloria!

1874.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A OCAMPO <sup>(1)</sup>

Si la mano homicida  
De un déspota inhumano,  
Despedazó las flores de tu vida  
Por eclipsar tu génio soberano,  
Y envolver en la noche del olvido  
La sublime memoria  
De tu nombre querido,  
Esa mano maldita,  
Nunca pudo borrar de nuestra historia  
La página bendita  
Que guarda los destellos de tu gloria.

En alas del renombre,  
Tu nombre conocí desde muy niño,  
Y desde entónces coloqué tu nombre  
En el mágico altar de mi cariño;  
Y desde entónces aprendí á quererte,

(1) Ocampo, defensor y propagador de las leyes de Reforma, murió á manos de los enemigos de la Constitución.

Y aprendí desde entónces en la historia,  
Que del calvario en que te dieron muerte  
Surgió brillante el astro de tu gloria.

Filósofo profundo  
Y apóstol incansable del progreso,  
Con tu palabra conmoviste al mundo  
Y con ella venciste al retroceso,  
Cuando luchando por la patria mia,  
Patria cuyo adelanto fue tu norma,  
Sentiste ¡oh mártir! que en tu pecho arda  
La inquebrantable fé de la Reforma.

Filántropo sincero,  
Pura brilla la luz de tu conciencia,  
Porque fuiste el primero  
En tender una mano á la indigencia;  
Y patriota constante,  
Patriota á cuya voz el fanatismo  
Escondió la mirada repugnante,  
Recibes, como premio á tus virtudes,  
Un cadalso terrible en que perdonas  
A esa turba inmoral, que en su delirio,  
Te dió, con la corona del martirio,  
La corona mejor de las coronas.

Y sucumbes... y el despota inhumano  
Que dictó tu sentencia  
Hollando los deberes del hermano,  
Se goza en la dolencia  
Del pueblo mexicano;  
Pero, entónces, la historia

Al recibir los rayos de tu gloria,  
Te consagra una página de bronce  
Para hacer duradera tu memoria;  
Y cada corazón te eleva un templo,  
Y cada lira te consagra un canto,  
Mientras siguen tu ejemplo  
Otros géneos que luchan á porfía  
Por derrocar á la traición impía,  
Y que logran ornar de frescos láuros  
La noble frente de la patria mia.

Estás vengado ya, mártir querido,  
Porque la patria que encendió tu anhelo  
Mira hoy brillar en su tranquilo cielo  
El iris de la paz apetecido;  
Estás vengado, porque aquella turba  
Funesta y corrompida,  
Que en su demencia pretendió perderte,  
Hundiéndote en la noche de la muerte  
Te abrió las puertas de la nueva vida.

Mártir, adios, como único tributo  
De la suprema gratitud que inspira  
Tu recuerdo bendito,  
Vine á ofrecerte en alas de mi anhelo  
Un canto que se eleva hasta tu cielo  
Ráudo cruzando el ámbito infinito.

Mártir, adios, no temas que en la noche  
Tan negra del olvido,  
Se pierda tu memoria,

Ni que empañe los timbres de tu gloria  
 El torpe retroceso,  
 Pues mientras viva el génio de la historia  
 En tu sepulcro llorará el Progreso!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

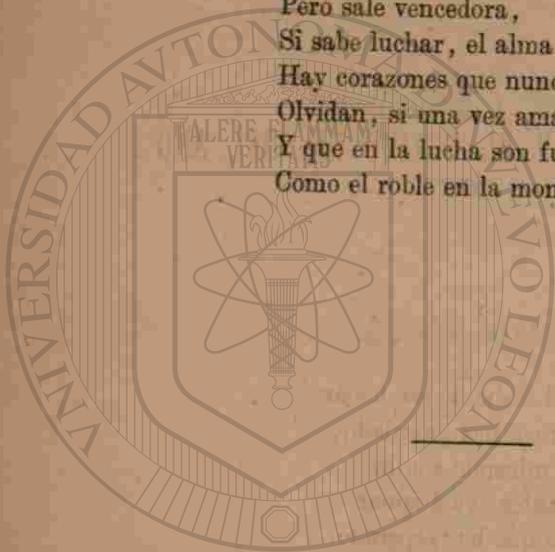
Sosa (Francisco)

ROMANCE

No temas, hermosa mía;  
 Se troncha la débil planta  
 A los primeros embates  
 Del viento de la montaña;  
 Mas el roble corpulento  
 Que da sombra con sus ramas,  
 En donde cuelgan sus nidos  
 Las aves enamoradas,  
 Desafía las tormentas,  
 Y con su verdor encanta  
 Aun en medio del invierno,  
 Y nunca sus hojas cambia.

No temas, hermosa mía,  
 Si ves nubes agrupadas

De nuestro amor en el cielo,  
 Nuncios de tormenta insana.  
 Rudo combate es la vida  
 Del hombre en la tierra ingrata;  
 Pero sale vencedora,  
 Si sabe luchar, el alma.  
 Hay corazones que nunca  
 Olvidan, si una vez aman,  
 Y que en la lucha son fuertes  
 Como el roble en la montaña.



## À MI MADRE EN EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO

Bajo el techo de ese hogar  
 Cuya pureza has guardado,  
 Te estoy mirando contar  
 Los instantes, va á sonar  
 Una hora que has esperado.

El año muere; mañana  
 Cuando la aurora galana  
 Derrame luz y armonia,  
 Dorará tu frente cana  
 Bello el sol del nuevo día.

En ella no sentirás  
 El beso del hijo ausente,  
 É ingrato le juzgarás,  
 Y en su pensamiento estás,  
 Y tú estás, para él, presente.

Tal vez piensas, madre mía,  
Que en medio de la alegría  
De una fiesta encantadora,  
El hijo que tu alma adora  
Hoy ni un recuerdo te envía.

Pero no; cual tú contando  
Esta los instantes, triste,  
Porque el año está acabando  
Y no oyó tu acento blando  
En él, ni un beso le diste.

Siempre fiel mi corazón  
A sus recuerdos mejores,  
Imploró tu bendición  
En sus horas de ilusión  
Y en medio de sus dolores.

Hoy con desden sin segundo  
Miro los goces del mundo,  
Por que todos son mentira,  
Menos tu afecto profundo  
Por quien mi pecho suspira.

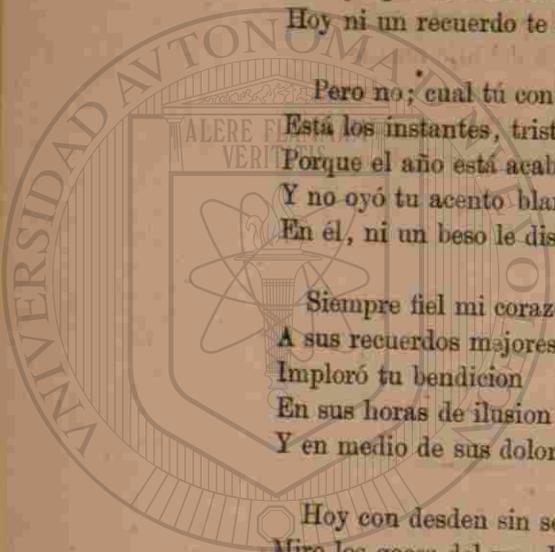
Los desengaños traidores  
Acabaron con mi fé,  
Y marchitaron mis flores,  
Mas al morir los amores  
Intacto el tuyo guardé.

Bien sé que ofrenda mejor  
Jamás pudiera ofrecerte,

Que la virtud y el honor  
Guardados hasta la muerte;  
Te lo juro por tu amor.

Ya no llores, madre mía,  
La ausencia del hijo amado  
Que hoy un recuerdo te envía;  
Lleva él tu virtud por guía,  
Lleva tu honor por dechado.

1875.



UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gelvez (Joaquín)

EN PRESENCIA DEL MAR DE VERACRUZ

¡El mar, el mar! Sus ondas encrespadas  
Estréllanse á mis piés con ronco estruendo:  
La gaviota gentil, se está meciendo  
Encima de las olas agitadas.

Allí se alzan las playas dilatadas,  
El Atlántico airado conteniendo,  
Y el Norte su melena sacudiendo,  
Silba en montes y selvas y cañadas.

Ante este cuadro espléndido, sublime,  
El pensamiento permanece mudo...  
Dios á los mares su grandeza imprime.

Sírvele, mar, á México de escudo  
Contra todo poder que al pueblo oprime,  
Y en terrible vaiven ruge sañudo.

AL NIGROMANTE <sup>(1)</sup>

Todo mal tiene por origen algun error  
 Todo bien emana de una verdad.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

Como en medio del mar, bravo marino,  
 Al retumbar sobre su frente el trueno,  
 La planta firme, el ánimo sereno,  
 Combate contra el fiero torbellino;

Y de la ciencia al resplandor divino  
 Del conturbado piélago en el seno,  
 La nave rigé de confianza lleno  
 Y al puerto llega con feliz destino.

Así tú, Nigromante, cuando truena  
 De las pasiones el volcan hirviente,  
 Impertérrito saltas á la arena,

Historiador, filósofo elocuente;  
 Y del mal quebrantando la cadena  
 Propagas la verdad de gente en gente.

(1) Pseudónimo de Ignacio Ramirez, eminente literato y filósofo.

## Crejo (Joaquin)

## DEL LIBRO DE MARIA

La luna, la mensajera  
 De los ecos del cariño,  
 La que colora el armiño  
 De la nube pasajera.

La estrella que tímida arde  
 Con dulce melancolía,  
 Entre el duelo y la alegría,  
 Entre la noche y la tarde.

El eterno suspirar  
 Del arroyo manso y puro,  
 Que corre besando el muro  
 Del que ayer fuera su hogar.

Bandadas de golondrinas  
 Que cantan en los balcones,

De donde penden festones  
De yedras y clavellinas.

Las aves enamoradas  
Que tienden juntas el vuelo,  
Ó que conversan del cielo  
Bajo alegres enramadas.

Todo ese cuadro risueño  
De sombras y de colores,  
De arrullos, áuras y flores,  
Es como imágen de un sueño.

Porque es el cuadro que vi  
Muchas veces á tu lado,  
Porque es el eden soñado  
Que siempre me habla de ti.

Valle (Juan) <sup>(1)</sup>

### EL CREPÚSCULO EN LA PRESA

Á LUCINDA

Silencio, soledad, melancolía  
Reinan do quier: tan sólo la campana,  
La oracion dando en la ciudad lejana,  
Anuncia de la tarde la agonía.

Se extienden en redor fajas de montes  
Que se van elevando allá á lo léjos,  
Y del dia espirante á los reflejos,  
Limitan los distantes horizontes.

(1) El poeta Juan Valle nació en Guanajuato el 4 de Julio de 1838 y falleció en Guadalajara (Estado de Jalisco) en 1894. A los cinco años de edad quedó ciego, y á los doce años huérfano. Hemos escogido esta composicion por el contraste que hace su género melancólicamente descriptivo con la ceguera de su autor.

Rústicas chozas en su falda humean,  
Y sube el humo en blancas espirales,  
Y á través de sus ondas desiguales,  
Los fuegos de la luz entreclarean.

Abajo el ancha Presa está tendida  
Y el azul de los cielos reproduce,  
Inmensa concha que se ostenta y luce  
En su marco de peñas embutida.

Con nubes que lo cercan sonrosadas  
Parte su última luz el sol poniente,  
Cual padre que, al morir, lánguidamente  
Entre sus hijas parte sus miradas.

La luna, en tanto, tras la opuesta loma  
Melancólica y dulce va saliendo,  
Como cuando el placer se va escondiendo,  
Por lado opuesto la esperanza asoma.

Y de la Presa en el espejo blando,  
Sus rayos luna y sol al par retratan,  
Y en el agua se mezclan y dilatan,  
Su reflejo en cada ola transformando.

De mil luceros el zenit se puebla,  
Chispas de plata sobre azul alfombra:  
Ya el sol se ve de ocaso entre la sombra,  
De polvo de oro como leve niebla.

Vencedora la luna al contemplarse,  
Tendiendo en el paisaje su mirada,

Hermosa, negligente y descuidada,  
Del lago en el cristal viene á mirarse.

Las luciérnagas pasan á millares,  
Como estrellas errantes y viajeras,  
Y se esparcen en notas pasajeras  
De la noche los ruidos familiares.

El céfiro nocturno, suspirando,  
Forma en el agua músicos acordes,  
Y las pequeñas olas en los bordes  
Se vienen á estrellar de cuando en cuando.

¡Qué muelle laxitud! ¡qué dulce calma!  
A fuerza de quedar muda y tranquila,  
Lánguida la existencia se aniquila  
En una sensación toda del alma.

¡Qué plácido es estar pensando á solas,  
De noche, en este sitio retirado,  
Y, viviendo en recuerdos del pasado,  
Llorar y suspirar con estas olas!

¡Qué triste y bella está naturaleza  
Con esa agua, esa luna, ese vacío!...  
La tristeza que reina en torno mio,  
Se armoniza muy bien con mi tristeza.

¡Albergue melancólico, tú existes  
De los amantes para eden dichoso!  
Que siempre, por instinto misterioso,  
Va buscando el amor los sitios tristes.

Para grabar en tí nombres y fechas,  
Tienes peñascos, árboles y losas,  
Y románticas grutas silenciosas,  
Para el amor por los amores hechas.

Tienes flores de senos reservados,  
Para dejar entre sus hojas presos  
Hondos suspiros y secretos besos  
Por el amor tan sólo adivinados.

Mas fiero á mí me condenó la suerte  
A vagar sin amor y sin ventura,  
Y el ósculo primero de ternura  
Me lo darán los lábios de la muerte.

Y, si la fecha de mis días bellos  
En tus troncos dejar quiero grabada,  
Suspira y gime el alma contristada,  
¡Ay! yo no tengo que grabar en ellos.

Y por eso tan sólo yo querría  
Morir aquí por única fortuna;  
Y que la luz querida de esa luna  
Fuera la aurora de mi eterno día.

Vigil (José María)

FRAGMENTOS

¡Salve, ciencia divina,  
Faro de la razón, vida del alma,  
Que á la horda peregrina  
Que el desierto atraviesa  
Sin oasis y sin palma,  
Tras de la nube espesa  
Que el huracán levanta,  
A la vista afligida  
Señalas ya la tierra prometida  
A la que alborozada se adelanta!...  
La libertad al cabo  
Rompe el férreo dogal que la garganta  
Oprime del esclavo;  
Sus hogueras el negro fanatismo  
Extingue, y destronado

Huye desesperado  
 A ocultarse en el fondo del abismo.  
 Limpia la luz de la conciencia brilla...  
 Bajo la extensa bóveda del cielo,  
 Cada uno la rodilla  
 Puede doblar en su ferviente anhelo,  
 De su alma soberano,  
 Sin sufrir el azote de un tirano.  
 Hé aquí la obra de Dios... lenta, muy lenta,  
 Mas cual su autor, segura,  
 A mi agitado espíritu presenta  
 En época futura,  
 Y por dicha del hombre, no lejana,  
 La región feracísima do mana  
 En copioso raudal la fuente pura.  
 ¡Ah! puedo ya morir; mis ojos vieron  
 Tu gloria ¡oh Dios! en su esplendor sublime.  
 Si mis sienes hirieron  
 Del dolor las espinas; si me oprime  
 De un despota la mano,  
 Gozo al pensar que tu poder redime  
 De sus cadenas á mi pobre hermano.

Villalon (Juan)

EL CANTO DE NETZAHUALCOYOTL<sup>(1)</sup>

Caducas son las pompas de este mundo  
 Como los verdes sáuces de la fuente  
 Que en este suelo sin rival fecundo  
 Sombra y frescura dan, mas de repente  
 El fuego los devora furibundo,  
 O del hacha al poder rinden la frente,  
 O bien cuando ya añosos languidecen  
 Barridos por el cierzo desaparecen.

La púrpura del trono es cual la rosa  
 Que luce su hermosura por un día,  
 Mientras guarda la sávia sustanciosa  
 El avaro boten, mas luego impía  
 De Tonatiuh<sup>(2)</sup> la llama rigorosa  
 Agesta su belleza y lozania,

(1) Poesía recitada por el emperador de Texcoco en el último banquete que dió para celebrar sus bodas. Traducida del idioma nahuatl.

(2) Tonatiuh, Sol en el idioma nahuatl.

Y cual doliente virgen engañada  
Pierde el color marchita y desolada.

Es muy breve el reinado de las flores  
Como el reinado del humano mismo:  
La que hoy al alba muestra sus primores  
Yace á la tarde en débil parosismo:  
Todo tiene su fin: gloria y honores  
Ruedan con el mortal hasta el abismo;  
Es un inmenso panteon la tierra  
Que cuanto alimentó piadosa encierra.

Los rios, los arroyos y las fuentes  
Corriendo van, pero jamás alcanzan  
Volver á do nacieron sus corrientes;  
Y corren más, y mientras más se avanzan  
Más ahondan sus tumbas, y dolientes  
Al mar se arrojan y por fin descansan...  
Tal es el curso de la vida humana,  
Ayer no es hoy, ni hoy será mañana.

Llena la fosa está de tristes restos  
Que ayer de vida y de salud gozando,  
Fueron guerreros, jóvenes apuestos,  
Sábios y nobles con riqueza y mando;  
Mas poder y riqueza y altos puestos  
Al sople fiero del destino infando  
Pasaron como el humo pestilente  
Que el Popocatepec vomita hirviente.

Rasgad las sombras de la cripta hueca  
Y registrad los senos del olvido...

¿Do está Chalchiutlanet el chichimeca?  
Mitl, el cultor de Dioses, ¿do se ha ido?  
De Tolpiltzin el último Tolteca  
Y la hermosa Xiuitzal, decid, ¿qué ha sido?  
¿Dónde Xolotl está, rey fortunado?  
¿Do Ixtlilxochitl, mi padre desdichado?

¡Ah! nécio afan, inútil diligencia:  
¿Quién más sabrá que Él, que sabe todo?  
Del lodo les sacó su omnipotencia,  
Y yacen confundidos con el lodo.  
Tal suerte correrá nuestra existencia,  
Y nuestros nietos ¡ay! no de otro modo,  
Despues de haber rendido la jornada,  
Serán tambien el polvo de la nada.

Aspiremos, oh, nobles texcucanos,  
A la vida inmortal del alto cielo:  
La materia perece entre gusanos,  
Pero el alma hácia Dios levanta el vuelo:  
Del Eterno en los campos soberanos  
Todo es gloria y amor, paz y consuelo,  
Y esos astros que tanto nos deslumbran  
Lámparas son que su palacio alumbran.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Zacate (Eduardo E.)

AUSENCIA

I  
 ¡Qué tristes brillan los astros,  
 Qué tristes corren las aguas,  
 Qué tristes aves y flores,  
 Qué triste siento mi alma!  
 En el cáliz de mi llanto  
 Está mi pluma empapada,  
 No es raro, pues, si al correr  
 Sobre este papel, derrama  
 Suspiros en vez de letras  
 Y ayes en vez de palabras...  
 Hay unos ojos muy bellos  
 (Mi dicha ahí se retrata)  
 Más no han de alumbrarme ahora  
 Con la luz de su mirada;

Hay una boca muy linda  
 (Muriera yo por besarla)  
 Más no veré hoy la sonrisa  
 De que hacen sus lábios gala;  
 Hay una virgen muy pura  
 (¡Cuánto el corazón la ama!)  
 Más hoy ya no podré verla,  
 Que está lejos mi adorada.

Existe en mi pecho ardiente  
 Un amor santo y sin mancha,  
 Como un giron de los cielos  
 Guardado dentro del alma;  
 Pero así como el espacio,  
 Si en nubes de rosa y gualda  
 Hunde el sol su roja frente  
 Y su postrer rayo lanza,  
 Se viste de negras sombras,  
 Símbolo de las desgracias,  
 Así la fulgente estrella  
 Que mi vida iluminaba,  
 Se alejó, y en torno mío  
 Densas brumas se levantan.

## II

Ora tal vez entre risas  
 Gozarás de mi olvidada,  
 Mientras el mal de la ausencia  
 Mi corazón despedaza.  
 A veces pienso, ángel mío,

Que tiendes tus niveas alas  
 Y elevas tu ráudo vuelo  
 A tu azul, celeste patria;  
 Por eso lloro tu ausencia;  
 Por eso odio la distancia,  
 Pues temo, al dejar de verte,  
 Que para siempre te vayas,  
 Y temo al no verte hoy  
 Por siempre, exclamar mañana:  
 ¡Adios, mi dulce paloma!  
 ¡Adios, mi niña adorada!

## III

Limitando el horizonte  
 El Océano se dilata,  
 Y sus resonantes olas  
 Dejan al besar la playa  
 Tendida sobre la arena  
 De espuma una alfombra blanca;  
 Otro mar es mi existencia  
 Más no hay en él linfa clara,  
 Sus ondas son de tristeza  
 Y es su espuma bien amarga...  
 Entre suspiros y quejas  
 Bien dicen los que proclaman  
 Que á corazones amantes  
 Los males de ausencia matan;  
 Que á ser muy larga la nuestra  
 El mío á ver no llegará  
 La vuelta de sus delicias

Y el término de sus ansias;  
 Es para el que ama, la ausencia,  
 Lo que el invierno á las plantas:  
 La nieve de los pesares  
 Todas las flores acaba,  
 Y el cierzo del infortunio  
 Todas las hojas arranca.

Qué triste alumbra la luna,  
 Qué triste del sol la llama,  
 Qué tristes cielos y tierra,  
 Qué triste, qué triste el alma!

## MI PRIMERA CANA

Á MARÍA

Entre el negro cabello de mi frente  
 Ha brotado una cana, te la envío;  
 Piensa al guardarla tú, que ese presente  
 Símbolo es del pensamiento mio.

Dicen que siempre que las canas brotan,  
 Cuando no es al influjo de los años,  
 Es porque al hombre con su soplo azotan  
 Cual récia tempestad los desengaños.

Y dícese también que á la manera  
 Con que el alto volcan que haciendo alarde  
 De la nieve que muestranos por fuera  
 La lumbre esconde que en su seno arde.

Siempre que enciende en abrasante llama  
 Con inmenso teson el pensamiento,  
 Cual hojas secas en la verde rama,  
 En las sienas que forman el asiento.

De juvenil guirnalda y olorosa  
 Los plateados cabellos van brotando,  
 El lirio azul y la purpúrea rosa  
 Con sus nevadas hebras esmaltando.

Así, aunque es raro que una cana venga  
 En mis floridos años, no te asombre,  
 Que algo de la vejez el jóven tenga,  
 Si el niño tuvo ya mucho del hombre.

Mas lo que ignoro yo, es qué ha venido  
 A demostrar ese cabello cano:  
 Si la vida del alma, tarde ha sido,  
 Si la vida del cuerpo, fué temprano.

É ignoro la pasión que lo engendrára,  
 Pues no puedo pensar sin extrañeza,  
 Que si el amor con canas se mostrára  
 Ya debiera estar blanca mi cabeza...

Yo sólo sé que al ver ante mis ojos  
 Ese hilo de plata suspendido,  
 Pensé que acaso con tus labios rojos  
 Lo pudiera sentir humedecido.

Y temblando, temblando cual la palma  
 Mecida por la brisa dulcemente,  
 Sentí que se elevaba de mi alma  
 El ánsia de tus besos en mi frente.

Y te quise mandar ese cabello  
 Por si el capricho de besarle tienes,

Que si á grabar llegáras igual sello  
 En los que en esa vez cubran mis sienes.

Alumbrados por luz color de aurora,  
 Aunque los muestre blancos el espejo,  
 Yo los creeré tan negros como ahora  
 Que comienzo á pensar que he de ser viejo.

1877.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Zaragoza (Antonio)

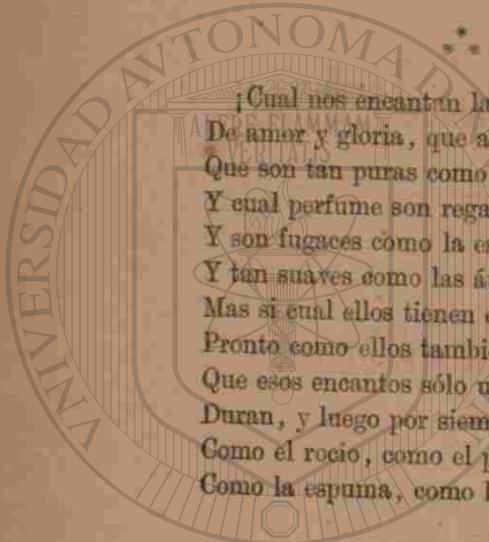
ARMONIAS

Cuando en la triste pradera  
Las flores místicas estan,  
Y muere la primavera,  
Las golondrinas se van.

Otra vez el campo adornan  
De primavera las galas,  
Y las golondrinas tornan  
Dichas trayendo en sus alas.

Cuando dejan las pasiones  
En el pecho sólo espinas,  
Del alma las ilusiones  
Se van cual las golondrinas.

Y en vano la antigua calma  
 Anhelamos con afán;  
 Las golondrinas del alma  
 Nunca, nunca volverán.



¡Cual nos encantan las ilusiones  
 De amor y gloria, que abriga el alma,  
 Que son tan puras como el rocío,  
 Y cual perfume son regaladas,  
 Y son fugaces como la espuma,  
 Y tan suaves como las áuras!  
 Mas si cual ellos tienen encantos,  
 Pronto como ellos también acaban,  
 Que esos encantos sólo un momento  
 Duran, y luego por siempre pasan,  
 Como el rocío, como el perfume,  
 Como la espuma, como las áuras.

Layas Enriquez (Rafael)

### PRIMAVERALES

¿Sabes tú que es el amor,  
 El amor puro ideal?  
 Es ala que dió al mortal  
 En su clemencia el Señor;  
 Es el placer del dolor,  
 Es el dolor del placer,  
 Es el hombre y la mujer  
 Que, uniendo sus corazones,  
 Tienen mltíttas sensaciones  
 De gozo y de padecer.

Dos almas que están unidas  
 Como la flor con las ramas;  
 Es su símbolo dos llamas

En una sola fundidas;  
 Vibraciones confundidas  
 En un acorde sonido,  
 Rayo puro desprendido  
 De la áurea frente febea,  
*En dos mentes una idea,*  
*En dos pechos un latido.*

Lirio que entreabre su broche,  
 Luz pura al amanecer,  
 Arpa que entona un preludio,  
 Fuiste ayer.

Lirio cuyo aroma embriaga,  
 Rayo brillante de sol,  
 Arpa que sublime vibra,  
 Eres hoy.

Flor que agostada se inclina,  
 Lámpara apagada ya,  
 Arpa sin cuerdas, mañana  
 Tú serás.

Ayer tuviste una madre,  
 Hoy amantes tienes mil,  
 Mañana tendrás, señora,  
 Solo á mí.

Ver el sol de la tarde en el crepúsculo  
 Hundiéndose en el mar,  
 Mientras las brisas en eólica harpa  
 Se escuchan susurrar;

Sintiendo ya vacío mi cerebro  
 Y seco el corazón;  
 Sintiendo la embriaguez de lo infinito  
 Que ofusca la razón;

Viendo al sueño sus alas agitando,  
 Y á la noche surgir,  
 Sin recuerdos, sin ansias ni pesares,  
 Así quiero morir.

Cae una estrella del cielo  
 Y en el espacio se apaga;  
 Así ya cayeron todas  
 Las del cielo de mi alma.

Mas cada estrella de lo alto  
 Trae al mundo una esperanza,  
 Y las del alma, si caen,  
 Una ilusión nos arrancan.

Hallé triste el aposento,  
 Reinaba una luz sombría;  
 A la habitual alegría

La sombra del sufrimiento  
Allí reemplazado habia.

El abuelo silencioso  
A la cuna me llevó  
Con ademán doloroso;  
Y en el funebre reposo  
A la nieta me mostró.

Al mirarle acongojado,  
Alcé una plegaria á Dios,  
Y el amigo desdichado  
Me abrazó, desesperado,  
Y así lloramos los dos.

Largo tiempo así estuvimos  
Llorando el perdido bien,  
Y aunque nada nos dijimos,  
Nuestras penas comprendimos...  
¡Yo tengo un hijo también!

CARTAS CRÍTICAS

SOBRE

LA LIRA MEXICANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La sombra del sufrimiento  
Allí reemplazado habia.

El abuelo silencioso  
A la cuna me llevó  
Con ademán doloroso;  
Y en el funebre reposo  
A la nieta me mostró.

Al mirarle acongojado,  
Alcé una plegaria á Dios,  
Y el amigo desdichado  
Me abrazó, desesperado,  
Y así lloramos los dos.

Largo tiempo así estuvimos  
Llorando el perdido bien,  
Y aunque nada nos dijimos,  
Nuestras penas comprendimos...  
¡Yo tengo un hijo también!

CARTAS CRÍTICAS

SOBRE

LA LIRA MEXICANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid 11 de Junio de 1979.

**AMIGO PEZA :** Entre las mayores contrariedades y tristezas de mi vida, cuento la imposibilidad absoluta en que me hallo de escribir un prólogo al bello libro por usted compuesto, en cuyas páginas resuena el coro inmortal de los poetas mejicanos halagando nuestros oídos con sus cánticos, nuestro corazón con sus sentimientos y hasta nuestra vanidad nacional con el cultivo y el ejercicio de la lengua madre, que confunde las almas de las dos grandes Españas, de la antigua y de la nueva, en una sola alma.

Trabajos de mayor necesidad impuestos por el movimiento de los sucesos políticos y venidos á la misma hora que su libro reclamando el empleo de todos mis días, desposeyéndome de tiempo, han privado á mi voluntad del cumplimiento de este empeño tan grato para quien consagró una vida entera, sin darse punto de reposo, á unir por medio de las ideas las dos familias de nuestra ilustre raza esparcidas en los dos continentes más luminosos y más libres de nuestro hermosísimo planeta.

Mas no desmayeis por esto. Hechos más bien que palabras muestran cómo España guarda amor al Méjico republicano y libre creado por las revoluciones modernas, y unido á su antigua metrópoli con lazos morales tan estrechos y más duraderos que los lazos materiales y políticos. En la ocasión más triste de vuestra historia, cuando la dictadura bonapartista, no contenta con haber asesinado la República en Francia, intentó asesinarla en América también, contando con la complicidad de toda la Europa imperial y monárquica, nuestra patria, personificada en uno de sus ilustres capitanes, desbarató con su impulso

generoso aquella monstruosa intriga y escribió la primera letra de la viril protesta, coronada por vuestra libertad y vuestra independencia.

Después, en aquellos días en que los cortesanos del poder y de la fortuna, que tanto abundan, por desgracia, en las cortes de los monarcas europeos, intentaron hacer de Méjico un pueblo apestado y reducirlo á un aislamiento eterno, España reconoció vuestro gobierno y sancionó diplomáticamente vuestra autonomía.

A estas muestras de amor habeis correspondido comprendiendo y mostrando que el triunfo de la insurreccion cubana, si por acaso hubiera logrado separar de nuestras banderas las Antillas, cederia tan sólo en bien de afortunados rivales que sueñan con un predominio excesivo en América, al cual de consuno se oponen la Naturaleza con sus insuperables vallas y la Historia con sus definitivas sentencias.

Inspirado, pues, por sentimientos de amor á nuestras letras, de las cuales son ya ornamento vuestros mismos versos, habeis presentado esa falange de poetas y esa coleccion de poesias, doblemente plausibles, por ser ellos quienes son y vos quien los presenta. Apenas aplicais el oído á sus estrofas, ya sentis que cantan los dolores y aspiraciones de nuestro tiempo con una gran verdad, y el resplandor de la Naturaleza en el Nuevo Mundo con un gran sentimiento. Nacidos en esa tierra donde todo obedece á la ley de la renovacion universal, así los seres como las instituciones, deben llevar vuestros cantores el título de poetas modernos por excelencia. Se quejan, se duelen, se plañen de las limitaciones de la vida, porque sin dolor no habria jamás arte, pero tienen fe vivísima en la idea que llena todo el Universo, en Dios; y en la idea que caracteriza al hombre, en la libertad. Luego, el espectáculo de la Naturaleza exuberante, el cántico de las selvas vírgenes, el aroma de las enredaderas tendidas sobre los árboles seculares, el hervor de los volcanes entre los ventisqueros, la inmensidad de los desiertos que en grandeza compiten con el Océano, la totalidad, en fin, de vuestra rica vida,

trae á las venas de las artes europeas, un tanto empobrecidas, nueva y más encendida sangre que centuplica la luz espiritual en la inteligencia y el calor material en todo nuestro cuerpo. Nada tan útil como esta relacion y comercio entre nuestras artes, porque los españoles pueden aprender de vosotros la inspiracion original y nativa; mientras que vosotros podeis aprender de los españoles la depuracion necesaria del gusto y la maestria en el uso y empleo de nuestra rica lengua.

De todas suertes, guardad una consoladora conviccion: que habeis contribuido con vuestro libro á despertar el ideal en la mente de nuestra generacion. El ideal es para las almas como las alas para las aves. Mediante él ascienden al cielo de lo infinito y columbran la luz increada, de la cual descienden como destellos las ideas sobre las conciencias: todavía la Historia no ha resuelto si las instituciones superiores, las repúblicas progresivas, los parlamentos libres, las leyes justas y respetadas, los progresos pacíficos y continuos, son una causa ó un resultado. No sabemos si necesitamos dar á los pueblos política progresiva para que se ilustren y se fortalezcan, ó si necesitamos instruirlos y fortalecerlos para que abracen por impulsos propios é íntimos de su voluntad la política progresiva. Sea como quiera, tened por cierto que allí donde la inteligencia crezca, la fantasía brille, la razon madure, el arte prospere, vendrán como en ciertos periodos biológicos de la tierra, organismos superiores, instituciones superiores tambien.

Si derramais mucho éter en los espacios, aparecerá á primera vista como un inmenso cometa, pero luego, á virtud del tiempo y de irradiaciones misteriosas, surgirán mundos y soles, todo un sistema planetario. Pues lo mismo sucede con las ideas; derramad muchas y muy brillantes en la conciencia, y vereis cuan pronto surgen muchas y muy brillantes instituciones en el espacio.

Adios, amigo, os felicito y felicito á vuestra patria por tan importante obra.—Vuestro siempre

EMILIO CASTELAR.

*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

He leído con verdadero interés, mi querido amigo, la colección de poetas contemporáneos que con el título de LA LIRA MEXICANA ha tenido V. la bondad de remitirme.

Sólo hecho de ménos en el libro algunos apuntes biográficos de todos y de cada uno de los autores que la componen, pues el colector debía pensar lo mucho que nos interesa en España la historia de los hijos ilustres de aquella México lejendaria, que siendo hoy la cuna de nuestros hermanos en idioma, es además la antigua escena de la gloria de nuestros antepasados.

Dudo que en ningún país del mundo se pudiese hacer una antología de autores contemporáneos tan escogida y numerosa como LA LIRA MEXICANA.

Pero alguno me preguntará:—¿y todos los poetas contenidos en ella son de primer orden?—A lo cual contestaré, que si no todos son de primer orden, por lo ménos no hay ninguno que no deba figurar en una colección de poetas escogidos. Todos, con más ó ménos merecimientos, son dignos herederos y continuadores de la tradición literaria de Balbuena, Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz, que se han educado ó escrito en la propiamente llamada Nueva España, para ser después el orgullo de la España vieja.

Esta antología está compuesta de una pléyade de escritores en extremo cultos y temperantes, tanto, que parece imposible que sean contemporáneos; de esos prosistas políticos, cuyas filípicas leemos todos los días en los periódicos y que escriben lo mismo, exactamente lo mismo que nosotros los españoles de Europa, pues convirtiendo á los hombres públicos en carne de calumnia, no nos ocupamos para nada en tener buenos gobiernos, sino en tener gobiernos de amigos y paniaguados.

Pero dejando á un lado la política, seguiré diciendo que es un espectáculo que llena de orgullo á los pueblos que hablan el idioma español el ver naciones como México que con tanto patriotismo defienden el castellano más puro contra las invasiones de un pueblo vecino y poderoso que habla la lengua inglesa. ¡Ah, valientes mexicanos! así, así, ayudadnos á ganar en lo porvenir esa batalla étnica que los rusos y los ingleses se preparan á darnos para ver cuál de las tres razas y de las tres lenguas ha de ser la más preponderante en el mundo.

Ruego á V., mi querido Peza, que, haciéndose intérprete de las expresiones de mi admiración y simpatía con nuestros contemporáneos de México, se acuerde alguna vez de nosotros, haciéndonos saber todo lo que se vaya publicando en un país cuyas glorias literarias son más nuestras que suyas, pues á los españoles nos sucede con las producciones de nuestros hermanos de América lo que á la hija de Milton, que leyendo un elogio de su padre, despues de treinta años de la muerte de éste, exclamó entusiasmada:—«Padre mío! si viviérais hoy, ¡con cuánto placer veríais reflejada vuestra gloria en la aegria del rostro de vuestra hija!»

CAMPOAMOR.

Madrid 1.º de Mayo de 1879.

*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

MI QUERIDO POETA:

Muchísimas gracias por tu galante atención al acordarte de mi humilde nombre para el precioso libro donde congregas á tus hermanos cuyos hermosísimos versos yo presentía ya en las aves de mis jardines cordoveses, en la esencia de los jazmines que nacen en mis patios andaluces, en el ardiente sol que despierta todos los días á tantas flores, que decora la frente de tantas montañas y que á mí como á aquellos y á tí como á nosotros nos ha prestado la luz de nuestras estrofas, el calor de nuestros entusiasmos, la vida de nuestras inspiraciones. ¿Qué mejor monumento para nuestra fraternidad futura que el primoroso collar que entreteje tu mano generosa?

Mías como tuyas serán desde hoy las lágrimas de Acuña, las exquisitas filigranas de Cuenca, las nostalgias eternas, los vuelos fantásticos, los majestuosos arrebatos de Flores y los valientes bríos de Altamirano cuya soberana musa parece haber robado sus tintas á la pluma de Andrés Bello, cantor inimitable de las galas de la naturaleza. ®

Como las arpas mudas de nuestro Nuñez de Arce allí languidecían y se quejaban solas las arpas de aquellos vates insignes, tu mano las hace vibrar entre nosotros, por tí resueñan juntas en el libro que les preparas y por el cual á tí y á ellos envía un abrazo fraternal de cariño y de gratitud

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

Madrid 1 de Mayo de 1879.



*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

MI MUY QUERIDO AMIGO:

Méjico, la patria privilegiada por el dedo de Dios con los tesoros de una naturaleza fecunda en dones para aquel suelo, acaba de recibir una prueba más del afecto profundo que le consagran sus hijos en los angustiosos días de esa separación que nos arranca del lugar en que nacimos, con el llanto amarguísimo de los ojos y el dolor punzante de la desesperación en el alma.

Méjico es su patria de usted, mi queridísimo amigo; allí cruzaron los primeros días de su infancia, entre los quiméricos ensueños de un porvenir encantador. Allí ¿pero á que conducir su ánimo tras de las corrientes dolorosas del recuerdo? Existe un anciano noble, generoso, amante de su nacionalidad, y que, según usted dice en sus inspirados versos, lleva en su cabeza

• El polvo del camino de la vida •

Ese anciano es su padre de usted, un pedazo de su alma al que usted adora con locura, como se adora á un padre honrado, como se le adora en el hogar, como se le adora cuando nos separan de su lado las ondas del Océano y la distancia de dos mil leguas.

¡ Ah! mi buen amigo. Yo veo en usted al hijo de la América, con todas las cualidades y todos los caracteres de su peculiar organización. Usted siente en su alma el fuego de los rayos de ese sol ardiente que borda los cielos de su patria, y guarda usted aún en su pecho los últimos fulgores que imprimieron un ósculo en la frente de usted cuando llegó la hora de la partida.

Pero venia usted á España, mi querido amigo, á la patria de la regeneracion del derecho; venia usted á Iberia, la cuna de la regeneracion del lenguaje; venia usted, en fin, á esta nacion hermana de usted, amiga suya del corazon, y en donde la mirada escrutadora del génio, tendiéndose sobre la superficie del *Cosmos*, contempla de un lado el Mediterráneo, como ocupando el centro de los paises civilizados, poblado de risueñas islas, bañando unas costas plantadas de olivos, mirtos y palmeras, y que ante la meditacion del pasado y la revelacion de los sueños, semeja al mar de donde nacieron como silfides entre sus túnicas de gasa, Apolo, las Nereidas y Vénus.

De otra parte observa el Océano, como teatro de las tempestades, rodeado de islas desconocidas, sirviendo de techumbre á los mundos impenetrables del misterio, y desplegando las alas de su fantasia para consagrarle cánticos eternos de alabanza, en la creencia de que aquellas olas fueron la cuna de los fantasmas de la Escandinavia y el dominio de esos pueblos que se forman tan alta idea de Dios.

Hé aquí, mi querido amigo, lo que es, ha sido y será siempre esta tan amada patria mia. En ella ha encontrado usted, yo lo creo así, la buena, la cordial acogida que se merece un jóven de sus talentos. Poeta inspirado y escritor correcto, ha penetrado usted en el mundo literario español, apadrinado por el mérito indiscutible de sus producciones. Y nosotros que amamos á Mejico como á nuestra hermana del alma; nosotros que volamos como ella vuela en pos de las propias aspiraciones, y en pos tambien de esas indomables corrientes del progreso social y del progreso científico, que son el *Génesis* de las modernas razas, abrimos nuestro pecho al entusiasmo, elevamos nuestras manos á la ofrenda preciosa de su bordada literatura, y llegamos hasta estrechar sobre nuestro corazon ese espejo de sus grandezas que usted ha reunido en una sola idea y en un solo espacio, llamándole, á mi juicio muy acertadamente, *LIRA MEXICANA*.

Mas hé aquí el punto de difícil solueion en esta desali-

ñada epistola. Usted habia visto en la poesia de sus compatriotas una especie de vergel en donde yacian multitud de bellísimas flores que lucian sus galas, aisladamente cada una sobre su tallo sin entrelazarse con las demás. Era preciso que usted diese á conocer al mundo la galanura y los encantos de aquellas creaciones de una naturaleza vigorosa, y penetrando en las florestas donde descansaban mecidas por los vientos de su felicidad, llegó usted, tomólas con delicadeza suma, y formó un preciosísimo *bouquet*, que ofreció á su patria, ligado con los lazos inquebrantables de su afecto, y coronado con el recuerdo inextinguible de su corazon.

Y sin embargo, esto no le pareció á usted bastante.

Aquel ramillete, que recordaba la corona de flores que las doncellas de Esparta formaron para Elena en la isla Platanista, necesitaba del rocío purísimo y fecundante de algun génio que explicase sus bellezas con el inspirado lábio de los dioses del arte.

Era ésta, tarea muy difícil en la vida de la realidad, pocos podrian encargarse de llevarla á feliz término, y sin embargo, no faltó un campeón esforzado de la ciencia, un insigne caudillo de la oratoria, un apóstol esclarecido de la jurisprudencia y de la lingüística, un hombre eminente, en fin, que como nuestro comun amigo y maestro mio el Ilmo. Sr. D. Antonio Balbin de Unquera, emprendiese la ejecucion de la obra y la llevara á dichosísimo efecto, con valerosa mano y con incomparable inteligencia.

Escribió, pues, el Prólogo de *LA LIRA MEXICANA* el señor Balbin, y ante la superioridad del trabajo aquel, vino á mi memoria la célebre frase, repetida por el inmortal hijo de *Compluta*.

• Nadie las mueva  
Que estar no pueda  
Con Roldan á prueba •

y como yo no podria jamás esgrimir mis enmohecidas armas con el ilustre arqueólogo español, y si por el contrario, recibir de él muchas y muy brillantes lecciones, he

aquí por que, mi amable amigo, me veo en el caso de dejar al juicio del Sr. Balbin el desarrollo importante de todas las cuestiones de reconocida trascendencia, limitándome, como de pasada, á apuntar ligeras consideraciones sobre el carácter de la poesía mejicana, el espíritu que la preside, y la suposición en que yo me fundo para marcar cual sea su aspecto en el porvenir.

Es indudable. Las grandes evoluciones sociales engendran y perfeccionan el movimiento de la literatura de una nacion, cómo engendran y perfeccionan el movimiento económico de los pueblos.

A medida que un país avanza, á medida, también, que sus artes, encarnándose en la naturaleza propia de la época en que se vive, van como dibujando los caracteres, las costumbres y hasta las razas mismas, encuentra el observador un hecho circunstancial y culminante que influye en estas variaciones. Pero un hecho universal, inapelable, poderoso. El producto de la lucha entre dos aspiraciones del espíritu, entre lo *ideal* y lo *real*; entre lo que se ha llamado el neo-clasicismo artístico y la realidad misma en el arte. Este hecho práctico que informa el periodo de transición de lo que fué á lo que es; esta resultante de las aspiraciones individuales y colectivas á la absoluta posesion de la verdad concreta, no es otra cosa que el *conocimiento* en su grado más alto de perfección, la filosofía, en una palabra, que invocada por el progreso para su auxilio y su ascension á los mundos del infinito, se extiende sobre las humanas inteligencias, desligadas ha tiempo de la tarea de la contemplación, y libres ya de la fiebre del miedo, que buscan, analizan, desentrañan, y no llevan á efecto más que aquello que halaga á su espíritu sin que sea siempre bajo el prisma especulativo.

Pues de estas influencias, quizás Méjico no se haya visto totalmente atacado en su literatura.

Los que recibimos más directamente, por nuestra proximidad geográfica á ellos, las inspiraciones de los pueblos germánicos y vivimos de continuo esperando un aviso suyo para asociarnos al casi general concierto del movi-

miento intelectual de Europa, perdemos en nuestra poesia lo que ganamos en nuestra ciencia. Perdemos aquella objetividad ideal que caracteriza la poesia clásica castellana; aquella aspiracion subjetiva hácia un ideal de verdad y de belleza absolutas, que bien pudiera ser el de Platon, y reivindicamos en cambio la memoria de la obra inmortal de Dios: el hombre, apelando á sus pasiones, á sus sentimientos, á sus debilidades, para producir la obra artística, idealizando aquellos con la sancion moral de un hecho grato para el bien, funesto para el mal, pero siempre concreto, real y posible.

Hé aquí porque nos encontramos los pueblos de Europa dominados por una fiebre inapagable de investigacion, hasta en las funciones exclusivas de la fantasia. Hé aquí porque se organizan frente á frente todas las escuelas del arte luchando las unas todavía con el apoyo de la revelacion y el misticismo teológico, peleando las otras con los auxilios de la filosofía y los elementos de la razon. Y hé aquí, porque para los libre pensadores que anhelan la regeneracion del arte por su reencarnacion en lo real, no existe más que un Victor Hugo en Francia, un Leopardi en Italia, un Goethe y un Heine en Alemania, un Byron en Inglaterra y un Goszczynski en Polonia, creador este del inspirado poema el *Castillo de Kamow* y antitradicionalista por temperamento en política y en arte.

Contra esta escena levántase la secta idealista más generalizada aun por el hecho mismo de su historia, y opone como modelos en los países antecitados un Lamartine, un Petrarca, un Schiller, un Milton y un Malezewski, el héroe de Polonia en la proscripción y en la desgracia, el más refinado acero contra los aguzados dardos de la crítica.

Y sin embargo, ustedes y nosotros conservamos el sello característico del lenguaje clásico, sus giros, sus modificaciones y sus inflexiones determinadas.

Ustedes nacen en su vida poética al calor de grandes instituciones políticas, como nacieron los géneros en las poesías griega y latina durante el reinado de los grandes reyes. Nosotros hemos seguido la misma suerte.

La poesía bucólica, ese ensueño del númen que idealiza el estado del hombre en el seno de la Naturaleza, brotó en Roma durante la dominación de Augusto personalizada en el inmortal cantor de Mántua, en el discípulo de la gran Parthénope, en el Tytiro de las églogas. Virgilio, el cisne del Lacio, el modelo de todas las escuelas, hubo de buscar la protección de un amigo de todos los poetas de su tiempo, para que demandara del rey la protección que necesitaba. Y sin embargo, el colega de Polion brillaba tanto como el monarca: merecía del pueblo latino tantas consideraciones como aquel príncipe y su personalidad, sumisa hasta el punto de llamar dios a su rey, se levantaba majestuosamente sobre él para exclamar en sus versos ante el concilio II de Bizancio.

*Jam nova progenies caelo demittitur alto.*

y Egipto misma vió levantarse la musa pastoril y juguetona de los poetas bucólicos durante la dominación de los Ptoloméos, de esa monarquía fastuosa y sibarítica, que se cobijara bajo los artesanados de oro de su grandeza y las creaciones potentes del arte antiguo.

A semejanza de ellos, ustedes y nosotros hemos venido a la vida del arte cuando nos ha llegado una institución todavía más poderosa; la institución de la libertad que es el verbo de la existencia y de la dicha.

Ustedes, después de grandes cambios y de grandes fatigas en sus luchas contra los pueblos y muy especialmente contra los de más allá de las cumbres del Pirineo, han visto volver a robustecerse en la contemplación de ese gran argumento de su poesía, la naturaleza, las musas elevadas y brillantes de Carpio, Prieto, Ramirez, Flores, Plaza, Sierra, Híjar y Haro, Altamirano, Acuña y otros muchos.

Ustedes tienen el primero de estos poetas que representa, como dice muy bien el Sr. Balbin, el ideal y el perfeccionamiento de la gran creación de Byron, y recuerda en su Poema Bíblico, la suma pureza, el levantado espíritu del primero de los libros sagrados.

Ustedes cuentan con las sonoras liras de los poetas citados Prieto, Ramirez, Flores, Riva Palacio, Sierra, Híjar y Haro y otros varios, que así se elevan hasta el tono de la profecía, como retroceden a la vida del recuerdo lanzando risas y vertiendo lágrimas. Cuando los leo, siento mi corazón gozo inefable y me causa admiración suprema la flexibilidad en el movimiento dramático de las escenas que describen, la armonía en el cadencioso ritmo que manejan, la elocuente verdad en el severo apóstrofe que dirigen. Líricos son estos que honran a Méjico con sus riquísimas imaginaciones.

Paso después a Altamirano, y me encuentro con el estilista elegante y el retórico de exquisita selección. La forma de sus composiciones me seduce. El género que cultivaba suspende mi espíritu de otra nueva existencia. Si enamorado, sublime; si triste, arrebataador; si creyente, incomparable, y si en el seno de las vírgenes selvas de la América, ó al lado de los transparentes arroyos canta las dulzuras de su corazón en brazos de la pasión ardiente de su alma, ¡ah! entónces le veo engarzar su lira de poeta en las incrustaciones de oro y zafir de la lira de Orfeo, para elevar como este un mundo de creaciones al porvenir y a la Pátria.

Y no me resta sino Acuña. ¡Oh! mi querido amigo. Perdieron ustedes al que acaso, si hubiera continuado pisando los ásperos senderos de la vida, hubiese ayudado a marcar el porvenir y el movimiento hacia donde había de dirigirse la actual poesía mejicana. Aquella composición, *Ante un cadáver*, parece todo el sudario de su existencia. ¡Cuántas lágrimas debe derramar Méjico, al recordar se perdió para siempre!....

• Pero no, su misión no está acabada.

• Qué ni es la nada el punto en que nacemos.

• Ni el punto en que morimos es la nada. •

El mismo lo dice; respetemos la memoria de los muertos.

Amigo mío, siento haberme extendido demasiado, molestando quizás a cuantos lean esta desaliñada carta.

Es verdad que me preguntará usted ahora cuál es el espíritu que domina en la poesía mejicana.

Y yo le contestaré á usted, que son los poetas más armoniosos, más inspirados, más líricos, en fin, que pueda apetecer el ánimo más antojadizo.

¿Cual será la suerte de su poesía en el porvenir?

Diffícil es, amigo mío, afirmarlo.

Ni el idealismo que se inspira en lo puramente metafísico, dejando olvidado al hombre en su hogar, es la aspiración de la época presente, ni la realidad tosca y grosera es el objetivo del arte para el porvenir.

Fluctuamos entre estas dos ideas, moviéndonos, si, más en un sentido que en otro; pero en Méjico como en Alemania, como en España, como en todos los pueblos, la poesía será siempre amada de la verdad y no podrá juzgarse la descaradamente, dado el organismo de las modernas razas, como la *sombra de la mentira*, según, con bastante desacierto, hubo de calificaria Bacon.

De usted amigo fraternal y apasionado

ANTONIO HIDALGO DE MOBELLAN.

DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADÍSTICA.

Madrid 14 Marzo de 1879.

Sr. D. Juan de Dios Peza.

AMIGO Y SEÑOR MIO:

Coincide la publicación de este libro consagrado por Vd. á la LIRA MEXICANA, con el movimiento impulsor del gusto literario ó renacimiento de nuestra poesía, que en círculos, Academias y Ateneos han propagado los mantenedores de las lecturas públicas, nuevo modo y fomento de costumbres útiles á la cultura intelectual y amplitud de los dominios del arte, en cuyo nombre y prestigio realizan las naciones preciados timbres de la edad presente.

La musa viril de los continentes donde se cultiva y perpetúa la lengua castellana, deberá á la iniciativa de usted esta guirnalda de siemprevivas que viene á enlazar con las flores de nuestro suelo, á estrechar vínculos de dos nacionalidades literarias, separadas solo por la distancia, y á prestar dulces acordes al mismo concierto de pueblos de una misma raza, que aman á una misma madre y con iguales alientos proclaman á la diosa poesía.

Mi afición y culto á la América poética nacieron al calor de esa raza de soñadores vírgenes, de trovadores mágicos y de inspirados génios de la lírica, que así afilan la espada en el laud, como ríen y lloran con el alma, reproduciendo en sus versos los resplandores del hogar, el trino de sus delicentes aves, la luz del cielo tropical, el fuego de sus astros, el gemido de sus mares, el furor del cráter ó de la espumosa catarata, los colores de la exuberante naturaleza que matiza sus bosques y montañas; que para crear imágenes, anidan cual las águilas, en la cúspide de la fantasía, y que respiran vida de lucha, de encontrados afectos y de admiración y entusiasmo, casi agostados en los vergeles de la razonadora Europa.

Rendia ya merecido tributo á los manes alboscentes de la musa americana, cuando la suerte me deparó la amistad que en tanto estimo, del diplomático y compañero de Vd. el insigne Dr. Juan Híjar y Haro, quien con la ciencia médica comparte los láuros de la poesía, y al cual debogratas muestras del númen poético mexicano y amistades fortalecidas al concedérseme en 1874 el honor de ser nombrado socio corresponsal de el *Liceo Hidalgo*, á propuesta, nunca por mí olvidada, de los celebrados poetas que en esta colección dignamente figuran, el tierno Francisco Sosa, el ático general Joaquín Téllez y el crítico y doctor Manuel Peredo.

De entonces guardo un recuerdo afectuoso de la patria de Ruiz de Alarcón y Gorostiza, y al hojear las páginas de este amenísimo volumen, donde por tan gallarda manera lucen variedad de galas y de género poéticos, no puedo menos de saludar regocijado á los bardos de la España mexicana; á los que celebran glorias que ojalá no se vieran turbadas por luchas intestinas; á los que ensalzan la fé y el trabajo; á los que llevan una idea, un rasgo, un sonido, un eco, á la reconquista del arte literario, de la madre poesía, desheredada en la resolución de los problemas del siglo ó condenada al materialismo y á la duda que la hacen renegar de su origen soberano; á deponer ante las especulaciones de la crítica positivista

«Su cetro de oro y su blason divino.»

Bien se ve que los vates mexicanos, nacidos para cantar y remontarse como los sinsontes que pueblan su esfera, llevan dentro de sí espíritu de contemplación á lo maravilloso y sávia fecunda y vivificadora; pero la lira que resbala en la molición de los goces y que se exhala en vertiginosa pasión, cae al fin en el paroxismo del dolor; concita el ódio del amor en vez de sublimar á la mujer amada; el desengaño absorbe el sér, y las sonrisas se convierten en lágrimas y el corazón despedazado flota entre los horrores del vacío. Así vive muriendo; el númen excéptico ó abstruso creador de las sombras que le envuelven y de la

eterna noche en que se abisma: el mártir sin redención, el poeta elegíaco abandonado del amor y la esperanza.

Hay más allá. La poesía y sus hermosos ideales viven mejor en las regiones de la paz, en los purísimos senos donde brillan las acciones nobles, que no entre tormentos de la imaginación y efluvios de letal melancolía. Hay paraíso para el infierno de Dante, horizontes bañados en luz para la creencia en la virtud, para el honor de la patria y para el sentimiento de la familia.

Lo revela el mejor perfume de esta obra, la nota más sentida de esta LIRA, cuyas cuerdas pertenecen á tantas cítaras sonoras, y con la cual se levanta un himno á la fama de nombres dignos de loor, entre ellos los de Vigil, Carpio, Cuenca, Sierra, Monroy, Mateos, Rosas, Peon, Contreras, Cosmes, Prieto, Flores, Riva Palacio, Espino, Gutierrez Nájera, Gomez Vergara, Rodriguez Rivera, Santa Maria, Garza, Valle, Ramirez, Plaza; el del malogrado Aeuña, pensador y poeta de inextinguible memoria, y el de Peza, que de intento guardé para señalado lugar, y que añade á sus timbres poéticos, el de habernos dado á conocer esta primaveral floresta y cohorte de bardos de la patria nuestra hermana, por lo cual le envía un fraternal abrazo su admirador y amigo.

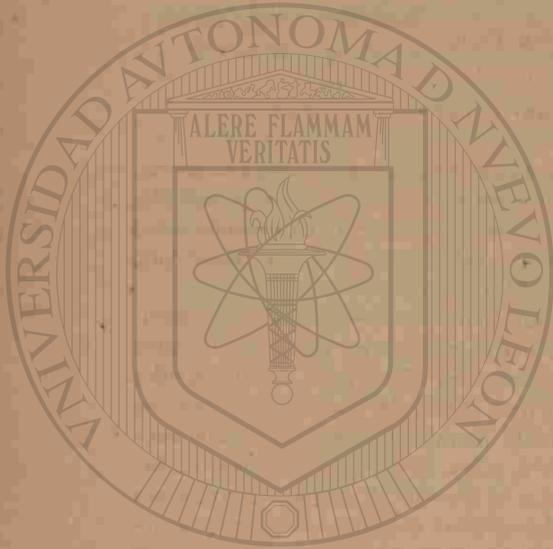
FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Madrid 10 de Junio de 1879

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

MUY SEÑOR MIO Y DISTINGUIDO AMIGO:

Inmenso es el servicio que ha prestado usted á su patria, dando carta de naturaleza en España, á la inspirada pléyde de poetas con cuyas composiciones ha formado usted la reducida, pero valiosa coleccion que va á publicar bajo el título de LA LIRA MEXICANA.

Si mis asiduas y múltiples ocupaciones no me lo impidieran ¡con cuanto placer y con que viva complacencia consagraria algunas páginas al exámen de este curioso volumen de poesías que, apesar del constante interés con que sigo el movimiento literario de los pueblos hispano-americanos, ha sido para mí, en su conjunto, una verdadera revelacion! Sabía yo que en México se cultivan con amor las letras, las artes y las ciencias; no ignoraba el religioso respeto con que se cuida y maneja en aquel país el rico caudal del idioma, que nos es comun; no me son extraños determinados autores que por la pureza de su diction y lo castizo de su estilo, han conquistado en nuestra literatura, legítimos títulos señoriales; había visto antes, en otra coleccion del señor Olavarría, varias de las composiciones que incluye usted en la suya, en las cuales el estro y la expresion, el pensamiento y la forma, se reúnen y compenetran como la belleza del cuerpo y la del alma en algunos seres privilegiados; pero confieso que no había podido apreciar en la medida que la obra recopilada por usted me permite toda la grandeza, pompa y majestad de la musa lírica mexicana en los tiempos modernos.

Merced á usted, España podrá gozar de las poéticas creaciones del apasionado y correctísimo Altamirano, del

brillante y clásico Carpio, del sentido y profundo Acuña, tan prematura y desastrosamente robado á su propia gloria, del exuberante y grandilocuente Sierra, del melancólico Hajar, del desgraciado Covarrubias el *poeta mártir*, del descriptivo é intencionado Riva-Palacio, y de tantos otros de relevantes méritos, como campean y resplandecen en la excelente coleccion que usted ha formado y á todos los cuales, por mediación de usted, envío mi afectuosa enhorabuena y mi fraternal saludo.

Reciba usted, amigo Peza, el sincero testimonio de mi agradecimiento por la publicacion de un libro que, escrito como está en lengua castellana, honra á su patria y enorgullece á la mía, y con el cual contribuye usted poderosamente á estrechar los íntimos lazos de dos pueblos hermanos, cuyo mútuo afecto sería aún más vivo, si más y mejor se conocieran.

Reitera á usted la cariñosa expresion de la amistad que le profesa su atento y S. S. Q. B. S. M.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Madrid 9 de Mayo de 1879.

*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

MI DISTINGUIDO AMIGO:

Ha tenido usted muy feliz idea al reunir en el presente libro el tesoro de poetas mexicanos que tengo á la vista. LA LIRA MEXICANA es á la vez la lira española, y en esta coleccion de estimables poesias, encuentro la rica imaginacion y el sentimiento que distingue á los poetas españoles.

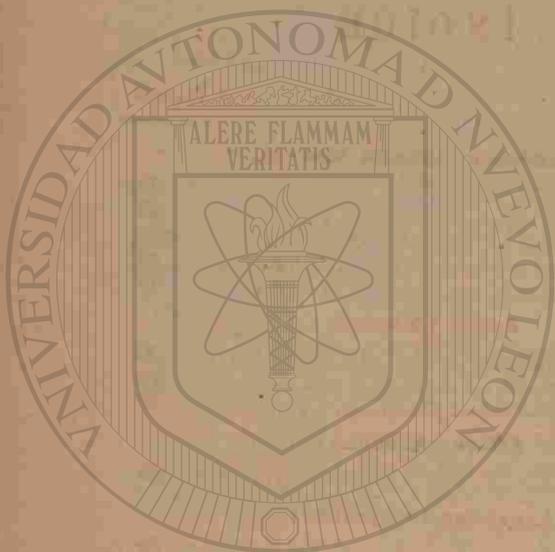
Este libro, que con tanto agrado he leído, tiene, además de sus prendas poéticas, el mérito de ser prenda y testimonio de que España vive todavía en México. Nada une tanto á los pueblos como el vínculo de un mismo idioma. Todas las preocupaciones que han podido levantarse para separarnos, no han sido suficientes á romper el lazo de la lengua que mútuamente hablamos.

España debe recibir el libro que usted ha coleccionado con vivas simpatías. Yo le felicito por el acierto con que lo ha hecho, y me felicito á mí mismo, admirando las bellezas que encierra en sus páginas.

Reciba usted con estos breves renglones, que rápidamente escribo, el justo testimonio de toda mi consideracion y el afecto que le profesa su afectísimo amigo y S. S. <sup>®</sup>

JOSE SELGAS.

Madrid 21 de Mayo de 1879.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<b>Altamirano (Ignacio Manuel)</b>	
Flor del alba.....	33
La salida del sol.....	37
Los naranjos.....	40
Las abejas.....	43
Las amapolas.....	49
<b>Acuña (Manuel)</b>	
Nocturno. — Á Rosario.....	53
Ante un cadáver.....	58
Entonces y hoy.....	62
<b>Alfaro (Anselmo)</b>	
Fragmentos.....	65
<b>Argandar (Alejandro)</b>	
Melancolía.....	69
<b>Bianchi (Alberto G.)</b>	
Tus ojos.....	71
El botón de rosa.....	72
<b>Baz (Gustavo Adolfo)</b>	
El faro.....	75
Elegía.....	78
<b>Cuenca (Agustín F.)</b>	
A Pilar Belabal.....	81
Cármén.....	86
La mañana.....	90
Nieve de Estío. — Contestación á una carta de mujer. A Juan de Dios Peza.....	93
<b>Bencomo (Diego)</b>	
¡Soledad!.....	97

<b>Cosmes (Francisco)</b>	
El Poeta.....	101
En el cuarto centenario de Miguel Angel.....	103
<b>Carpio (Manuel)</b>	
Cena de Baltasar.....	109
Bonaparte.....	121
<b>Caballero (Manuel)</b>	
La plegaria de una virgen.....	123
Miedo.....	126
<b>Colina (Rafael B. de la)</b>	
La Rosa. — A la Sra. D. <sup>a</sup> Rosa Marin de Romero Vargas.....	129
<b>Córdoba (Tirso Rafael)</b>	
Porvenir. — A mi amigo el Sr. D. Ignacio Romero Vargas.....	133
<b>Cuellar (José T. de)</b>	
A Cervantes.....	139
<b>Covarrubias (Juan Díaz)</b>	
Fragmentos.....	145
<b>Dominguez (Ricardo)</b>	
Cambios.....	147
A ella.....	148
<b>Echaiz (Jesús)</b>	
Galileo.....	151
<b>Espino (Rosa) (1)</b>	
El alba. — En la sierra.....	153
El medio día. — En la costa.....	156
La tarde. — En el valle de México.....	158
La noche. — En la montaña.....	160
Un recuerdo.....	162
Los dos espíritus.....	165
Hidalgo. Fragmento de un canto.....	166
<b>Fernandez (José)</b>	
En la muerte del general Zaragoza.....	169

(1) General Riva-Palacio.

<b>Flores (Manuel M.)</b>	
Pasion.....	173
Ausencia.....	176
Un beso nada más.....	178
Adoracion.....	179
Mi sueño.....	182
A media noche.....	185
<b>Gallardo (Aurelio Luis)</b>	
Texcoco.....	189
<b>Gomez Vergara (Joaquin)</b>	
Mis montañas.....	197
<b>Gutierrez Nájera (Manuel)</b>	
Acuérdate de mí.....	201
<b>Hijar y Haro (Juan B.)</b>	
En la playa del mar. — A mi distinguido amigo Ramon Miravete.....	205
Recuerdos del hogar.....	209
¡Descansa en paz!.....	214
A un lucero. — A mi inspirado amigo Manuel M. Flores.....	218
<b>Ituarte (Ricardo)</b>	
Muerte del Sr. D. Clemente Sanz.....	223
<b>Lerdo (Francisco de A.)</b>	
Mi culto.....	231
A Luz.....	233
<b>Lizarriturri (Manuel)</b>	
A Juan Diaz Covarrubias.....	235
<b>Monroy (José)</b>	
A mi amiga Aurora Revilla de Escoto, en la muerte de su padre.....	237
Esperanza.....	240
<b>Mateos (Juan A.)</b>	
Al General D. Santos Degollado.....	243
<b>Martinez de Castro (Manuel)</b>	
Decepciones.....	249

	Páginas
<b>Ortiz (Francisco de P.)</b>	
Páginas sin nombre.....	253
<b>Ortiz (Luis G.)</b>	
¡Llorar!.....	255
Petrarca.....	256
<b>Olaguibel (Manuel)</b>	
Jesús.....	257
Bien supremo.....	259
La vuelta de las golondrinas.....	261
Pervineas.....	262
<b>Peza (Juan de Dios)</b>	
A mi padre.....	265
Nieve de Estío.....	268
Tras de los mares. — Al inspirado poeta y sabio doctor Juan B. Hajar y Haro.....	272
Post-umbra. — A mis queridos amigos Juan G. Wilson y Manuel Caballero.....	275
<b>Prieto (Guillermo)</b>	
A México.....	281
A Juan Cordero.....	284
Coplas sentidas. — A Justo Sierra.....	291
<b>Peon Contreras (José)</b>	
Al conquistador de Anáhuac.....	295
En el apoteosis del sabio químico mexicano. Doctor D. Leopoldo Rio de la Loza.....	301
<b>Peredo (Manuel)</b>	
El can-can.—Epístola á Ignacio Manuel Altamirano.....	305
<b>Plaza (Antonio)</b>	
Fé.....	311
Gotas de hiel. — Fragmentos.....	312
<b>Ramírez (Ignacio)</b>	
Fragmentos.....	315
A.....	317
Al amor.....	318

	Páginas
<b>Roa Bárcena (José María)</b>	
Fundacion de México. — A mi amigo el Sr. Don Angel Nuñez.....	319
<b>Rodriguez y Cos (José María)</b>	
Muerte de Abel.....	325
El cadáver de Abel.....	326
<b>Rodriguez Rivera (Ramon)</b>	
Tropical.....	327
El labrador.....	331
<b>Rosas (José)</b>	
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!.....	335
La juventud.....	337
El zentzontle.....	341
La vuelta á la aldea.....	346
Recuerdos de la infancia. — Fragmentos.....	350
<b>Rincon (Manuel E.)</b>	
En el baño.....	353
<b>Riva Palacio (Vicente)</b>	
En el Escorial.....	355
<b>Segura (José Sebastian)</b>	
En la muerte de Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.....	357
<b>Santa Maria (Javier)</b>	
Las brisas.....	361
<b>Sierra (Justo)</b>	
En la distribucion de premios de la Exposicion..	365
En la inauguracion de los cursos orales del Colegio de Abogados.....	369
A Adelaida Ristori.....	374
<b>Sierra (Santiago)</b>	
Fragmento de un canto á México.....	379
<b>Silva (Agapito)</b>	
A la memoria del malogrado poeta Manuel Acuña	383
A Ocampo.....	387

	Páginas
<b>Sosa (Francisco)</b>	
Romance.....	391
A mi madre en el último día del año.....	393
<b>Tellez (Joaquin)</b>	
En presencia del mar de Veracruz.....	397
Al nigromante.....	398
<b>Trejo (Joaquin)</b>	
Del libro de María.....	399
<b>Valle (Juan)</b>	
El crepúsculo en la Presa. — A Lucinda.....	401
<b>Vigil (José María)</b>	
Fragmentos.....	405
<b>Villalon (Juan)</b>	
El canto de Netzahualcoyotl.....	407
<b>Zarate (Eduardo E.)</b>	
Ausencia.....	411
Mi primera cana. — A María.....	415
<b>Zaragoza (Antonio)</b>	
Armonías.....	419
<b>Zayas Enriquez (Rafael)</b>	
Primaverales.....	421
<b>Cartas críticas sobre «La Lira Mexicana»</b>	
Carta de D. Emilio Castelar.....	427
Carta de D. Ramon de Campoamor.....	431
Carta de D. Antonio Fernandez Grilo.....	433
Carta de D. Antonio Hidalgo de Mobellan.....	435
Carta de D. Fernando Martinez Pedrosa.....	443
Carta de D. Gaspar Nuñez de Arce.....	447
Carta de D. José Selgas.....	449

